

Mauricio Electorat
Las islas que van quedando
ALFAGUARA



Mauricio Electorat

Las islas que van quedando

Para Sophie, todas las islas.

Por supuesto:
«Quién hace tanta bulla y ni deja
testar las islas que van quedando».

Pero también:
«Llovizna sobre la tierra
como un arrepentimiento tardío,
como una voluntad de lavar en voz baja».

Y por último:
«Con qué seguro paso el mulo en el abismo».

Vamos por partes...

I. Como una voluntad de lavar en voz baja

1

Max no debería haber dicho eso. Es que hay cosas que no se dicen, imagínese, Sorel allí adentro y el mundo afuera. Seguramente fueron los nervios, porque Max tiene sus cosas, podrá ser deslenguado, a veces cínico, pero no es un canalla. Por el contrario, es una excelente persona, Max. Yo también soy buena persona. ¿Buena persona, tú? En fin, ya veremos. Por el momento estamos comenzando y Max dijo lo que dijo. Allí, delante del ataúd en el que reposaban los restos de Soler, Óscar Julián Soler, a quien Max y Eddy y yo apodábamos, porque el juego de palabras estaba servido, Julián Sorel. Aunque quizá, ahora que lo pienso, no son tan evidentes esas razones. Quiero decir que, a lo mejor, aunque como apodo resulta más bien prestigioso (después de todo es el héroe de *El rojo y el negro,* tampoco lo llamábamos «Comegato» o «Cara de Puerta» o «Huevo Duro»), quizá había cierta envidia latente detrás de ese cambio de nombre, algún rescoldo de animadversión hacia su éxito o su talento o ambas cosas. No por nada él es—bueno, desde hace algunas horas era— argentino, Eddy peruano y nosotros con Max (hasta nuevo aviso) chilenos. Y ya se sabe: chilenos y peruanos envidiamos inconscientemente a los argentinos, que son mejor alimentados, más inteligentes, más cultos, más cosmopolitas y, sobre todo, más guapos que nosotros. Cosas de la vida... Sigamos.

El hecho es que Soler pasó a ser Sorel. Y así se quedó. Una broma muy latinoamericana, la del apodo. Aunque ahora mismo, cuando Max dijo lo que no debería haber dicho, no estábamos para bromas. La última había sido precisamente la de Sorel... morirse así, casi sin avisar. Una broma de mal gusto que ninguno de nosotros le creyó hasta que no hubo más remedio. Y ahora, allí, dentro del cajón va a ser difícil que conteste, pero me atrevería a aventurar que él mismo se marchó sin terminárselo de creer del todo. Bromas aparte, lo único que le podíamos reprochar de verdad a Sorel era tenernos en ese lugar infame que en España llaman tanatorio y en el resto del mundo depósito municipal de cadáveres. Es cierto que tampoco ayudaban los treinta y seis grados de calor a la sombra y el setenta por ciento de humedad, según se podía leer en el par de relojes encastrados en un rectángulo de acero (un termómetro y un higrómetro, respectivamente) que alguien había dispuesto en uno de los muros. Eso y una cruz (dos varillas de madera oscura, a menos que fuese plástico, ligeramente convexas por su cara anterior y, justamente, cruzadas) era todo el ornato de la sala. Y esa sí era una broma, porque una

cruz vaya y pase, ¿pero a quién diablos le interesan las condiciones atmosféricas bajo las que se vela a un ser querido? Cosas de españoles, que no por nada dieron al mundo a Dalí y a Buñuel, el famoso esperpento, el bocadillo de calamares, y no sigo. Calor, entonces, y humedad, una insoportable sensación de poros abiertos, de piel pegajosa que atraía las bacterias y las feromonas de todo lo que circulaba cerca de uno. Y en esas condiciones, hay que reconocer, se hacía más difícil aún la perspectiva de volver a la Gran Vía de las Cortes Catalanas, porque era algo así como volver con la frente marchita, o volver es mejor volver... pero ya sin él. ¿Quedó muy cursi? Bueno, sí, para qué lo vamos a negar, quedó de una cursilería insoportable. Pero si uno no tiene derecho a ponerse cursi cuando se muere un amigo, entonces cuándo, ¿en el momento de recibir el Rolex de oro por los cuarenta años de servicio? O sea, que lo dicho. Aunque finalmente el calor, la humedad, el día radiante como de comercial de Hollywood Chewingum no era sino un detalle. Lo importante era esto: el ataúd entre las cuatro paredes de baldosas blancas aquí, y —perdón por la palabreja pero no se me ocurre otra —la vida allá. Afuera. O en alguna parte. Y no escribo «otra» para que no se me acuse de humor fácil con títulos consabidos. Pero al final, sí, claro que sí: el ataúd aquí, la vida allá. En otra parte.

Bien, y ahora vayamos al grano. O sea, al valor, los hechos, las proezas... Los hechos eran que se había terminado por morir y que su mujer y su editor, supongo, habían decidido (si es que alguien decide esas cosas) que el velorio tendría lugar adonde estábamos ahora mismo, es decir en el Tanatorio de Les Corts. ¿Qué hubiésemos hecho nosotros? Es decir, Max, Eddy y yo... No sé... Me imagino que pedir permiso para velarlo en el bar del Astoria o en el Ginlet o en el Boadas, hasta en el Zurich o en La Flor del Norte, frente al puerto, pero en ningún caso allí, en esos cubículos blancos como la eternidad y anónimos como la muerte. Eso sí que no. ¿Cómo un tipo que había nacido en Mendoza y que había pasado su infancia y la mayor parte de su adolescencia en el barrio del Once, en Buenos Aires, podía despedirse de este mundo en un lugar llamado «sales de vetlla de Les Corts», unos edificios que de lejos ya parecen ataúdes, tapados por dos o tres cipreses raquíticos, junto al estadio del Barça? Pero como nadie nos había pedido nuestro parecer, allí estábamos. Un hombre muy delgado, calvo, con una cara como mandada a hacer para la circunstancia, se paró junto al cajón y comenzó a decir que Óscar Julián Soler había sido el mejor novelista latinoamericano de su generación y uno de los escritores en lengua española más... Y fue entonces cuando Max me entró con un codazo en las costillas y dijo:

—¡La chorba!

Pero no fue un susurro, sino una aseveración. Hecha en voz alta, además, como para que se enterara toda la concurrencia. Y eso fue exactamente lo que ocurrió, o no «exactamente», pero el hecho es que sentí, vi, percibí una serie de miradas, de pares de ojos resbalando sobre nosotros, y esas miradas eran,

como cabía esperar en una situación semejante, severas, desaprobadoras, cejijuntas, cuestionadoras, graves, interrogadoras, etcétera. Además, la palabrita esa, chorba, ¿de dónde la habría sacado? Años más tarde, en París, descubrí que la chorba es una sopa marroquí, o quizá magrebí, a base de lentejas, tomate, trozos de cordero y cilantro, que resulta deliciosa, por ejemplo, después de haber pasado unas cuatro horas recorriendo la medina de Fez. Pero lo que pasó en París no tiene nada que hacer en este relato, porque estamos en Barcelona. Más precisamente en el Tanatorio de Les Corts. Y Max acaba de decir lo que acaba de decir.

—Ya —contesté—, pero no es para gritarlo encima del ataúd.

Max ni siquiera se inmutó. De nuevo, en voz alta, estentórea, repitió:

—Allí atrás, ¡la chorba!

Y yo lo interrumpí:

—¡Max, basta!

Al hombre calvo había sucedido una señora más bien peluda, digo de cabellera frondosa, más bien gorda tirando a obesa, más bien empapada en sudor que afirmaba algo evidente e inverosímil al mismo tiempo, según uno retuviese la primera o la segunda parte de su proposición, a saber: 1) que Sorel estaba entre nosotros, porque 2) los verdaderos escritores nunca mueren. Marcó una pausa y volvió a la carga: los grandes escritores son eternos, aseguró, después escrutó los rostros de los asistentes con severidad, como dispuesta a reprimir cualquier indicio de desaprobación, pero ante el silencio, si se me permite, sepulcral de la concurrencia, la señora insistió una última vez, con un grito que sonó como una orden de cuartel: ¡e-ter-nos! En la primera fila, justo enfrente de la señora gorda, ligeramente en diagonal al cajón, estaba Paula. Ella se llamaba Belgrano y también Morand y era como cualquiera podría imaginar que ha de ser una argentina que lleva esos apellidos: esbelta o más bien delgada y hasta a lo mejor muy delgada, según cómo se vista y en qué período de la vida esté, con un bello rostro ovalado, de ojos verdes, nariz algo larga, muy recta, y una dócil melena color trigo que desciende como una suave ola rubia hasta el final de la espalda. Era lo que se llama una belleza grácil, o sea sutil, delicada, leve, Paula Belgrano. También era lo que se llama una belleza «clásica», no por oposición a la belleza «barroca», sino a la belleza «exótica» o «étnica» que ha conquistado el mercado mundial de la imagen: afroeslavas, moldavobrasileñas, indoturcas, araucoangoleñas y un infinito etcétera. El de Paula no era en ese sentido un rostro de hoy. Uno la imaginaba perfectamente saliendo del ascensor en algún hotel de la Riviera del brazo de Maurice Maeterlinck o de Stefan Zweig. Un rostro que, por lo demás, pronto aparecería en las páginas de los periódicos. Porque Paula Belgrano Morand es ahora mismo la viuda de Sorel y permanece muy digna, de pie, con un traje dos piezas negro, muy protegida de las miradas ajenas por unas anchas gafas de sol y el cabello recogido en una discreta cola de caballo. Sólo sus manos denotan cierta inquietud: aprietan o

estrujan un pañuelo. Desde donde yo estoy no se ven bien, pero las manos de Paula Belgrano son grandes, de dedos largos, uñas rectangulares, cuidadas. Son unas manos hermosas que, además, expresan todo el talento de su dueña, porque tocan el piano extraordinariamente bien. Paula es una pianista de primer orden y en este momento acaba de quedarse viuda, pero dentro de dos o tres meses regresará a Buenos Aires y un poco más tarde conocerá a Lucas di Tella (hijo de otra gran familia argentina, economista del Banco Mundial, coleccionista de arte, como su abuelo). Paula Belgrano y Lucas di Tella se radicarán en Nueva York y en cinco, siete, diez años más (o sea, ahora mismo), Paula será una pianista de fama mundial. Y aparecerá en las páginas sociales y en las páginas culturales y en las portadas de revistas que muestran a gente como ella, famosa (y en su caso talentosa y bella) y adinerada. Pero ese es otro cuento. No sólo la miré, sino que me abrí paso discretamente hasta quedar a su lado. Puse mi mano en su antebrazo y le di un beso en la mejilla. Ella, por toda respuesta, cubrió mi mano con su bella mano de pianista y la apretó con fuerza. Pero lo prometido, los hechos, las proezas...

¿las pro

e

zas?

2

En realidad, esta es la historia de un final, de una caída si prefiere, de una «chute», como le llaman los franceses al desenlace. El de Óscar Julián Soler, conocido por todos como Julián Sorel. Esta es la historia de su caída, de su «chute» definitiva... ¿Y de la mía?... Probable... En fin, caída, desenlace, ligero tropiezo, las cosas importantes comenzaron hace un año atrás. Un año ya, caray... Uno pensaría que fue hace un par de meses, pero no. Hace un año sonó el interfono en mi casa. De noche, de madrugada, mejor dicho. Eran exactamente las tres y treinta y cinco de la mañana con veinticinco segundos, ahora veintiséis, veintisiete... Lo supe porque miré, completamente dormido, incrédulo, el radio reloj: los números digitales marcaban muy precisamente esa hora. Hay que saber que mi piso queda en la calle Cucurulla, allí donde el Portal del Ángel se transforma en Portaferrissa. Quienes se hayan paseado así sea una mañana por el barrio gótico de Barcelona comprenderán lo que hice: nada. Me di vuelta entre las sábanas y esperé que el borracho o el mendigo o el loco de la puta madre que lo parió que había tocado el timbre abajo siguiera su camino. Es que el barrio es así. Atiborrado de turistas durante el día, abandonado a todo tipo de fantasmas urbanos durante la noche. Trataba de dejarme flotar, con la esperanza de volver a hundirme paulatinamente en el sueño, cuando el maldito aparato volvió a sonar. Eran cinco pisos, más entresuelo y principal. O sea, siete. Por supuesto, sin ascensor. Y no podía ver quién estaba abajo, pues mi departamento daba, por fortuna, hacia los patios traseros. Desde mis ventanas se veía el taller de un escultor y un par de jardines con limoneros y naranjos. Faltaba el huerto claro, lo reconozco, pero era mejor que tener vista a la calle Cucurulla, con sus tiendas de anteojos de sol y ropa para bebés de quince años. Cuando me estaba incorporando para alcanzar el citófono y aullarle al degenerado ese una puteada que lo dejaría sin tímpano, la porquería volvió a emitir su chillido, salvo que esta vez no paró hasta que levanté el auricular y comencé a gritar que si te pillaba, hijo de la reputísima madre que te había parido, te iba a arrancar primero los testículos y luego el intestino grueso, y me aprestaba a volar escaleras abajo cuando el aparato, con una tímida vibración, escupió: ¿Boris? Miré el auricular colgando del cable, como si de pronto hubiese descubierto la Gran Huevada Cósmica, la Razón de la Infelicidad Humana, la Prueba de la Inexistencia de Dios... La cosa dijo todavía: ¿Boris, sos vos? Boris era yo, claro. Pero dije: no, huevón, soy Luis XIV y en este mismo momento estoy sometiendo a María Antonieta a una sesión de doble penetración anal con introducción de objetos

contundentes, ¿no podís tocar el timbre a una hora humanamente decente, por la concha su madre? Bueno... las proezas... los hechos... No sé si tuve tiempo de pronunciar esa frase o me la imaginé. Él, en cambio, se lo puedo jurar, dijo: Turco, abrime, por favor, necesito hablar con vos. Me llamo Sandoval Chomalí, Boris Omar. Ahora ya lo sabe todo. Por eso me dicen Turco. Nadie es perfecto, ¿no? Apreté el botón rojo y escuché el clic metálico al abrirse la puerta, siete pisos más abajo. Desde el rellano de la escalera lo vi subir resoplando, titubeando, echando puteadas cada vez que la luz se le apagaba. Cuando llegó arriba lo encontré más alto, más corpulento que de costumbre. Encontré que apestaba también, como si no se hubiese bañado en tres días. Debe ser porque yo no llevaba zapatos (lo de más alto y corpulento, no el tufo, claro) y, además, estaba en calzoncillos y camiseta, y él, como siempre, vestía su cazadora de cuero negra, la camisa de lino blanca, el jean color crema y las botas esas modelo Beatles que nunca se sacaba. En la puerta me abrazó fuerte, le dije (ahora sí): puta madre, Sorel, son las tres y media de la mañana, no es como para abrazarse treinta minutos, ¿no? Tenés razón, murmuró, y pasó derecho a la silla de playa que hacía de sillón Voltaire (y de sofá y hasta a veces de cama). Se echó sin miramiento alguno por la lona, que tuvo a bien no rajarse bajo el metro noventa y, pongamos, los ciento quince o ciento veinte kilos, y dijo casi resoplando:

—A la mierda, che.

Pregunté:

—¿A la mierda qué?

Pero él, en vez de responder:

—¿Habrá algo para tomar?

Señalé, en los bajos de la estantería, la caja de cartón que alguna vez contuvo paquetes de galletas Chiquilín y que hacía las veces de bar desde hacía años y repetí la pregunta. Él extrajo de la caja una botella de pacharán y otra que apenas contenía un resto de Ballantine's, indicó con el índice una y otra. Pacharán, dije yo, extendiéndole un par de vasos. Cuando los hubo llenado pidió:

—¿Hielo?

—Además con exigencias, el huevón —y yendo a la cocina, abriendo la nevera, volcando el par de cubeteras de hielo en un bol—, supongo que no viniste a tomarte un bajativo, o sea que desembucha.

—Me acabo de separar de Paula —anunció, mirando el vaso, o las baldosas del piso, o vaya a saber uno qué mierda.

Pensé que debían de ser las cuatro de la mañana, que al día siguiente, a las nueve, estaría vendiendo billetes y respondiendo a las preguntas más inimaginables de noviecitos con acné dispuestos a conquistar todas las estaciones de trenes de Europa y de parejas de jubilados rumbo a Varadero o a algún otro lugar con calor y mosquitos, que haría eso hasta las seis, como cada semana y que esa semana se agregaría a otra semana y así hasta no sé si el

final de los tiempos, pero sin duda hasta el final de mis días. Resentimiento, llamémoslo así, ¿y quién no, si lo vienen a sacar a uno de la cama en la mitad de la noche para contarle semejante banalidad? Dije:

—Un divorcio más, ¿y?

Sorel me quedó mirando con ojos desorbitados, me va a tirar el pacharán a la cara, pensé, se levanta, me abofetea y me escupe el pacharán en las orejas.

—No es un divorcio más, pelotudo, es «mi» divorcio, y vos sos «mi» amigo...

Los ojos verde agua que hacían tanto contraste con su tez morena, con los cuales causaba estragos entre el personal femenino (el primer deber de un escritor, decía cuando estaba de humor y medianamente borracho, es ser guapo, y se reía el cabrón), esos ojos verde agua seguían queriéndosele salir de las cuencas.

—¿O no sos mi amigo, Turco?

—Claro que soy tu...—y no alcancé a decir que sí lo era porque se llevó las manos a la cara y, como un niño, sollozó. Cubriéndose el rostro con ambas manos. Con hipo. Con violentas sacudidas de los omóplatos. Sorbiéndose los mocos. Gimiendo como un perro envenenado. A mí, la verdad, el llanto... Traje papel del baño (de water, kleenex nunca tengo, carencias de la soltería), traté de dárselo, pero no pude, porque él tenía las manos ocupadas y no había donde dejarlo, no había, por ejemplo, mesa de centro, la única era la del comedor, adosada a la pared, pero estaba un poco lejos. Bueno, Julián, cálmate, estas cosas ocurren, iba a decir ya va a pasar, sintiéndome el perfecto imbécil que dice ya va a pasar en todo tipo de circunstancias, cuando él:

—Está embarazada.

—¿Quién?

Me senté en una de las sillas del comedor.

—Paula, quién va a ser, está embarazada, ¿entendés? Dije:

—No entiendo nada.

Pero me imaginaba todo. O sea, en realidad, entendía todo. Y «todo» en este caso era Milagro, así, en singular. La había conocido en las fiestas de Gracia, el verano pasado. Paula estaba en Buenos Aires y Sorel acababa de firmar el contrato por su nueva novela, «precisamente esa, la que nunca pensé que iba a terminar, ¿entendés?». Y, además, el contrato era, contrariamente a lo que suele ocurrir, mucho más jugoso de lo que él, ni su agente, ni su mujer, ni ninguno de sus amigos esperábamos. Resumiendo, Sorel era millonario. Y estaba soltero. Y era pleno verano. Y estábamos muy, pero muy lejos de cumplir los cuarenta años. O al menos eso creíamos. Y este relato, en realidad, se debería acabar aquí. Y fueron felices comiendo perdices. Chao. El problema es que no se acaba aquí y no es que pasó por un zapatito roto y se casó con otra. No. Es que pasó lo que conchadesumadremente, hijodeputamente, tenía que pasar. Entonces sigamos, qué remedio. Hubo una

noche, no sé, un bar por los alrededores de la plaza de Francesc Macià, por esos barrios «conchetos» que yo no solía frecuentar, pero Sorel sí, porque allí estaba la agencia de Carmen Balcells, que era su agente, y él vivía a pocas cuadras de la Vía Augusta y sus libros ya le daban dinero, el suficiente como para comprarse cazadoras de cuero en Fuster y zapatos en la rambla de Cataluña. O sea, Sorel era un escritor, digamos, «hecho y derecho», cuando yo aún vendía y vendería toda mi vida billetes de tren y cruceros en la agencia de viajes de Max y, en secreto, en el secreto de los bares de mala muerte la plaza Real y de los callejones de la Estación de Francia y de la Barceloneta, escribía unos poemas deshilvanados y tristes, llenos de citas de poemas épicos medievales. Tonterías. Hubo esa noche el bar de cuyo nombre lo más probable es que no me acuerde nunca (con plantas gigantes por todas partes y chicas muy «posmo» y muy atrevidas y guapas) y una caminata desde la plaza Francesc Macià hasta mis barrios, en este caso el Borne. Sorel estaba radiante, exultante y absolutamente desesperado. Lo comprendí un poco más tarde. Bajábamos por la rambla de Cataluña. Me acuerdo que mientras caminábamos pensé: qué raro que esté tan callado. Sorel, de costumbre, hablaba hasta por los codos. Además, yo no le había pedido que me acompañara de regreso a casa. Quiero decir: no nos habíamos puesto de acuerdo en un trayecto preciso. Sencillamente, al salir de ese bar habíamos echado a andar, como si hubiésemos tenido claro adónde íbamos. Él lo tenía claro. Dejamos atrás Aragón, cruzamos la plaza de Cataluña. Enfilamos por Portal del Ángel y al llegar a Cucurulla le propuse que subiera un momento. Él indicó hacia la catedral.

—Vamos a otra parte, acompañame un rato.

—¿Adónde?

—A un bar. Yo invito.

Creo que fue todo lo que dijo durante el trayecto. No soy de los que el silencio incomoda. Más bien al contrario. Llegamos a la explanada de Santa María del Mar. Allí íbamos. El bar se llamaba La Palma. A mí no me gustaba. Se decía que lo frecuentaban —o lo habían frecuentado ya a esas alturas— cantantes como Raimon y Joan Manuel Serrat, que Vázquez Montalbán y María del Mar Bonet, etcétera. Por entonces, yo vivía un período de franco desapego de: 1) la canción de protesta, de cualquier procedencia nacional o étnica que fuese, 2) los íconos de la cultura catalana, o de «esa» cultura catalana, lo que viene a ser más o menos lo mismo que 1). Lo digo ahora y me parece de una pedantería ridícula, pero era así: leía poemas épicos medievales, a Juan de Mena, al Marqués de Santillana, a Boscán, Garcilaso, Gutierre de Cetina, Fray Luis... No había decidido si Quevedo era más genial que Góngora (y aún no lo he decidido, pero ahora me da lo mismo). En fin, que prefería el Ginlet, del otro lado del paseo del Borne. Se lo propuse.

—No —dijo Sorel—, entremos aquí.

Tras la barra había un señor ventripotente, con el pelo canoso, muy largo,

atado en una cola de caballo y bigotes en forma de manillar de bicicleta, seguramente el amigo de Raimon y de Joan Manuel Serrat, y un elemento femenino, en el sentido de «sustancia», «ente», «cosa»... Un elemento digamos radical, escandalosamente femenino. Era, desde luego, mulata, de un bello color café con leche (con poca leche). Era, desde luego, alta (un metro setenta y ocho, después lo supe, porque todo se acaba por saber en esta vida), curvilínea, con unos magníficos ojos de ébano, una cabellera ensortijada color canela y ocre y unos labios mejores que los de Dalí, digo la famosa escultura de..., que dejaban ver unos dientes níveos (Góngora, oh, Góngora), ligeramente separados al medio. No sé si usted podrá comprender el impacto que puede causar una belleza tan exótica en un individuo de la clase media chilena cuyo imaginario estético ha saltado del Cono Sur de América a la Europa del sur, un individuo, digamos por completo ajeno a las «formas» afroamericanas. Comprenda o no, el hecho es que en algún momento, pasada la sorpresa que naturalmente provocaba, dicho en buen chileno, ese pedazo de yegua, pensé: ¿será capaz de escupir por el huequito? El que le quedaba entre los incisivos. En el colegio hacíamos competencias. Ganaba el que escupía más lejos y, ojo, con menos ruido. Siempre salían campeones los que tenían huequito al medio. Me acuerdo, por ejemplo, de Perramón, que tenía el hueco justo, la distancia perfecta entre los dientes que hacía que el escupitajo saliera proyectado como desde un tobogán de salto al vacío. Le sonaba apenas, además, sssst, medíamos: un metro cincuenta. Repetía, sssssst: metro setenta y cinco. Lo llevábamos a competir incluso con escupidores de otros colegios. Hasta salió campeón de Santiago, Perramón. Claro que se entrenaba. Todos los recreos se la pasaba escupe que te escupe, allí, en la entrada de los taxis, detrás de la guardería del colegio. Pero seamos serios: aquí, ahora, a ella... no le voy a preguntar algo como eso, ni siquiera a imaginármelo. O sea, no me lo he imaginado. Sigamos. Bajo esos labios carnívoros había un cuello largo como un istmo. Y no vaya a tener la tentación de leer «largocomunismo», porque, claro, también era, desde luego, cubana y no precisamente comunista, al menos es lo que declaraba. Pero ya hablaremos de eso. Bajo el cuello, por último, se abría la mar océana. Del escote a la cintura, a las caderas, a las nalgas, a los muslos, era toda ella un continente. Inexplorado o no, al más tímido le bajaban arrestos de conquistador. Normal. Al verla no era muy difícil imaginar lo que cualquier gobernador español habrá experimentado ante la presencia de semejantes aborígenes al saltar a tierra en el puerto de La Habana: un pasmo de narices que te cagas. Eso no ha cambiado. Ella dijo:

—¿Qué tú haces por acá, no era que hoy no venías?

—Sí, pero cambié de opinión —contestó Sorel, y apuntándome con un dedo—: Boris, un amigo.

Ese era yo. Me besó en la mejilla.

—Te presento a Milagro —dijo Julián.

¿Milagro o Milagros? Con o sin ese (digo, la consonante fricativa sorda, no Julián, claro), ella preguntó:

—¿Qué van a tomar?

Íbamos a tomar ron con hielo él, gin fizz yo. Íbamos a tomar cuatro o cinco, a lo mejor seis (¿siete?), porque ese local era todo lo que uno quisiera (o no quisiera), pero tenía la virtud de bajar la cortina a las dos de la mañana y permitir que quienes se quedaban adentro siguieran bebiendo hasta las cinco. Y eso fue lo que pasó. El local cerró (o sea, nos expulsó) al alba. Y, entretanto, esperando que el señor de los bigotes y la cola de caballo tuviera un gesto de compasión por el hígado de los allí presentes, pongamos de la una y media hasta las cuatro y media de la mañana, Sorel habló. «Me» habló. De él. O sea, de ella. De Milagro. Y también de ella. De Paula. Qué quiere que le diga. La cagada. En las fiestas de Gracia se habían conocido. Ella, Milagro, vendía pinchos —en chileno, anticuchos— y cerveza. Él, como suele suceder, pasaba por allí. Y eso fue todo. Un pinchazo. Que ya es mucho. Ella era... había estudiado... quería ser... actriz. ¿Había leído alguno de sus libros antes de conocerlo? Curioso, nunca le pregunté. Pero, bueno, no es muy difícil de entender: futura actriz ella, él escritor; ella cubana, él argentino; ella un continente por descubrir, él un Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Se comprende. A cualquiera le pasa. Para cuando Paula regresó de Buenos Aires estaba todo bien. Demasiado bien, a decir verdad. Se veían casi todas... casi todas, casi todas... A ver, di la verdad, huevón. Bueno, sí, boludo, sí: todas las noches nos vemos, ¿qué más querés saber? ¿Ve? Olvídese del «casi»: se veían todas las noches. Pero me estoy adelantando. Lo primero fue:

—¿Milagro o Milagros?

—Ya te voy a contar —dijo Sorel—; pero sí, Milagros, aunque yo le digo Milagro.

Y esto me lo contó mucho después, me lo susurró casi:

—Es el nombre artístico.

—¿El nombre artístico?

—Sí, Milagros Real. Así se llama o se quiere llamar, cuando actúe.

—Bueno, tuviste razón en quitarle la ese—dije—, es un real milagro. ¿Pero cómo cresta se llama?

Estábamos, no sé, ya en otra parte, en La Flor del Norte probablemente, mucho después, digo, al menos un mes más tarde, porque desde ahora, desde que estamos en La Palma hasta ahora, hasta que estamos donde estamos, o sea en el Tanatorio de Les Corts, ha pasado un año, pero ese año ha durado mucho, tiene la densidad, el espesor de unos diez años. En La Flor del Norte, entonces. Yo insisto:

—¿Pero cómo cresta se llama?

Y Sorel me ruega, me intima, me exige que no se lo cuente jamás a nadie.

—Y a quién se lo voy contar. No escribo en *El País*. No soy Juan Luis Cebrián.

—No, boludo, no es por eso...

—No soy Edgar Morin, ni Umberto Eco...

—No, boludo, en serio...

—No soy Iñaki Gabilondo...

—No, loco, mirame a los ojos...

Lo miré a los ojos y dije:

—Te estoy mirando a los ojos.

Y él:

—Prometeme, a nadie, no se lo contás a nadie, ¿entendés?

Yo:

—A nadie.

Él:

—Nunca.

Yo: silencio.

Él:

—Jamás.

—¿Pero qué? —pregunto ya un poco cansado de tanto misterio—, ¿es la hija de Fidel Castro acaso?

Digo así, por decir algo, lo primero que se me pasa por la cabeza. Y Sorel asiente.

—¿Qué?

—Lo que acabás de decir.

Pienso en chileno: me está hueveando. Digo:

—Sorel, me estái hueveando, ¿verdad?

—No, che, qué más quisiera yo. Su nombre es Olga Tatiana Yismenia Castro.

—¿Y eso qué? ¿Prueba necesariamente que es hija de Fidel? Hay muchos Castro.

—Pero uno sólo es su padre —afirma Sorel—, y es él, Fidel Castro Ruz.

—¿Y la madre?

—Una angoleña que vive desde hace muchos años en La Habana, Lidia Morais se llama.

Yo musito hacia mi vaso:

—Chucha.

—Eso, como decís vos, chucha.

¿Y qué?, dirá usted, la hija de Fidel Castro, o una de las hijas de Fidel Castro, ¿no puede marcharse a vivir a Barcelona y enamorarse de un escritor argentino y hacer lo que se le cante con su vida, lo que se le dé la real gana? Sí, claro que puede, la prueba: lo que le estoy contando. Pero igual.

—Chucha.

—Sí, chucha —retoma Sorel.

Es decir, ¿chucha qué? Bueno, problemas, o sea historias que Sorel creía o, mejor dicho, veía.

—Escuchame, hermano, cada tipo un poco moreno que veo pienso que son, vos sabés, de la seguridad del Estado cubano o como se llame, me digo ahora me raptan, me llevan a La Habana, me cortan las bolas, o nos raptan a los dos, nos lanzan al Caribe, a los tiburones, qué sé yo. Me cruzo en la calle con un mulato y me dan retorcijones, con dos mulatos y me tengo que retener para no salir corriendo.

Algo, supongo, debían saber, alguna escucha debía de existir, alguna filtración o «infiltración», después de todo, ¿a qué padre no le gustaría disponer de los medios de los que disponía el de ella para saber en qué andaba su hija? Pero lo cierto es que no pasó nada. No pasó nunca nada. Sorel se puso a pasar, él sí, por mi casa, a eso de las nueve o diez de la noche. Me tocaba el citófono: Boris, ¿querés bajar? No, estoy hecho polvo. Vení que tomamos algo, dale. Bajaba. Solíamos hacer un recorrido que incluía alguno de los bares de la plaza del Pi, o bien el Glaciar, en la plaza Real. Si no era demasiado tarde, El Quique era un buen lugar, pero por lo general recalábamos en lugares mucho más anodinos, como La Flor del Norte, o la tasca de la Barceloneta donde vendían champaña por copa y bocadillos de sobrasada con queso, y al final nos separábamos en La Palma. Un besito de Milagro: hola, rey; una última copa y a la casa. Él se quedaba, claro. Esperándola. Así durante los dos meses de verano. Él había decidido no salir de Barcelona, se comprende: tenía que darle los últimos toques a la novela. Yo, decididamente, no salía. Jamás. Nunca. Durante los tres primeros años. Ni un solo día de vacaciones. Lo que pasó, también, fue que las vacaciones se acabaron. Llegó el otoño, de un día para otro: brusco descenso de las temperaturas, nubosidad abundante, probables lluvias por la noche. Y ese mismo día llegó Paula. Pensé en él; bueno, en ellos dos, o en ellos tres, porque la noche anterior habíamos estado nuevamente en La Palma y de allí había logrado arrastrarlos un rato al Ginlet, el señor de los bigotes decidió cerrar ese día a las doce, cosa extraordinaria, pero están pasando tantas cosas raras en este mundo... Al día siguiente lo imaginé en el aeropuerto, ¿todo bien?, besito; todo bien, abrazo, y ella, en algún momento: ¿me extrañaste? O bien, carraspeando, carraspeando internamente, ahora voy y lo digo: te extrañé, mi amor, pero la piel que ya... y el corazón que ya... el alma que ya... Y, después de todo, ¿qué coño sabe uno? A lo mejor sí, era capaz de quererlas a las dos, cada una a su manera, a Paula los días impares, a Milagro los pares, a Paula de seis a nueve, a Milagro de una a cinco de la mañana. No sería el primero. Salíamos a menudo con Max y con Eddy, un buen amigo de Sorel, que se había integrado al grupo no hacía mucho. Había sido diplomático, Eddy, encargado de negocios del Perú en algún país exótico, algo así como Nepal o Bután, y ahora, desde hacía unos años, trabajaba para el grupo Santillana

redactando artículos para enciclopedias y libros sobre cómo adiestrar a su perro, el mundo del vino, los cátaros, etcétera. Cuando llegó el otoño y la lluvia y Paula, es decir cuando Sorel dejó de pasar a eso de las nueve o diez para ir a tomar algo, seguimos juntándonos un par de veces a la semana, o tres, con Max y Eddy, que era un tipo muy viajado, culto y que se sabía todos los chismes del mundillo cultural de Barcelona. Un tipo entretenido, Eddy. Y bastante alcohólico. Sólo bebía Johnny Walker etiqueta negra o Ballantine's de doce años. Aunque su preferido era el Dimple o, mejor aún, el Laphroaig. Pero esas marcas no existían por nuestros barrios, a lo mejor ahora sí, pero entonces había que pasar de la plaza de Cataluña para arriba, y eso era muy infrecuente, porque yo vivía donde ya he dicho y Max en Sepúlveda, casi al llegar a Urgell, y Eddy en el Paralelo, en un ático a pocos metros del Molino. A Eddy nunca lo vi perder la compostura. Derecho como una vara, remojado en alcohol como un encurtido y todo un caballero. Sorel desapareció, repito, durante un par de meses. Bastante si se considera que veníamos viéndonos casi todas las noches; es decir, que habíamos compartido el verano, o al menos buena parte de las noches de verano. Alguna vez pasé frente a La Palma y divisé a Milagro tras la barra, siempre junto al señor con bigotes de manillar de bicicleta y cola de caballo. Pero no entré. ¿Qué nos íbamos a decir? Hola, ¿qué tal? Bien, y tú, ¿qué tal? Bien, y tú, ¿qué tal? Bien, y tú... Patético. Además, prefería, prefiero, preferiré el Ginlet. Y en realidad esta historia también se podría terminar aquí. Gente que se conoce. Amores de verano. Veranos que se van. Fin. Pero no termina aquí. ¿Qué pasó enseguida? Que sonó el citófono, a las tres y treinta y cinco de la mañana, con veinticinco segundos, veintiocho, veintinueve...

—Está embarazada —dijo Sorel.

—¿Quién? —pregunté yo, y en realidad tendría que haber preguntado: ¿cuál de las dos?

—Paula, quién va a ser, contestó él.

No resultaba de una evidencia, digamos, palmaria. No entiendo nada, dije, aunque cuando terminé de decir «nada» ya entendía todo. Me contó, pero antes le pasé el papel de water, se sonó.

—Perdoname, che, qué cagada.

—Ya va a pasar —dije, y agregué—: Lo siento.

Lo que sentía era haber dicho una frase tan estúpida como «ya va a pasar». Él entendió otra cosa.

—No, no tenés nada que sentir —dijo.

Lo que, en estricto rigor, era cierto. Salvo que... Bueno. Paula regresó ese primer día de otoño: ¿todo bien? Todo bien, ¿y vos? Todo demasiado bien. Que las cosas habían retomado su curso. Es decir, Paula y él, él y Paula, porque esa misma noche, amor, te tengo que decir algo... Sorel: no sé, esas cosas las percibís de inmediato, me miró y bastó esa mirada y el tono tan

especial con el que dijo enseguida «amor» para que se me pusiera la carne de gallina. Y, claro, plaf, patatrás, cataplún: esperaba un bebé. Imaginate, lo veníamos buscando hacía tanto... y qué sé yo, contento, lo que se llama contento, sí, claro que lo estoy, un hijo, imaginate... Después, no sé, a la noche siguiente lo llamé a Eddy. Él es viejo, viste, se las sabe por libro... ¿Y? Nos encontramos por ahí. Curioso, ¿sabés que a Eddy le pasó lo mismo? No, ni idea. Sí, antes de conocer a Isabel, ¿la mexicana?, sí, la mexicana, justo antes de conocerla estaba emparejado con una nicaragüense, allá en el DF. Bueno, conoció a Isabel, se encamó con ella y, como por azar, la nicaragüense queda embarazada. ¿Y qué pasó? Lo que sabemos, se vino con Isabel a Barcelona y duró lo que duró. O sea, hasta hace nada, digo. Quince años, dice él. Pero tiene un hijo en el DF y ese hijo, que se llama también Edgardo, se viene a vivir con él justo ahora que se acaba de separar de Isabel. No me digas. Así son las cosas. Los caminos del Señor son insondables. Él sonríe: los de estos señores, al menos. Tras un silencio pregunto: ¿y tú? Bah, yo... Y es que lo que no había retomado su curso, o mejor dicho, lo que había menguado su curso, o amenazaba con salirse definitivamente de su curso o de su cauce o como quiera, era su historia con Milagro. Ahora paremos un momento. Para que luego no anden diciendo que no hago bien mi trabajo, se lo cuento altiro, de inmediato. Recuerde: estoy con Sorel en mi piso, él sentado en la silla de playa, entre paréntesis, ahora mismo está haciendo picadillo y tirando al suelo el papel de water que le pasé, ¿se acuerda? Y el problema es que no tengo escoba, ni pala, sólo fregona, lo tendré que recoger con la mano, con gusto le diría: por favor, ¿podrías evitar llenarme el suelo de mierdecitas?, es que no tengo escoba, pero... en estas circunstancias... capaz que lo tome mal... Bien, lo vamos a dejar allí un breve instante. Un segundito, por favor, no se vaya... No me acuerdo bien, probablemente dos, pongamos tres días más tarde estábamos con Sorel, Eddy y Max en el Boadas, porque al Boadas no hay que ir en verano, hay demasiado gringo, demasiado chino, demasiado japonés que no se pueden ir de Barcelona si no se toman una copa en el Boadas; el chino con su china, el japonés con su japonesa. *¿Boatás?,* muertos de la risa, clic, foto... Pero en otoño ya se puede volver. Y en eso estábamos, volviendo al Boadas porque ya era otoño y luego estábamos saliendo hacia no sé qué restaurant que había sugerido Sorel en la calle Montcada, cerca del Museo Picasso. Una de esas cosas de nueva cocina mediterránea, en donde siempre me temo lo peor, a saber: que la mousse de foie gras marino sobre su lecho de hortalizas consista en una tirita de algo así como un etéreo paté de almejas sobre muy exactamente una hoja de rúcula, digo bien una, adornada con un dibujo que podría haber firmado Paul Klee—dos o tres hilos de diferentes aceites de oliva y «acetos» de no sé dónde—, más dos rodajas de aceituna de un milímetro de espesor, y eso es exactamente lo que está ocurriendo y aunque uno sigue la conversación y no se pone de pie y le pregunta al camarero si le ha visto la cara de pendejo o qué, está pensando: ahora que mi laringe termine de aspirar este par de huevaditas microscópicas me largo de

aquí y me voy a comer un arroz a banda, o un lacón con grelos y cachelos, qué se han creído. Pero entonces, del otro lado de la vidriera que da a la calle, separada de nosotros por el vidrio, pues eso... Lo que se imagina... Ella. Sí. Como lo oye. O, mejor dicho, como lo vemos con Eddy, pues Max y Sorel le dan justamente la espalda al cristal: Milagro, del otro lado, mirando fijamente no a nosotros, sino a Sorel, o a la nuca, la espalda de Sorel. ¿Y? ¿Qué se hace en un caso igual? Se carraspea. Se intercambia una mirada cómplice con el vecino. ¿Estás viendo lo que yo estoy viendo?, se le dice en voz baja al interesado, como queriendo no interrumpir la conversación, aunque uno no la esté interrumpiendo, sino directamente acabándola. Julián, perdona, pero atrás... Y él: atrás qué. Y entonces se gira y la ve... se ven... Nosotros callamos, el restaurant, la calle Montcada, el barrio del Borne, Cataluña, España entera calla. Sorel dice: perdón, ya vengo. Sale. Y buenas noches. Quiero decir, no vuelve más. Pero antes vemos lo que vemos, Soler y Milagro intercambian algunas palabras, allí, del otro lado del vidrio, enseguida caminan, se alejan un trecho, él la abraza, es decir pone su brazo sobre los hombros de ella, pero ella se gira, se voltea, le da una bofetada. Sorel se toca la mejilla con dos dedos y luego se los mira, pero no puede distraerse mucho en esa actividad, pues ella ya le está tirando del pelo, tirándolo de las mechas, mechoneándolo y, durante unos breves segundos, su cabeza va y viene de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, un, dos, tres segundos, no más (pero ya es suficiente, ¿no?), como la cabeza de un mono de goma, o como la cabeza de un peluche con el que un niño se enfada, un, dos, tres, y los transeúntes siguen pasando junto a ellos, que están parados allí, en la mitad de la calle Montcada y forman justamente como un islote que los dichos transeúntes evitan, y cuando la mano de Milagro suelta la cabeza de Sorel, ésta sale brevemente proyectada hacia atrás y durante otro segundo Sorel parece un personaje de ópera mirando al cielo, increpándolo, *oh, Dio, che t' ho fatto...* y durante ese segundo parece que fuera a cantar, que su caja torácica, su tráquea, sus cuerdas vocales estuviesen a punto de emitir una frase de bel canto... *Dove vai maledeta, fermati là, fermati là...* Pero no. Va a ser difícil que Sorel cante en estas circunstancias porque, casi simultáneamente a ese segundo durante el cual su cabeza mira al cielo, Milagro arremete a puntapiés contra sus canillas y le propina una, dos, tres, cuatro patadas, y luego corre, se pierde, y Sorel se queda un brevísimo instante sin saber qué hacer y luego se agacha, se toca las canillas maltrechas, o los pantalones igualmente maltrechos, pero se incorpora de inmediato y sale corriendo detrás de ella, se pierde a su vez, y los transeúntes siguen pasando —y paseando— por la calle Montcada, que ya no es el callejón maldito que era hace sólo cinco años, ha abierto por ejemplo el restaurant en el que estamos y, al lado, una tienda de jabones provenzales, aceites para el cuerpo y todo tipo de adminículos destinados a hacernos pensar que nos transformamos en trovadores cuando entramos al baño. Pero no nos perdamos. En realidad, el único que se pierde en esta historia, por el momento al menos, es Sorel. Corre

tras Milagro, cojea un poco, es verdad, pero corre. Y desaparece. Eso es todo. Max, en estricto chileno, dice: ahí tenís mina, poh'hueón. Y Eddy, que es peruano, es decir que habla castellano, lo interpreta: no, es que estas cubanas... ¿Estas cubanas qué?, se preguntará usted. No sé. Supongamos que quiso decir que las cubanas son mujeres de armas tomar, son fieras, son de temer. Luego fuimos, como siempre o al menos como muy a menudo, al Ginlet. Y estuvimos dándole vueltas al asunto. Estaba fea la cosa. Noooo, muy, muy complicada. ¿Saben lo que va a pasar? Que Sorel va a estirar tanto la cuerda entre una y otra, que al final va a ser Paula la que lo va a dejar. ¿Ah, sí?, yo no creo, los hombres no nos separamos nunca. O sea, ¿se va a quedar con Paula, piensas tú? Claro, ¿te parece que es el primer hombre que tiene una aventura durante el embarazo de su mujer? En todo caso, la cubanita está hecha una pantera. No, seguro, va a dar pelea, no lo va a soltar así como así. Además, está de comérsela. Un bombón. De partirla con l' uña, como se dice en Chile. ¿De veras, así se dice?, se ríe Eddy. Claro, en el campo. Caray, qué mal hablados estos chilenos. ¿Y en el Perú no existe una expresión parecida? No, en el Perú se respeta a las mujeres. Sí, interviene Max, sóplame este ojo. Eso ocurrió, dos, tres días más tarde. Pero ahora, ahora mismo, son más de las cuatro de la mañana, Sorel está sentado en la silla de playa. Que las cosas no podían seguir así, murmura. Que pronto fue incapaz de... de todo, de comer con Paula, de cruzársela en el baño mientras se lavaban los dientes, de meterse a la cama con ella, no digamos ya de hacer el amor... Es cruel, es terrible, dice, pero es así. Puta madre, digo yo. Sí, la reputa de su madre, dice él, así se siente, como el culo, como el orto. Bueno, pero es mejor que la dejes a que la sigas engañando, aventuro (o «me» aventuro). Es mejor que las cosas se acaben ahora a que se transformen en un infierno, ¿verdad? Y que tú vivas y la hagas vivir a ella un infierno a fuego lento durante años, décadas, si acaso toda tu vida y la de ella. No, eso no, dice él, no podría. ¿Pero por qué mierda me tenía que pasar a mí? Por qué hay parejas que tienen hijos y se quieren y envejecen juntos y justo a uno le tiene que pasar, carajo. Me acordé de una frase de Borges: «... innumerables hombres en el aire, en la tierra y el mar, y todo lo que realmente pasa me pasa a mí...», pero claro, no le iba a salir con semejante pedantería. ¿Qué decirle? ¿Estas cosas pasan? Sería indecente. ¿O estas cosas «te» pasan? Sería una broma. De pésimo gusto. Decirle que los hombres solemos ser así, inmaduros, creemos que podemos controlarlo todo y que tu mujer está allá, a quince mil kilómetros, te resguarda de... ¿de qué?, ¿de tus propios sentimientos? O sea, el hecho de que tu mujer esté lejos te permite hacer como si no estuviera. ¿Eso quiere decir que ya no está contigo? ¿que ya no está en tu corazón?

Al final tuve que decir una tontería:

—Bueno, todo se acaba.

—Bonita frase, ponele unas margaritas silvestres, un fondo musical de Genesis...

Sorel acaba de un trago el pacharán y enseguida llena el vaso con el

fondo de whisky que queda en la botella.

—Como quieras, el decorado lo pones tú.

—Es que eso no es cierto —dice—. Yo, en el fondo, amo a Paula.

Pienso: todo consiste en saber a qué profundidad se encuentra ese «fondo». Pero tampoco lo digo, ¿porque quién es uno, después de todo, a ver? Sorel sigue:

—Lo que pasa es que estoy encoñado. Más tira un pelo del coño que una yunta de bueyes.

Me atrevo a preguntar:

—¿Y eso es amor?

—Y qué mierda sé yo qué es amor, qué no es amor, qué mierda sabe uno.

Es verdad. Qué mierda sabe uno sobre el amor, sobre la vida... Tienes razón, le digo. Se levanta. Va hasta la ventana. Regresa a la silla. Vuelve a ir a la ventana. Se rasca la cabeza. Qué cagada, loco, qué cagada; de pronto pregunta:

—¿Me puedo dar una ducha?

—Claro, por supuesto.

Y él agrega:

—Es que me vomitó.

—¿Cómo?

—Sí, bueno, así... me vomitó.

—¿Cómo que te vomitó? ¿Tú le dijiste que te querías separar y ella por toda respuesta abrió la boca y te lanzó un chorro de vomito? ¿Como en *El exorcista?*

—No, boludo, claro que no.

Eso le cuesta. Se nota. Le cuesta contarlo porque, en realidad, uno se separa y días más tarde dice «me separé de...», y años más tarde dice: «cuando me separé de fulanita», y hasta se puede reír o sonreír o francamente desternillarse de la risa, da lo mismo lo que haga uno después, la estocada, la puñalada se vive en el momento, cuando uno escucha: «nos tenemos que separar», o cuando uno dice: «me voy, creo que es lo mejor». Allí se produce realmente la herida. ¿Cicatriza? ¿Mal? ¿Bien? ¿Lentamente? ¿O demasiado rápido, pero de pronto, en el momento menos pensado, se vuelve a abrir, se raja como un bloque de hielo al sol? Ese es otro cuento. Cortopunzante, la herida, allí, en el corazón, en el cerebro también; porque, claro, está eso: la vida misma, lo que uno ha hecho con ella, con su vida, es decir los recuerdos. En fin, dice Sorel que no, ya no podía más. Él no podía más de llegar por la noche y tener ganas de irse de esa cama a la cama de Milagro, a la otra cama. Era tener dos vidas, musita como para sí mismo; me sentía como si hubiese sido dos personas distintas. Y ella, Paula, tampoco podía más. No podía más de darse cuenta de que Sorel estaba allí, con ella, pero, cómo decirlo, no «era»

con ella, o sea que estaba sin ser, y ya se sabe, el problema es ser y estar, estar y ser. Que no podía más de esperar despierta que él llegara a las tres, a las cuatro de la mañana, y últimamente ya ni siquiera llegaba. Se le notaba la tristeza en la mirada, hasta en la manera de moverse se le notaba a Paula. Una tristeza profunda, animal, «anterior» a ella. Es que, claro, esperaba un bebé, imaginate, y me empezó a pasar que ya no llegaba a casa, porque eso pasa, una noche te quedás, llegás al día siguiente a las siete, ocho de la mañana, con una culpa que te querés morir, que allí mismo se abra la tierra y te trague para siempre, por maricón, pero igual... uno encuentra una excusa burda, allí, antes de abrir la puerta, qué le digo, qué le digo: hola, es que me encontré con fulano y estuvimos chupando, no me podía venir borracho como estaba. Vas inventando mentiras cada vez más burdas, mentiras del porte de un transatlántico: es que estaba donde Chema, ¿te acordás de Chema? El que... ¿sí? Bueno, lo pasé a ver y, justo, teléfono, era su padre para avisarle: se le había muerto la hermana, ¿te imaginás?, la hermana de Chema... y, qué querés, lo acompañé a Valencia, no podía dejarlo ir solo...

—¿Y ella? —pregunto.

—Bueno, vos sabés cómo es Paula.

—Sí—digo, y luego, pensándolo bien—: No, en realidad, no tengo ni idea. ¿Cómo es Paula?

—¿De verdad no te la imaginás? No sé. Es... cómo decirlo... un poco a la antigua, o más bien es una mujer moderna, con pinta de moderna, con aires de moderna, pero con una formación absolutamente tradicional, y cuando digo tradicional...

—Quieres decir que cree que el matrimonio es para toda la vida —lo interrumpo.

—Sí. Bueno, no es que ella crea, es que, de alguna manera, lo espera, es una expectativa profunda. Y ella sabe (Paula, ¿vos sabés, verdad? ¿Qué? ¿Sabés que la cosa es así, que las relaciones de pareja están sometidas al desgaste del puto tiempo? ¿Sabés que el amor se acaba, Paulita? Ay, por favor, Julián, ya sé, lo sé todo, ¿pero no me podés decir que me amarás para siempre, que estarás conmigo siempre? Y si no podés, ¿podrías al menos cambiar de tema? Siempre te amaré, Paulita, siempre estaré contigo; pero vos sabés, ¿verdad? Pero qué tipo pesado...), lo sabe todo, como vos, como yo...

—Pero espera otra cosa.

—Eso, espera otra cosa.

—El amor, espera.

—Y quien espera el amor, no calcula su término.

—No calcula, punto.

—Claro, está en la eternidad.

—Está bonito eso.

Sorel se queda un segundo en silencio y luego:

—Si será mina —murmura.

—¿Y qué te esperabas, una camioneta diésel?

—Boludo.

En fin, una noche no pudo más, Sorel. Y Paula tampoco pudo más. Hubo gritos. Recriminaciones. Llantos. Portazos. Pero claro, ella está embarazada. Sorel dice: me voy. Dice: creo que es lo mejor. Y ella: eso, vete, no vuelvas nunca más, pero nunca, ¿entendés?, nunca, no se te ocurra, ni dentro de uno, ni dentro de diez años. No se te ocurra volver nunca más, Julián. Sorel: ¿y el niño?... Paula: ¿qué niño? Lo mira con ira, con desprecio: ¿porque ahora me vas a decir que te interesa tu hijo? ¿que lo querés? ¿que harás todo para que sea feliz? ¿Pero vos creés que soy boluda, vos creés que te podés reír en mi cara, especie de sorete? Sorel dice: basta, Paula. Se acerca a ella: Paula, te lo ruego. Y ella retrocede: vete, por favor. Pero él cae a sus pies, se abraza a sus tobillos, solloza, no lo cuenta, no lo contará nunca, pero en ese mismo minuto se siente el hombre más desdichado del mundo. Solloza y se abraza a los tobillos de Paula. ¿Como el náufrago a la roca? Eso, como el náufrago a la roca, al palo, a la rama, a la cuerdecita. Y Paula, mucho más digna y sensata y «real» —porque, claro, es mujer y cree en la eternidad del amor, pero cuando el amor se acaba cierra la cortina y punto—, se queda allí, de pie, con la espalda apoyada contra la pared, porque le ha dolido bastante la espalda últimamente y está tan pero tan cansada, ya sólo quiere que todo pase, que todo acabe y dormir, dormir, dormir. Pero sobre todo, allí, contra la pared, se está comenzando a sentir mal. Que se marea, siente, por eso dice: Julián, por favor, vete, no seas ridículo. Y él no puede decir nada, porque piensa que en realidad debería irse, meterse a un cuarto de hotel en el barrio chino y acabar de una vez con esa tragicomedia repugnante en la que se ha convertido su vida. Y entonces la escucha a ella, allá arriba, diciendo Julián, espera... lo siento... Y él va a replicar: pero qué dices, Paulita, soy yo el que lo siente, pero te prometo que... Y está diciendo justamente eso: te prometo que nuestro hijo, Paula... está diciendo... que me voy a ocupar de nuestro hijo, Paula, te prometo que será... Y entonces siente primero el líquido cálido, tibio, cayendo en su coronilla, derramándose hacia las orejas, el cuello... y luego alza la testuz, la triste testa, y en la frente le llega una masa, una mazamorra aún más densa y tibia (y aunque él mismo no lo crea, su cerebro se las arregla para descifrar: tortilla de patatas, ensalada de lechuga y tomate, yogurt natural, agua mineral sin gas... y también, en alguna parte, su cerebro le dice: ¡mierda!), y entonces libera los tobillos de Paula, que parte corriendo y se encierra en el baño. Y él se queda allí. En cuclillas sobre el suelo de la sala, en medio de su reconquistada soledad. Todo chorreado. Pero triunfante. ¿Triunfante? Bueno, cuestión de puntos de vista. Y eso sería todo, ¿le parece poco?

—Es que me vomitó —dice Sorel.

—¿Como en *El exorcista?* —pregunto—. ¿Y ni siquiera te diste una ducha?

—Bueno, te imaginás... me lavé un poco el pelo... como pude.

—Puta, qué chancho.

No, es que, perdone, no sé usted, pero a mí el llanto ya me pone un poco de los nervios, pero el vómito, eso sí que no, es más fuerte que yo, sencillamente no lo tolero. Le digo: toalla, mientras saco una del armario y la deposito sobre la mesa. Saco también una camisa y le digo: camisa, te va a quedar estrecha, pero es mejor que nada. Voy a la cocina, saco una bolsa grande de basura de debajo del lavaplatos. Le digo: ropa sucia. Estoy a punto de decirle: te la llevas. Pero pienso: ¿dónde? Le pregunto: ¿pantalones, ropa interior? Él dice: no, está bien, gracias. Ya sabes dónde está el baño. Luego marco el número de Max y dejo sonar.

—¿Aló?—dice Max, con una voz de sueño profundo.

—¿Desayunamos dentro de cuarenta y cinco minutos? Se escucha un gruñido y luego un suspiro.

—Son las seis de la mañana, Boris, por la cresta.

—Por eso, a las siete menos cuarto en el bar de los bajos de tu edificio.

Se aclara la voz y pregunta:

—¿Pasa algo?

—¿Algo como qué?

—No sé, alguna catástrofe aérea, alguna muerte, un crash bursátil, qué sé yo.

—No, todo bien.

Y él, con su habitual corrección en el hablar:

—¿Y pa'eso me llamái a las seis de la mañana, huevón?

Yo, mirando a Sorel:

—No exactamente.

Se escucha otro gruñido:

—Puta que hueveái. Bueno, digamos a las siete —y cuelga.

Me ducho yo primero, perdona, es que voy a salir, le digo a Sorel. Pero entonces suena el teléfono.

—Mejor a las ocho —dice Max.

Y vuelve a colgar.

3

Madrazo 86. Ha vuelto a pasar delante de ese edificio. Ha vuelto a pasar ahora, o sea veinte años más tarde. El edificio parece vetusto, ¿o siempre lo fue? Siempre fue vetusto y él no se daba cuenta. Probable. Es un edificio gris, color plomo. Una construcción de los años cincuenta —pasillos amplios, sombríos, muros gruesos y departamentos vastos, con muchos cuartos vacíos y un olor como a cañería o, mejor dicho, a gas de cañería—que desentona un poco en esa calle de construcciones mucho más modernas. Un edificio que podría haber estado en Bucarest, en una calle gris y blanca, nevada, sin automóviles, o con un par de automóviles negros y voluminosos, pero sin anuncios, ni transeúntes. Ahora, veinte años después, Boris ha dado algunos pasos en el vestíbulo, ha respirado ese aire un poco más denso que el de la calle y eso lo ha hecho pensar en esa palabra española tan curiosa: estraperlo. Y se ha dicho que, en su memoria al menos, el edificio huele a eso, a estraperlo, a pensión de posguerra, a sopa de col, a patatas hervidas, a capítulo de Juan García Hortelano, de Camilo José Cela. Ha subido por Aribau y vuelto a bajar por Balmes: Aribau, Madrazo, Balmes. Eso es ahora, veinte años después. Pero en ese momento, o sea en el momento de este relato, era un edificio como cualquiera. Y ellos eran personas como otras; sólo después, al recordar, se distinguen los detalles. Como si fuera un lente deformante, la memoria. Vivían allí, Sorel y Paula. Y no tenían nada de particular. Sencillamente se iban a separar, se acababan de separar, se habían separado. Él era escritor. Y ella pianista. Sólo eso. Alguien, un tal Paco de la Paz, le encargaba a Sorel que le escribiera novelitas. Un ganapán como otro. Sorel tenía una pluma excelente. Escribía para una colección llamada Jazmín, que dirigía el tal Paco de la Paz. Novelitas de cincuenta o setenta páginas, tituladas *Amigas y rivales,* o *Me enamoré de una princesa,* o *Delito del corazón.* Escribía con seudónimos, obviamente. Escribíamos, porque claro, yo escribí más de alguna, lo confieso. Él tenía poco tiempo para esa literatura alimentaria y a mí, cuando acababa mi trabajo en la agencia, me sobraba. Además, tampoco eran novelas de Julián Soler. Él era Farah Faulkner, ese era el seudónimo que más le gustaba, pero también solía firmar como Giovanna Dos Passos, Theresa Sandra Elliot, Madeleine Proust... A veces llamaba: estoy harto, ¿no me querés ayudar? Más de alguna vez se las terminé. O sea, yo también fui Farah Faulkner y Madeleine Proust. Y ya cuando sus propias novelas comenzaron a venderse un poco y a traducirse otro poco, entonces empezó a llamarme antes aceptar los encargos, me contaba, en líneas

generales, los elementos que debía incluir la trama, preguntaba: ¿te interesa? Alguna vez me interesó. No era tan complicado y pagaban. Firmé algunas con el seudónimo de Juana Austen *(Locura de amor* y *Amantes y amigos,* creo) y otras bajo el de Victoria Woolf *(Adeline y Orlando, Las olas me hablan de ti).* También fui Simonetta Debeauvoir, Albertine Camus y no sigo porque eso ya lo hizo Vargas Llosa y no se trata de volverle a contar *La tía Julia y el escribidor,* ¿no?

Ahora ha ido. Hace un par de semanas ha vuelto a Barcelona. Un edificio vetusto, en una calle atestada de gente, automóviles, comercios. Unos días radiantes en Barcelona. Él viene de París, ahora mismo está allí, veinte años después. Y en París hay unos cielos color panza de burro, color burro, color patada de burro, el sol no se ve a comienzos de febrero en París y a Boris le hace falta el sol, el sol del desierto de Chile, el sol de la isla, pero bueno, ese es otro tema, no nos adelantemos. Por eso ha venido a Barcelona, Boris. Por el sol. Y también, claro, por los veinte años, por los recuerdos. ¿Usted no hubiese hecho lo mismo? ¿No?... ¿Sí?... ¿A lo mejor?... ¿No sabe, no contesta? Bien. En todo caso no le está contando esto para divertirlo, Boris. Lo de Jazmín y las novelitas. Es que tenía que entregar una de las novelas, entregársela a él, a Sorel, porque el tal Paco de la Paz, durante mucho tiempo, no se enteró de que Boris también trabajaba para él. La pluma que el tal Paco de la Paz contrataba era la de Sorel, no la de Boris. Era un tipo extraño el tal Paco de la Paz. Muy delgado, con una barba rala y una cabellera larga, canosa. Llevaba unos anteojos enormes en un rostro enjuto, fumaba todo el tiempo y, según Sorel, jamás pronunciaba una palabra de más. Callado el tal Paco de la Paz. Hermético. Bueno, la verdad, con Boris fue todo salvo hermético, pero eso fue mucho después. Según Sorel, era un tipo que no hablaba sino lo estrictamente necesario. El tipo es rarísimo, contaba Julián, llama y dice: *¿La hermana celosa,* me la tendrás para cuándo? Yo contesto: dentro de diez días, como quedamos. Y él cuelga. No dice ni chao. Tampoco dice hola. Suena el teléfono: *Las secretarias también aman,* ¿para cuándo? Una semana, respondo, y el otro cuelga. Raro el tipo. Pero bueno, decía Sorel, paga, eso es lo que cuenta. Precisamente por esos días tenía que entregar *Pasión tropical,* una novela en que el amor termina por imponerse sobre la corrupción, el egoísmo y la sed de poder... una novela que la hará llorar, reír, soñar... pero, claro, no estaba terminada. Había un joven ingeniero, Roderick Urzúa, y una mujer excepcional, una filántropa, Jennifer Lispector, mayor que él, pero, desde luego, «una mujer absolutamente extraordinaria». En fin, había un par de cosas no muy claras aún, pero al final, obviamente, Roderick y Jennifer descubren que están completa, endemoniada, terriblemente enamorados, y en la última escena graban un corazón en la corteza de un árbol. Porque todo esto ocurre en un país medio salvaje, con grandes bosques tropicales, lagos del porte de una ciudad, casas sobre palafitos, canoas que se deslizan sobre las aguas en medio de una sinfonía de pájaros y unos

mosquitos que te cagas, aunque esos los habían dejado fuera. Al final graban el corazón en la corteza de un árbol. Un corazón atravesado por una flecha. Con la frase siguiente a manera de rúbrica: Rod & Jenny, love for ever. Eso era lo que más les gustaba: «er» Rod y la Jenny, decía Boris. La jenny de granos, contestaba Sorel. Y Boris: la jenny de arrugas. Se reían. Lo pasaban bastante bien, la verdad. Pero tenían problemas. Tenían la trama en líneas muy generales. Roderick es un joven ingeniero de origen guatemalteco. Cuando se entera de que el gobierno de su país pretende vender a un grupo internacional de hoteles de lujo los terrenos en donde vive una de las comunidades indias más importantes, entra en contacto con la Lispector Foundation. Conoce a Jennifer. La Lispector Foundation compra los terrenos e impulsa proyectos de desarrollo sostenible con las comunidades indígenas. Se enamoran. Graban el corazón en el árbol... Sorel: ¿qué árbol? Boris: no sé, tiene que ser un árbol tropical, no lo van a grabar en un álamo, ni en una encina, pero la cosa terminaría con una frase del estilo: «la luna iluminaba con su resplandor el baobab que cobijó sus primeros besos, Roderick sacó su cortaplumas y dibujó un corazón en la corteza de ese árbol: Jenny & Rod, love for ever... Este será nuestro árbol, Jennifer». Y Sorel, riéndose: sí, pero el babobab es africano, en Guatemala existe la ceiba, aunque pongamos mejor un saúco porque la corteza de la ceiba tiene espinas. Boris: ¿estuviste en Guatemala, tú? Sorel: parte de mi infancia. Boris: ¿y eso? Sorel: mi padre fue asesor económico del gobierno de Jacobo Arbenz. Boris: Arbenz, ¿el presidente de izquierda? Sorel: el último presidente progresista que tuvo Guatemala, tanto así que los norteamericanos terminaron por invadir el país. Boris: ¿tú naciste allá? Sorel: casi justo antes de que llegaran los yanquis, mi padre mandó a mi madre, que estaba embarazada de mí, a partir a Mendoza, donde mis abuelos. Boris: pero nunca conociste Guatemala, entonces. Sorel: sí, mi madre regresó como al año, conmigo en brazos, pero para ese entonces mi padre se había transformado en perseguido político y en el amante de una guatemalteca multimillonaria que fue hasta hace muy poco su mujer. Boris: ¿y tu madre qué hizo? Sorel: es una historia larga, otro día te la cuento. Retomemos: la luna ilumina con su resplandor de plata el saúco que cobijó sus primeros besos, Rod graba el corazón: «este será nuestro árbol, Jennifer. Sí, dice ella, será nuestro árbol, nuestra casa en el mundo. Rod dice entonces: te amo, Jenny». Y Boris: te amo a matarte. Sorel: qué cansado estoy de esta mierda, ¿si siguiéramos mañana? Boris: vale, pero no más tarde porque todavía nos queda un par de semanas para escribirla. Eran casi las dos de la mañana, estaban hechos polvo. El problema es que no hubo mañana. Así de simple. Como en una novelita romántica. O quizá mucho más simple que en una novelita de amor, porque Sorel murió. Eso es todo. Bueno, es verdad que a veces no es tan simple morir. Puede ser lento. Puede ser complicado. Y había tenido ya una advertencia, Sorel. Cuando se separó de Paula. Poco después de que se marchó de la calle Madrazo, justamente. Volvamos atrás. Estaba en la ducha, Sorel se acababa de marchar de su casa, lo habían

vomitado, ¿se acuerda? Bien. Después de eso pasó quince días o un mes durmiendo en casas de amigos, en la mía, en la de Eddy, en la de Max. Pero es una manera de hablar, porque sobre todo estaba con Milagro. Te llamaba, te pedía alojamiento por dos o tres noches. Sí, claro, decías tú. El tipo venía, depositaba su bolso de recién divorciado, ese bolsito emblemático de la libertad recuperada que todos hemos llevado y traído más de alguna vez, lo tiraba en un rincón y se largaba. No lo veías más. Al menos así me ocurrió a mí. Las veces que se quedó en mi casa no durmió nunca allí. Lo que más me jode es que no puedo trabajar, decía. Aparte de eso, no tener casa, la verdad, qué querés, me siento aligerado. Nunca mejor dicho, decía yo. Y él: pero no me molesta... para nada. Me lo topaba algunas veces por las mañanas. Venía a trabajar en mi máquina de escribir, pues la de él era una de esas pesadas máquinas eléctricas, con una pequeña pantalla de cristales líquidos en donde se podía leer la frase antes de mecanografiarla. Pero con ese tanque no se podía desplazar de casa en casa. De manera que mientras yo estaba en la agencia, Sorel escribía en mi cuarto de estar. Cuando regresaba a casa, él por lo general iba saliendo. Cero problema, como se dice en Chile. Poco tiempo después alquiló un ático en Joaquín Costa, a una cuadra de la ronda de San Antonio. Un lugar especial: no tenía ventanas, sólo un par de tragaluces en el techo. Era un cubo enorme, ocupaba la mitad del terrado del edificio. Sorel instaló una cama, una mesa de trabajo y dos sillones viejos. Nada más. Los libros estaban en pilas, desde el suelo prácticamente hasta el techo. Cuando le preguntaba cómo lo hacía para sacar un volumen sin que lo sepultara ese verdadero muro de libros, respondía: talento literario, hermano. También había revistas, diarios, una colección de sopletes del siglo pasado que alguien había olvidado allí y cuatro óleos que alguien —¿el dueño de los sopletes?— había abandonado. Unos óleos horrorosos, como para terminar de desencantarse de la especie humana, pero que Sorel insistió en colgar de los pocos muros que no estaban cubiertos de libros, el del cuarto de baño, sobre la cama, en la cocina. A él le hacían gracia, eran unos jamones con alas, unos cerdos que volaban sobre una pareja fornicando en una especie de mar de excrementos, cosas así. Cuando pegaba el sol, el piso era un horno. Cuando hacía frío, una nevera. Casi no tenía luz natural, pero eso a Sorel en vez de incomodarle le agradaba. Decía: oficio de tinieblas, y se reía. Tenía una ventaja importante, eso sí: estaba muy cerca del piso de Milagro, que vivía en la misma calle, pero casi al llegar a Carmen. Ocurrió un sábado por la noche, la advertencia. Sorel nos había invitado a cenar, con Eddy y Max. Me estaba poniendo la chaqueta para bajar, cuando suena el teléfono. Es Milagro, que si puedo ir rápido, que Sorel se ha desmayado. ¿Cómo? Ella: sí, es que no se encuentra nada de bien, desde ayer, ¿sabes? Cuando llego está en la cama, consciente. Pero muy bajo de tono, apenas habla. Le toco la frente: ardiendo. Milagro ha llamado a un médico. El médico dice: fiebre alta, presión baja, ligera arritmia, es mejor que vaya al hospital. Sorel replica: ¿hospital?, ni hablar, si es una gripe, ¿qué voy a ir a hacer al hospital? El médico, en

catalán: vosté mateix ¿eh?, yo sólo cumplo con advertirle, a mi juicio necesita más exámenes. Milagro dice: nos vamos al hospital y punto. Llamamos un taxi. Es curioso, el taxista va escuchando jazz, una de las composiciones más conocidas de Miles Davis. Sorel, que de jazz sabe más que nadie, murmura: *Ascensor para el cadalso,* toda una premonición. El hospital. Recuerdo una habitación blanca, espaciosa, una ventana alta que da hacia un patio interior. Recuerdo un día blanco. Sorel había instalado un walkman con dos pequeños parlantes y el jazz inundaba la habitación, *Ascensor para el cadalso,* precisamente, pero también Herbie Hancock, Stan Getz, Dizzy Gillespie, Wayne Shorter... Las notas del piano, del saxo, de la trompeta inundaban la habitación blanca y era fácil imaginar que salían por la ventana y se expandían en el día blanco, por el aire blanco bajaban hasta Las Ramblas, cruzaban el puerto y se disolvían en la bruma, sobre las olas grises. ¿Sorel? Bien, gracias. Aparentemente no tenía nada. Le hicieron todo tipo de exámenes durante tres días. Me trajeron a dormir y a escuchar jazz, decía. Bueno, no tenía nada..., sí que tenía, ya veremos. Además, estaba en ciento diez kilos, o sea sobrepeso tenía, por lo menos veinte kilos, colesterol también y, claro, los dos paquetes de Coronas que se fumaba, además de los puros cuando tocaba, su buen Montecristo, su Rey del Mundo, más el vino y, con el puro, su copita de cognac, su whisky de doce años (o de cinco años, o por último del año, no habiendo otra cosa)... Todo eso tenía. ¿Ejercicio? Cero. Los médicos fueron implacables: a dieta, las cinco frutas y verduras rituales cada día, nada de carnes rojas, ¿el bife de chorizo, las mollejas, la provoleta asada?, sólo en fotos. Y a trotar o a nadar o a practicar tenis de mesa o, de preferencia, los tres. Sorel se reía, si me habrán visto cara de boludo... que me ponga a jugar ping-pong a mi edad, lo que faltaba. A los tres días estaba en casa. Bueno, es un decir: Milagro se lo llevó a su departamento, que al menos tenía ventanas (dos, concretamente) y le entraba el sol y estaba ella para vigilarlo: las cinco verduras y frutas, que bajara por lo menos a caminar por el barrio, etcétera. Pero, obviamente, a la semana se había olvidado de todo, adiós a las buenas intenciones. Es que es muy difícil pasar de dos paquetes a ningún cigarrillo en una semana, rechazar un purito después de una buena cena, comer sólo pescados «azules», pechugas de pollo, pavo, ¿ha visto algo más insípido que una pechuga de pavo? Y verduritas, verdes, blancas, amarillas... ¿Vino?, una copa, dos máximo, en ningún caso la botella. ¿Bajativo?, ni se le vaya a ocurrir. Estos boludos te quieren hacer vivir como un filósofo presocrático a fines del siglo XX, se quejaba Sorel, como si no existieran ni Freud, ni Lacan, ni mi madre, ni Israel, ni Palestina, ni la especulación inmobiliaria, ni los créditos de consumo, como si uno viviera entre templos y campos de tomillo junto al mar. Ya, Julián, calla de una vez, le decía Milagro, que la que se va a morir voy a ser yo de escuchar tantas necedades, oye. Te me cuidas y ya está, ¿tú entendiste? Pero no, qué iba a entender. A las dos semanas, lo mismo de siempre. Vuelta al encierro en el ático, a las cinco o seis horas de escritura diaria, a los cuarenta cigarrillos, al vinito, a la butifarra

amb mongetas... Era invierno, también. Y, claro, por favor, un poco de compasión, en invierno un tipo que habitualmente se considera en lo más hondo de la miseria si pasa más de cuarenta y ocho horas sin comer carne, difícilmente se va a sustentar ingiriendo berenjenas, apios, acelgas y otras futilidades. ¿Y además quiere hacerlo beber sólo agua? No, tome una faca y ábralo en canal, le hará un favor. En fin. No había pasado nada. Al menos esa vez... menos mal. Salvo que, claro, por ahí, en el trasfondo, sin que se la mencionara, ni mucho menos se la viera, andaba Paula y el niño que iba a tener Paula, o mejor dicho, que iban a tener, porque Sorel nunca renunció a ejercer su paternidad. No sé, che, ya se arreglará, decía. Quería decir: ya se «arreglará» Paula, o sea se resignará a que su hijo tenga un padre a la distancia. Le pesaba, le preocupaba, pero qué hacer... ya se arreglarían con Paula, ya llegarían a un pacto, ya pasaría el tiempo y lo alisaría, o lo azularía, o lo plancharía todo.

Fue una época productiva también. Sorel publicó *La última novela de Stendhal.* Que era la tercera novela de Julián Soler. Y bien, muy bien. Consiguió un anticipo más que confortable. Pero, además, la crítica fue alentadora, por decir lo menos. «Julián Soler—escribió Andoni Zugazagoitia en "Babelia"— narra con el espesor literario de Borges y el humor patafísico de Gombrowicz. El lector tiene, pues, ante sí una síntesis de dos literaturas que habitualmente se han considerado en las antípodas, la de dos monstruos sagrados de la literatura argentina del siglo XX. El resultado es una verdadera delicia». Oriol Muñoz-Cobos agregaba en "El Cultural" de *La Vanguardia:* «Una notable capacidad de invención, una fábula sobre el desconcierto del hombre actual, comparable con Kafka y Saul Bellow». Cuando apareció la traducción francesa *(Le dernier roman de Stendhal),* Georges-Hippolyte Hubert escribió en *Libération:* «Julián Soler es el más digno heredero de Gombrowicz, Cortázar, Piglia. Como ellos, Soler nos demuestra que no sólo estamos lejos de asistir al ocaso de la novela, sino que ésta puede entrañar una estrategia de subversión y transformarse en un arma peligrosa». Tres años más tarde aparecerá una traducción inglesa, *The last novel of Stendhal.* Y es una lástima que Sorel ya no esté entre nosotros para degustar la crítica. Le habría encantado. La hace Serena Ratcliffe, en el *Times Literary Supplement,* nada menos. En su reseña proclama a Sorel el heredero de Julio Cortázar y de Borges, pero un Julio Cortázar y un Borges que hubiesen invitado a cenar a Jarry y a Saul Bellow y escribiesen a cuatro manos, después de los bajativos. Igual exageraba un poco, Serena, pero a una crítica del TLS uno no va a contradecirla. Osea, bien, muy bien. En otro orden de cosas, es decir mucho más modestamente, hay que consignar que también dimos a la imprenta *Seré tu amante esta noche,* de Francine Scarlett Fitzgerald; *Espérame en La Habana,* de Georgina Greene y *Sedienta de pasión,* de Pauline Auster. Estas últimas, aunque no eran del todo malas, no merecieron reseñas en ningún diario. En definitiva, un período altamente productivo. El problema no era la

producción, ya estaba demostrado que Sorel—perdón, Soler—podía hacerse pasar por Borges y por Gombrowicz, tener visos de Bellow e invitar a su cocinería literaria a Cortázar y hasta al delirante de Jarry. O sea, Soler sabía fabricar bombas, bombitas caseras que reventaban en la cara de los lectores. Y, más o menos juntos, podíamos hacer soñar y suspirar y hasta... bueno, eso... a todas las amas de casa y las secretarias y cajeras de España, lo cual, bien mirado, tampoco era tan desdeñable. Despreciable sí. Si usted juega todas las tardes con Alfred, con Jorge Luis, con Witold, con Julio, claro que lo es. Es bajo. Es abyecto. En cualquier sociedad de escritores, en cualquier ateneo de provincias, o sea en Santiago de Chile, por ejemplo, nos mandaban a la horca moral, al purgatorio del grado cero, al infierno de la subliteratura. Y con justa razón. Pero no era desdeñable. Ganábamos algo de dinero. En el fondo, estábamos bien. Bastante bien. El problema era el aneurisma septal atrial que le habían terminado por descubrir a Sorel en el hospital. Porque, después de muchos exámenes, sí que le habían descubierto algo. Y es que cuando a los médicos les da por buscar, encuentran: el colesterol elevado, la tiroides atrofiada, una malformación del intestino delgado, ¿un menisco?, ¿algún furúnculo?... Aneurisma septal atrial, habían encontrado en este caso, conocido en la jerga médica como ASA. ¿Por qué no se lo habían diagnosticado antes? Eso, la verdad, ni idea. ¿Qué es? En cristiano: una buena mierda. Una malformación congénita del tejido cardíaco, un abultamiento del séptum, o pared cardíaca, en uno de los ventrículos superiores del corazón. El riesgo es que se desprenda un coágulo y que ese coágulo pase a la sangre y de allí, en el noventa por ciento de los casos, al cerebro. Provoca entonces lo que se llama accidente vascular cerebral, AVC. Y eso fue lo que ocurrió: ASA + AVC =QEPD... Kaputt, salut les copains, addio, buenas noches los pastores... Le habían dado, claro que sí, unas pastillas, unas píldoras... para dorársela, a la vida misma, ¿conoce usted algún médico que no caiga en la tentación de recetar? ¿Alguna pildorita, unas tabletas efervescentes, unos supositorios por lo menos? En este caso fueron anticoagulantes y estatinas para bajar el colesterol. Pero Sorel como si nada, quiero decir, no se las tomaba, o se las tomaba una vez por semana. Se olvidaba, le daba lata. Es que no era alguien capaz de... ¿capaz de qué? Capaz de pensar que azada son la hora y el momento, como dice Quevedo, o sea que la muerte le pisaba los talones. Y, sobre todo, no era capaz de «hacer» nada para salvarse. Uno le decía: las píldoras, Sorel, y él contestaba: sí, sí... Pero nada. Hay algo obsceno en querer salvarse a todo precio, me dijo una vez, en tratar de vivir como sea unos meses más, un par de semanas, media hora, cinco minutitos... Aún no tenía cuarenta años, había publicado tres novelas, le comenzaba a ir bien; es decir, veía una puerta abierta ante sí, y tras esa puerta un sendero, un camino, una carretera por donde él, Julián Soler, iba a hacer lo que «sabía» —o intuía, pero con esa intuición que es casi una certeza—que tenía que hacer. ¿Y qué tenía que hacer? Escribir. Son seis novelas, me dijo. Y me las contó. Era una noche de otoño y habíamos subido al terrado de mi casa, en la calle Cucurulla.

Veíamos las agujas de la catedral, la torre de la iglesia del Pi, las gaviotas yendo y viniendo entre una y otra, y también los aviones que sobrevolaban la Barceloneta hacia el aeropuerto del Prat. Por la noche, desde los terrados, es mágica Barcelona. ¿Y nuestras vidas? Uno hubiese podido pensar que también lo eran. Eran los ríos, al menos, nuestras vidas, que iban a dar a la mar que... claro, ya se sabe... pero la mar estaba tan lejos en ese instante ¿Quién podía honestamente imaginar que mañana, dentro de tres meses, se habría acabado todo? Me las contó entonces. Resumidas, desde luego, porque seis novelas no se cuentan así como así, tomándose una copita en el terrado. Pero sí, allí estaban. Seis historias, seis universos y, al final, uno solo. Cuando terminó se produjo un silencio. Allá abajo, en las callejuelas del barrio gótico, bullía la noche. Él dijo:

—Son quince años de trabajo, quizá más.

Hice una pregunta idiota:

—¿Y después?

—¿Por qué? ¿Te parece poco? Después ya se verá, hermano. Y, además, ni siquiera sé si las escribiré, o al menos si las escribiré así.

—A lo mejor escribes otra; quiero decir, a lo mejor no has dado todavía con «la» novela, o con «tu» novela.

Me miró intrigado.

—Para ser poeta sabés mucho, ¿no, chilenito?

—No creo, pero sencillamente el escritor propone...

—y la escritura dispone —completó él.

Fue la última vez que hablaron. O que conversaron, si prefiere. Después, muy pronto, vino lo que ya sabe: el Tanatorio de Les Corts, el cajón, los discursos. Pero antes, Boris los vio. A Sorel y Paula. En la esquina de la ronda de San Antonio con Joaquín Costa. Era un trayecto que hacía a menudo para ir a su casa. Bajaba por la ronda de San Antonio, doblaba por Joaquín Costa y luego por Carmen, atravesaba Las Ramblas y tomaba Portaferrissa. Eso le permitía evitar la detestable calle Pelayo. Frente a frente se los topó. Boris va a doblar, cuando ellos surgen de la esquina. Y, curioso, pasan a su lado sin fijarse en él. No es que no lo reconozcan, es que ni siquiera lo ven. Boris: fue muy raro, giré y ellos venían doblando la misma esquina, casi chocamos, mi hombro rozó el de Paula, pero a pesar de eso no me vieron, venían abrazados y se miraban, o conversaban, el caso es que parecían completamente abstraídos del mundo, estuve a punto de decir algo: hey, ¿cómo están? O bien, vaya sorpresa; pero siguieron por la ronda de San Antonio hacia la plaza de la Universidad, como si sólo ellos existiesen. Y eso fue todo. Literalmente todo, porque una semana más tarde, Sorel volvía al Hospital Clínico.

4

¿Eso fue todo? Qué va. No hay que creerle a esta gente que cuenta historias. Es necesario revisar a fondo, cotejar las fuentes, comprobar el más mínimo dato, de lo contrario le dan a usted cualquier cosa, aproximaciones, mentiras, patrañas... No fue todo, claro que no. Hubo ese encuentro fortuito. Que no fue un encuentro, sino una mera coincidencia en la calle. Aunque, desde luego, Boris, vaya, vaya, pensó: ¿estaremos transitando por la espinosa senda de la reconciliación? ¿Estaremos como el funambulista con la mano tendida hacia el trapecio y el pie que se va despegando de la cuerda floja? Sea sincero: usted no se habría dicho nada demasiado diferente. Aunque poco importa aquí lo que usted se hubiese dicho o dejado de decir. Y ni siquiera interesa demasiado lo que Boris pensó. Lo importante, lo crucial, llegó nuevamente a través del teléfono. Primero fue el llamado que contestó Boris esa misma noche. Tarde, como a la una de la mañana, en realidad.

—¿Tenés tiempo para una cerveza? —dijo la voz de Sorel, sin ningún tipo de preámbulo.

—¿Viste la hora? —contestó Boris—. Te recuerdo que soy un modesto empleado, mañana madrugo.

—Andá, dale, Turco.

—No me llames Turco, no soy turco, ni mucho menos «el Turco».

—Y yo no soy Sorel, dale, loco, es importante, ya sé que es tarde, pero tengo que contarte algo.

—¿Qué?

—Bajá.

Boris se echa encima una chaqueta y baja. Caminan hasta una cervecería en la calle Cardenal Casañas, que suele permanecer abierta hasta muy tarde. Cuando cada uno tiene su jarra de cerveza en la mano, Sorel pregunta:

—No fuiste tú, ¿verdad?

Boris, extrañado:

—A ver, un momentito, tú me llamas a mí a la una de la mañana, tienes algo de primera importancia, algo que no puede esperar...

—Sí, ya sé, pero decime una sola cosa, ¿fuiste o no fuiste tú?

—Julián, ¿se te está corriendo una teja o qué? ¿Que no fui yo el que qué? Y desembucha rápido porque me quiero ir a dormir.

—El del llamado —dice Sorel.

—Definitivamente estás más tocado del ala de lo que pensaba —dice Boris—. ¿Qué llamado, me quieres explicar de qué cresta me estás hablando?

Sorel enciende un Café Crème.

—Bueno, ahí va. ¿Estás sentado?

—Sorel, por favor, es la una y media de la mañana, larga la pepa o vámonos a acostar, ¡por la callampa del mono!

—Mirá —dice Sorel—, yo sé que es complicado, pensé que era una broma, verás por qué... es que la verdad, todavía no acabo de creérmelo.

—Julián, ¿me cuentas o me voy a acostar?

—Bueno, eran las nueve, o nueve y media. Estaba en casa. De pronto suena el teléfono. Pensé que era Milagro, habitualmente me llama cuando tiene un momento en el bar. Descuelgo: ¿el señor Julián Soler?, pregunta una voz femenina. Digo: el mismo. La voz: no cuelgue, le van a hablar de La Habana. Alcanzo a preguntar: ¿quién me va a hablar? La voz, con un dejo de extrañeza, como si fuese algo que yo no podía ignorar: señor, el comandante Fidel Castro le va a hablar. Turco, te lo juro, casi me cago ahí mismo.

—Sorel, ¿te fumaste algo?

—Te lo juro, Turco —Sorel le pone ambas manos en los hombros—, me tenés que creer.

Boris lo interrumpe:

—Julián, ¿me estás hablando en serio?

—¿Vos creés que te voy a sacar de la cama a la una de la mañana para contarte un chiste? Turco—de nuevo, las manos en los hombros, la mirada fija en sus ojos—, me creés, ¿verdad?

—Digamos que qué remedio, y no me llamesTurco.

—Gracias, hermano, no sé cómo explicarte, me sacás un peso de encima.

—¿Y?

—Y nada, se escucha un clic y la voz de él, la voz de Fidel Castro, loco; yo, con retorcijones, apretando las nalgas, ahora mismo me cago, no alcanzo a llegar al baño, pero entonces Fidel: ¿aló, Julián? Yo, con un hilo de voz: ¿sí? Pienso: me va a anunciar que o dejo a su hija o me manda un par de mulatos que me hacen puré; no, peor, ya me los mandó, van a tocar ahora mismo la puerta, vienen subiendo las escaleras... Y él: chico, perdona que te moleste, si estás haciendo algo importante quizá lo podemos dejar para otro momento, tú me dices una hora y yo te vuelvo a llamar. Yo: no, comandante, por favor, cómo se le ocurre. Él: nada de comandante; para ti, Fidel, como para mi pueblo. Yo: bien, Fidel, mucho gusto. Él, yendo al grano: oye, Julián, yo estoy preocupado, tú sabes, por la Tati (ahí yo casi le digo: ¿qué Tati?, pero me acuerdo a tiempo; claro, el verdadero nombre de Milagro es Tatiana), porque te lo digo de inmediato, aunque ya sé qué tú estás pensando: éste ha hecho una revolución, estás pensando, pero no una pequeña asonada de palacio, no una revolucioncita de club radical, como los que hay allá en tu país... Y allí se me

ocurre interrumpirlo: que son una buena mierda, Fidel. Y él: no interrumpas al comandante, chico, tú déjame hablar; digo, estás pensando: éste ha hecho la revolución más importante de América para venir ahora a llorar como cualquier padre pequeño burgués por el destino de su hijita en Europa, pero yo te digo, chico, yo te digo: Julián, ¿tú me estás escuchando? Yo: sí, claro, comandante. Él: nada de comandante; para ti, Fidel. Yo: sí, Fidel, te escucho. Él: bueno, hay ocasiones en que un hombre tiene que hablar con una mano en el corazón, yo te hablo a ti como le hablo a Cuba, chico, como le hablo a mi pueblo. Yo: gracias, Fidel. Él: espera, que no he terminado, ahora te voy a decir una cosa de hombre a hombre, un padre pequeño burgués no se distingue en nada de un padre revolucionario, ¿me explico? Yo: creo que sí, Fidel. Él: no, no me explico, quiero decir que un hijo, una hija, te tiene por las tripas, cuando piensas en tus hijos no eres revolucionario, no eres banquero, no eres policía, ni presidente de la República, eres un padre. Yo: entiendo, Fidel. Él: qué va, chico, tú sólo entenderás cuando tengas hijos. Yo me pregunto: ¿cómo sabe que no tengo hijos?, digo: ¿que «aún» no tengo hijos? Pero, claro, tampoco se lo voy a decir, porque, además, Turco, quiero decir Boris, creeme, hermano, ¿sabés lo que dijo enseguida el cabrón?—Boris, que le ha robado un Café Crème, niega con la cabeza mientras lo enciende—. Dijo, él, loco, Fidel Castro, va y dice: tú vas a ver, cuando la pianista dé a luz, cómo te va a cambiar el mundo. Yo ahí, te juro, no pude evitar dar un salto hasta el techo. ¿Y usted cómo lo sabe?, grité. Y él: Julián, chico, no seas ingenuo, estás hablando con Fidel Castro, entérate, no con el cura de tu pueblo. Pero, tranquilo, yo no te juzgo, cada uno con su vida. Lo que me importa es que eres el hombre que ha elegido Tati, ¿tú me entiendes?, y si ella es feliz contigo, pues yo te digo bienvenido a la familia, porque ella puede tener problemas conmigo, eso es normal, que una hija tenga problemas con su padre, sobre todo si ese padre es Fidel Castro, Julián, entiéndeme, no soy ningún imbécil. Yo: lo entiendo, comandante. Él: y no me sigas tratando de usted, por favor. Yo: sí, Fidel, te entiendo. Él: bueno, ella puede tener problemas conmigo, pero yo no tengo ningún problema con ella, a mí me importa un pimiento que a ella no le guste la revolución, lo que quiero es que esté bien... Te ahorro los detalles, el hecho es que el tipo sabía todo, ¿entendés?

—Me imagino —musitó Boris.

—No, no te imaginás, cuando digo todo es todo, to-do.

Boris, un tanto desconcertado:

—¿Y qué es todo?

—Yo qué sé, todo, boludo, hasta mi ADN. Sabía, por ejemplo, cómo se llama el dueño del bar donde trabaja Milagro, sabía que era amigo de Raimon, de Serrat, sabía exactamente los títulos de mis dos novelas... De hecho, me preguntó si estaba escribiendo la tercera.

—¿También sabía la trama?

—Tocame la oreja —ordena Sorel.

Boris no ve muy claramente a qué viene esa orden:

—¿Para qué?

Sorel insiste:

—Loco, ¡tocame la oreja!

Boris se la toca. Sorel pregunta:

—¿Cómo está?

Boris sigue sin entender mucho, dice:

—Bien, gracias, te manda saludos.

—No, boludo, en serio, ¿no la notás caliente?

—Sorel, por favor, ¿me vas a decir ahora que te eyaculó en la oreja, Fidel Castro?

—Dejate de boludeces, lo que te quiero decir es que estuvimos más de dos horas al teléfono, cuando colgué eran las doce y media. Bueno, cuando colgó, mejor dicho.

—Una pregunta, ¿qué quería?

—Lo que quiere cualquier padre en su situación, imaginate, hace cinco años que no se habla con su hija, ¿qué quería?, no sé, tener noticias de ella.

—Pero si sabe hasta cuándo va a cagar, con tu perdón —lo interrumpe Boris.

—Sí, pero no es lo mismo. De hecho, en un momento de la conversación...

—O sea, del monólogo...

—Bueno, si querés, en un momento del monólogo me dice: tú sabes, chico, uno puede acumular toda la información que quiera, eso no es difícil, pero lo que yo quiero es saber cómo está, qué hace cada día, cuáles son sus sueños, qué piensa, qué desea, y eso sólo me lo puede decir alguien como tú, alguien que comparte su vida, a condición de que me digas la verdad, ¿te puedo pedir eso, Julián, que me digas cómo está, cómo vive, cuáles son sus sueños más recónditos, sus deseos, sus fantasías?

Boris hace un rato está encontrando que es un poco demasiado, por eso, a lo mejor, pregunta:

—¿Y tú: «sí, Fidel»?

Sorel, muy serio:

—Che, dejá de tomarme el pelo, ¿querés?

—No te estoy tomando nada, mi pregunta es sincera, repito: ¿y tú?

Sorel lo mira con ojos un tanto desorbitados, alza los hombros:

—Yo, qué querés: sí, Fidel, claro que podés confiar en mí. ¿Qué habrías respondido vos?

Boris:

—Lo mismo que vos.

Sorel termina de un trago su cerveza, pide otra, sigue:

—Lo que pasa es que, claro, ¿qué le podía contar? Eso mismo le dije: no sé qué contarle, comandante. Fidel: otra vez en el pantano... mira, Julián, yo para ti soy Fidel, no soy el comandante, ¿no ves que soy casi tu suegro, chico? Te confieso que ahí, sólo en ese momento de la conversación y por primera vez desde que comenzamos con Milagro, pensé: la puta que lo parió, Julián, dónde te fuiste a meter...

—Pero es más bien simpático, ¿no?—opina Boris—, tener un suegro influyente que se interese por ti.

—Turco, dejá de tomarme el pelo, loco, por favor, esto es serio.

—Ya me doy cuenta, ¿y?

—Fidel dijo: cuéntame a qué hora se levanta, qué desayuna, cómo se viste, qué hace durante el día, quiero saberlo todo.

—¿Pero no quedamos en que ya lo sabía?

—Pero lo aclaró él mismo, porque uno no lo hace callar así como así nomás, de modo que continuó: te habla un padre, chico, un padre que no ha visto a su hija desde hace cinco años, tú sabes, estaba haciendo el cálculo, son sesenta meses, mil ochocientos días, cuarenta y tres mil doscientas horas, dos millones quinientos noventa y dos mil segundos...

Boris ya comenzaba a estar harto:

—Julián, ya basta, ¿cómo quieres que te crea?

—No sé, boludo, creé lo que querás, yo te cuento lo que dijo.

—Ya, y tú le contaste cómo se vestía y qué desayunaba. Paguemos esto y vamos a acostarnos, no estoy para escuchar más tonterías.

Sorel, reteniéndolo por la manga:

—Turco...

—Me llamo Boris.

—Boris, no tengo a quién contarle esto, te lo juro, si tú no me creés, no sé, es terrible no tener con quién compartirlo, es importante, entendés, es fundamental que me creás.

—¿Te dijo todo eso?

—Eso, con ese nivel de detalle, era un padre, loco, un padre preocupado, obsesionado con su hija.

—¿Y qué le contaste tú?

—Boludeces... qué sé yo, lo que quería saber, qué hacía durante las mañanas, cuántos pares de zapatos tenía...

—De qué color tenía los calzones...

—¿Qué?

—¿Cómo le dicen ustedes a las bragas?

—Ah, las bombachas; no, eso no, pero casi. Que si hacía teatro, que si tenía algún proyecto además de sobrevivir, todo quería saber. En un momento

va y me dice que si queremos, que si algún día decidimos ir a vivir a La Habana, a Cuba, que podemos contar con él.

—Así habla un suegro.

—Es más, agarrate, me preguntó que si necesitaba dinero para terminar mi novela. Julián, dice, uno está también para eso, para ayudar a los jóvenes, porque es una injusticia que en esas sociedades capitalistas los creadores jóvenes tengan que perder años de sus vidas únicamente sobreviviendo, o sea que, lo que tú quieras, Julián, ¿tú le crees a Fidel? Sí, Fidel, le digo, te creo, claro que te creo. ¿Qué le iba a decir a esas alturas? Y él: lo que tú quieras, chico, lo que necesites.

—¿Estás hablando en serio?

—Loco, yo mismo dudaba, te juro que fue lo único que me atreví a preguntarle, le dije: Fidel, ¿te puedo hacer una pregunta? Y él: las que quieras tú. Entonces le confieso: perdona, pero todo esto me parece tan irreal, quisiera saber, digo, si tú eres realmente Fidel. Él: ¿cómo? Y yo: sí, perdoná que insista, ¿pero tú eres de verdad Fidel Castro? Y Fidel: y quién te parece que puedo ser, ¿Ronald Reagan? ¿el Papa? Yo estaba un poco cortado: lo siento, le digo, es que, la verdad, durante toda esta conversación no he parado de pensar que a lo mejor se trata de una broma, algún amigo; en fin, te podrás imaginar... Fidel: ¿una broma? No seas pendejo, chico, Fidel Castro no bromea. Y colgó.

—¿Así, sin decir hasta luego? —pregunta Boris.

—Así —dice Sorel—, sin despedirse.

Termina su cerveza, pide otra, enciende otro purito, lo aspira largamente y luego pregunta:

—¿Qué me decís?

Boris:

—¿Quieres saber lo que te digo?

Sorel expulsa el humo, bebe. Boris:

—Puta la huevá, compadre, eso te digo.

Sorel:

—Como decís vos, puta la hueva.

—La huevá, no la hueva —lo corrige Boris.

—Eso —reconoce Sorel.

Boris lo escruta un segundo y luego:

—Le pediste plata, claro.

Sorel:

—¿Qué?

—¿No le pediste plata? —insiste Boris—. Yo en tu lugar habría aprovechado.

Sorel, muy serio, taladrándolo con la mirada:

—Vos estás realmente enfermo, che.

5

Se acostaron tarde esa noche. Tarde es un decir. En realidad, no se acostaron. El problema, primero, fue elegir el lugar. Boris proponía, como de costumbre, el Ginlet, y Sorel, aunque no era su bar predilecto, no habría dicho que no, o sea a lo mejor, puede ser, porque, claro, tampoco se iban a ir a meter a La Palma para seguir hablando de la irrupción del Líder Máximo en la vida de Sorel, allí, delante de Milagro.

—¿Le vas a contar?

—Ni en pedo. No sabés cómo detesta hablar de su padre, se pone enferma, ¿te imaginás? Le digo: hola, cariño, acaba de llamar tu papi, estuvimos hablando dos horas por teléfono de ti... Me manda a la mierda, capaz que me cague a piñas.

El hecho es que, sin que Boris se alcanzara a dar cuenta, se encontraron en un local infecto de la calle Carretas, una especie de antesala del patíbulo. Boris prefería los bares perfectamente anodinos o, más bien, detestaba los lugares a la moda, atiborrados de diseño. Sorel, por su parte, de tanto en tanto pretendía que estaba haciendo «locaciones» para una novela en ciernes e invitaba a unos recorridos por algunos de los tugurios más infames del barrio chino. Esos a Boris ya le gustaban menos. El de la calle Carretas era uno de los antros del circuito «Barcelona pintoresca» de Sorel, que por lo demás, fuera de esos momentos de pasión «naturalista», estaba mucho más a gusto en los bares del Ensanche, en El Velódromo, por ejemplo, en el bar del Hotel Astoria. No, Milagro no podía saberlo. De hecho, que llamara así, como un padre acongojado, para hablar de ella, ¿no le parecía extraño? Claro que sí, extrañísimo le parecía. La verdad, lo tenía por completo desconcertado. Boris: ¿qué pretende, a tu juicio? Sorel: ni idea, a lo mejor es sólo eso, saber un poco más de su hija. Boris: ya, pero no deja de ser curioso, un tipo como él... Sorel: la verdad es que prácticamente durante toda la conversación, me decía a mí mismo: es una broma, alguien te está tomando el pelo. Boris: yo, sin ir más lejos. Sorel: tú, sí, claro que lo pensé, al comienzo, cuando escuché esa voz: aló, ¿Julián?, pensé: este maricón se está haciendo pasar por Fidel Castro, seré el hazmerreír de Barcelona durante todo el año; pero después me dijo algo que me hizo estar seguro de que no era un impostor. Soler encarga dos cubas libres, agrega: aunque es casi peor, porque ¿por qué llamó?, no sé, lo cierto es que no sé nada. Boris: ¿pero, por ejemplo, qué te ha contado Milagro? Sorel: y, esa es la verdadera pregunta, ¿quién es Milagro? ¿Qué sé de ella? Él mismo se contesta: poca cosa, que se llama Tatiana, Tatiana Yismenia Castro Morais,

que nació en La Habana, que fue al colegio allí, me imagino, porque en realidad nunca me ha hablado de su colegio, pero bueno, supongamos. ¿Qué más?, que estudió teatro, que decidió abandonar Cuba, casi nada, en realidad. Boris está a punto de decir que ya es algo, que no es tan poca cosa porque, bueno, recién están comenzando, y eso está diciendo: ya es al..., cuando de pronto alguien golpea el hombro de Sorel, y ese alguien es el tal Paco de la Paz. Y el tal Paco de la Paz, no contento con dejar caer en el hombro de Sorel una manaza blanca, con vellos negros que a Boris le hacen pensar en una escobilla para la ropa, dice:

—*Pasión tropical,* ¿para cuándo?

Sorel y Boris se giran al mismo tiempo.

—¡La concha de tu madre, Paco, me asustaste!—exclama Sorel.

El tal Paco de la Paz se queda impertérrito, no dice perdona, ni hombre, qué tal, u otra cosa por el estilo. En realidad, el tal Paco de la Paz no dice estrictamente nada. Mira a Sorel y luego a Boris, como si fueran dos marcianos gelatinosos y verdes, con grandes antenas, caídos allí, en la barra de esa covacha que huele a vino, a tabaco rancio y a grasa sedimentada desde fines del siglo XVIII.

—Está bien —dice Sorel—, para fines de la semana próxima, ¿te conviene?

El tal Paco de la Paz extrae con extremo cuidado un cigarrillo del bolsillo lateral de su chaqueta, lo enciende con la colilla del que está fumando, la arroja sobre el amasijo de servilletas, cuescos de aceitunas y otras inmundicias que se acumulan a los pies de los clientes, y sólo entonces replica:

—Recuerda: la novela ha de ser romántica y clásica a la vez, los protagonistas sólo harán el amor si la situación lo justifica y nunca se narrará de manera explícita. ¿Estamos?

Sorel:

—Paco, ¿qué bicho te picó? Novelitas Jazmín llevo escritas más de veinte.

—¿Novelitas? —responde el tal Paco de la Paz—. Novelas, tampoco faltemos el respeto —y tras gritarle al camarero para que le ponga otro gin tonic—: Ahora, Borges, te diré algo esencial.

—Llamame Soler, no es tan prestigioso como Borges, pero me siento más cómodo, no sé por qué.

Y el otro, poniéndole de nuevo la zarpa en el hombro y agachándose para hablarle al oído:

—Escucha bien, Borges, a lo mejor esto te sirve para vender más tus propias novelitas.

Sorel, sonriendo:

—Paco, si necesitara que mis novelas se pareciesen a las de Jazmín ya lo habría hecho, ¿no te parece?

Y el tal Paco de la Paz, balanceándose entre la punta de los pies y los talones:

—¡Borges, Borges! Ya sabía yo que eras terco, pero nunca a ese punto; escucha, especie de plumífero.

Sorel:

—De acuerdo.

El tal Paco de la Paz, apuntando con el índice a su interlocutor:

—Lo más significativo de Jazmín, métetelo en la cabezota esa que a veces no sé para qué tienes, es la calidez y ternura de sus historias de amor, esas «novelitas» con las que te ganas el pan, Borges, están escritas con frescura y sinceridad, aportan alegría al mundo de frustración, bajeza y oprobio de la dueña de casa, de la cajera de tienda, de la chacha abnegada, de la melancólica trabajadora sexual, las lectoras tienen la oportunidad de vivir la relación que vosotros, plumíferos de alto vuelo, tenéis a bien pintar para ellas y quedan atrapadas por la romántica intriga, ya que la pareja, puesto que de eso se trata, tiene que superar las barreras que existen entre ellos antes de que llegue la verdadera felicidad.

El tal Paco de la Paz respira, mira desafiante a Sorel y concluye:

—Novelar la verdadera felicidad, ese es el privilegio de los escritores Jazmín. ¿Está claro, Borges?

Sorel:

—Clarísimo. Gracias, Paco.

—Ya me darás las gracias cuando te den el Nobel algún día.

—Tranquilo, no dejaré de mencionarte en mi discurso de Estocolmo.

El tal Paco de la Paz, gira sobre sus talones, se aleja un par de pasos y luego vuelve:

—Por cierto, el título ese no va, ¿eh?

—¿Cómo que no va? —se extraña Sorel—. *Pasión tropical* es un excelente título.

Y el tal Paco de la Paz:

—Pasión tropical, ensalada tropical, zumo tropical, enfermedad tropical, trópico, tríptico, trompada, trompo, tropo, trola, ¡ni hablar, tío! Se llamará *Pasión en las islas.*

Sorel:

—Como tú digas, Paco.

El tal Paco de la Paz:

—Pues te lo digo yo.

—De acuerdo, *Pasión en las islas* entonces.

—El viernes de la semana próxima, ni un día más, o me tendrás que reembolsar las ochenta mil pesetas, tío.

—Aún no he cobrado —dice Sorel.

—Pues si no hay novela el viernes, no cobras y ya.

—Vale.

—Te cagas de hambre, Borges, y Borges hambriento, ¿dónde se ha visto?

Sorel:

—Claro, Borges con hambre no es Borges, es César Bruto.

El tal Paco de la Paz:

—César, Bruto, Calígula, Nerón, a mí qué me cuentas, lo importante es que la novela esté el viernes, Borges.

Y dicho esto, ahora sí da media vuelta y sale tambaleándose del local. Sorel: nunca lo había visto así.

—Extraño tipo —dice Boris.

—Vaya personaje —concuerda Sorel.

Vuelven a pedir la tercera—a menos que sea la cuarta— ronda de cubas libres. Habrá que terminarla, dice Sorel después de un momento. Se refiere, claro, a *Pasión en las islas.* Pero Boris finge no haberlo escuchado y ya que están en vena de confidencias, Boris se atreve: hoy te vi. Sorel: ¿sí? Boris: con Paula. Sorel: ya, ¿y? Boris: no sé, es lo que te debería preguntar yo a ti, pero bueno, si no tienes ganas de hablar de eso... Sorel: es complicado. Boris: eso es lo único seguro. No, es que, claro, no era lo que Boris se estaba imaginando y como Boris no se está imaginando nada —o al menos eso declara, el muy hipócrita—, Sorel le cuenta que sí, que se han visto un par de veces para hablar del divorcio, o mejor dicho, de la separación, puesto que no estaban casados, de las cosas que se tenían que repartir; en fin, de esos temas no siempre alegres, no siempre fáciles de abordar. Boris (demostrando el efecto de los seis, ¿siete?, cubatas): puta, déjate de eufemismos, huevón, más tristes que la concha de su madre, los temas. Sorel: como vos decís. Y habían estado conversando, de ellos, de cómo veían el futuro, y hoy día, justamente, Sorel la había invitado a su casa, habían comido algo allí, la verdad, Paula ha evolucionado bastante y qué querés que te diga, es una tipa formidable, aunque no estemos juntos. Boris: para eso a lo mejor uno se separa, para volver a recuperar al otro, digo, para volver a verlo con la distancia necesaria. Sorel: no creo, uno se separa porque las historias se acaban y ya está, pero sí, ocurre lo que vos decís, con la distancia, de golpe el otro vuelve a aparecer. Y eso era todo, no era que pasara nada entre ellos, aclaró Sorel, y Boris estimó que aunque pasara, no tendría nada de extraño. Sorel: claro que, che, a Milagro... Boris: ni que decirlo tienes, muchacho. De pronto, el bar se llenó de empleados municipales, de los que recogen la basura. Sorel miró su reloj: las seis y media, ¡mierda! Boris: vámonos. Caminaron un trecho juntos en el aire frío del alba. Se despidieron al llegar a la calle Hospital. No va a quedar más remedio que terminarla, dice Boris, aludiendo a *Pasión en las islas.* Como si no tuviera otra cosa que hacer, contesta Sorel, pero bueno, sí, hay que terminarla. Y antes de separarse: yo te llamo, mañana, pasado a más tardar.

No mucho más tarde, pidió Boris. Pasado mañana, dice Sorel, prometido, te venís por la tarde a casa y trabajamos. Y se pierde bajo el débil resplandor de las farolas de la calle Egipciacas.

6

Pero no llamó nunca. La que lo hizo, en cambio, fue Milagro.

—Boris, perdona que te moleste, ¿pero podrías venir?

La una y media de la mañana.

—¿Qué pasa?

—Es Julián —responde ella con voz llorosa—, está en el hospital, parece que es grave.

Corrí casi hasta el Portal del Ángel, y de allí, taxi. No sé cómo opera el cerebro en esas circunstancias, el caso es que me iba diciendo: ¿y si no se muere?, termino mi libro de poemas, ¿y si no se muere?, le meto los anticoagulantes con sonda por el culo. Después, lo de siempre: una enfermera tras un mesón de informaciones, un corredor vacío, un ascensor, otro corredor, blanco, larguísimo, una puerta de batiente, otro corredor y, al final, un cuarto. Sorel parece dormir. Plácidamente. Si no fuera por las dos bolsas colgando de una armazón metálica y los tubos que hacen bajar los líquidos hasta la vena, si no fuera por la pantalla en la que desfila regularmente una señal verde, ubicada encima de dos cajas llenas de cuadrantes y botones que cualquiera tomaría por un equipo de radioaficionado, si no fuera por esa cama articulada, con la cabecera levantada en ángulo casi recto, si no fuera por Milagro que, sentada en una silla, ha depositado su mano sobre la de él, la misma que recibe el suero a través de la aguja inyectada en la muñeca, si no fuera por todo eso se podría pensar que Sorel está entregado al sueño, como cualquier ser humano que duerme. Boris entreabre la puerta. Al verlo, Milagro se incorpora. Boris avanza hasta quedar a los pies de la cama. Milagro lo abraza. Hunde su cabeza en el pecho de Boris. Boris le acaricia el pelo. Está mal, susurra ella y llora. Boris, sin dejar de abrazarla, le dice: tranquila, ven, vamos a tomar algo, y por encima del hombro de Milagro está mirando a Sorel, que descansa como alguien que acaba de hacer un viaje agotador. Incluso le da la impresión de que no ocurre nada grave: Sorel está allí, reposando, con los ojos cerrados y en cualquier momento se despierta, se incorpora, se viste y salen los tres de allí a tomar algo al Ginlet o a La Palma. Pero tampoco es tan cretino, Boris, así que no, claro que no, nada de eso ocurrirá. Boris abraza a Milagro y no dice nada durante unos segundos, quizá hasta un minuto o dos. Y mientras la abraza y contempla el plácido sueño de Sorel, le parece que el pelo de Milagro huele a helecho, o más bien a rocío

sobre los helechos, a humus, a país en donde siempre es de mañana, en donde la muerte no existe. Ven, vamos a conversar un rato a otra parte, le susurra finalmente al oído, y ella se deja llevar por los interminables pasillos blancos.

7

No está en París ahora mismo. No acaba de cerrar la cortina metálica del restaurant. No son más de la una de la mañana y no camina por la rue Saint-Sébastien hacia el boulevard Richard Lenoir. No hace parar un taxi, un Mercedes Benz nuevo, una máquina hermética que circula sin ruido hacia la place Stalingrad, y el chofer, un negro con una boina de cuero, no escucha canciones de otra época en esa emisora para taxistas e insomnes, o para taxistas y suicidas, o para gente triste en todo caso, gente que vive de noche y que sólo escucha la radio y no espera nada más que eso, escuchar la radio cada noche, hasta el fin. No está en París y no es una madrugada azotada por la lluvia y el viento. No hay ramas que se han desprendido de los árboles sobre la calzada brillante como tinta china. No enfila por Marx Dormoy hasta la rue du Pré, casi al llegar al boulevard Ney, detrás del cual se abren los suburbios. No sube al piso 18 en ese ascensor con el espejo trizado que huele a detergente hasta la náusea. No acaba de regresar de Barcelona. No ha estado hace menos de una semana paseándose por esas calles. No ha pasado por la calle Madrazo, ni ha visto la fachada del edificio que lleva el número 86. Un edificio gris, que podría aparecer en un cómic o en una fotografía de Bucarest o de Praga de los años cincuenta. No han pasado veinticinco años. La puerta no chirría al abrir, como la puerta de una casa a la que nadie ha venido desde hace mucho, desde hace veinticinco años por lo menos. No avanza a tientas en la oscuridad. No atraviesa el brevísimo pasillo. No llega al único cuarto del piso, si exceptuamos la cocina minúscula y el baño aún más minúsculo. Y, demasiado extenuado para abrir el sofá cama, no se saca sólo los zapatos y los pantalones. Y no se alarga sobre el sofá, con las piernas y la cabeza flectadas, cubierto apenas por un tejido hindú que protege el sofá raído. No imagina que ve los automóviles yendo y viniendo por la autopista, porque antes de echarse en el sofá cierra las persianas y los ve. Unas persianas muy viejas que alguien, el antiguo inquilino, supone, ha dejado allí. Unas persianas que había ya en la casa de su infancia y que podrían ser las mismas, pero no, no pueden ser las mismas. ¿Cómo podrían ser las mismas? Aunque... A lo mejor... Unas persianas hechas de láminas metálicas que alguna vez fueron amarillas y ahora son de un blanco sucio o de un gris sucio. El hecho es que antes de tirar del cordón para que las láminas obturen la luz ha podido ver, allá abajo, a unos ciento cincuenta metros, los automóviles yendo y viniendo en el «périphérique», el «périf», como le dicen los parisinos a la autopista que rodea la ciudad. Ha podido ver el continuo desfile de luces amarillas y rojas

devorando el asfalto, viajando en la noche desde ninguna parte hacia ninguna parte. No se ha dicho, antes de entrar en el sueño, que es poco creíble que todo esté terminando así, que parece precisamente un sueño, uno de esos sueños del que se despierta con mal sabor de boca, con los miembros adoloridos y el corazón latiendo deprisa, pero contento o al menos aliviado de despertar. Y no piensa: ¿qué es «todo» en este caso? Y tampoco se responde: la «vida» es «todo». No se dice entonces que resulta poco creíble que la vida, que «su» vida esté en su tramo final, por decirlo de alguna manera, en su último tercio, por decirlo de otra manera. Y no se dice que jamás imaginó que, llegado a ese último tercio, a ese tramo final, se encontraría donde se encuentra. En París. Una ciudad con la que jamás tuvo ningún vínculo, una ciudad con la que ahora tampoco tiene el más mínimo vínculo. No conoce a nadie, por ejemplo, en París. Salvo a Max, claro. Pero Max es como su hermano. Quitémosle el «como»: Max «es» su hermano. Ese tipo de hermanos que todo hombre medianamente afortunado se hace en la vida. Y Max le ha salvado, de alguna manera, la vida. La suya. Hay que reconocer que trayéndolo a París le ha salvado la vida. Eso es un hermano. Eso hace un hermano por otro hermano. Aunque en esta ciudad él no conozca a nadie, aunque apenas entienda la lengua, aunque viva en un piso subalquilado y todas sus pertenencias quepan en un bolso de viaje. No se ha repetido, como le dice Max casi todas las tardes antes de abrir el restaurant: tiempo al tiempo, todo se arreglará. En vez de eso se ha dicho que es poco verosímil que todo esté acabando así. Y se ha preguntado: ¿qué es «todo»? Su vida es «todo». O toda su vida es esto: este estudio en el piso 18, a escasos metros de una autopista, un restaurant en una ciudad ajena, unos taxis en la noche, una cortina que estaba en la casa de su infancia. Entonces no ha encendido la radio, una pequeña radio a pilas que ha comprado en el bazar chino que hay al lado del metro Marx Dormoy. La única compra que ha hecho al llegar a París: una pequeña radio a pilas. No la ha encendido, entonces, y no ha sintonizado la misma emisora que escuchaba el taxista. O una emisora muy parecida. En donde pasan temas viejos, canciones de otra época, de hace al menos veinticinco años, cuando él tenía treinta y no cincuenta y cinco, como ahora. Cincuenta y cinco. Mañana: sesenta. Pasado mañana: sesenta y cinco. El último tercio, el último tramo. Y resulta increíble, resulta poco verosímil que todo... que esto sea... que esto vaya a ser todo... Entonces sintoniza esa emisora. Una emisora en donde pasan canciones de cuando no se hacía estas preguntas, de cuando acababa de tener treinta años y las preguntas eran más bien deseos, o conjeturas, o afirmaciones disfrazadas, pero no eran verdaderas preguntas. Entonces ha bajado el volumen y ha escuchado, muy bajo, esas canciones. Y ha escuchado también gente que llama y cuenta sus problemas, sus penas de amor, sus duelos. Mujeres y hombres que hablan también en voz muy baja, que hablan de sus vidas, de sus frustraciones, de sus fracasos, de su dolor. Y otra vez las canciones, pero muy lejanas, como si estuviesen sonando en otro país. Como si estuviesen sonando en el país en el que acababa de

cumplir treinta años. En una playa, bajo un toldo, cuando el sol era un pálido reflejo sobre el océano, junto a una mesa con cervezas, el paquete de cigarrillos, el libro de poemas que no se había abierto, y quizás ella... sin duda alguna, ella. Allí están sonando esas canciones, en el verano eterno de los treinta años, y sólo entonces se puede quedar dormido. En París, protegido de la luz vacilante del alba por la cortina que alguna vez estuvo en la casa de su infancia.

8

Todo fue muy rápido y muy lento. Pasaron tres días como tres años. En una cafetería abierta cerca del hospital, me contó. Han quedado de verse a las nueve, en su casa. Milagro ha preparado «moros y cristianos», un plato que a Sorel le encanta. Dan las nueve treinta y no llega. Ella llama. Nadie contesta. Entonces decide ir. Te juro que en otras circunstancias, dice, pudorosa, para aludir a la enfermedad que le habían detectado, a los anticoagulantes y a las estatinas que jamás tomó, a los ciento y tantos kilos y los dos paquetes de cigarrillos diarios, o sea para aludir a Sorel, en otras circunstancias no habría ido, pero ahí, ya tú sabes, tuve como un presentimiento. Y va. Sube las escaleras. Llama a la puerta. Nadie. Ella le había pedido, más de una vez, que le dejara una llave, por si acaso, una urgencia; pero Sorel nada, siempre se hizo el loco, sí, sí, ya se la daría... Jamás... Fóbico como era a que los otros penetraran en su intimidad. Porque no es que se la hubiese negado diciéndose que a lo mejor, en una de esas, la Ornella Muti, la Carolina de Mónaco, o alguna turista que se les parecía mucho en Las Ramblas, alguna lectora, «¿tú eres Julián Sorel, digo Soler?», que podría arrastrar una admiradora al ático... No, Sorel no pensaba en eso. O sea, sí pensaba en eso, como cualquier cristiano, pero no así. Pasaba el día encerrado, acumulando cuartillas o leyendo o clasificando viejos recortes de periódicos, ¿usted cree que alguien así se puede encontrar, de pronto, a la Carolina de Mónaco, a la Ornella Muti?, ¿allí, encima de su cama, como si fuesen *Mi bella genio?* Tú sabes que él nunca quiso darme una llave, no sé qué se pensaba, dice Milagro, mordiéndose un labio; a lo mejor creía que lo iba a ir a espiar, imagínate. No pensaba nada de eso, es que sencillamente Sorel le tenía tirria a la sola idea de que alguien pudiese interrumpirlo, hola qué tal, pasaba por aquí... Milagro no tiene llave, entonces. Pero se teme lo peor. Espera todavía. Unos quince o veinte minutos, a lo mejor media hora, una eternidad. En la caja de escala, acurrucada junto a la puerta, tratando de detectar el más leve ruido del otro lado. Un rumor de voces, de pasos, cualquier cosa que le indique que Sorel está allí, del otro lado de esa puerta, que no había querido verla, que está con esa chica tan parecida a la Carolina, a la Ornella, la que encontró en Las Ramblas esta mañana, perdona, ¿tú eres Julián Soler?, ay, qué emoción, yo he leído todos tus libros... Yo: pero Milagro, ¿tú crees que una lectora te reconoce en la calle, te pide un autógrafo y diez minutos más tarde está en tu cama? Ella: yo qué sé qué puede pasar o no pasar; mira, hasta que hubiese estado con ella habría preferido, sí, con Paula. Cualquier cosa salvo... Llora.

Yo aprieto su mano. Coño, dice, ¿por qué? Al final, Milagro golpea donde un vecino. Está desesperada. Le abre una viejita. Ella le explica, atolondrándose, comiéndose las palabras. No hay tiempo que perder, está segura. La viejita le dice: te imaginarás que yo no puedo, hija, pero que vaya a ver al Manel, en el segundo, que es su ahijado y un tío así de cachas; venga, ya te acompaño yo y le explico. Bajan juntas. Golpean. Efectivamente, Manel es un armario de tres cuerpos: dos metros por ciento cuarenta kilos, fácil. La expresión de su rostro no es precisamente la de un doctor en física cuántica. Pero no importa. La viejita le cuenta. Milagro asiente, por favor, por favor... Manel sube con un diablo, un punzón, un martillo. Pero nada de eso es necesario porque echa la puerta abajo de un sencillo manotazo. Y ya. Eso es más o menos todo. Sí que está allí, Sorel. A un costado de su escritorio, en el suelo. El resto ya lo sabe. Y los detalles se están procesando ahora mismo, es decir la importancia del AVC. Pero los médicos ya le han dicho que su estado es crítico. Que más vale no albergar muchas esperanzas. ¿Enseguida? Tomé un taxi a casa, dice Boris. Sentía una fatiga enorme y, a pesar de eso, no podía dormir. Me serví un whisky, dos. Al tercero agarré el teléfono y llamé a Paula. Eran las seis de la mañana. Alguien tenía que hacerlo. Gracias por avisarme, dijo ella y colgó. Luego llamé a Max: quién chuchas a esta hora... Le conté. Me dijo: ya, no te preocupes, tómate el día y llámame cuando tengas noticias. Vale. Dormí como hasta las tres de la tarde. Me levanté, me preparé un café, tomé una ducha y me fui al hospital. Allí estaba Sorel. Y Paula. No pregunté por Milagro. ¿Qué tal? Beso en la mejilla. Mal, dice ella, y con una mano señala vagamente a Sorel o el bulto, el lugar que ocupa Sorel encima de esas sábanas verdes, que se adivinan ásperas. Mal, repite ella. Ya, digo yo. Callamos. Luego ella dice: perdona, tengo que salir. Ve tranquila, contesto. Sí, dice ella. Y desde la puerta agrega: no se sabe si puede hablar, aún no ha despertado, pero los médicos han dicho que es posible que si no habla pueda escribir, y con la misma mano con la que ha señalado el bulto que es Sorel encima de la cama, indica ahora sobre la mesita de noche, un bloc de papel y un bolígrafo. Bien, digo yo. Bueno, no sé si te veré a mi regreso. No sé, repito. Ella sonríe, con una sonrisa que en otras circunstancias habría calificado de tímida, pero sin duda es sólo una sonrisa triste. Luego cierra la puerta. Nos quedamos solos él y yo. Me acerco. Parece verdaderamente empaquetado bajo las sábanas tirantes. Retiro la sábana superior de debajo del colchón, me parece que estarás más cómodo así, le digo. Me siento en el borde de la cama. ¿Qué vamos a hacer? Con Roderick y Jenny, digo. Miro por la ventana, un cielo lechoso, sin aire, sólo algunas nubes hinchadas de calor, las paredes blancas, el suelo blanco. Está sin terminar, usted sabe, Roderick acaba de grabar en la corteza del saúco el corazón: Rod y Jenny, love for ever... Tengo una propuesta, dice Boris: Roderick le dice a Jennifer: si alguna vez, mirando las estrellas, se te llena el alma de imposible, y ella completa: es que mi corazón viene a buscarte, y los dos, al unísono: para que no me olvides, y, abrazados, se alejan, fundido a negro, fin... ¿Qué tal? Ante el silencio de Sorel, Boris

reconoce: no, si ya sé, no es un musical. Pero podría ser así, Roderick dice: Jenny, siento el alma llena de imposible. Y ella: es mi corazón, que ha encontrado el tuyo, Rod. Entonces, él graba el corazón en la corteza. Vuelven a la canoa. Desaparecen tras los helechos gigantes. Fin. No estaría mal, ¿no? Es que hay que terminarla porque el tal Paco de la Paz debe de estar subiéndose por las paredes. ¿No tendrías su teléfono en alguna parte?, ¿en alguna parte que se pueda encontrar fácilmente, digo? Yo lo podría llamar: mira, perdona, soy el secretario privado de Julián, nos vimos la otra noche, en el bar aquel de la calle Carretas. Julián me ha encargado que te llame... Eso te habría gustado, ¿eh, cabroncete? O, mejor: ¿hablo con el tal Paco de la Paz? Boris Sandoval, secretario privado de Julián Soler. Don Julián me ha encargado que le remita el manuscrito de *Pasión en las islas,* claro que está inconcluso; ahora, como don Julián acostumbraba a dictarme, tengo una serie de apuntes para desenlaces posibles... Y entonces, a lo mejor sí lo podría convencer al tal Paco de la Paz de que Roderick diga: ¿Jenny?, Jenny, ya basta, se me está llenando el alma de imposible; ¿serás tú, picarona, que me la está inflando? Y ella, con una sonrisa traviesa: es mi corazón, Rod, que ha venido a buscar el tuyo y lo ha encontrado. Con una vocecita bien chillona: es mi corazón, Rod. Y él: pues sácalo ahora mismo de encima del mío, ¡so mamona! No, claro que no, nada de eso, habría que proponerle otra cosa al tal Paco de la Paz: graban el corazón, desaparecen río abajo en la canoa, después toman una avioneta, llegan a Miami, se casan, son muy, pero requete muy felices, ella administra la Lispector Foundation y él las dos líneas aéreas, los casinos y todos los años vuelven para las vacaciones a la reserva ecológica y visitan el árbol y él vuelve a grabar el corazón cada cierto tiempo, porque ya se sabe a qué velocidad crecen las plantas, los árboles, todo lo que tenga vida en el trópico, y un día se lo muestran a los nietos y los nietos se desgañitan de la risa... no, se me está arrancando la moto de nuevo, pero hasta la avioneta y la boda en Miami estábamos bien, ¿no? Le digo: venga, ¿por qué no me das su teléfono y yo lo llamo al tal Paco de la Paz? Hasta ahora he estado mirando hacia la ventana. Es que no sé, me da algo, esos monitores, los sueros, Sorel allí, envuelto en esas sábanas verdes, pero giro la cabeza, lo miro, yo lo llamo al tal Paco de la Paz estoy diciendo y entonces me doy cuenta: tiene los ojos abiertos, Sorel. Y me está mirando. Hola, qué tal, le digo, qué bueno que despertaste, porque te estaba diciendo justamente que estamos más que atrasados con la novelita... ¿Quieres que llame para pedir una semana más? Entonces ocurrió algo que usted me va a creer difícilmente, algo que sólo ocurre en ciertas novelas góticas o en las películas de terror, pero que no me va a quedar más remedio que contarle, porque omitir algo igual sería faltar gravemente a la verdad. ¿Qué pasó? Menos rodeos. Bien. Allí va. Pasó que Sorel atrapó mi muñeca con su mano y apretándola muy fuerte, como una prensa, dijo:

—Olvidate de esa mierda, las islas, che, las islas son lo único que cuenta.

Se había incorporado a medias, tensionando todos sus músculos. Estaba

rojo, escarlata, con las venas del cuello hinchadas y un rictus de dolor en la boca. El rictus de alguien que está haciendo un esfuerzo descomunal:

—Las islas —repitió—, las islas son lo único que cuenta.

Su torso se desplomó contra las sábanas verdes, cerró los ojos y volteó la cabeza hacia la pared, como si esa frase lo hubiese terminado de agotar. ¡Sorel, pero estás hablando!, grité, y en ese mismo momento entró Milagro a la habitación. ¡Está hablando!, ¡acaba de hablar! Ella se acerca a la cama, le coge la mano: amor, ¿amorcito? Pero nada. Sorel duerme, o hace como que duerme. Te juro que me acaba de hablar, le digo a Milagro. Le cuento, las islas, etcétera. Milagro, acercándose a su oído: Julián, Julián, ¿me oyes? Nada. Milagro me mira con cara de no creerme demasiado. Te juro. Te prometo que me dijo lo que me dijo, no he tenido ninguna alucinación, le aseguro yo. Pero me siento, no sé, como en falta, como culpable... que me haya hablado a mí, no a ella. Quizá no estuvo bien eso; quiero decir, le debería haber reservado la primicia a ella, a Milagro... a Paula por último, yo hubiese comprendido. Digo: bueno, yo los dejo. Milagro apenas contesta: sí. Hasta mañana, a lo mejor. Y ella: sí. Salgo del cuarto y al cerrar la puerta puedo verla aún inclinada sobre el bulto de Sorel. Seguro que no comprende, la pobre. La verdad, yo tampoco: ¿qué quiso decir con eso de las islas? ¿Qué islas? Misterio. A lo mejor se dirigía a otro, no me hablaba a mí, sino a algún personaje de su infancia, por ejemplo, algún amiguito de juegos, allá en el Once. Vaya a saber uno. Eso puede suceder cuando se tiene un ataque al cerebro. Se puede haber perdido la memoria inmediata, por ejemplo, y recordar sólo cosas muy remotas. En fin. Ya estamos terminando porque lo que vino enseguida fue el tanatorio, los discursos, lo que usted ya sabe. Un detalle, solamente. Al día siguiente, a comienzos de la tarde, volví a visitarlo. Esta vez con Max. Pero el cuarto de Sorel estaba vacío. Lo han llevado a cuidados intensivos, nos explicó una enfermera, ha tenido una complicación. Otra vez ascensores, pasillos, puertas de batiente. Una sala de espera. No se le podía ver. Había tenido un infarto cerebral. Estaban Milagro y, enfrente, Paula. Situación incómoda. Saludamos, con Max. A las dos, obviamente. n la mejilla. Nos sentamos. Paula le explica a Max: arritmia, infarto... Milagro me explica a mí: arritmia, infarto... Permanecemos en silencio. Diez minutos. Quince. Cuando van a cumplirse veinte minutos de espera (no he dejado de mirar mi reloj), de silencio, de angustia multiplicada por cuatro, Paula estalla: bueno, ahora ya basta, ¡sáquenme a esta chorba de aquí o la mato! MBeso eax: ¿perdón? Yo: Paula, cálmate. Milagro salta del asiento: ¿tú me vas a matar a mí? Nos interponemos con Max. Paula grita: ¡a ti te voy a matar, chorba, zorra asquerosa, fulana, puta de mierda! Milagro: ¡tú a mí no me faltas el respeto, so comemierda! Milagro se abalanza sobre Paula, la agarra por debajo de la axila, le hace una llave de judo, con su pierna derecha barre la pierna izquierda de su contrincante. Osotogari se llama eso. Lo sé porque yo también aprendí algo de judo cuando niño. Llegué a «ostentar» (como escribiría un periodista deportivo de mi país) el cinturón verde. Y no pude

seguir porque me quebré la clavícula. En un combate con Perramón precisamente, el que escupía por el huequito, ¿se acuerda? Osotogari, entonces. Impecablemente ejecutada, además. Pero no nos vamos a detener demasiado en comentarios técnicos, porque Paula ha caído al suelo y Milagro la arrastra hacia el pasillo. Del pelo. Por cierto, hay un intercambio de improperios que más valdría que el lector no escuchase. Y, claro, Paula está embarazada. Con Max nos hemos abalanzado sobre Milagro para que suelte a Paula. Pero está hecha una fiera. A Max le llega un arañazo y a mí un puntapié. No hay quien pueda con ella. Surgen un par de enfermeras, dos enfermeros, un policía municipal que pasaba por allí. Se la llevan, a Milagro. Recogen a Paula, la sientan en una silla de ruedas, ella dice: estoy bien, no es nada, pero igual se la llevan, para verificar la tensión, dice al pasar una de las enfermeras. Nos quedamos solos con Max. Tras la batahola se aprecia el silencio, aunque sea un silencio de hospital. Qué locura, digo. Y Max, sin darse cuenta de que se repite: ahí tenís mina, poh'huevón. No acaba de terminar la frase cuando se abre una de las puertas de batiente y da paso a un señor canoso con un delantal blanco y un fonendoscopio colgando de su cuello. El señor dice: ¿sois parientes de Julián Soler? Yo: amigos. El señor mira brevemente hacia el suelo y luego nos mira a Max y a mí y dice con voz apenas audible: ha fallecido, lo siento.

II. Las islas que van quedando

1

Boris no tardó mucho en dar con la carpeta. Estaba entre los papeles de Sorel, sobre su escritorio. Una tarea penosa, una tarea triste la de poner los libros en cajas, clasificar los recortes de periódicos, vender cerros de revistas antiguas. Tres días enteros emplearon con Milagro en deshacer la madriguera de Sorel. Decidieron que Boris conservaría la mayor parte de los libros. Milagro guardaría los manuscritos, las carpetas con apuntes, los innumerables cuadernos y libretas de notas, borroneados con su letra microscópica. Una escritura ordenada la de Sorel, pequeña y puntiaguda, centenares de párrafos negros, de márgenes regulares, que trazaban manchas de tinta cuadradas, casi perfectas, sobre la superficie cuadriculada del papel. Allí estaba su mundo. Boris se dijo que algún día tendría que adentrarse en ese universo, compenetrarse con los personajes que vivían tras esas líneas. Ya habría tiempo. Por el momento, Milagro sería una buena custodia de ese templo de papel. Pero la carpeta azul no. Ésa se la llevaba de inmediato. Era una carpeta vieja, de lomo ancho, bordes ajados y tan abultada que Sorel había debido procurarse un par de elásticos gruesos para mantenerla cerrada. Encima, con rotulador, había escrito primero la palabra «Cuentas» y luego la había tarjado y reemplazado por una tímida pregunta: «las islas?». Así, con un solo punto de interrogación. ¿Y qué diantres había dentro de la famosa carpeta? Lo primero que Boris descubrió fue un cuadernillo. Los párrafos perfectos que trazaba Sorel estaban interrumpidos por fragmentos de poemas. Era un cuaderno escolar de formato más bien pequeño. Las hojas, cuadriculadas, ligeramente verdosas, un tanto translúcidas, estaban escritas por ambas caras. No estaban fechadas. Boris comenzó a leer.

2

¿Las islas que van quedando?

Primera.

Las islas, una isla. Al final, ¿qué? ¿Se van o se quedan?... En qué estás pensando... ¿Aló, Soler, estás allí?...

Sí... Estoy pensando en el poema de Vallejo:

Quién hace tanta bulla y ni deja
testar las islas que van quedando...
Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano,
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea
que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, a cada hialóidea grupada.

El insular corazón... Eso es... Eso supone que el corazón es una isla. Una isla que hay que alcanzar. Una isla a la que se puede llegar, en la que uno puede vivir. Una isla que uno puede también abandonar. Una isla que uno puede no haber conocido nunca.

Supongamos lo siguiente: una pareja de europeos. Franceses, por ejemplo. Ella es normanda. Él, bretón. Ella es rubia como el trigo; él, moreno, marinero, un tanto hosco. Bueno, un poco... un poco bastante, un tipo acostumbrado a navegar, a pasar meses tripulando veleros de otros, fuera del mundo, en otro mundo. Ella no. Ella es profesora de letras, ama la poesía francesa del siglo XX, conoce de memoria autores como Henri Michaux, René Char, Louis-René Desforets. Se ha recibido en La Sorbona con una tesis sobre los últimos años de Rimbaud en África, porque se siente atraída por los rebeldes, por los visionarios malditos, los que huyen para siempre, los que cambian de identidad y se pierden al llegar a cualquier puerto... ¿Como su marido? Bah, mirá vos por dónde...

Un día a él le dejan un velero a muy buen precio, lo compra —su primera

embarcación—y decide partir con su mujer y su hijo. El plan consiste en dar la vuelta al mundo, nada menos, desde un pequeño puerto de Bretaña, La Trinité- sur-Mer. El trayecto es el siguiente:

Trinité-sur-Mer

La Coruña

Lisboa

Madeira

Lanzarote (de allí deberían ir directamente a la Martinica, pero se verán obligados a desviarse hacia el sur para evitar un huracán y se encontrarán en Cabo Verde, concretamente en Mindelo, isla de San Vicente).

De Mindelo, pues, a Martinica (2.150 millas náuticas, 14 días de navegación durante los cuales avistarán sólo dos cargueros)

San Blas

Colón (Panamá)

Ciudad de Panamá

Las Perlas

Galápagos

El programa inicial era cruzar desde las Galápagos hasta Fatu Hiva, islas Marquesas (entre uno y tres meses de navegación), pero decidirán desviarse nuevamente hacia el sur. E irán entonces a:

Guayaquil

Callao

Arica

Caldera

Coquimbo

Valparaíso

Desde allí alcanzarán primero las costas de Juan Fernández, antes de seguir con rumbo a Oceanía (Pascua, islas Pitcairn, Tahití, Australia) y luego a Bali, Madagascar, Sudáfrica, para regresar a Europa subiendo por las costas del África Occidental.

Están dando la vuelta al mundo en el velero que Daniel ha reacondicionado enteramente, el *Morbihan II* se llama. La idea es completarla en cinco años. Viajan con su hijo, al que han dado un nombre bretón, Yann. Al chico, que tiene siete años, lo educan siguiendo estos métodos de educación a distancia que existen en los países europeos; no por nada tuvieron colonias, no por nada están acostumbrados a tener diplomáticos y altos ejecutivos diseminados por el planeta. Bueno, qué sé yo, el asunto es que cada vez que desembarcan en algún puerto importante, se dirigen al Consulado de

Francia, se procuran los textos y deberes para Yann y envían los que el niño ya ha hecho para su corrección. Sí, un lío, pero cuando se quiere navegar por el mundo... Ya. Okey. ¿Y? Abreviá. ¿Abreviá? ¿Qué voy a abreviar?... No seas jodido. Bueno. Ella se llama Catherine, Catherine Trouvé. Él pertenece a una familia de navegantes, se llama Daniel Parlier. Allí están. Catherine, Daniel y Yann. Navegando entre el cielo y el mar. Ella, cuando está en el timón, mientras Daniel descansa o duerme, suele escuchar música clásica, sobre todo a Debussy, Fauré, Beethoven, Tchaikovsky y también a algunos cantantes bastante literarios, como Leonard Cohen, Tom Waits, Paolo Conte... Él no es demasiado aficionado a la música, pero los salobres alcatraces que los siguen por tramos han visto en algunos atardeceres el velero deslizándose, ingrávido sobre la espuma de las olas, y han podido escuchar, cuando Daniel lleva el timón, la voz de Camarón de la Isla, los acordes de Paco de Lucía y también la voz aguardentosa de Gainsbourg o la de Philippe Léotard, surgidas desde el fondo de un bar, en alguna de esas ciudades a las que ya nunca volverán. Allí van, las velas desplegadas, una pestaña alba en la noche del mundo... Deseémosles suerte. Suerte Cathy, suerte Daniel, suerte Yann.

(Manerita de hacerte el payaso que tenés. Venga, pibe, ¡historia, trama! El lector exige bife de chorizo, no frasecitas de tarjeta postal escritas por la abuela. «Suerte, Cathy; suerte, Daniel». Pelotudo que sos).

Momentito, escuchá esto, Pepe Grillo, después seguís insultando:

Un poco más de consideración
y el mantillo líquido, seis de la tarde
DE LOS MÁS SOBERBIOS BEMOLES.

Eso, un poco más de consideración.
Vamos a dejar la película allí.

Y la península párase
por la espalda, abozaleada, impertérrita
en la línea mortal del equilibrio.

Están llegando a Juan Fernández, a Robinson Crusoe, concretamente. La isla, desde lejos, es eso, una emanación gaseosa, apenas un mantillo líquido suspendido en el horizonte. Seis de la tarde. La hora de los más soberbios bemoles. Los de Gabriel Fauré, el cuarteto de cuerdas en mi menor y, cómo no, los de Debussy, *El mar*... Las notas surgen desde la cabina hacia la cubierta y se disuelven en las gotas cristalinas, atravesadas por el sol. Allí van. Son felices. No siempre lo serán.

Stop
A otra cosa...

3

Si hablás mucho, las historias se van, le había dicho una vez Sorel, se evaporan. Hay que tomar notas, desarrollar comienzos posibles, finales posibles, hacer dibujos, planos, tomar fotos si querés... y a lo mejor, con suerte, perseverancia, fe, algo termina por salir. Claro. Pero de aquí ya no saldría nada. Notas. Un universo posible. Apenas esbozado. Un universo creado por su amigo. Un universo insospechado. Juan Fernández, ¿a quién se le ocurría? Boris murmuró: puta madre. Fue hasta la estantería en donde reposaba el equipo de música, porque recordaba haber visto un casete que no le pertenecía, un casete que alguien había dejado allí, y ese alguien, ahora lo supo, era Sorel. Un olvido, claro, de aquellos días que había pasado trabajando en su casa. El casete decía: «Debussy, *La mer, Nocturnes et prélude à l'après-midi d'un faune,* London Symphony Orchestra». Boris lo puso y volvió a la carpeta... Ahora venía a entender el interés de Sorel por Juan Fernández. Puta madre, murmuró, y se puso a hurgar frenéticamente en los centenares de papeles que contenía esa carpeta. Desparramó su contenido sobre la mesa. Había pequeños blocs y hojas sueltas que se arrastraban por el suelo. No puede ser, repitió febril. Pero era. Allí están, Boris dio con ellos entre un fajo de hojas impresas: los descriptivos de Juan Fernández que él mismo le había entregado, ¿cuándo?...

Rebobinemos: hacía unos tres años Sorel le había dicho que iría a Buenos Aires y que pensaba a lo mejor pasar a Chile, no por conocer Chile, que nunca le llamó particularmente la atención, sino porque quería ir a Juan Fernández. Boris se acuerda, como si fuera ayer, como si fuera ahora mismo, de la conversación. Aún no lo había decidido, pero, en fin, la idea le rondaba por la cabeza. Almorzaban en un chiringuito del mercado de la Boquería. Boris preguntó: ¿y qué se te perdió en Juan Fernández? Sorel: nada; bueno, sí, Robinson Crusoe se me perdió, Robinson y Viernes, como a todo el mundo, pero sobre todo es... la última isla, me entendés, la última o una de las últimas. Cómo no haberse dado cuenta, pensó Boris, rodeado del océano de papeles acumulados por Sorel, ahí estaba la novela. Y a lo mejor era «la» novela, la única. Aunque una pregunta subsistía: ¿por qué no la había incluido en la famosa lista? Bueno, famosa para él, claro, o sea para Boris. A lo mejor esa lista, esas seis novelas que Sorel quería escribir o que había declarado querer escribir, a lo mejor eran sólo eso, se dice Boris ahora, una mera declaración de intenciones, por decirlo así. Un invento, vaya. Una trola en España, un carril

en Chile, una historia que se le ocurre a cualquier novelista durante una noche de copas. De hecho, Henry Miller hace lo mismo en *Trópico de Capricornio:* una buena mañana abandona su puesto de telegrafista en el centro de Nueva York, camina sin rumbo por la ciudad, desesperado, pensando que está perdiendo su vida en esa porquería de empleo, cuando lo que él quiere realmente es escribir. Llega al borde del Hudson, se sienta y en un papel anota los títulos de las doce novelas que escribirá en su vida. Está decidido, se acabó Nueva York, se acabaron los empleos miserables, se irá a París y se transformará en lo único que siempre ha querido ser: un escritor. Pero, en ese mismo instante, allí, al borde del río, le entran unas violentas ganas de defecar. De manera que va entre las rocas o bloques de piedra que forman una especie de malecón y luego, claro, no tiene con qué limpiarse, así que no le queda más remedio que utilizar su lista. «La» lista. ¿Usted ha visto una manera más irreverente de comenzar una novela? Qué digo una novela, una carrera literaria. El escritor que aún no ha escrito nada y parte limpiándose el culo con su propio canon. Bueno, sin llegar tan lejos en la farsa, Sorel bien podía haberse dejado llevar por su imaginación esa noche, haber exagerado, estirado la cuerda un poquitito. Un tipo que ha pasado veinte años de su vida inventado historias posibles, bien debe de tener cinco o seis en carpeta para contarle a un amigo mientras toman algo por ahí. En fin, elucubraciones aparte, lo único cierto está en esos apuntes, en los documentos que contiene la carpeta. ¿Las islas? Allí estaban las islas. Primero, unas hojas que el propio Boris había fotocopiado de una guía turística de Chile que Max tenía en la agencia de viajes.

El archipiélago Juan Fernández se compone de las islas Robinson Crusoe (antiguamente conocida como Más a Tierra), Alejandro Selkirk (llamada antaño Más Afuera), el islote Santa Clara e islotes menores.

Se encuentra a 670 km de las costas de Chile, a la altura del puerto de San Antonio. Su origen geológico es volcánico. El clima es subtropical lluvioso. Las tres islas principales tienen en total una superficie de 147 km².

La única isla poblada permanentemente es Robinson Crusoe (latitud 33º 38’ y longitud 78º 49’ O). Tiene una superficie de 96,4 km². Población (censo de 1982): 698 habitantes, concentrados fundamentalmente en el poblado de San Juan Bautista, en Bahía Cumberland, la única aglomeración urbana del archipiélago. La principal actividad económica es la pesca de la langosta marina (langosta de Juan Fernández, muy apreciada en el continente). La población de la isla Robinson Crusoe está disminuyendo a raíz de la emigración de jóvenes que se radican en Chile continental, en busca de mejores oportunidades y de una vida menos aislada. Bahía Cumberland —«el pueblo», como le llaman los habitantes de Robinson Crusoe— fue fundada en 1877 por el barón suizo Alfredo van Rodt, que aún hoy tiene numerosa descendencia en la isla.

La isla Alejandro Selkirk (latitud 33º 45’ S y longitud 80º 45’ O) tiene una superficie de 48 km². Se encuentra a 857 km del puerto de Valparaíso y dista 187 km de Robinson Crusoe. Destaca el cerro de los Inocentes, cuya altura alcanza los 1.650 metros sobre el nivel del mar y ocupa una buena parte de la superficie de la isla. Alejandro Selkirk está habitada por una población itinerante, sólo durante el período de pesca de la langosta, que se extiende desde mediados de octubre a mediados de mayo. El resto del año la isla permanece deshabitada.

El islote Santa Clara (latitud 33º 42’ S y longitud 79º 00’ O) tiene una superficie de 5 km². Está deshabitado y se encuentra a 1,5 km de Robinson Crusoe.

5

Enseguida Boris se encontró con los datos que él mismo había juntado sobre las maneras de llegar a Juan Fernández. Era una hoja impresa en el computador de la agencia.

«A Juan Fernández se llega por vía aérea y marítima.

»Por vía aérea: Taxpa, aeropuerto de Cerrillos, avenida Cerrillos, 9698, Santiago, Teléfono: (56) (2) 27 35 89. Hablar con la señorita Lorena. Atención, está bastante lejos del centro. Conviene tomar un taxi con anticipación, pues suele haber «tacos», léase «atascos» y no «palabrotas», aunque en los «tacos» se le escapen a uno «tacos». Bien, a lo nuestro: el vuelo se hace en un bimotor que demora dos horas treinta y sale, en temporada baja, de marzo a octubre, sólo los martes y viernes, en función de la meteorología de la isla. Es decir, a veces no sale durante cuarenta y ocho o setenta y dos horas, y a veces sale y no debería haber salido... no debería haber salido nunca, ¿me explico? Pero al sacerdote, fe; al amante, ardor, y al aventurero, ¡valor... y al toro! (o sea, al avión). No te quedará más remedio que confiar en el alto nivel de preparación y, sobre todo, en la gran intuición poética de los pilotos de la patria, por algo son chilenos (0% de lógica, 100% de intuición). En fin, no te asustés, ché, o si prefieres, no te asustís, huevón, en todas partes se cuecen habas (o pilotos). Bueno, la corto. En temporada alta, es decir de noviembre a fines de febrero, hay vuelos lunes, miércoles, jueves y sábados. Precio del billete: 250.000 pesos chilenos, una barbaridad, ya lo sé, apenas un poco más barato que el ida y vuelta Barcelona-Santiago, pero tienes que tomar en cuenta que se trata de un destino muy poco concurrido, una isla a 700 km de un país que ya está en el culo del mundo.

»La vía marítima la asegura una barcaza de la marina chilena, la *Capitán Orella.* El viaje dura cuarenta y ocho horas. La barcaza lleva a la isla «insumos» como mercaderías de abarrotes, productos lácteos, carnes, herramientas para la pesca, medicinas, kerosene, cigarrillos, etcétera, o sea casi de todo. Transporta a los niños en edad escolar que estudian en Valparaíso y a los isleños que necesitan viajar al continente. En principio, no admiten turistas, salvo si se trata de alguna expedición científica o si el viaje tiene algún tipo de interés para la isla. Si quieres intentarlo, tienes que llamar

a la Pri-Zona y hablar con el cabo Alarcón. El teléfono: (56) (32) 252 63 54. Tienes que tratar de convencerlo de que tu viaje presenta algún interés general para Juan Fernández, un reportaje, un estudio científico, etcétera. Él somete la solicitud a la comandancia del puerto. Si te aceptan, problema: se sabe la fecha de salida de la barcaza, pero nunca la fecha de regreso. Al menos, no con exactitud. La *Capitán Orella* normalmente regresa a los quince días, pero también se ha dado el caso de que, por diferentes razones, ha pasado un mes en la isla. Ojo, los isleños tienen preferencia, y si, por alguna razón (una epidemia o el regreso de los escolares, etc.), va llena, te puede tocar esperar que regrese a Valparaíso y vuelva a Juan Fernández, para que te traiga de regreso al continente: total, fuiste por quince días y te tuviste que quedar dos meses. Pero, claro, el precio del billete es tentador: 25.000 pesos ida y (con suerte) vuelta.

»Eso es todo lo que pude averiguar desde acá.

»Bueno, maricón, me muero de envidia, si llegas a ir a esos peñascos del culo del culo del mundo escribe y manda fruta (y sobre todo, langostas, al parecer son fabulosas). Y, si lo logras, regresa».

Boris terminó de leer su prosa. Sin saber mucho por qué, dobló la hoja en cuatro y la guardó en su billetera. Que él supiera, Sorel nunca había estado en Juan Fernández. Ni siquiera había estado en Chile. No le iba a venir con cuentos a él, Sorel. Lo conocía de memoria. Lo conocía como si lo hubiese parido. Y, sobre todo, le había escuchado el relato de sus viajes a Buenos Aires y, en particular, el de ese viaje a Buenos Aires. Él mismo le había contado que había desestimado el viaje a Chile.

—No, che —le había dicho—, a tú país no fui, me habría encantado, eso sí, porque tengo varios amigos chilenos —y le palmoteó el hombro, sonriendo.

—Ya —había replicado Boris—, o sea que a Juan Fernández tampoco fuiste.

—No, mirá, entre los abuelos de Paula que hay que ir a ver a Tandil, los tíos de Paula que viven en el Tigre, los padres de Paula que viven en San Isidro, más los amigos que hay que ver cada una de las noches que te quedan libres...

Boris lo había interrumpido:

—¿Y tú no tienes familia?

—Un hermano.

—¿Y no lo viste?

—Un poco difícil, vive en Nairobi.

—¿En Nairobi?

—Es traductor, trabaja en el Pnuma.

—¿Y eso cómo se come?

Y Sorel, pedagógico:

—Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, ignorante que sos.

Se había producido un silencio y entonces Sorel había agregado:

—Podríamos ir juntos.

La respuesta de Boris no se había hecho esperar:

—Me encantaría.

Las dos palabras resuenan ahora mismo en su cabeza como si acabara de

escuchar esa réplica en una película, allí en el televisor, y las palabras retumbaran en la sala con el timbre metálico de los doblajes envejecidos: me encantaría... Sorel había dicho: qué idiota, no haberlo pensado antes, pero de verdad te lo digo, ¿por qué no lo programamos?, no para este verano, pero para el próximo, por ejemplo, ¿te animás? Boris había observado que la mejor época era de octubre a marzo. Y Sorel: vamos en Navidad y ya, no ésta, la siguiente, ¿hecho? Y Boris, nuevamente: me encantaría. Pero eso había sido hacía tres años, ¿dos?...

Da lo mismo. Lo que no da lo mismo es que ya no había Sorel, no había islas, no había Juan Fernández, ni pilotos erráticos, ni mar... Boris se paró, fue hasta el cuarto de baño y se mojó la cara. Miró en la caja de galletas Chiquilín: quedaba media botella de whisky. Se sirvió un vaso con mucho hielo. Volvió a la sala y comenzó a recoger los papeles desparramados por todas partes y a ordenarlos dentro de la carpeta. De pronto extrajo la hoja que acababa de guardar en su billetera. Miró la hora: las diez y media de la noche. Calculó: seis y media de la tarde en Chile. Se quedó mirando el teléfono. Descolgó el auricular. Lo colgó. Volvió a descolgar. Discó. En alguna parte, del otro lado del mundo, la campanilla comenzó a sonar en medio de un chisporroteo. Boris se imaginó la mecha de un petardo antes de que estallara... la mecha de un cartucho de dinamita... de un cinturón de nitroglicerina... escuchó una voz:

—Primera Zona Naval, ¿diga?

Una voz atropellada, gangosa, que se comía las sílabas:

—Primera Zona Naval, ¿diga? —repitió esa voz.

—Sí, buenas tardes, quisiera hablar con el cabo Alarcón —dijo Boris.

—¿El cabo Alarcón? El teniente Alarcón querrá decir —lo corrigió la voz.

Boris:

—Perdón, con el teniente Alarcón.

La voz se alejó, preguntó algo a alguien y enseguida a él:

—¿Para qué sería?

Boris dijo:

—Es un poco especial, quisiera saber si guardan el registro de los pasajeros que transporta la barcaza *Capitán Orella* a Juan Fernández.

La voz contestó:

—Esa es una información confidencial, señor. ¿De dónde está llamado usted?

Boris dijo:

—¿Perdón?

El tipo, que Boris imaginaba encerrado en algún sombrío despacho de la Comandancia de Marina, en Valparaíso, insistió:

—¿De dónde llama?

Boris se sirvió más whisky, miró la etiqueta de la botella y sintió que tenía una revelación:

—De Glasgow, del Consulado chileno en Glasgow, Escocia —dijo.

La voz contestó:

—No cuelgue, comunico.

Un pito y de inmediato otra voz, mucho más imperativa, declaró:

—Alarcón, ¿diga?

Boris volvió a la carga, estaba buscando a un amigo del que no tenía noticias hacía mucho, suponía que había viajado a Juan Fernández, ¿habría manera de saber si había tomado la barcaza de la Armada? Alarcón contestó:

—Tiene que dirigir una petición por escrito al comandante de la Primera Zona Naval, señor.

Boris colgó. Tomó un trago. Se sentó en la silla de playa con varios legajos de papeles. Se levantó, trajo el teléfono. Después de un rato volvió a marcar. Una voz femenina anunció: gracias por llamar a Taxpa, servicio de taxis aéreos, nuestras oficinas están abiertas de lunes a viernes, desde las nueve treinta a las dieciocho horas, si desea dejar un mensaje o enviar un fax... Lo despertó un sol enceguecedor. Eran casi las diez de la mañana. Estaba acalambrado. Se acababa de incorporar de la silla de playa cuando sonó el teléfono. Boris lo miró, imaginó que del otro lado alguien le diría Primera Zona Naval, tenemos las listas de pasajeros a Juan Fernández, pero cuando se decidió a descolgar escuchó la voz de Max: ¿estái de vacaciones, huevón? Boris se duchó durante largo rato. Con un vaso de agua tragó tres aspirinas y en el Portal del Ángel tomó un taxi hasta la agencia. Lo siento, es que descubrí algo, le dijo a Max al llegar. Por lo menos tenís que haber descubierto América, son las once de la mañana, contestó su jefe.

7

A partir de esa noche Boris adquirió una rutina inmutable. De su casa a la agencia de viajes y por la tarde, lo antes posible, a casa nuevamente. Dejó de frecuentar a Max y a Eddy. Dejó de vagar por los bares del Borne y por la Barceloneta. Dejó de ir al supermercado. Sólo compraba, al pasar, en un colmado de la calle del Pino, unos tacos de jamón o un poco de sobrasada, unas lonchas de queso manchego, algo de pan, una botella de vino. Subía raudo a su piso. Comía mientras miraba las noticias en el televisor. Luego despejaba la mesa, abría la carpeta azul y leía los papeles de Sorel. Se quedaba leyendo mientras iba agotando la botella de vino, hasta que lo vencía el sueño. Muchas veces despertó, de madrugada, con la cabeza hundida entre los antebrazos, encima de los legajos de papeles. Había unas páginas fotocopiadas de un libro cuyo título había anotado Sorel de su puño y letra en el margen: *El archipiélago de Juan Fernández: historia y mitos,* Victorio Bertullo Mancilla, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1972. Bajo esta referencia, Sorel había agregado: «hablar con este señor, si es que todavía existe, averiguar con BLB». Boris se preguntó: ¿quién es BLB? Boris desordenó aún más los papeles, en busca de alguno que contuviera un dato sobre BLB. Leyó por encima, tiró la mayoría al piso. Pero no encontró nada, así, a simple vista, no volvió a ver la sigla BLB. Metió los papeles en la carpeta sin fijarse en el orden. Ya tendría tiempo de ordenar. Se dijo que de todas maneras era mejor no tratar de encontrar nada, que poco a poco iría leyendo cada hoja, cada fotocopia y anotación, que era una cuestión de tiempo, nada se le escaparía. Las fotocopias del libro continuaban sobre la mesa. Unidas a las páginas fotocopiadas por un par de corchetes, había varias hojas de cuaderno, en las que Sorel había hecho una serie de anotaciones, con su escritura pequeña, puntiaguda, regular. Boris leyó primero esas hojas manuscritas.

«Juan Fernández —escribía en párrafos perfectamente cuadriculados— descubrió el archipiélago el 22 de noviembre 1574. Buscaba acortar la duración de la travesía entre el Callao (Perú) y Penco (sur de Chile). “Piloto” español, de Cartagena, Fernández era discípulo de Hernando Lamero, “piloto” coruñés, quien le había enseñado que el régimen de vientos de mar adentro era totalmente distinto al del litoral. Alejándose unas 400 millas de las costas, Juan Fernández tardó sólo treinta días en hacer un trayecto que normalmente tomaba casi seis meses (unos 2.800 km), pues se enfrentaban a: 1) el

obstinado viento sur, que solía inutilizar las velas de los navíos durante días, y 2) la necesidad de navegar sólo de día y fondear de noche, para evitar encallar en los obstáculos de las costas. Su hazaña le valió un proceso de la Inquisición: "Juicio del Santo Oficio de Lima contra el Piloto Mayor Juan Fernández, acusado de navegar por arte diabólica". Con la bitácora de su viaje logró convencer al implacable tribunal de la veracidad de su ruta.

»Pocos días antes de fondear por primera vez en la isla que él mismo bautizó como Santa Cecilia, conocida luego como Más a Tierra y actual isla Robinson Crusoe, la principal del archipiélago, Juan Fernández descubrió también las islas San Félix y San Ambrosio (a unos 800 km de las costas de Chañaral, Chile, también llamadas islas Desventuradas, que había creído descubrir Hernando de Magallanes).

»En 1576 realizó una nueva exploración por el Pacífico Sur. Se dice que durante este viaje llegó a Australia y Nueva Zelandia. Hay una carta de un abogado ilustre, un señor Luis de Arias, a Felipe III, a principios del siglo XVIII. En ella le comunica que "el ilustre piloto Juan Fernández ha encontrado a ochocientas leguas de la costa de Chile, a la altura del grado 40, latitud de Valdivia, unas tierras hermosísimas y provistas de gentes blancas y bien vestidas, civilizadas y hospitalarias, que ofrecieron a los expedicionarios la producción del país".

»¿Qué se habría fumado este señor Arias?

»Lo que sí está probado: combatió contra Francis Drake, quien acababa de incendiar la nave de Hernando Lamero en la bahía de Valparaíso. Al ver que Drake se disponía a asolar las costas, emprendió un viaje de Valparaíso al Callao, avisando a las poblaciones costeras de la presencia del temido pirata. En 1589 es nombrado Piloto Mayor de los Mares del Sur. Se casa con Francisca de Soria. En 1592 recibe un terreno en Rautén (Quillota, Chile), por los servicios prestados a la Corona. Fallece allí en 1599.

»(Algunos) piratas que visitaron el archipiélago y, se supone, enterraron allí la totalidad o parte de sus tesoros: Jean-Jacques Le Maire, William van Schouten (después de descubrir y bautizar el cabo de Hornos), Joseph L'Hermite, Bartolomé Sharp (tras saquear la ciudad de La Serena, en 1680), John Cook, John Eaton, William Strong. El famoso y temido pirata Edward Davis habría enterrado, en 1686, en Más a Tierra, la totalidad de los tesoros logrados en sus correrías por el continente americano. Pero el más famoso de todos es, sin duda, el pirata William Dampierre. Al mando del *Cinq Ports,* Dampierre fondeó en Más a Tierra en 1704 y desembarcó al marinero Alexander Selkirk, quien permaneció sólo en la isla hasta 1709, en cuya

aventura se inspiró Daniel Defoe para crear *Robinson Crusoe.*

»Últimos corsarios, antes de la colonización española: el temible capitán Shelvocke, al mando del *Speedwell,* quien aterrorizó las costas de América, desde Acapulco hasta Ancud. Hay obra: *Percances, hazañas y fechorías del capitán Shelvocke, contados por él mismo.* En 1767, Samuel Wallis, al mando del *Dolphin,* y Philippe Carteret, al mando del *Swalow,* encontraron la isla fortificada por los españoles. Wallis consignó en su bitácora: “Divisamos un considerable número de hombres alrededor de la playa, con una casa y cuatro piezas de cañón cerca del agua; y a unos trescientos metros de la costa, un fuerte construido en la pendiente de un cerro, con la bandera española, rodeado de murallas de piedra, y adentro, barracas para la guarnición y alrededor de unas treinta casas de varias formas”».

Hasta allí llegaban los apuntes de Sorel. Enseguida, Boris leyó las fotocopias del libro del señor Bertullo Mancilla.

Durante el siglo XX, el episodio más relevante que se produjo en el archipiélago de Juan Fernández fue, sin duda, el hundimiento frente a las costas de Más a Tierra del acorazado alemán Dresden*, el 14 de marzo de 1915. Sorprendido por tres unidades navales inglesas, el crucero alemán fue cañoneado y hundido frente a las costas de la actual Robinson Crusoe.*

A las ocho de la mañana del domingo 14 de marzo de 1915, una silueta negra nacida en el este se posó sobre las quietas y azules aguas de la bahía de Cumberland, de la isla de Más a Tierra. Su aparición causó estupor entre los tripulantes del Dresden*, que seis días antes había recalado en las costas del archipiélago Juan Fernández, con la intención de reabastecer sus bodegas con víveres y carbón, y reparar sus deterioradas máquinas. El comandante del crucero alemán, capitán de navío Karl V. Lüdecke, frunció el ceño y no pronunció palabra. Después de ocho cansadores meses de persecución, los buques de la escuadra inglesa habían logrado descubrirlo. Pronto, la amenazante sombra negra que de improviso invadió la rada se dividió en tres. Al verlas, Lüdecke comprendió que era inútil presentar combate en esas condiciones. Las calderas de su buque no podían ser alimentadas con presión. Estaba atrapado, inmóvil y a merced del enemigo. Dándose cuenta del peligro que corrían los hombres, el comandante ordenó izar la bandera de parlamento en el palo de mesana, bajo la enseña del Kaiser Guillermo II. Si podía evitar la inútil pérdida de vidas, lo haría. Viendo que las unidades inglesas no estaban dispuestas a sostener diálogo por encontrarse en mar neutral, Lüdecke le pidió a su gente que se formara en cubierta para efectuar un ordenado abandono del* Dresden*, y que se dirigiera en botes hacia la isla de Más a Tierra (nombre en aquella época de la actual isla Robinson Crusoe). Acto seguido requirió a algunos oficiales y marineros para que se apostaran en los cañones alineados a babor y dispararan con ellos al enemigo, con el fin de cubrir la retirada de sus compañeros. Luego, si todo salía bien, debían hacer explotar los polvorines del buque, para que éste se fuera a pique y evitar así que sus adversarios se apropiaran de él. No fue necesario. La primera andanada vino del este, desde el punto en que apareció la primera silueta. A 3.500 metros el acorazado* Kent *escupió fuego, dañando seriamente la cubierta del* Dresden. *Éste respondió efectuando sólo tres disparos. Por un momento resplandeció sobre el agua, y ya no lo hizo nunca más. Del oeste, a similar distancia, le*

contestaron el acorazado Glasgow *y el transporte* Orama. *Sus descargas perforaron sin piedad el casco del buque alemán, matando a ocho tripulantes y a un guardiamarina. En medio de ese torbellino, Lüdecke despachó un falucho en dirección al* Glasgow. *Su ayudante, el teniente Wilhelm Canaris, iba a bordo de éste con la misión de conseguir tregua. A treinta metros del acorazado inglés, un oficial de su dotación lo conminó a detener la embarcación. "Tengo órdenes de mi comandante de deciros que el* Dresden *tiene averías y se encuentra en aguas territoriales chilenas", habló el teniente Canaris. La respuesta inglesa fue lapidaria: "Lo de las aguas territoriales no nos incumbe. La situación será arreglada por la diplomacia. Decid a vuestro comandante que si el crucero no se rinde, lo hundiremos a cañonazos". La pequeña lancha regresó sin contratiempos, mientras en la cubierta del* Dresden *los marineros alemanes lanzaban hurras al cielo para saludar al Kaiser y despedir así a la nave, antes de abandonarla. Unos cincuenta y cinco tripulantes alcanzaron la playa, muchos de ellos heridos de gravedad. El último en abandonarla fue el comandante Lüdecke, que junto con algunos de sus más cercanos oficiales permaneció unos segundos más en el buque, para preparar el estallido de los polvorines. Al cabo de un rato, una gigantesca explosión estremeció al* Dresden, *que comenzó a incendiarse en medio de fuertes convulsiones. El* Kent, *el* Glasgow *y el* Orama *volvieron a escupir fuego sobre él. Cinco minutos más tarde, el último de los navíos de la escuadra del almirante Von Spee desapareció bajo el mar del archipiélago. En un gesto hidalgo, los oficiales del transporte* Orama *ofrecieron llevar hasta Valparaíso a los marineros del* Dresden *que resultaron heridos. Dos días después, quince de ellos ingresaron al Hospital Alemán de ese puerto para ser atendidos de sus lesiones. Los sobrevivientes, en tanto, fueron enviados a la isla Quiriquina, donde permanecieron recluidos hasta el término de la guerra.*

En junio de 1974, en la ciudad de Valparaíso, se logró hablar con la única habitante de la isla, aún en vida, que vivió el drama del Dresden. *Su nombre: Ana Julia Torrejón Cáceres, nacida en la isla el 27 de septiembre de 1898, de padres colonos. Su mente clara y físico bien conservado permiten dar crédito a sus palabras que se van hilando perfectamente a sus recuerdos. Su testimonio es el siguiente:*

«En el año 1914, al empezar la guerra, fondeaban buques ingleses o alemanes en la isla. A mi padre le compraban carne, pero se abastecían de agua, en especial. El 9 de marzo de 1915 llegó el Dresden *y entró en Bahía Cumberland. Todos temían que llegaran los ingleses mientras mantenían conversaciones con el alcalde del mar, señor Natalio Sánchez. Un día sábado mandaron a decir que se reuniera la juventud y todos quienes desearan escuchar a los músicos, porque bajaría la banda del buque. Tocaron piezas muy hermosas. Me parece que fue justamente al otro día, que yo me levanté*

muy temprano y vi en la bahía lanchas que iban y venían. Me había subido a un saco de papas para poder ver mejor al Dresden, *cuando divisé los buques ingleses que por un lado y otro lo bloqueaban. De repente vi salir de ellos unas luces y luego sentí los cañonazos. La primera bala le dio al* Dresden *en lo alto. Saltaron unos hombres. Luego el agua se vio blanca con los disparos. Continué mirando porque nuestra casa se encontraba en lo alto y la rodeaba un higueral inmenso, en el cual se incrustó un proyectil, como también sucedió en otros lugares de la isla. De repente, del* Dresden *salió humo negro y azul y empezó a hundirse lentamente. Antes, los marinos habían ganado tierra como pudieron, en botes, a nado o como fuera. Cuando el agua cubrió totalmente el buque, sus hombres desde la playa gritaron ¡hurra! Varias veces. Estos marinos estaban casi desnudos, mi papá les dio albergue y cuidó de algunos alemanes, y al resto, los colonos les arreglaron carpas y los alimentaron».*

En este breve combate perecieron nueve marinos alemanes, siete de los cuales descansan en el cementerio de la isla, en una tumba que mantiene y cuida la Armada de Chile y es muy visitada por los turistas. El Dresden *se encuentra actualmente a una profundidad de 78 metros y a 500 metros de la playa de Bahía Cumberland.*

9

Max terminó por llamar una de esas noches:

—¿Vives aún?

—¿Por qué?

—No se te ha visto ni el pelo, estamos con Eddy en el bar del Astoria, vente a tomar algo, te vas a echar a perder la salud con tanto encierro.

Boris preguntó:

—¿Sabías que Canaris estuvo en Juan Fernández?

Max, extrañado:

—¿Que quién estuvo dónde?

—Wilhelm Canaris, el almirante nazi, el jefe del servicio de espionaje del Tercer Reich.

—Turco, en serio, no sé a qué te estás dedicando últimamente, pero me estoy comenzando a preocupar, ¿no se te estará corriendo una teja?

—¿Está Eddy contigo?

—Te lo acabo de decir —respondió Max.

—Voy para allá.

Tomó un taxi. Al llegar, grandes abrazos con Eddy, tanto tiempo, sí, claro, desde el entierro de Sorel... Estaban bebiendo whisky. Boris pidió uno doble, aconsejado por Eddy (aquí los ponen muy mal, hermano) y Max comenzó:

—Y por qué has cortado con los amigos, alguna mina, seguro.

—No, qué va, qué más quisiera uno.

—Déjalo —terció Eddy—, si no quiere contar que tiene su hembrita por ahí... discreto, fino y sencillo, como todos los chilenos.

—¿Ah, sí? —pregunta Max—, ¿quién dijo esa huevada?

—Violeta Parra —responde Eddy.

—Violeta Parra no tenía ni idea de hombres y mucho menos de hombres chilenos, ¿no ves que se lo pasó metida en París?, discretos, finos y sencillos... —se ríe a grandes carcajadas Max—, esa sí que está buena, naca la pirinaca, huevón, a Papá Mono no le vienen con bananas verdes, alguna peor es nada, alguna peuca tiene escondida éste.

—¿Yo? —dice Boris—, nada de nada.

—Caray, hermano, ¿al menos no te estarán gustando los hombres? —pregunta Eddy.

—No, eso le pasa sólo a los peruanos.

—Claro —agrega Max—, carne blanca aunque sea de hombre, como dicen en el Perú.

—Por algo todos los peruanos sufren de hemorroides —agrega Boris.

—Tú se las estás viendo a alguno —contraataca Eddy—, seguro.

Boris, sin hacerle caso:

—Es sabido, hay tratados enteros sobre el tema; por ejemplo, no hay escritor peruano que no las tenga, es casi un signo de categoría, dime cómo andan tus hemorroides y te diré cuán importante eres en la literatura peruana.

—Carajo, par de chilenos cabrones que son —dice Eddy—, y tiene uno que beber con ellos.

Pero se ríe también. Se ríen los tres. Y viene el tercer, el cuarto whisky.

—¿Y en qué andas, pues? —insiste Eddy—. Cuenta un poco.

—Sí, claro—lo apoya Max—, a ver, cuál es el motivo de tanta reclusión, no estarás dedicado a leer la Biblia—y a Eddy—, no se nos estará volviendo canuto este huevón, pronto lo veremos cantándole al Señor en la plaza de Cataluña, glorialpadre, gloriaalhijo, glorialespíritusanto—levanta los brazos y la cabeza al cielo Max, pone los ojos en blanco—, glorialaltísimo...

Entonces Boris le pregunta a Eddy:

—¿Sabías que el almirante Canaris estuvo en Chile, concretamente en Juan Fernández?

—Ya le bajó con el tal Canaris —interviene Max—, ¿no te digo que se le está arrancando la moto?

Pero Eddy, sin hacer caso:

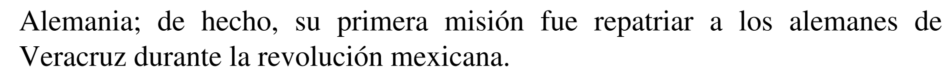
—¿Canaris? Claro que sí, era el segundo de a bordo del *Dresden,* el acorazado que hundieron los ingleses en la isla Robinson Crusoe durante la Primera Guerra Mundial.

—Yo me acabo de enterar, lo que no sé es qué pasó después.

—Es un episodio muy interesante—cuenta Eddy—, en principio, la Armada de Chile mandó a recluir a los sobrevivientes del *Dresden* en la isla Quiriquina hasta que terminara la guerra; entre paréntesis, fue la primera vez que se usaba esa isla como campo de concentración.

—Hace no mucho lo reabrieron —lo interrumpe Max—, con todas las comodidades de la hotelería moderna: salones de tortura vip, ratas en los camarotes, duchas de caca...

—Bueno, los primeros huéspedes de la Armada de tu país en la Quiriquina fueron Canaris y sus compañeros del *Dresden*—continúa Eddy—. Claro que pronto, con la complicidad de la colonia alemana del sur de Chile y sin duda alguna de las propias autoridades chilenas de la época, Canaris se fugó. Hablaba perfectamente español, lo había estudiado de muy joven en


Alemania; de hecho, su primera misión fue repatriar a los alemanes de Veracruz durante la revolución mexicana.

—Vaya tipo —dice Max.

—¿Y? —lo apura Boris.

Eddy echa un trago largo de su whisky, sigue:

—Se fugó de la isla Quiriquina, se sabe que estuvo un tiempo en la casa de un alemán que oficiaba de cónsul en Osorno y luego pasó a Bariloche con un pasaporte chileno, a nombre de un comerciante apellidado Reed Rozas, viudo, así pudo regresar a Alemania, embarcándose en Buenos Aires.

Max a Boris:

—¿Cómo sabe tanto este huevón?

Boris, tratando de reparar, a lo mejor, su tesis sobre literatura y hemorroides en el Perú:

—Es que un peruano culto vale por veinte historiadores chilenos, ¿no te habías dado cuenta?

—Ya, di ahora que somos el planeta de los simios —responde Max.

—No estamos muy lejos —opina Boris.

—Bueno, no se peleen —interviene Eddy—, es que la cultura produce hemorroides y como los chilenitos no tienen...

Y Boris a Max, sin hacer caso de Eddy:

—Chile se ha convertido en un país de gerentes.

—¿Y qué? —dice Max—, eso no estaría tan mal, yo mismo soy gerente.

Eddy, nuevamente:

—Chile es un país de gerentes, pero el Perú es un país de indigentes, no sé qué es peor.

—Espérate a que lleguen los gerentes chilenos —dice Boris.

—Ya empezamos con la izquierda paleolítica —salta Max—, el capitalismo es intrínsicamente perverso, los empresarios, unos chupasangre, y si son chilenos, mucho peor.

—Efectivamente —asiente Boris—, si son empresarios chilenos, más arrogantes, más ignorantes, más reaccionarios— y a Eddy—: Bueno, continúa con Canaris, después seguimos la discusión sobre nuestros magníficos países.

—Y nuestras respectivas hemorroides —dice Eddy.

—No, pero espérate un poquitito —insiste Max—, ¿tú crees que vamos a derrocar a Pinochet para poner a Fidel Castro?

—Primero habría que ver si alguien es capaz de derrocarlo, a Pinochet —contesta Boris—; de momento, goza más bien de excelente salud.

—Ya, mejor sigamos con Canaris —concede Max—, y a propósito, ¿quién cresta es el tal Canaris?

—Un personaje bastante singular —Eddy se termina el whisky, llama al camarero, levanta la mano con tres dedos abiertos—. Fue uno de los

almirantes más destacados de la Marina alemana y durante el Tercer Reich se transformó en «el» espía de Hitler. Llegó rápidamente a ser jefe del Abwher, el servicio de inteligencia del Estado Mayor del Tercer Reich, vino varias veces a España en misión secreta, estuvo detrás del pacto entre Hitler y Franco y de la ayuda de la Alemania nazi a la Falange, los bombardeos de Barcelona y Madrid, Gernika, los submarinos alemanes en los puertos españoles... ¿Eso te dice algo?

Max a Boris:

—¿Y ese huevón tan siniestro es el que te tiene enclaustrado?

—Después te explico.

—Si es así tiene razón—opina Eddy—, el de Canaris es un caso muy interesante, fíjate que venía de México, entre 1915 y 1918 estuvo en Chile y luego fue a España...

Boris lo interrumpe:

—O sea, era un nazi hispanohablante.

—Hispanohablante y hasta hispanófilo, se le adjudica la creación de una red internacional nazi para hacer que la ideología de Hitler sobreviviera a la derrota que sabía inminente, y de hecho su desaparición hasta el día de hoy plantea dudas, oficialmente fue declarado sospechoso tras el atentado del que Hitler salió ileso; hay quienes sostienen que era un nacionalista, pangermanista, profundamente anticomunista, pero que nunca fue nazi y que, en realidad, estuvo desde un comienzo detrás de todos los complots contra Hitler. Quienes sostienen esa tesis la justifican con el argumento de que por algo fue encarcelado y fusilado por los SS poco antes de la capitulación del Reich.

—Hay una tesis contraria, me imagino —aventura Max.

—Por supuesto, hay quienes sostienen que en realidad Canaris, como maestro del espionaje que era, «escenificó» su caída en desgracia y su ejecución como parte de un guión de «desaparición», pero en verdad...

—¿Nunca habría sido fusilado? —interviene Boris.

—Exactamente, su fusilamiento habría sido un montaje para volverse «invisible», romper el cerco de los aliados y dedicarse plenamente a la internacional nazi que él mismo creó antes del fin de la guerra.

—En ese caso, habría sido un nazi convencido—concluye Max.

—Claro que sí, la verdad es que nunca se encontró la orden de fusilamiento, ninguna huella escrita de un proceso, ni de una sentencia, ni siquiera una nota confidencial sobre el tema; de hecho, durante los juicios de Nuremberg los oficiales alemanes declararon que había sido fusilado por exceso de celo de los guardianes del campo de concentración en el que estaba. ¿Quién se cree eso tratándose del jefe del servicio de inteligencia de Hitler?

Boris:

—¿Y qué puede haber pasado en realidad?

Max:

—¿Que salió de Alemania a tiempo?

—Es una posibilidad —continúa Eddy— que haya logrado escapar de la Alemania puesta a sangre y fuego por los aliados, y después de atravesar Europa, gracias a su pasaporte chileno y a su perfecto dominio del español, se haya radicado en alguna parte de América del Sur.

Boris:

—En Chile, en donde más había estado.

Eddy:

—Bueno, si tenía el pasaporte...

Max:

—Claro, y se compró una estancia en la Patagonia que hoy día es un resort de lujo, administrado por sus nietos, hay hasta un museo, ¿algunas pantallas de piel semita?, ¿algunos jabones de la época?...

Eddy:

—Te ríes, pero podría haber sido perfectamente el caso, porque se sabe que nunca se separó del pasaporte que consiguió en Chile; de hecho, entraba y salía de España como el señor Reed Rozas, un melancólico viudo chileno, como lo describió alguien.

Boris:

—Un discreto comerciante.

Eddy:

—Lo cierto es que nadie ha podido probar nada veraz en cuanto al destino final de Canaris.

Boris:

—¿Habrá muerto en Chile, en serio?

Eddy:

—No es en absoluto descartable.

Max:

—Puta, ahora que me acuerdo yo tuve una novia en Santiago que se llamaba Mónica Reed.

Boris:

—¿Viste?, casi fuiste yerno de Canaris.

Max:

—Menos mal que me fui de ese país de mierda y, mejor todavía, después salí durante años con la Ana María Rozas.

Eddy:

—¿Y no te acuerdas de ningún abuelito con pinta de ex oficial alemán?

Max:

—No, la verdad.

Eddy:

—Te salvaste por los pelos, entonces.

Max:

—Sí, por los pelos del culo, huevón.

Boris y Eddy estallan en una carcajada, y Boris:

—Qué tipo grosero.

—Chileno, pues —dice Eddy.

—Menos mal que después me enamoré de la Antonia, que es de Valencia —sigue Max—; bueno, de Carcaixent.

—Bona terra i mala gent —completa Boris.

Max, sorprendido:

—¿Conoces?

—También tuve novia valenciana—y a Eddy—: En todo caso, parece alucinante que Canaris, nada menos, haya iniciado su andadura en Juan Fernández.

—En parte, en realidad se estrenó en México, combatió luego en las Malvinas, siempre con el *Dresden,* y pasaron al Pacífico huyendo de los ingleses, pelearon frente a las costas de Coronel, en tu país, y se refugiaron enseguida en Juan Fernández.

—¿Hablaría como chileno? —pregunta Boris.

—Es probable que haya sido capaz de imitar muchos acentos hispanoamericanos; de hecho, todos los testimonios concuerdan en que era excepcionalmente dotado para las lenguas.

Max, reflexionando en voz alta:

—Pero si pasó tres años en Chile...

Y Eddy, con voz de pito, imitando el acento chileno:

—Demás que sí, poh, compadre, seguro que hablaba como chileno.

—Puta madre —Max golpea la mesa—, qué raza, huevón, indios, extremeños y nazis; no queda otra, hay que vender ese país, es la única solución, digo yo.

—Bueno, sobre todo hay una investigación por hacer sobre la complicidad de los paisanos de ustedes con el Tercer Reich —opina Eddy.

Max a Boris:

—¿Y de dónde te bajó a ti el interés por semejante monstruito?

—Después te cuento.

—No, no, cuenta altiro —replica Max—, mira que después quizá cuándo te volvemos a echar el guante.

Irían ya por el sexto whisky, a no ser que fuera el séptimo... ¿el noveno? ¿Está seguro?... no puede ser, cómo iban a beber tanto. En fin, el hecho es que Boris trató de levantarse para ir a orinar, pero se tuvo que sentar de inmediato:

todo giraba a su alrededor. Como una calesita, como un carrusel, como un tiovivo. O sea, endemoniadamente rápido. Se pone de pie y se vuelve a sentar: por favor, pidan algo para comer, no me puedo parar de lo borracho que estoy. Eddy: poco aguante tienen estos chilenos, carajo. Max: carguémoslo en un taxi y vamos a cenar a la Barceloneta, yo invito. Boris: no, no, no, huevón, pide altiro por lo menos un kilo de maní. Eddy encargó aceitunas, escalibada, patatas fritas, cuatro raciones de tortilla, dos de boquerones, todo lo que hubiese, y rápido. Boris se lo tragó en un suspiro. Después las cosas ya están menos claras. Por no decir que están más bien oscuras, más bien enredadas, más bien hundidas en una espesa bruma alcohólica. Boris recuerda un taxi y una acalorada discusión de Eddy y Max con el chofer sobre andaluzas y gallegas; el taxista sostenía que las gallegas eran las mujeres más ardientes del Reino, Max y Eddy juraban que eran las andaluzas las de mayor temperatura. El interesante debate dio lugar a un acalorado intercambio de puntos de vista que duró todo el trayecto. Max sólo escuchaba retazos de frases como «pos mire usté», o «ta loco este huevón», o incluso «es que os lo digo yo, ¡leches!, que la gallega es ardiente como una brasa, ¡joder, qué cabezotas que sois!»... Al final, sin enterarse cómo ni por dónde, ni mucho menos por qué, Boris se vio junto a Max y Eddy en los bajos de un edificio bastante moderno, en una calle con coches aparcados a ambos lados en completa anarquía y contenedores con todo tipo de objetos oxidados, averiados, reventados, también en ambos lados de la calzada. Boris tuvo como la intuición que eso olía más al barrio de Sants que a la Barceloneta y quiso decirle a Eddy que su olfato no lo había traicionado cuando éste anunció que la estación de Sants estaba al final de la avenida que cortaba la calle, pero una de dos: o no pudo articular palabra o Eddy no le hizo caso, y tampoco importa mucho, porque ya estaban entrando al restaurant que ocupaba la planta baja de ese edificio de ladrillo, con pequeños balcones de un metro de ancho, toldos de lona verde, colgaderos con ropa tendida sobre el vacío y una que otra antena de televisor, algún tapabarro de bicicleta, alguna maceta con los restos de un geranio. En fin, un edificio absolutamente común, en un barrio absolutamente común de cualquier ciudad de España, así es que la vamos a cortar con el edificio porque lo importante es el letrero blanco sobre el que se lee con letras rojas: «La Flor de Abancay, gastronomía peruana». Al trasponer el umbral, nuevo intento de Boris por ejercer sus habilidades de usuario del lenguaje, en su función referencial o quizás emotiva, buscando emitir un mensaje del estilo: «me encanta la comida peruana». Pero ahí sí se da cuenta de que alcanza a articular sólo unos pobres fonemas huérfanos, vacíos de significante y significado. Algo que suena como «mecanta» y, luego, «mecata». A lo que sigue una proposición que viene a parecerse a «mecta» y después «meca» y también «mecaca», todos estos adminículos verbales pronunciados de una manera pastosa e infinitamente lenta. Debe ser por eso que el interesado termina por preferir un silencio circunspecto, un tanto bamboleante, y se deja guiar por el brazo firme de Max, mientras un señor muy alto, muy esbelto, muy moreno,

sale a recibirlos con una sonrisa resplandeciente, con unos dientes se diría que de cerámica, aún más refulgentes en ese rostro curtido. Boris se dice: peruano con pinta de actor de cine, seguro que es de Trujillo. No sabe por qué piensa eso y, obviamente, ni siquiera osa imaginarse abriendo la boca de nuevo, de manera que estrecha la mano que el señor muy alto, muy esbelto, muy moreno le está tendiendo mientras lo escucha: bienvenido, señor, los amigos de don Edgardo son amigos de esta casa y, en especial, son mis amigos. Boris, en medio de la bruma con sabor y color de turba escocesa en la que navega, trata desesperadamente de ordenar algunos fragmentos de palabras, de pegar significados con significantes, y está lejos de conseguirlo, pero si lo consiguiera, esos significados querrían decir algo parecido a: probablemente nadie me haya acogido nunca con tanta elegancia, es que los peruanos, cuando son finos... Y, sin duda, ha de ser esa sensación, difusa, etérea, gaseosa, pero real, sumada a la imposibilidad de decir gracias, muy amable, o cualquier otra cosa que no parezca una onomatopeya ridícula, porque Boris cree saber que si se arriesga a pronunciar la sola palabra «gracias», con suerte articulará algo parecido a «grasa» o «crasa», y piensa, o más bien en su cabeza aparece la siguiente frase: «borracho, pero no huevón», y al mismo tiempo, curiosamente, la otra frase subyace en un lugar recóndito de su cerebro anestesiado, a saber: «nunca nadie me ha recibido con tanta elegancia, es que los peruanos...». Y, entonces, aunque usted no lo crea y a mí, la verdad, me cueste, Boris hace algo que en otras circunstancias jamás habría hecho: se abraza al señor muy alto, muy esbelto, muy moreno. Se abraza a él, apoya la cabeza en su pecho y lo aprieta en sus brazos como si se estuviera despidiendo para siempre de un ser muy querido, y el señor muy alto, muy todo, no dice nada, se queda quieto, como un palo, como un poste, y a Boris le parece escuchar una risa allá arriba, por donde debe de tener la cabeza el señor, sí, el señor se está riendo, aunque Boris sabe —ya lo dijimos, «borracho pero...»— que no es una risa burlona, que el señor no se está mofando, sino que su risa nace de la sorpresa, de lo inaudito de la situación: él allí, Boris no puede hablar pero puede imaginarlo, en la mitad de la sala de su restaurant, con un tipo que se le ha colgado del cuello y no lo quiere soltar. Cosas que pasan, no tenga ningún cuidado, don Edgardo, dice el señor cuando Eddy musita alguna disculpa y, con un par de manos fuertes, deshace la tenaza en que se han transformado los brazos de Boris alrededor de las lumbares del señor; por favor, tomen asiento, ahora mismo les traen la carta. Se sienta entonces Boris y se limita a sonreír, con una sonrisa un poco necia, un poco bobalicona, pero qué se le va a hacer, es lo que hay, mientras delante de él, allí en la mesa, van apareciendo platos que traen todo el sabor del Pacífico, de los valles y las sierras del Perú, cebiche, tiradito, ocopa arequipeña, olivar de mariscos, choros a la chalaca. Y luego llegan espárragos con pollo y algo que se llama uña de cangrejo y otra cosa denominada chicharrón de pollo, y el señor se acerca de tanto en tanto a charlar con Max y con Eddy, ya que él, como se ha visto, no está precisamente en condiciones de charlar con nadie, pero con Max

y Eddy sí, al que llama respetuosamente don Edgardo, se acerca para presentarles el cordero a la norteña, delicioso, ¿no?, y las codornices al horno, ¿qué me dicen?, mientras el camarero deposita sobre la mesa el chancho asado con nabo encurtido, sí, sí, hay que probar, dice el señor, y un kan-lu wantán para Max que declaró estar fascinado por la comida chifa, o sea china del Perú, o si no peruana o como se llame, una cosa roja, con huevos de codornices y el pato asado con tamarindo y verduras, pruebe, por favor, ¿un suspiro de limeña para terminar, una mazamorra morada, unas guayabas con salsa de maracuyá?...

Despertó muchos años después, no frente al pelotón de fusilamiento, aunque por el dolor de cabeza, de entrañas, de huesos, de uñas, de pelo, habría sido un alivio que alguien, en ese momento, hubiese tenido a bien fusilarlo. En vez de balas se oyó la voz de una señorita: ya está mejor, pueden pasar a verlo. Entonces intentó incorporarse y fue como si el techo, el edificio entero se le hundiera en la cabeza, le astillara el cráneo, le rajara la duramadre. No se mueva, dijo la voz de la señorita, que se le puede salir la perfusión. Volteó ligeramente la cabeza. Efectivamente, en su muñeca izquierda había un parche y ese parche escondía apenas una aguja y esa aguja estaba conectada a una sonda transparente por la que descendía un líquido también transparente, que bajaba de una bolsa transparente colgada en lo alto de una estructura de aluminio. En resumen, estaba en el hospital. Y la señorita era una enfermera, como suele suceder en los hospitales. Probó a ejercer su derecho a usar el lenguaje y su aparato fonador articuló, débil, pero claramente (y no sin extrañeza): tengo sed. La enfermera, que ya estaba saliendo de la habitación, respondió: el gota a gota lo está hidratando, de momento será mejor que no beba. Y, de inmediato, vio el rostro de Max, un rostro, por cierto, desencajado, ojeroso, con un par de ojos vidriosos bajo unas cejas hirsutas, un rostro, por decirlo así, patibulario, un rostro patibulario pero sonriente, que se acerca a él y le dice: ¿una cervecita, compadre? Del otro lado, Eddy también sonríe, pero sus facciones son tersas como las de un bebé. Boris juraría que hasta huele bien, Eddy, con el cabello muy negro diríase que recién lavado, peinado hacia atrás. Boris se pregunta: ¿cómo lo hará este cabrón para pasarse una noche entera bebiendo como un cosaco y tener aspecto de lactante? Y el interesado: caracho, hermano, te tumbó Canaris. Boris, se imaginará, no se acuerda de nada. Aunque algo intuye, dijimos algo, o sea muy poco. Entonces le cuentan. Eddy: estaban comenzando a llegar los postres. Max: le estábamos metiendo cuchara al suspiro de limeña. Eddy: y pidiendo ya un par de bajativos, un orujito de hierbas. Max: cuando metiste la cabeza al plato, huevón. Boris: ¿cómo? Eddy: como lo oyes, te desplomaste literalmente sobre los restos del kan-lu wantán. Max: ni te cuento, como la huevada esa es roja, pensamos que te habías reventado las narices. Eddy: total, ambulancia y acá estamos, todo bien, ¿no? Max: pasamos una noche deliciosa, allá afuera, en el pasillo. La enfermera entra nuevamente, le toma la presión y la temperatura al

paciente. Boris: ¿hasta cuándo estaré aquí? La enfermera: lo más probable es que el doctor le dé el alta mañana. Y Boris no se atreve mucho, como es un poco hipocondríaco se teme lo peor, que la respuesta sea cáncer, cirrosis crónica, aneurisma arterial o algo peor aún, pero igual pregunta: ¿cuál es el diagnóstico? Max y Eddy largan sendas risotadas: ¿el diagnóstico?, ¡se tomó todo el whisky de Barcelona y pregunta por el diagnóstico! La enfermera: habíamos bebido un poquito, ¿no? Cuando la enfermera sale de la habitación, Max le dice: lo más terrible fue lo de la hinchazón testicular. Boris: no me trates de hacer reír que me duele todo. Max: te juro, antes de aplastar la cara sobre los wantanes fuiste al baño y volviste diciendo que tenías los testículos del porte de una pelota de fútbol. Boris: pero si no podía ni hablar. Eddy: pero te las arreglaste para darnos a entender que estabas muy mal, hermano, que había que traerte al hospital de inmediato. Boris: no puede ser. Eddy: nos estábamos riendo de eso precisamente cuando metiste la cabeza al plato, así que no quedó más remedio que traerte. Max: de hecho, cuando llegamos y estábamos esperando en el pasillo, recuperabas cada cierto tiempo la conciencia y te incorporabas en la camilla gritando que padecías hipertrofia prostática, ¿dónde aprendiste esas palabras? Eddy, reprimiendo una carcajada: tumefacción testicular aguda. Max: que tenías de seguro una hernia. Eddy: una leucemia. Boris: dejen de tomarme el pelo, por favor. Max: ¿nosotros tomándote el pelo? ¡Enfermera, tengo el escroto doloroso!, gritabas. Eddy: y nos decías a nosotros: ¿estas pelotudas no se dan cuenta que tengo una torsión testicular? Max: el doctor ordenó un tacto rectal, para cuando estuvieras mejor. Eddy: o sea para mañana. Max: me temo que te llegó la hora, vas a perder tu virginidad anal con cualquiera de estos doctorcitos. Eddy: lo malo es que en este hospital son casi todos peruanos. Al final lo dejaron en paz. Boris difícilmente contará lo que sigue, así que en su lugar lo haremos nosotros. A la mañana siguiente, mucho más temprano de lo que cualquiera hubiese deseado, se encendieron súbitamente los tubos de neón en el techo, igual que en un vuelo intercontinental, salvo que en vez de azafatas y carritos con el desayuno se acercó un médico, le comunicó un diagnóstico: intoxicación etílica aguda, con pérdida parcial de conciencia, le recomendó que tuviera cuidado con la bebida en el futuro y le preguntó por el dolor testicular del que se había quejado. Boris pensó: cresta, o sea que era cierto, y, algo elusivo, declaró que no, no sentía ninguna molestia en la zona genital. Sin embargo, el médico lo conminó a ponerse boca abajo y, sobre todo, a no ofrecer ninguna resistencia. Habla como un policía, se dijo Boris. Pero lo peor no era lo que decía, sino lo que hacía: mientras hablaba, recubría con un guante quirúrgico su mano derecha, estiraba el látex sobre el índice de dicha mano —que a Boris le pareció, no sin cierta aprensión, exageradamente largo— y luego aplicaba, con la ayuda de un tubo, una pomada transparente sobre dicho índice. Estamos fritos, pensó. Pero resistencia hubo. Heroica, se podría decir. Tanto así que el doctor tuvo que cambiar el tono imperativo y pedirle a Boris varias veces su colaboración. Con muy buenas maneras. No, así no

funcionará, tiene que colaborar, por favor, relájese, piense en algo agradable, ¿ha ido de vacaciones últimamente? ¿En algo agradable? ¿vacaciones? Boris, sin pronunciar palabra, le mentó varias veces la madre al galeno mientras éste intentaba «aplicar el procedimiento», como decía, y le preguntaba que qué tal por Chile. Boris no declaró que hacía años que no iba a Chile y que le importaba un reverendo pimiento Chile, porque, la verdad, no estaba en condiciones de ponerse a declarar nada. Ante su silencio, el profesional de la salud, aplicando siempre «el procedimiento», dijo que él era un gran lector de Neruda y un admirador de Allende. Boris no dijo Neruda me la suda, porque eso no se dice, y Boris es un chico educado. En vez de eso se prometió que nunca más probaría una gota de alcohol. No, no, no, si le iban a meter un dedo en el culo cada vez que se le pasara la mano con las copas, de ninguna manera, nunca más, decidido. Una vez realizado el examen, el profesional declaró que la próstata, al tacto, no presentaba ninguna irregularidad. De todas maneras, dijo, las intoxicaciones etílicas agudas pueden dar lugar a episodios delirantes. Y, para terminar, le comunicó que ya podía abandonar el hospital, previo paso por el despacho de admisión.

Boris saldrá a la calle, sentirá que cada una de sus células necesita aire fresco. Caminará por la arena hasta el final de la playa de la Barceloneta y luego por el paseo Marítimo y Las Ramblas hasta llegar a la calle Cucurulla. Antes de subir los siete pisos, se detendrá en un supermercado de la calle Santa Anna y comprará agua mineral, leche, miel, magdalenas, café, pechugas de pollo, un par de sobres de puré de patatas, sólo cosas sanas. Y como es domingo, Boris podrá pasar el resto del día leyendo. Ya en casa se prepara una infusión de manzanilla y degustará un par de magdalenas mientras bebe los primeros sorbos antes de volver a la carpeta. Luego, para evitar toda distracción (nunca se sabe), desconectará el teléfono, se llevará la infusión y las magdalenas a la habitación, volverá por la carpeta, se echará sobre la cama, boca abajo y luego de espaldas, pero no, al final estará más cómodo sobre el costado. Después de las hojas cuadriculadas escritas por ambas caras, Boris comienza a leer un legajo de folios escritos a máquina.

Las islas que van quedando

Segunda

Barcelona. Otra pareja. Ella es cubana; él, argentino. Digámoslo desde ya: él es escritor. Tiene treinta y cinco años. Ha publicado una novela. Una novela que ha tenido un cierto éxito en el plano de la crítica. Ha publicado una segunda novela, que ha tenido esta vez un éxito de crítica mucho más contundente, más unánime. Y seguirá publicando novelas que tendrán un cierto éxito de crítica, o un gran éxito de crítica, o un tremendo éxito de crítica. Pero nada más. ¿Ventas? Cero.

Ya te estás quejando, che, ¿no nos podrías evitar el numerito patético del escritor incomprendido?

¿Qué numerito?

Dale, todos hacen lo mismo, qué aburridos, loco.

Bueno, perdón. Ha publicado un par de novelas. Con bastante éxito de crítica. Y está bien, muy bien. Está soberbiamente bien, aunque, claro, a él le gustaría, digamos, que los lectores siguieran el parecer de los críticos, o sea que compraran un poquitito su libro, porque eso cuenta bastante a la hora de negociar con los editores, digamos que es crucial, definitivo. ¿Cero ventas? Cero peseta.

Y dale.

Bueno, sí, ahí voy.

Él ha publicado un par de novelas que han tenido bastante éxito de crítica...

Él, él... todo el tiempo él... ¿Y ella?, ¿qué pasa con ella?

Bueno, Pepe Grillo, tampoco te pongás cargante. Ella es cubana. Tiene veintitrés años. Ha estudiado teatro en Cuba y, claro, desea ser actriz, digamos que le gustaría alguna vez poder dedicarse al teatro, pero es como un sueño lejano, cada vez más lejano, el de subirse a las tablas, porque la vida no es fácil para una chica inmigrante en Barcelona. Una chica que ha llegado a la ciudad hace tres años, como se suele llegar a esa edad, sin dinero, sin

contactos, con una mochila que contiene sus pertenencias, punto. A pesar de que ella es...

¿Bonita?

No iba exactamente a eso, pero sí. Es una bella mujer. Bueno, las cosas por su nombre: es una mulata despampanante, alta, de piel color, perdón pero no se me ocurre otra cosa, color habano...

Después lo arreglás.
¿Me dejás hablar? ¡Pelotudo, Pepe Grillo de mierda!
Bueno, no te enojés, loco.
¡Pero callate de una vez, boludo!

... una piel color habano y un cabello ensortijado color miel. No solamente es bella, es atractiva. Sexualmente atractiva. Muy atractiva. Por lo general usa unas remeras, unos petos que esconden apenas un busto erguido y dejan ver un ombligo redondo, un vórtice misterioso como el origen del mundo, y más allá, unas piernas; bueno, calma. Pero claro, ella nunca ha querido, digamos, jugar con ventaja, sacar partido de la atracción que ejerce sobre los hombres y, esto último tampoco es desdeñable, sobre las mujeres. O sobre ciertas mujeres. El hecho es que ella nunca ha querido ¿qué?; bueno, eso, aceptar regalos, invitaciones, acostarse con fulano o con zutano o con mengana para obtener algo, un papel mínimo en alguna obra. Podría, eso sí, haber obtenido un empleo de otro tipo. Lo ha pensado. Le ha estado dando vueltas al asunto e incluso se ha propuesto en varios teatros para trabajar como tramoya o, mucho mejor, como electricista. Porque ella, además de estudiar teatro en La Habana, ha estudiado para técnico eléctrico, y es que, claro, no es fácil tampoco ser actriz en La Habana. Y se puede estudiar, quiere decir ella que no es caro estudiar, no es prohibitivo como en otros países. En Cuba todo el mundo estudia. Es una de las grandes ventajas de la revolución. Es sabido. Ahora, ¿qué hacés con el título? Ese es otro cuento. Pero no vamos a entrar en ese debate, nada de política aquí. El caso es que ella es electricista, además de actriz. Y ha preguntado en varios teatros de Barcelona (ha ido al Romea, al Tívoli, al Poliorama, hasta al Palau de la Música Catalana fue) si no necesitarían una tramoyista, alguien que se ocupe de hacer funcionar y mantener los equipos, esas cosas. Pero no. No necesitan a nadie. De momento. Igual, deja tus datos si quieres. Si alguna vez necesitamos, pues ya te llamaríamos. Gracias. Pero no han necesitado nunca a nadie. A ella la vuelven loca los teatros, el olor de las bodegas, los camarines, pasearse sobre el escenario, entre las butacas vacías... Le habría gustado tanto. Pero en fin. Ha tenido que aceptar un empleo, el primero que se le presentó, porque, lo dicho, llegó a Barcelona casi sin nada, con un poco de dinero para resistir a lo mejor

un mes o dos, pero nada más. De manera que se ha encontrado empleada como camarera en un bar. Es un bar de noche del Borne, uno de los barrios más noctámbulos de Barcelona. Y el dueño es un tipo simpático. Buena gente. Es decir, que le pide que haga su trabajo y punto. La deja en paz. No se mete con ella. Nada de invitaciones al cine. O a la playa. O a cosas peores. Es verdad que es un tipo ya mayor. Debe de tener unos sesenta. O a lo mejor más. Pero es básicamente buen un tipo. Además, cosa curiosa, es amigo de un montón de gente, sobre todo de cantantes, es amigo de Joan Manuel Serrat, por ejemplo, de María del Mar Bonet, de Raimon, o sea de cantantes catalanes de izquierda, antifranquistas, antiespañoles la mayoría de ellos, anti muchas cosas, da igual, ya veremos. Lo importante que allí está. Es verdad que el trabajo de noche la tiene un poco harta, porque comienza a las siete de la tarde y termina como mínimo a las tres de la mañana. A veces a las cuatro. Alguna vez ha salido del bar a las cinco. Sacrificado. Mucho humo. Mucho ruido. Mucha tontería. Pero es mejor que nada.

Ella se llama Glendys. Glendys Tamara.

¿Y él?

Bueno aquí hay un pequeño problema. Los cubanos y, en este caso, las cubanas tienen unos nombres nombres, es decir nombres que de inmediato suenan en un relato: Yesenia, Yumari, Lisandra, Mailín, etcétera. Si ella se llama Glendys, él no se va a llamar Carlos —Carlitos, che—, ni Sergio, ni Rubén... ¿Cómo se llama entonces?

Supongamos que se llama Manfredi, así, a secas, Manfredi. A ver, hagámoslo funcionar:

«Esa mañana, Manfredi entró a una agencia de viajes y compró los billetes. Se acercó con paso decidido al mostrador y cuando estuvo frente a la vendedora dijo: quiero dos billetes de avión, sólo ida. La mujer lo miró con una sonrisa y preguntó: ¿adónde? Manfredi vaciló un instante, luego dijo: a Buenos Aires. Pero ni bien había terminado de pronunciar el nombre de su ciudad natal cambió de opinión: no, a Santiago de Chile, se corrigió. La vendedora preguntó sonriendo: ¿a Santiago? Sí, dijo Manfredi, eso es, a Santiago».

Sí, se llama Manfredi. Pongamos, Antonio. Antonio Manfredi.

Ella, Glendys, la cubana, casi siempre lo llama por su apellido, Manfredi. Y a veces lo llama Manfred, o bien, cuando se pone cariñosa, Manfri. Al comienzo a él no le gusta. Pero termina por acostumbrarse a ese sobrenombre ocasional: Manfred (y también Manfri, Manfrisito, Manfrito, y él: bueno, basta, tampoco nos pasemos).

¿Y ella qué apellido tiene?

Ahí estamos dando con el hueso del asunto. Con uno de los huesos, si se quiere, pero un hueso principal, un hueso húmero, porque... bueno, era lo que quería escribir hace algunos renglones, antes de que me dejara distraer por Pepe Grillo, y es que, claro, uno escribe cubana y el maldito cliché tiene que saltar de inmediato: ¿mulata, jinetera, bomba sexual? Pero a lo nuestro: ella se llama Glendys Aylín Castro Farías. Y digámoslo de una buena vez: es la hija de Fidel Castro. En realidad, es una de las hijas de Fidel Castro. Esto es un poco complicado, ya lo sé, pero así son las cosas. De todas maneras, casi nadie lo sabe. Casi nadie lo sabrá. Digamos que, de momento, no lo sé casi ni siquiera yo.

11

¡El gran cabrón!, pensó Boris. Iba a meter a Milagro en la historia. Que se meta él, vaya y pase, ¿pero cómo lo iba a justificar ante ella? A menos que ella lo sepa. Seguro que lo sabe. ¿Lo sabe? No, qué va a saber. Lo más probable es que Sorel no haya tenido tiempo de decírselo. No estaba previsto que «su» desenlace ocurriera antes que todo, antes de que terminara, qué digo terminara, antes de que escribiera siquiera el primer borrador de la novela, antes de que la publicara y, sobre todo, antes de que él mismo decidiera contarle a Milagro de qué iba su nueva obra.

De todos modos había algo que le causaba cierto malestar. Algo que no hubiese sabido definir con exactitud, si hubiese tenido que decir qué era allí mismo, a las siete de la tarde de ese domingo de otoño. Se volvió a preparar una tetera con manzanilla. ¿Qué le molestaba? Digamos que era una especie de extrañeza. En realidad, el hecho de comprobar que Sorel se proponía verter a la ficción su historia con Milagro no solamente lo sorprendía, sino que de alguna manera lo violentaba. Cualquiera que fuese la novela que se proponía escribir y comoquiera que le hubiese quedado. De alguna recóndita, de alguna íntima manera, a Boris lo violentaba la forma en que Sorel era capaz de no respetar el estatuto de lo real. Boris lo siente mucho, pero no sabría explicarse de otro modo. Lo violentaba el hecho de que Sorel fuese capaz de transformar cualquier cosa en ficción. Incluso su propia vida. Pero su vida más reciente, porque que un escritor de treinta, de sesenta años, cuente su infancia, nada más banal, su adolescencia, su primera juventud. Pero allí no, no había ninguna distancia. El encuentro con Milagro era casi contemporáneo a la redacción de esos apuntes. El hecho de que el animal de escritura que era no se detuviera ante nada, eso le molestaba o, quizá, sería más apropiado decir eso lo inquietaba, pues quería decir que para Sorel no había una diferencia demasiado nítida entre la realidad y la ficción. Pero a lo mejor eso era lo propio de un novelista.

Y volviendo a las fechas, ¿cuándo había tenido Sorel la idea de hacer esa novela? La pregunta se volvía crucial, porque cabían tres posibilidades: uno, esos borradores eran contemporáneos al inicio de su relación con Milagro, o bien, dos, eran ligeramente posteriores. Eso hubiese sido lo normal. Pero también cabía: tres, la posibilidad de que fuesen anteriores. ¿Estaba pensando lo que estaba pensando? Porque eso supondría algo perfectamente aberrante.

¿Cómo, a ver? Ahora el que no entiende nada soy yo. Y me imagino que usted mucho menos. O sea que explícate, Boris. ¿Boris, estás allí? Sí, quiero decir que si los apuntes de Sorel fuesen anteriores al encuentro con Milagro, eso nos permitiría pensar que Sorel, al imaginar una historia protagonizada por un escritor argentino, que a todas luces es él, con una cubana, que a todas luces es Milagro, de alguna manera «provocó» esa historia en la realidad, o en «su» realidad si prefieren. Me parece que queda relativamente claro, ¿no? Sí; es decir, tú planteas que Sorel habría imaginado, esbozado, una historia que luego le ocurrió de verdad. Eso, una historia que le terminó por ocurrir. Un poco descabellado, ¿no te parece? Desde luego que le parece a Boris. No sólo un poco, completamente descabellado. Pero como no hay manera de saber cuándo redactó Sorel esos apuntes... Ni hablar, dice Boris. En esas circunstancias, más vale pensar que la hipótesis de la ficción que termina por ocurrir, por abrirse paso e imponerse en la realidad, es la menos probable. En realidad sería prácticamente descartable si no fuera por el hecho de que no tenemos ni una puta fecha. O sea, no podemos ordenar el puto tiempo. Y, siendo así, en el plano estrictamente empírico no podemos descartar esa posibilidad harto demente, por lo demás. ¿No crees tú, Boris? Pero Boris ya no nos va a escuchar porque se ha marchado. ¿Cómo que se ha marchado? ¿Adónde se ha marchado? Tranquilo, no perdamos la calma.

Boris bebió la manzanilla, se preguntó si acaso no sería posible que esos apuntes fuesen anteriores al encuentro de Sorel con Milagro, se dijo todo lo que se dijo, coligió todo lo que coligió y de pronto tuvo la necesidad de ir a ver a Milagro. Un impulso. En una situación así se comprende, ¿no? Tenía que ver a Milagro. Imperativamente. Y partió. La cubana no estaba donde debería haber estado, detrás de la barra de La Palma, porque era lunes y los lunes cerraba el bar. Boris regresó sobre sus pasos, caminó por Ferrán, cruzó Las Ramblas y de pronto se encontró en los bajos del edificio de Milagro, en Carmen casi al llegar a Joaquín Costa. Llamó al interfono. El portal se abrió de inmediato. Boris subió al tercero izquierda y cuando apareció Milagro, Boris se dijo está más delgada, más esbelta. Ella lo recibió con una gran sonrisa en esos labios que a Boris le recordaban tanto los famosos labios-sillón de Dalí. Boris pensó que esos labios provocaban en el común de los mortales el mismo tipo de deseo que la escultura de Dalí debía de suscitar en un coleccionista de Arabia Saudita: ganas de preguntar cuánto valen y quedárselos para uno. En fin, él no era un coleccionista de Arabia Saudita. Y ella estaba diciendo: tú por aquí, Boris, qué sorpresa. Lo hizo pasar, estaba esperando precisamente a un amigo chileno, declaró. Boris dijo: ¿un amigo chileno? Sí, un tipo que había conocido en el bar, un amigo de Oriol, el dueño, que era también amigo de Raimon. ¿Amigo de Raimon?, preguntó Boris, pensé que no frecuentabas cantantes, quiero decir a los amigos de Oriol al menos. Sí, pero este es un caso distinto, ya verás, ¿te sirvo algo? Un té. Ella no tenía té, sólo manzanilla. Vale, dijo él, hace tiempo que no tomo

manzanilla. Bebieron la infusión de manzanilla en silencio. O prácticamente. ¿Y cómo has estado?, preguntó ella. Boris había estado bien. Omitió, desde luego, el episodio de la intoxicación etílica, el hospital, etcétera, y devolvió la pregunta: ¿y tú? Ay, chico, suspiró ella, cansada del curro como siempre, pero no nos vamos a quejar ahora, digamos que bien, he estado bastante bien. ¿Tú no te has resfriado? Boris, sorprendido: ¿resfriado?, no, ¿por qué? Es que todo el mundo está con gripe y yo la semana pasada estuve con un catarro que me tuvo bien a mal traer, menos mal que tomo vitamina C. Boris dijo: no, yo no. Y ella: ¿tú no tomas vitamina C? Boris: no, yo no he estado resfriado, pero tampoco tomo vitamina C, si es lo que te interesa. Ella: pues deberías. Milagro era de la idea que en invierno había que tomar vitamina C, es lo mejor, vitamina C natural, un gramo por día. Fue al cuarto de baño y volvió con una caja color naranja: toma, le dijo, regalo de la casa. Gracias, contestó Boris, ¿y quién es ese amigo que estás esperando? Curiosillo que eres, en primer lugar no es un amigo, lo acabo de conocer, pero como es chileno y acaba de llegar a Barcelona... Boris: qué hospitalaria, terminándose la infusión, bueno, me voy. Y milagro: ¿adónde tú te vas, si acabas de llegar? Boris: pero si esperas a alguien. Milagro: pues vamos los tres a tomar algo por ahí, mejor que mejor, si es paisano tuyo. Boris: te tengo que preguntar algo. Y en ese mismo momento suena el interfono. Milagro: quédate, no seas bobo, verás que es un tipo simpático.

Las islas que van quedando

Tercera

(Es evidente que se tendría que llamar así. Aunque, por otra parte, ese presente del indicativo con gerundio: «van quedando», no sé... suena como «me voy yendo», «vengo llegando», «vamos saliendo»... perífrasis verbal, propia del español hablado en Sudamérica.

Pero claro, después de Vallejo, las islas, las verdaderas, no pueden sino ir quedando. Porque, seamos sinceros: hay islas e islas. Hay islas que se han vendido desde hace mucho por el bastardo plato de lentejas del hotel de lujo, del «resort and spa», del Club Meditérranée, islas que sobreviven mal que bien en los catálogos de las agencias de turismo, islas que viven pendientes de aparecer, así sea con una simple mención, en los suplementos de viajes de los periódicos, islas a las que unas lluvias persistentes o una ausencia prolongada de sol basta para enviar de rodillas, con retorcijones de estómago, ante la banca mundial, a solicitar unos cuantos miles de dólares para ir tirando hasta el próximo verano. Aunque, si vamos por ahí, hay islas que no son sino reservorios de mosquitos y rebeldes armados hasta los dientes, hay islas que se han entregado sistemáticamente a dictadores fascinantes que te cosen a balazos al ritmo de un chachachá, bajo las palmeras plateadas por la luna (a éstas se les recomienda muy sinceramente algún analista que practique la insuloterapia), y hay islas todavía mucho peores, islas países que no son sino burdeles, casas de reposo, morideros de lujo, islas bolsas de drenaje del capitalismo mundial, islas que son ellas mismas la prueba del fracaso total del hombre y de la opacidad del mundo. Luego, generalmente dignas de mención sólo en los mapas más detallados, pequeñas, ariscas, despreciadas por los circuitos de navegación y la industriosidad de los hombres, están las pobres islas que no han tenido otra alternativa que militarizarse, porque no siempre se puede elegir en esta vida, y por último, muy perdidas, muy al fondo del fondo de los océanos remotos, están las otras, las islas que van quedando, aquellas que aún merecen llamarse islas. ¿Las dejaremos pudrirse en los catálogos de las agencias de viajes, prostituirse hasta perder el alma en los suplementos de periódicos en donde se las utiliza sólo para contratar publicidad, entregarse como viejas rameras al primer aventurero que pasaba por ahí? Olé.

Bueno, loco, a lo tuyo, ¿no te das cuenta del tiempo infinito que estás perdiendo?

Ya, Pepe Grillo, ya va.

Dale, apurate, que no tenemos toda la vida para escucharte disertar sobre las islas, boludo.

Sí, sí, ahí voy, tampoco te pongás cargante.

«Esa mañana, a las nueve, Manfredi entró a una agencia de viajes. Una mujer, rubia, no muy agraciada, lo invitó a sentarse del otro lado de un escritorio. Quiero dos billetes a Buenos Aires, sólo de ida, dijo. La rubia preguntó: ¿para qué fecha? Manfredi dudó un instante y se corrigió: no, perdón, para qué le voy a decir una cosa por otra, en realidad quiero dos billetes para Santiago de Chile. La mujer no lo tomó bien: mire que a Santiago de Chile o a La Meca, a mí me da igual, ¿eh?, e insistió: ¿para cuándo? Manfredi contestó: para lo antes posible. La mujer hizo un par de averiguaciones por teléfono y dijo: esto no ocurre casi nunca, pero sucede que justamente hay dos cupos en el vuelo de esta noche, aunque será muy pronto, ¿no? Para esta noche, repitió Manfredi en voz alta, y pensó: un buen título de Onetti, la quedó mirando unos segundos en silencio, treinta y cinco, cuarenta años, el pelo de un rubio quemado, recogido en una cola de caballo, incisivos prominentes, ojos verdes y saltones. No sabría decir por qué, el hecho es que Manfredi, así, sin pedirse permiso a sí mismo, se preguntó: ¿novio, marido?, y simultáneamente tuvo como la intuición de que su aliento olía a huevo. Como para hacer desaparecer esas ideas parasitarias, Manfredi echó hacia atrás el mechón que cubría su frente y contestó: para esta noche está bien, muy bien. Pagó en efectivo, salió de la agencia y fue caminando hasta la calle Sepúlveda. Subió a un tercero izquierda, abrió una puerta, la cerró tras él, caminó por un pasillo hasta una habitación alargada, donde había un sofá, una mesa montada sobre un par de caballetes que a todas luces servía de escritorio, estanterías curvadas bajo el peso de demasiados libros, tarjetas postales, algún cartel chincheteado en la pared. Lo típico. Sobre el sofá, medio recostada, medio desnuda, una chica muy joven, muy morena, muy alta, convenientemente curvilínea, se miraba las uñas de los pies recién esmaltadas. Manfredi extrajo los billetes del bolsillo de su impermeable, se quitó el tal impermeable, lo arrojó sobre la mesa y dijo: ya está. La chica preguntó: ¿para cuándo? Manfredi aseguró, con una semisonrisa de galán de cine: ¿para esta noche?, ¿pero tú te has vuelto loco? Manfredi dijo, señalando las uñas de la chica: ¿por qué te las pintaste de negro?, sabés que a mí me encanta el burdeos. La chica lo ametralló: porque me pinto las uñas del color que se me da la real gana, ¿tú entendiste?, y ahora te me vuelves a la agencia y me cambias esos billetes de inmediato. Manfredi pensó que lo parió, che, quién las entiende a estas minas. Agarró el impermeable, y ya estaba casi en el pasillo cuando decidió que no, a él no le venían con historietas de ese tipo, tres años hinchando las pelotas con que se quería largar lo antes posible,

diciendo que ahora mismo, pero ya, ya, ya, se iría al aeropuerto y subiría al primer avión, fuese adonde fuese, así se encontrara en Pekín, y ahora... escuchame, dijo entrando de nuevo a la habitación, vos podés hacer lo que querás, yo voy a tomar ese avión esta noche. Ella se estaba retocando la uña del dedo chico, lo miró y preguntó: ¿y a qué hora tú quieres que yo empaque? Manfredi contestó con otra pregunta: ¿empacar qué, si tenés cuatro pilchas?».

Y sí, todas las partidas son neurotizantes. Más todavía cuando se marcha uno de un país, bueno de un país, de una ciudad. No se va uno de un lugar en el que ha vivido cinco o diez años como se va de fin de semana al campo. Y si el viaje es en pareja, peor aún. O sea, que el lector entenderá que ella diga: ¿cuatro pilchas?, ¡pero qué tú te crees, so comemierda!. Entenderá el furor cubano de ella (¡qué tú te cree'h, so comemielda!) y escuchará la pelotera que se arma, un intercambio de amabilidades bastante inaudito (mirá, comemierda serás vos y ahora andá a vestirte al otro cuarto, tengo que dejar mi columna lista antes de irme), sobre todo tratándose de Manfredi y Glendys, que hasta ahora se han llevado bien, sin demasiadas nubes en el horizonte. Y entenderá, el desocupado lector, que al final, muy cerca ya de la hora en que habría de verdad que comenzar a empacar, en que habría que comenzar a pensar si se va en taxi al aeropuerto o se toma el tren en la plaza de Cataluña, en función del tamaño de las maletas (Manfredi: ¿no te pensarás llevar todos esos trapos?, ella: tú no te ocupes de mis «pilchas», ¿me oíste?), muy cerca ya de la hora en que llegarán Ariel y Montse, los amigos a los que les subalquilarán el piso, porque no se sabe nunca, está cada vez más caro, cada vez más difícil encontrar piso en Barcelona, y si les va mal en la isla, si no se acostumbran, si a Manfredi, por ejemplo, le da «insulofobia», o como se llame la aversión a las islas, la fobia a vivir en un espacio relativamente restringido y circundado por el océano (Glendys no, porque ella ya es isleña, pero Manfredi, que es un poco neurótico como buen escritor, un poco hipocondríaco, supermegalómano y archimelancólico, digo, Manfredi podría muy bien enfermar de algo por el estilo, sólo para joder al personal); en resumen, si pasa cualquier cosa y tienen que regresar, pues ya tienen su pisito, su sofá comprado en Los Encantes, su escritorio, su cama dos plazas que el propio Ariel, que es un manitas, les ha hecho con cinco tablones de madera aglomerada. Poco antes, entonces, de que lleguen Ariel y Montse a recuperar las llaves y el gas, se da aquí y la llave de paso del agua allá, cuidado porque estamos colgados de la luz a través de este cable que da al piso de la viejecita de al lado, se miran, cada uno junto a su bolso de viaje, y ella se acerca y le echa los brazos al cuello a él: Manfred, susurra en su oído, ojalá que nos vaya bien. Y él le contesta: tranquila, va a ser para mejor, no te preocupés. Y ya. Tocan el timbre. Aparecen Ariel y Montse muy sonrientes, muy jóvenes, casi unos niños. Manfredi y Glendys les explican: la llave del gas aquí, la del agua allá, cuidado con la luz porque estamos colgados de la viejita de al lado... Poco después caminan los cuatro por Las Ramblas. Montse y Ariel los despiden a la entrada de la estación de la

Renfe de la plaza de Cataluña. Abrazos. Besos. Que les vaya bien. Escriban. Manden fruta. Y ya. Se va a acabar. El avión rueda por la pista del aeropuerto del Prat, apunta la nariz hacia el cielo, se eleva, desaparece tras las nubes. Por la ventanilla, porque Manfredi prefiere ventana a pasillo y, como los niños, es capaz de pelearse por ello, el pasillo es una lata, no se ve nada en el pasillo y además las azafatas se lo llevan tropezándose con las piernas de uno, aunque lo peor de lo peor es la butaca del medio; por la ventanilla, entonces, Manfredi alcanza a ver las luces de Barcelona, extendidas allá abajo, a sus pies, y luego el perfil del Tibidabo, el cielo negro, los destellos rojos y blancos en la extremidad del ala, y más allá, nada. Bien. Se acabó.

13

Más que simpático, el tipo era un pájaro raro. Eso le pareció a Boris. Por lo menos al comienzo. Habíamos quedado en que sonó el citófono. ¿Y? Bueno, eso: sonó el citófono, Milagro corrió a abrir, con cierto apresuramiento, con una especie de premura que a Boris... bueno, ¿por qué se apura tanto?, pensó. Pero no dijo nada, claro. Tampoco es tan idiota. Después de todo, Milagro tenía derecho a apresurarse por lo que quisiera, o por quien quisiera... Pero igual, ¿por qué corría así, presurosa, como si esperara a alguien? Y, «caso afirmativo», como se dice en España, ¿esperaba a «ese» alguien que ahora aparecía en el umbral? Boris, no empieces a comernos el coco, por favor, respira, chaval, relájate, te estás poniendo patético. Boris respira, piensa: calma, piensa: ¿qué me pasa? En el umbral, entonces, el desocupado lector nos hará el favor de ver un tipo no muy alto, o mejor dicho, un tipo bajo aunque bien proporcionado, esbelto, un tipo rubio o que ha sido rubio cuando joven, de facciones angulosas, lo que se dice mandíbula cuadrada, mentón hendido y una gran sonrisa. Saluda de beso a Milagro y le extiende una mano a él, una mano que Boris no dudaría en calificar de «franca», por no decir «recia»: hola, Horst Palatino. Boris, para sí: ya, uno de esos chilenos a los que se les nota el alemán detrás, como si se les saliera por las costuras de la camisa, pero, por supuesto, dice lo que cualquier ciudadano de a pie diría en esas circunstancias, o sea: hola, Boris. Horst es chileno como tú, interviene Milagro, ¿y qué iban a tomar, vinito, whisky, cerveza? Ya, una cervecita te aceptaría, dijo Horst, con un marcado acento chileno, o sea atropellado, nasal, poco enfático con las vocales. ¿Boris? Otra manzanilla. Milagro: ¿tú estás enfermo? Boris: no, ¿por qué? Bebieron sendas cervezas Milagro y el recién llegado; Boris, su infusión. Justamente Horst Palatino estaba de cumpleaños, no, no es hoy, aclara el interesado, fue hace un par de días. Milagro: ¿y se podría saber cuántos? Horst Palatino: medio siglo, riendo, cincuenta añejos, todo llega en esta vida. Milagro: caramba, chico, eso se celebra, ¿no? Y eso fue lo que hicieron. Fueron a cenar, primero. A La Cuineta. Horst Palatino: me van a permitir, por favor, que los invite a un buen restaurant. Y como Boris pasaba todos los días frente a La Cuineta, a un costado de la catedral, y nunca había tenido oportunidad, pues allí estaban: amanida d'enciam, favetes y menta, empedrat, poti poti de Mura, seguido de un arròs de la terra menorquí, un suquet, un all cremat... Milagro explicó que el mejor all cremat se comía en Vilanova i la Geltrú, en un lugar que se llama Can Peixerol. Boris: ¿y tú has estado allí? Milagro: varias veces, es que a

Julián le encantaba la buena cocina catalana. Boris: vaya, vaya, se lo tenía bien guardado. Milagro: y además era loco por los productos del mar. Y a Boris: es que con ustedes se juntaba a puro chupar, como dirías tú. Boris: no siempre. Milagro: pero casi siempre. Boris: casi siempre, eso era un hecho. Horst Palatino mira sin entender mucho. Se le explica entonces. Que Julián Sorel, digo Soler, era, había sido un amigo, un muy buen amigo, un escritor, un narrador extraordinario, dijo Boris, y se sintió nuevamente un perfecto idiota, pero a pesar de ello continuó: «un narrador extraordinario», cuyas tres novelas ocupaban «un lugar de excepción en el panorama de la literatura hispanoamericana actual, un lugar que sin duda alguna con el tiempo sólo podría acrecentarse», más que idiota: mongólico, oligofrénico, ya estaba hablando en lenguaje de contrasolapa, en «contrasolapeño», si será tarado. Sería difícil decir por qué, pero, la verdad, Boris no está muy bien esa noche, digamos que está un poco nervioso, un poco atolondrado, equivocándose en todo, así se siente él al menos, y lo cierto, aquí, entre usted y yo, es que no le falta razón. Deben de ser las secuelas de «la mona», «del gorila», como se dice en Chile, de la intoxicación etílica aguda, seguida de la noche de hospital, después de todo vaya a saber qué le inyectaron. Pero yo sospecho, también, que Milagro lo desconcierta, por utilizar un eufemismo, o quizá habría que decir que él se desconcierta solo frente a Milagro, que pierde los papeles, no se reconoce a sí mismo, empieza a hablar tonterías.

Milagro le sigue contando a Horst Palatino que ella y Julián, Boris y Julián, Julián y Julián, etcétera. Hasta que, ya un poco cansado de escuchar la historia, a lo mejor un poco desalentado también —porque el suquet está de miedo, pero Boris está bebiendo sólo agua mineral y usted estará de acuerdo en que una cazoleta de pescado como el «suquet», que es como comerse una parte del Mediterráneo, con el tomate, el ajo, la cebolla, el azafrán, los piñones, el pescado, merece desde luego un vino blanco seco, un blanc pescador, por lo muy menos, o bien un Albariño, pero no medio litro de Vichy Catalán, eso desalienta a cualquiera—, cansado de escuchar a Milagro, entonces, Boris le pregunta a Horst Palatino: ¿y tú? Y quiere decir, claro, qué haces en la vida, de dónde sales. Milagro se adelanta a contar lo poco que sabe: Horst es casado con cubana, comunica. Boris dice: ¿ah, sí?, mira tú, y no lo confiesa, pero siente una especie de alivio, algo se aquieta en su interior, es casado el huevón y ya, se siente más tranquilo. Otra idiotez, desde luego, porque su estado civil, ¿qué prueba? Nada. Pero lo dicho, Boris esa noche no está enteramente en sus cabales. ¿Ah sí?, mira tú, ¿y dónde está tu mujer?, pregunta. En Roma, contesta Horst Palatino. ¿En Roma? Sí, es una historia larga, dice Horst Palatino. Cuenta, pide Milagro. Bueno, no toda la historia, porque sería demasiado largo de contar, bromea Horst Palatino, después de todo ha llegado al medio siglo, habría que quedarse unos tres días en el restaurant para que él los pusiera al corriente de su vida, ¿y a quién le interesa, por lo demás? Boris está pensando eso mismo, a quién carajo le interesa la

vida de este pajarraco, pero Milagro: venga, cuenta de una vez, no seas pesado, le dice a Horst Palatino, basta de dilaciones, chico, que tampoco eres agente secreto, ¿no? Se ríe Horst Palatino, con una sonora carcajada, ¿agente secreto?, no, aunque, bueno, depende... ¿Sí, de verdad, o sea que te puedo llamar Bond?, se ríe Milagro, un poco fastidiándolo y otro poco seduciéndolo, pues le dedica una de esas sonrisas, con esos labios y esos dientes blancos, perfectos, con el huequito al medio, y esa voz un poco ronca que tiene la chica esta, eso bastaría para que cualquier pelafustán decidiera arriesgarse y contestarle: efectivamente, mi nombre es Bond, James Bond. Pero no, porque Horst Palatino a todas luces no es James Bond, es un ser humano y, al parecer, no es tonto. Y aquí Boris, si le permitiéramos, nos rogaría que añadiéramos el adjetivo «casado», todo lo que ustedes quieran y además ca-sa-do, pero tampoco le vamos a permitir porque ya se está poniendo bastante latero con el asunto. No, nada de eso, dice el interpelado. Médico, esa es la profesión de Horst Palatino. Pediatra, más precisamente. Comenzó ejerciendo en Futalelfú, un pueblo de la Patagonia chilena perdido entre las montañas, casi en la frontera con Argentina. Luego estuvo en Puerto Chacabuco, en la región de Coihaique. Claro que en esos lugares, además de pediatría, hacía de todo, partero, cirujano, psicólogo, policía, chofer de ambulancia, incluso fue dos o tres veces pianista en la casa de putas de Puerto Chacabuco, pero eso, claro, pertenece a la esfera privada, de manera que sigamos. Después del golpe de Estado, Horst Palatino debió asilarse. Estuvo primero en Perú. Desde Lima emigró a La Habana. Allí conociste a tu mujer, pregunta o afirma Milagro, a Boris no le queda muy claro. Pero sí, allí la conoció, admite Horst Palatino. Boris, por abreviar, porque ya, de Futalelfú a La Habana, pasando por Lima, comienza a estar un poco mareado, dice: ¿y ahora ejerces en Barcelona? Horst Palatino, ¿la medicina, él quería decir? No, la había dejado hacía varios años ya. Unos diez, por lo menos. No digas, interviene Milagro, ¿dejaste la medicina?, extrañadísima, ¿y por qué? Y Boris, para sus adentros, la remeda: ¿dejaste la medicina?, ¿y por quéeee?... Como si la medicina no se pudiese dejar, como si la medicina fuese un estado de santidad, esta chica es un poco zonza, piensa Boris, físicamente está muy bien, pero esa manía de considerar que los médicos son seres superiores, tan femenina, por lo demás, uno puede ser Leonardo da Vinci y nada, pero viene cualquier renacuajo y dice soy médico y de inmediato: ¿médico?, y qué puedo hacer para sacarme este lunar, doctor, y contra la tos persistente y la hinchazón después de las comidas... ya las cosas cambian... ¿Usted es Leonardo da Vinci, es Mozart? Nada, patada en el culo, total indiferencia, si es poeta ni digamos, peor, mucho peor: ay, qué lástima, es que yo nunca he entendido la poesía, ¿sabes? ¿Pero es dermatólogo, endocrinólogo, nutricionista, ginecólogo? Lo invitan de inmediato a la playa, lo llevan a conocer a la mamá, le presentan a las amigas... Pero, atención, porque hete aquí que Horst Palatino está diciendo precisamente lo que Boris acaba de pensar, ¿y por qué no se podría dejar la medicina? Milagro: no sé, es raro que un médico deje de ejercer. Mucho

menos de lo que tú piensas, dice él. A mí me interesó la medicina mientras podía ejercerla en ciertas condiciones, pero siempre quise hacer otras cosas además. Milagro: ¿como qué? Y él: no sé, dedicarme a la fotografía, por ejemplo, a los viajes; de hecho, fue lo que hice durante los diez años que viví en Italia, fui fotógrafo de expediciones científicas. Boris, sin abrir la boca: es interesante el huevón este, y está a punto de pedir un Ballantine's con hielo para darse ánimo, porque ya han salido de La Cuineta y están en El Raval, un bar en la calle Doctor Dou, muy cerca del piso de Milagro, pero no, sigue con su agua mineral con limón y hielo, no va a perder la compostura frente a sí mismo sólo porque el tal Horst Palatino decidió dejar la medicina para transformarse en aventurero profesional. Si se tuviera que tomar un trago por cada tipo que cambia de profesión... Milagro encuentra que debe de ser apasionante eso de acompañar expediciones al polo, al Mato Grosso, a la tundra siberiana, y Boris piensa: ya basta, me voy a acostar, y va a decir exactamente eso cuando Horst Palatino lo interrumpe: bueno, amigos, creo que los voy a dejar. Y es que lo que no sabe Boris es que Horst Palatino no solamente es médico, fotógrafo, gran viajero, sino que además está perdidamente enamorado de Maritza, la santiaguera con la que se arrancó de Cuba. Desde que está en Barcelona, o sea hace seis meses, la llama cada noche. Y si no la llama, ella lo llama por la mañana: ¿adónde te metiste anoche, chileno? Lo cierto es que es un poco celosa, Maritza, un poco posesiva, lo vigila, al chileno, lo sigue de cerca. Pero esto, claro, no lo va a confesar así, de buenas a primeras Horst Palatino. ¿Ya te vas?, pregunta Milagro. Sí, nos vemos otro día. Es que también es un poco alemán Horst Palatino, se levanta temprano, lleva una vida relativamente ordenada, es decir rutinaria. En realidad, habitualmente se acuesta antes de medianoche y se levanta muy exactamente a las cinco y cincuenta minutos, a las seis ya está trabajando. Pero todo esto será materia del próximo capítulo.

Por el momento, se quedan solos Milagro y Boris y ella dice: ¿y a ti qué bicho te picó? Boris: ¿por qué? Milagro: ¿cómo por qué?, ¿no te has visto?, no has hecho más que beber agua mineral toda la noche y mirar a ese pobre cristiano como si te lo fueses a comer vivo. Boris, haciéndose el desentendido: ¿a qué cristiano? Y ella: sabes muy bien a quién me refiero, ¿por qué no te tomas un whisky, a ver si se te compone el carácter? Boris: ya no bebo. Milagro: pues no sabes la falta que te hace. Boris: me convertí al islam, y yendo al grano: ¿Julián te habló alguna vez de la novela que estaba escribiendo? Milagro: ¿qué novela? Boris: una que tenía en borrador, en la carpeta azul, ¿te acuerdas? Milagro: no, tú lo sabes mejor que yo, Julián era muy secreto en cuanto a su trabajo, hablaba de muchas cosas, pero nunca de lo que estaba escribiendo, ¿y qué pasa en esa novela, tú has leído el borrador? Boris: estoy en eso. Milagro: ¿y? Boris: nada, es una historia un poco complicada, todavía no veo muy bien para dónde va, por lo que he alcanzado a leer, hay varias parejas, pero no sé mucho más. Milagro lo queda mirando,

sonríe: tú me estás escondiendo algo, chilenito socialdemócrata. Boris: ¿yo socialdemócrata? Milagro, revolviéndole el pelo con su mano: tú mismo, mi socio. Boris: qué va. Milagro: pero no importa porque al final terminarás por contarme todo, ¿verdad? Boris: ¿cómo sabes? Milagro: porque soy adivina; oye, tú estás hecho un pelmazo hoy día, ¿no te quieres tomar una cervecita y llevarme a bailar por ahí? Boris preferiría morir torturado a invitar a bailar a una cubana: te digo que me convertí al islam, no bebo y además soy chileno, o sea no bailo. Milagro: entonces, a rezar, lavarse los dientes y a la cama, mi acere, los musulmanes no andan en bares y mucho menos con mujeres, y las cubanas no salimos con chilenos que no bailan. Boris acompaña a Milagro hasta los bajos de su edificio. Caminan en silencio. Boris, a sí mismo: imbécil, haberla invitado a bailar, ¿qué te importaba?... y ahora di algo por lo menos, antes de que se vaya a su casa, di cualquier cosa, habla del tiempo, ¿está haciendo calor, no?, o esta humedad de Barcelona me mata... patético, otra cosa, pero inventa algo rápido, pelotudo. Llegan al portal del edificio donde vive Milagro. Boris, ahora voy y le digo algo: ¿qué?, ¿qué?, mirando al cielo y luego a sus ojos y luego al suelo, algo que la sorprenda y la haga reír y encontrarme brillante. Ella lo observa con sus grandes ojos marrones y una sonrisa. ¿La beso?, ¡cómo se te ocurre, idiota! Al final logra penosamente articular: bueno, hasta la próxima. Ella abre la puerta y antes de entrar: oye, que te hayas convertido al islam no quiere decir que me abandones, ¿no? A Boris lo sorprende ese verbo, le dan ganas de contestarle: nunca te abandonaré, y buscar refugio en sus brazos. Pero, obviamente, no estamos para esos desahogos. Boris piensa: tan chileno, por la cresta, y quiere decir que otro, un colombiano, por ejemplo, un peruano, un turco, un cosaco, ¿un argentino?, otro, en todo caso, uno que no fuese Boris, aprovecharía ese desliz léxico de Milagro, ¿o sería deliberado de su parte? En fin, otro se colgaría de ese verbo como de una percha, como de una pértiga, y le diría algo, así fuese en broma, le diría: cómo así, mami, ¿abandonarla yo?, jamás de los jamases, o se abriría la camisa y le diría, en buen argentino: matame si no te sirvo, o, por último, a la chilena: quién fuera el pantaloncito que lleva, mijita, quién fuera la sábana de su cama, el agua de su café, el papel de su inodoro... Pero en vez de cualquiera de esas tonterías, Boris atina sólo a darle un beso en la mejilla y, escarlata de vergüenza, propone: ¿quieres que vayamos al cine la próxima semana? Ella, graciosa, moviendo los hombros como si la sencilla idea de ir a ver una película la pusiera loca de contento: ay, sí, chico, invítame al cine, por favor, es que la vida está de un aburrido últimamente... Boris regresa por la calle Carmen hacia Las Ramblas y no sabría decir mucho por qué, pero se siente ligero, muy ligero, le da la sensación que si estirara los brazos y los agitara de arriba hacia abajo, en un eje perpendicular a su cuerpo, podría volar. De hecho, es lo que hace al llegar al semáforo de Las Ramblas, extiende los brazos, los mueve hacia arriba, sus manos se tocan por encima de su cabeza, luego abajo, las palmas tocan el pantalón a la altura de los muslos, arriba, abajo... arriba, abajo... y arriba, abajo... y arriba y aaaa... Pero no vuela.

No. Es un hecho empírico. Sigue parado en la esquina de Carmen con Las Ramblas. No sólo no vuela, sino que escucha a un señor bastante mayor que se ha detenido junto a él: joder, es que hay cada loco suelto, ya no se puede salir a la calle, tú, debían encerraros. El semáforo pasa al rojo. Boris echa a andar.

Otros fragmentos

He tocado esta carne y no he hallado otra resurrección que el olvido,
Ni otra vehemencia que aquella de los labios pegados a la noche,
A la oscuridad besada de los cuerpos,
A las palabras dichas para que las bocas resistan el hierro nocturno,
La sangre también recuerda sus hechos de tierra,
Como un navío que cabecea en los muelles...

Llovizna sobre la tierra como un arrepentimiento tardío,
Como una voluntad de lavar en voz baja.

José Carlos Becerra, «Relación de los hechos»

Y también el rumboso, metafísico, habanerísimo, Lezama Lima, José,

Con qué seguro paso el mulo en el abismo.

Lento es el mulo. Su misión no siente.
Su destino frente a la piedra, piedra que sangra
cerrando la abierta risa en las granadas...

Seguro, fajado por Dios, entra el poderoso mulo en el abismo...

Entre uno... y otro... y otro: una novela...

Pero bueno, basta de fragmentos, la pregunta es: ¿dónde carajo van? Lo ha dicho Manfredi, a Santiago de Chile. ¿Y por qué a Santiago de Chile, si él es argentino y ella cubana? ¿Qué se les perdió en Santiago de Chile?

La verdad, la áspera verdad...

Una vez que Ariel y Montse dejan a Manfredi y Glendys en la estación

Renfe de la plaza de Cataluña, regresan a la calle Consejo de Ciento, casi al llegar a Sicilia. Allí, en el Ensanche, han compartido piso hasta esa misma tarde con un pintor holandés y su pareja. Él se llama Marius van Huyten. Es pintor. Su pareja, Sabina, es finlandesa, una chica de veinte años pero que parece tener diecisiete, no muy alta, muslos y glúteos firmes, senos pequeños, piel muy pálida con un reflejo ligeramente dorado (que seguramente viene de su cabello liso y rubio) y ojos de un azul acero que te pueden matar de frío. Sabina habla en voz baja, es sigilosa como un gato, no sonríe nunca, no es que tenga mal carácter, es sencillamente así, un poco triste, un poco melancólica, una de esas personas que no ven ningún motivo para sonreír y que a veces dan excelentes resultados en cierto tipo de cine, en una película de Kaurismaki, por ejemplo. Van Huyten tiene cuarenta años, o a lo mejor más. Pero es un tipo sin edad, podría tener veintiocho, treinta y cuatro, algo en él se obstina en no demostrar el paso del tiempo. El físico de Van Huyten es nervudo, como un caballo de raza. De hecho, es bajo, la cabeza más bien pequeña y el cabello ensortijado y muy corto hacen pensar en un jockey y también en una estatua romana, más que Adriano, hay que imaginar el físico de Antínoo, un Antínoo adulto, pero que conserva aún los rasgos del adolescente.

El de Van Huyten es un trayecto típico de la clase de artista que puede venir a dar a una ciudad como Barcelona. Es holandés, como se ha dicho, pero no ha vivido casi nunca en Holanda. Parte de su infancia la pasó en Tokio. A los quince años aterrizó en Buenos Aires. Y sí, mirá vos por dónde... Es que su padre era diplomático. En la Capital Federal, Van Huyten lo pasó bomba. Pero el último año de colegio a su padre lo nombraron en las Naciones Unidas. Así que partió a Nueva York. Estudió en la New York School of Arts. No terminó. Se fue a viajar por Europa. Vivió en París con una francesa (Marie), con la que tuvo un hijo (Theo) y luego emigró a las montañas de la Ardèche con la misma francesa, a la que se agregó una australiana (Wendy) y, ocasionalmente, pero cada vez más ocasionalmente, una italiana (Alessandra). Entre los cuatro administraban una pequeña granja que había pertenecido a los abuelos de Marie. Hacían queso de cabra, se ocupaban de las susodichas cabras (unas quince, más algunas que iban y venían y otras que definitivamente partían a buscarse la vida en algún picacho, risco, desfiladero) y cultivaban el huerto. Formaban una feliz comunidad sexual y afectiva, una especie de pareja poliédrica cuyos elementos se intercambiaban según un ritmo y unas razones que a Van Huyten siempre le parecieron un profundo misterio. ¿Por qué pasaba quince días durmiendo con Marie y a la semana siguiente era Alessandra la que aparecía en su cama? ¿O él se encontraba en la cama de Wendy? ¿O despertaba con Marie y Alessandra? ¿O a veces con ninguna? ¿Tenía que ver con los turnos para trabajar el huerto, para ocuparse de las cabras o elaborar los quesos? En sus momentos libres, Van Huyten y Alessandra pintaban, Marie ponía inyecciones a los ancianos de los pueblos aledaños, Wendy fumaba marihuana y escribía nunca se supo muy bien qué en unos gruesos cuadernos verdes.

Cuando Marie, Wendy y Alessandra decidieron que ya era hora de echar por tierra el culto del tótem fálico, Van Huyten supo que se habían acabado los días tranquilos en Ardèche, juntó sus cositas, hizo su mochila, se dijo carretera y manta, chaval, y se largó a errar por los caminos (no por nada es holandés). Bastante aliviado, por lo demás, porque no le vamos a preguntar, pero si le preguntáramos es muy probable que Van Huyten confesara que la cosa fue infernal. Como suele ocurrir en estos casos, comienzo idílico y final de pesadilla, una de Bergman, con intentos de suicidio, llantos, silencio de muerte, sólo el tañido de las campanitas de las cabras, sus balidos cada vez más balbuceantes, cada vez más tartamudas las pobrecitas, completamente desconcertadas en medio de ese caos afectivo en que se había transformado la bucólica vida en la granja. Sin saber que Marie estaba embarazada, Van Huyten se echó a errar por los caminos, y viajando, dibujando, trabajando, vendimiando por aquí, pintando pisos por allá (y recibiendo una «módica» herencia de papá, que había salido de las Naciones Unidas para entrar al Fondo Monetario Internacional y, con sabiduría holandesa, había decidido que a este chico Marius le sería más provechoso el dinero ahora que en el día todavía incierto, gracias a Dios, de su muerte), recorrió Alemania, Suiza y luego Italia. El periplo stendhaliano clásico: Roma, Nápoles, Florencia. Y, desde luego, el viaje ritual a Venecia. Que en este caso es importante porque allí es donde aprendió a pintar, Van Huyten. Allí se hizo verdaderamente artista. Le enseñó un pintor veneciano que tuvo la generosidad de acogerlo en su casa y de invitarlo a trabajar con él en su taller. Gianluca D'Ambrosio se llamaba. O se llama, porque le deseamos lo mejor a Gianluca D'Ambrosio y sobre todo que esté vivo. La mujer de Gianluca se llama Anna del Pezzo. Profesión: restauradora de objetos de arte. Van Huyten se hace amigo de los dos y, sobre todo, se transforma en discípulo de D'Ambrosio. Pasa un año pintando con Gianluca. Aprende a fabricar con pigmentos naturales sus propios colores, como en el Cinquecento, aprende a componer, aprende historia del arte, o «la» historia del arte italiano, pero lo fundamental es que D'Ambrosio le transmite una «óptica», nunca mejor dicho, o una «retórica», si se prefiere, una manera de leer la pintura (flamenca, italiana, española, europea en general) y de llegar a ser pintor en la segunda mitad del siglo XX. Después hay un incidente un tanto confuso. Anna del Pezzo se marcha de Venecia, abandona a D'Ambrosio. Son pareja desde hace veinte años. Pero Anna se va. No se sabe adónde. D'Ambrosio y Van Huyten se quedan solos alrededor de un mes. Y lo extraño es que al cabo de esas semanas durante las cuales D'Ambrosio y Van Huyten trabajan, comen, cenan y escuchan cantos gregorianos antes de acostarse, según el modo de vida bastante ascético con que D'Ambrosio encara su oficio, el holandés también se marcha. Van Huyten aparece poco después en la isla de Citera, al sur del Peloponeso, entre los mares Jónico y Egeo. En dicha isla, que es, según la mitología, una de las cunas de Venus, Marius alquila un viejo caserón, en un pueblito de la costa

suroeste. El pueblo se llama Kapsali. Hay una plaza triangular con muchas higueras, hay un bar-restaurant-oficina de correos, al que aparte de algunos pastores de las colinas cercanas y algunas ancianas vestidas de riguroso negro que van allí a entregar leche y quesos de cabra, no entra nunca nadie. También hay una fortaleza bizantina, o lo que queda de ella, y las cuevas donde vivió una comunidad de cristianos primitivos, apenas unos puntos blancos del otro lado de la quebrada sobre la que cuelga el poblado. La casa de Van Huyten da por un costado a la plaza, con las higueras y la terraza del bar-restaurant-oficina de correos, entre cuyas tres mesitas rojas suele estacionar un burro, mudo, impasible, austero que, se figura Van Huyten, es una postal que le envía Zeus desde la eternidad, como una tarjeta de visita para que el holandés no pierda la perspectiva. Del otro lado, la casa da a los acantilados, a la trocha angosta que baja hasta la playa a la que casi nunca viene nadie, salvo el propio Van Huyten, y luego al océano, vasta lámina de un azul refulgente por donde habrán de acercarse en cualquier momento Aquiles y su amiguito Patroclo en sendas tablas de windsurf, jovencísimos, bronceados, atléticos. Pero no. Curiosamente el que se acerca, del lado de la plaza, eso sí, en un Fiat Panda de alquiler, que estaciona frente al bar-restaurant, un poco alejado del burro—no vaya a ser cosa que le arruine la carrocería de una patada y después, con estos comerciantes griegos nunca se sabe, son capaces de cobrarte el valor del auto cero kilómetros—, es D'Ambrosio himself. Esa noche, para celebrar el reencuentro, van a cenar al otro extremo de la isla, a Platia Amnos, donde hay un restaurant que pasa por ser el mejor lugar para comer pescado de todo Citera. Y D'Ambrosio se instala donde Van Huyten. Durante un mes se dedican a pintar, a dormir siesta, a nadar en la pequeña ensenada de allí abajo, a cenar en cualquiera de los pueblecitos de la isla, en Agia Pelagia, en Platia Amnos, en Pótamos, e incluso, muchas veces, donde el viejo Andoni, el dueño del bar-restaurant-oficina de correos de la plaza, sentados a prudente distancia del burro, no vaya a ser que de un tarascón les coma la ensalada, con el plato y hasta los cubiertos. ¿Luego? Poca cosa. Al cabo de un mes, o un mes y medio como mucho, D'Ambrosio parte, se sube una buena mañana al Fiat Panda, carga su mochila, los tubos con las pinturas, las cajas de colores y se larga, desaparece tras las higueras de la plaza. Van Huyten escucha durante varios minutos el motor del Fiat serpenteando por la estrecha cinta de asfalto que lleva hacia la parte central y llana de la isla.

Pero Marius no permanece demasiado tiempo solo, porque el mismo océano centelleante por el que deberían aparecer el temible Odiseo y su colega Menelao, le trae a Anna del Pezzo, un mes después de la partida de D'Ambrosio. Anna llega en un taxi que ha contratado en el puerto de Agia Pelagia y que le cobrará casi lo mismo que una carrera entre Roma y Nápoles, pero en fin, qué se le va a hacer, se dice Anna, lo otro habría sido venirse en este burrito, mirando al mensajero de Zeus que, como casi siempre, se ha detenido a pasar algo de su eternidad entre las mesas de la terraza de Andoni.

¿Y qué diantres hace allí la ex mujer de D'Ambrosio? La verdad, ni idea, vendrá a la playa, a tomar el sol, a practicar buceo... Esa noche, para celebrar el reencuentro, Van Huyten le propone que vayan a un restaurant donde se come el mejor pescado de la isla, pero claro, está en Platia Amnos, al otro extremo, y ni Anna ni Van Huyten tienen coche, o sea que no, no va a funcionar; además, la verdad, ese restaurant tiene precios dignos de París, de Nueva York, y el pescado, sinceramente, no es nada del otro jueves, en el Himalaya se debe poder conseguir un pescado mejor. Por lo demás, Anna está cansadísima, está hecha polvo, sono così stanca, le dice, y van a cenar donde Andoni, en la terraza, frente a las higueras, junto al burrito. De hecho, allí cenarán muy a menudo, a partir de ahora, o a partir de esa noche, porque Anna encuentra que Andoni es encantador, con su italiano a medio hablar y su español chapurreado, aprendidos durante una vida entera pasada en los más diversos barcos mercantes. Andoni conoce Génova, La Spezia desde luego, Trieste, Nápoles y también Valencia, Barcelona, y Salvador de Bahía, Puerto Alegre, Buenos Aires, La Plata, Comodoro Rivadavia, Valparaíso, el Callao, Guayaquil... Ha recorrido el mundo el viejo Andoni, como casi todos los habitantes de la isla. Todos esos viejos que uno ve transportando leña en burros, pastoreando cabras, atendiendo en restaurantes y que parecen unos campesinos salidos de una comedia de Aristófanes son en realidad más cosmopolitas que Carolina de Mónaco.

Lo importante es que Anna no ha venido por una semana, ni por un mes, ha venido para quedarse. Y se quedará. Cuatro años se quedará en la isla, en la casa de Kapsali, junto a Van Huyten. Será un período muy productivo, para Van Huyten sobre todo, porque de Anna, la verdad, no sabemos mucho. Llevan una vida muy ordenada, Anna y Van Huyten. Suelen comenzar el día bastante temprano, con un chapuzón en la playa. Es verdad que a veces, cuando el tiempo está muy malo, Anna se queda en casa. Van Huyten baja solo y se mete al agua en medio de la bruma, nada quince o veinte minutos, sale, se seca, se viste y regresa a su taller. Van Huyten trabaja religiosamente de nueve de la mañana a una de la tarde. Luego comen, generalmente donde Andoni, hacen una siesta y, de cinco a ocho de la tarde, Marius vuelve al trabajo. ¿Qué hace Anna mientras tanto? No se sabe muy bien, todo lo que le puedo decir es que debe de estudiar o trabajar en algo relacionado con su oficio de restauradora, porque cada dos o tres meses viaja, desaparece de la isla durante diez o quince días, lo que permite suponer que va a Italia, a menos que sea a otra parte. Bueno, cuatro años transcurren así. Van Huyten produce durante ese período una obra que le permitirá darse a conocer, que comenzará a circular, a ser conocida en exposiciones y bienales mucho antes que su autor se vuelva, por decirlo vulgarmente, un pintor famoso. Hay dos artistas que ayudan al holandés en esta etapa, el primero es el mallorquín Miquel Barceló. No está muy claro cómo da Barceló con las pinturas de Van Huyten, probablemente descubre algunos trabajos de él en la Bienal de París

de 1978. Hay que decir que la pintura de Van Huyten, a pesar de que vive en una isla homérica, es de un furioso neoexpresionismo, que integra todos los registros y los derivados del lenguaje pop. En algún momento Van Huyten y Anna viajan desde Citera a Mallorca. Citera-Atenas, Atenas-Barcelona, Barcelona-Mallorca. Un viaje demoledor para un trayecto que el joven Odiseo o el anciano Virgilio habrían hecho en trirreme mucho más directamente. Van Huyten y Anna pasan unos diez días fuera de la isla. Al regresar retoman su rutina habitual, baños de mar muy temprano en la mañana, trabajo, almuerzo donde Andoni, junto al burro, siesta, trabajo nuevamente, a veces interrumpida por algún paseo al interior de la isla, a Paleochora, por ejemplo, prodigio de arquitectura bizantina, a Milopotamós, o al extremo norte, cerca de Platia Amnos, una costa mucho más salvaje que la de Kapsali. Pero en general llevan una vida recluida, Anna y Van Huyten, una vida casi monacal, dedicada al arte, a la contemplación de la naturaleza, a la lectura... El segundo gran artista que contribuye a la difusión de la obra de Van Huyten es el mismísimo Gianluca D'Ambrosio. ¿Cómo, no era que Anna se había marchado con...? Sí, sí, ¿pero acaso sabemos algo, somos capaces de tener un mínimo atisbo de certeza sobre la intimidad de dos seres humanos? ¿Quién nos dice que no fue Gianluca el que convenció a Anna de partir con Van Huyten?, ¿o que, al menos, a Gianluca le pareció completamente normal que Anna se fuera con Van Huyten? ¿Quién nos asegura que no le pareció quizá la mejor solución?

Noble Gianluca en todo caso, porque sabemos que es él quien lo presenta a Lucio Amelio. Y Lucio Amelio, que fue uno de los más reputados galeristas de este mundo, le propone a Van Huyten una exposición individual en su galería de Nápoles. Algo comienza a ocurrir, las líneas se mueven, el mundo gira, se acelera. Viene el viaje a Menorca. Miquel Barceló es un artista menor que Van Huyten, pero ya muy conocido. Digamos que Barceló es el joven Picasso y Van Huyten es Braque, algo por el estilo. Y se produce una fascinación mutua entre Barceló y Van Huyten, una complicidad, una verdadera comunión espiritual, de tal manera que Van Huyten y Barceló exponen juntos en la Galería Yvon Lambert, en París. Y esa exposición, que es precisamente una interpretación al alimón de *La Odisea* —titulada *Barceló/ Van Huyten: Odysée*—, catapulta al holandés al circuito internacional de bienales y galerías: Documenta de Kassel, Bienal de São Paulo, Arco, en Madrid, varias individuales en la galería de Leo Castelli en Nueva York y de allí a Japón, donde la obra del holandés despierta un entusiasmo insospechado, en la Mall Gallery de Tokio, la Akira Ikeda Gallery de Nagoya, la Watanabe Fine Arts Gallery de Osaka. Los críticos nipones lo ponen por la nubes y los coleccionistas se arrancan sus pinturas de las manos. Incluso, detalle curioso, en Osaka comienzan a aparecer falsos Van Huyten que se venden casi más caros que los originales.

El asunto es que en el espacio de cinco años Van Huyten se transforma en uno de los nombres importantes de la pintura europea actual. Y el asunto es también que llega un momento, porque parece que siempre termina por llegar ese momento, en que Van Huyten y Anna del Pezzo se separan. Digamos que una buena mañana Van Huyten regresa de Colonia— *Marius Van Huyten. Neue Bilder,* en la Bruno & Natasha Hinzpeter Galerie—, baja con Anna del Fiat Panda todo destartalado que han terminado por comprarle al dueño del alquiler de coches en la isla y, a la media hora, vuelve a salir. Solo. No se sabe muy bien qué ocurre, qué está sucediendo, ¿qué está pasando, che? ¿Cómo saberlo? Van Huyten no es Giorgio Armani, no es Richard Gere y Anna no es Elle McPherson. No son Gianni Versace y su hermanita, ni Carolina y su hermanito, así que, ¿cómo saber exactamente qué pasa? No nos queda sino atenernos a los hechos. Y los hechos se producen como sigue: Van Huyten regresa de Colonia, Anna lo espera en el aeródromo de la isla. Van a casa, al cabo de media hora, cuarenta y cinco minutos a lo más, Van Huyten sale solo, carga una mochila y un saco de viaje en el Fiat Panda y arranca. Horas más tarde el Fiat Panda aparece de nuevo en el pequeño aeródromo. Bajan Van Huyten y el dueño del negocio de alquiler de coches. Van Huyten le da las llaves del auto y el Fiat Panda regresa por la huella mal asfaltada hacia la carretera principal de la isla. Marius embarca en el bimotor que asegura el enlace diario entre Citera y Atenas. El bimotor despega, desaparece en el cielo azul turquesa de la media tarde. Y se acabó.

Sólo quedarán Andoni, el burrito mensajero de Zeus, las higueras, las viejecitas de negro que vienen a entregar los quesos de cabra, los bidones de leche, la eternidad, en definitiva, de la que Van Huyten y Anna se habrán borrado para siempre. Andoni atesorará durante el resto de su vida el recuerdo de esos extranjeros, Marius y Anna, tan simpáticos, tan buena gente, que pasaron cuatro años allí, junto a su rutina de viudo solitario. Habían llegado a ser casi una familia para él. Y algunas veces se preguntará qué habrá sido de ellos, dónde estarán ahora y, también, por qué se marcharon así, él una buena mañana, sin despedirse, ella algunas semanas más tarde. Antes vino un camión, bajaron unos hombres y cargaron centenares de cuadros, se notaba por el embalaje, grandes rectángulos y cuadrados envueltos con un plástico de bolitas, que los hombres manipulaban cuidadosamente y cubrían con mantas gruesas antes de subirlos al camión. También cargaron varios baúles metálicos, ¿ropa, libros?, se preguntaba Andoni sentado en la puerta del bar. Anna había dejado de comer en el restaurant, pero cada día pasaba a saludar. ¿Una cerveza, un café?, le proponía Andoni, y era una manera de brindarle un apoyo silencioso, de hacerle saber que estaba con ella, de decirle que él sabía lo que le estaba ocurriendo, que la vida era así, dura, que él mismo se había quedado viudo hacía más de treinta años, solo y, ya ve, había sobrevivido. Tiene que comer, le decía, y le proponía unas berenjenas fritas, un poco de musaka, un vaso de leche de cabra recién ordeñada. Pero ella no quería beber

ni comer nada, un vaso de agua a lo mejor. Punto. Hasta que llegaron los hombres con el camión y, tres días más tarde, Anna le pidió si la podía acompañar al aeródromo. Cargaron dos mochilas y un bolso en la vieja camioneta Ford de Andoni. Antes de abordar el bimotor, Anna lo abrazó fuerte y lo besó en ambas mejillas. Nos volveremos a ver un día, le dijo, cuídeme la casa, y trató de sonreír, aunque la casa era alquilada, nunca les había pertenecido, y ahora, además, estaba vacía. Muchos años después, Andoni se sorprende aún pensando qué habrá sido de ellos, en qué lugar del mundo estarán, y más de alguna vez le han dado ganas de mandarles una postal: hola, aquí todo sigue igual, cuídense mucho, los quiere, Andoni, si sólo tuviera una dirección, se dice, mirando al burrito, que sigue allí, bajo su higuera, entre las mesas rojas, que seguirá allí para siempre. Si sólo tuviéramos una dirección, alguna lista de correos adonde escribirles, ¿verdad?, le dice al burro, y el mensajero de Zeus lo mira con sus apacibles ojos de pupilas cuadradas y asiente.

15

Milagro se aburría, se aburría, se aburría... y se aburría. Todos los días de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Usted ya sabe, allí en La Palma, de siete de la tarde a dos o tres de la mañana, no hay quien aguante, el humo de los cigarrillos, el zumbido de las conversaciones, la música a todo dar, las horas pasadas de pie, los kilómetros caminados entre el mostrador y las mesas... Pero lo que más le pesaba era la intuición de que, mientras llevara esa vida, jamás actuaría. Y a esas alturas no era una intuición, sino una certeza, ¿qué grupo de teatro le iba a confiar un papel si, para empezar, jamás podría asistir a un solo ensayo? Aparte de que no conocía a nadie. Bueno, conocía a mucha gente, pero carecía por completo de los contactos necesarios para entrar en el mundo del teatro. Y en Barcelona, como en todas partes, es un ambiente más bien cerrado el del teatro, no es fácil darse a conocer cuando se es extranjera, cuando no se ha trabajado antes, cuando se llega a una ciudad desconocida sin una experiencia previa, sin contactos ni dinero. Lo de muchos. Lo de casi todo el mundo. Sobrevivir. Pero había noches, o mejor dicho amaneceres, en que Milagro, al volver del trabajo, después de darse una ducha, se echaba derrengada sobre su cama y permanecía largo rato sin poder conciliar el sueño, con la vista perdida en el techo de la habitación, o con la vista perdida dentro de sí misma, mirándose hacia adentro con los ojos muy abiertos, mientras escuchaba, allá abajo, en la calle Joaquín Costa, en la calle Carmen, el ruido de las barredoras mecánicas, las alarmas de los camiones recogedores de basura, y se preguntaba: sobrevivir, ¿para qué? Y es que, claro, sobrevivir por sobrevivir, sólo para respirar, para seguir respirando, trabajar sólo para seguir trabajando, sólo para seguir caminando y comiendo y defecando, ¿tendría algún sentido? ¿Era eso la vida? O, mejor, ¿iba a ser eso «su» vida? A esta pregunta sólo podía oponer una respuesta voluntarista: «tenía» que hacer algo, dar un nuevo rumbo a su existencia, era necesario, era fundamental... tenía que cambiar algo o de lo contrario no aguantaría. ¿Pero cambiar qué?

Había un par de cosas que Milagro ignoraba, o que en todo caso no valoraba en su justa medida. La primera era que la pérdida es un agente químico altamente tóxico, su radio de acción es sordo, pero profundo y persistente. Y es que la pérdida no es solamente la pérdida del amor, cuando uno pierde un ser amado, una pareja, pierde también un futuro, ese futuro que se construía día a día junto a esa persona desaparece brutalmente con ella. La

persona amada se lleva no sólo su vida, sino parte de la vida del otro. La pérdida supone entonces la necesaria invención de otro futuro, de una vida no prevista, no imaginada. Eso, claro, no se sabe, o se viene a saber después, cuando ese futuro nuevo ya ha sido entrevisto, ya está endilgado. La segunda cosa que Milagro ignoraba, o no alcanzaba a vislumbrar del todo, es que en realidad sólo nos pertenece el pasado. El futuro no está escrito, no es nuestro. Lo podemos, pues, cambiar permanentemente, siempre se puede torcer el rumbo de la propia vida, intercambiar una página en blanco por otra. Pero, claro, cuando se está allí, sumido en las preguntas y las preguntas rebotan y sólo resuena la ausencia de respuestas, ¿qué se vislumbra? Nada. Milagro estaba en ese momento. Creía que su vida se había transformado en un túnel y que ese túnel no tenía salida. Tenía que cambiar algo, por fuerza, a como diera lugar, ¿pero qué?

Una de esas tardes sonó el teléfono. Milagro descolgó y la voz de Boris dijo del otro lado: hola, quería saber si te gustaría ir al cine mañana. Sí, respondió Milagro, me encantaría ir al cine. Y fueron. Es fácil de decir: fueron. Pero para llegar a ese momento a Boris le había costado mucho. Esto es algo que Milagro no sabía, pero intuía, qué chico tímido este Boris, cómo le cuesta. Y en efecto, Boris se había pasado toda la semana intentando llamar a Milagro. Llamaba primero desde la agencia de viajes, pues temía que Milagro saliera antes de lo habitual para su trabajo, dejaba sonar una o dos veces y colgaba. Es que la oficina no era un buen lugar para hablar, ¿pero por qué?, si era sólo para invitarla al cine... sí, pero igual. Colgaba. Luego, al llegar a su casa, volvía a llamar. Pero no. Tampoco. Es que le sudaban las manos. Mientras discaba el número, de la epidermis de su mano brotaba una fina película de sudor que empañaba el auricular. Lo percibía. Veía el vaho de sudor enseguida sobre la cubierta gris del teléfono. ¿Cómo se puede invitar a una chica al cine si a uno le sudan las manos? Colgaba, llenaba un vaso con Coca-Cola y mucho hielo, se sentaba en la mecedora: pero si sólo le vas a hablar por teléfono, idiota, no te va a ver las manos. No, no, igual... No le vas a dar la mano. No la vas a acariciar. No vas a deslizar tu mano por su antebrazo, por su brazo, por su... Boris se sorprendía mirando su propia mano, más bien cuadrada, sin vellos, de dedos gruesos, y la imaginaba sutil, determinada, experta y, sobre todo, seca, subiendo lentamente desde el tobillo de Milagro, sopesando la gravidez de su pantorrilla, adentrándose en la zona subtropical de los muslos, llegando quizá hasta el corazón de la jungla, y a lo mejor más allá, mucho más allá... Se paraba, volvía a discar, el timbre repiqueteaba una, dos, tres veces... y de pronto no, es que el auricular estaba ya casi mojado. No podía. No podría nunca. Boris no se sabía tan tímido. Era cierto que nunca lo había tenido fácil con las chicas. No sabía bailar, por ejemplo, usted ya sabe, es chileno, pero además no se atrevía a infringir la estética elemental del baile, como hacen quienes no saben bailar y a pesar de ello se entregan sin complejos a un movimiento corporal, nunca mejor dicho,

sin ton ni son. Tampoco era alguien capaz de hablar de cualquier cosa, de marear a una muchacha contándole lo primero que se le ocurriese. Era más bien parco. Detestaba contar chistes. No era feo, pero no era, digamos, Robert de Niro. Y, sobre todo, nunca había sabido qué había que hacer para seducir a un espécimen del sexo opuesto. De hecho, cada vez que ello se producía —y quizá sería más apropiado escribir que «terminaba por producirse»—, Boris tenía la sensación de que las cosas se habían dado de una manera como ajena a él, no ajena a su voluntad, puesto que él sí quería, claro, pero era como si no hubiese puesto nada de su parte para obtener lo que, secreta, ardientemente, deseaba hasta el desvelo. Pero jamás había tenido tantas dificultades para llamar por teléfono a una mujer. Que le costara «pasar a la acción» era una cosa, pero que ya ni pudiese utilizar un sencillo teléfono, eso era harto inquietante. Un día se ausentó antes del trabajo y fue a la biblioteca de la Universidad de Barcelona. La bibliotecaria le recomendó algunas obras: *La inteligencia emocional,* de Daniel Goleman; *La timidez,* de Philip Zambardi; *La timidez vencida,* de Paul Pagot. Boris pidió en lectura los tres, pero al cabo de un cuarto de hora estaba durmiendo con la mejilla aplastada sobre el libro de Goleman. Lo despertó la mano blanca de la bibliotecaria discretamente posada sobre su hombro, ya iban a cerrar. Boris decidió que no podía seguir así. «Tenía» que cambiar algo. Era imperativo. Y ese algo no estaba en ningún ensayo de psicología. Estaba en él. Caminó hasta la calle Cucurulla con determinación. Subió los escalones de dos en dos. Llegó acezando. Se mojó la cara. Se sirvió una Coca- Cola con mucho hielo. Buscó bajo el lavaplatos hasta dar con un par de guantes de cocina. Se los puso. Enguantado, tomó el teléfono y compuso el número de Milagro. Esta vez dejó sonar la campanilla. Al cabo de unos larguísimos segundos, la voz de Milagro contestó: ¿sí, dígame? Entonces Boris tragó saliva y se lanzó al vacío: hola, quería saber si te gustaría ir al cine mañana. Lo dijo aceleradamente, casi sin marcar pausas entre una palabra y otra, como un tartamudo que retiene su aliento durante horas para pronunciar una frase de corrido. Por fortuna, Milagro respondió de inmediato: me encantaría. Si ella hubiese preguntado ¿qué?, o chico, ¿qué te pasa que estás tan acelerado?, lo más probable es que Boris hubiese terminado por tartamudear, enfrascarse en una explicación inverosímil, colgar. Pero no. Me encantaría, dijo ella. Eso cambió todo. Boris colgó, se bebió la Coca- Cola al seco. Luego, después de cenar, planchó su mejor camisa, un pantalón, eligió con cuidado la ropa interior que usaría al día siguiente. Por la mañana, al salir de la ducha, se subió a un taburete y se estuvo mirando en el espejo que cubría la parte superior del armario. Se miró el vientre, los muslos, las nalgas. No estaba mal, la verdad. Luego saltó al piso y cerrando el puño sacó los bíceps. Se los palpó. Aceptable, aceptable. Si sólo supiera hablar a las chicas. Después se afeitó y se entretuvo un rato frente al espejo del baño poniendo caras. Era algo que él solía hacer cuando niño, subido a una silla, frente al espejo del tocador de su madre, un espejo de tres hojas, de manera que podía verse a sí mismo como desde afuera, como si él no fuera él, se

podía ver la nuca, las orejas, el perfil izquierdo, el derecho... Pasaba horas así. Ahora no tenía un espejo de tres hojas, ni un tocador, pero de tanto en tanto se volvía a entretener haciéndose morisquetas a sí mismo, era como ponerse en la piel de otro, se imaginaba que él podía vivir otras vidas, que él también podía ser, puesto que lo era en ese minuto, un actor. Estuvo poniendo caras, de galán de cine, de boxeador, de payaso, hasta que se cansó. Luego se pegó un par de cachetadas y se volvió a dar hasta que las mejillas enrojecieron: esta tarde no quiero pasos en falso, ni esta tarde, ni mañana, ni nunca, ¿entendiste? El tipo, ahí en el espejo, asintió. Y otra cosa, le dijo, se acabó el sudor, no quiero nunca más las manos sudadas, ¿estamos? El tipo dijo: estamos. ¡Nunca más!, gritó Boris. El tipo repitió, en voz baja, pero con convicción: nunca más. Más te vale, amenazó Boris. El espejo quedó en blanco o, más bien, volvió a reflejar la puerta del baño.

Vamos, vamos, rapidito que se nos va el tiempo, se nos van las ideas, se nos pierden los personajes, dale, loco, dale, dale, dale...

Recuperamos la pista de Van Huyten en Barcelona. Tres meses más tarde aparece allí. Lo vemos salir del aeropuerto de El Prat. Tomar el bus que lo lleva a la plaza de Cataluña. Que «los» lleva, porque Van Huyten no está solo. Está con una chica. Una chica rubia, muy joven. Al menos se ve mucho más joven que Van Huyten. Tiene veinte años, pero parece que tuviera diecisiete. Una chica no muy alta, de vientre muy plano, senos pequeños, pero un culo..., bueno, unas nalgas musculosas, que con el tiempo podrían llegar a transformarse en voluminosas, piernas esbeltas, pantorrillas bien torneadas, un rostro de facciones regulares en donde destacan un par de ojos de un azul acero. La chica se llama Sabina. Nació en Tampere, Finlandia, pero ha vivido casi toda su vida en Colonia. ¿Allí la conoció Van Huyten? Lo más probable, ¿dónde si no? Sabina habla poco, sonríe de vez en cuando, pero nunca ríe, es sigilosa, no se hace notar... aunque siempre está allí, como un gato. Nunca se altera. Habla en voz baja, una voz más bien grave, una voz que podría calificarse de serena. A pesar de su frialdad, hay algo acogedor en ella, algo que tiene que ver con cierta placidez melancólica.

Llegan, entonces, a la plaza de Cataluña y se instalan en la terraza del Zurich. Es febrero, pero como muy a menudo en ese mes, un cielo azul intenso brilla sobre los plátanos orientales de Las Ramblas. El cielo destila esa luz entre blanca y dorada, una luz de país cálido, que enamora a los extranjeros. Sobre todo a los nórdicos. Se instalan, pues, en la terraza del Zurich, que es, en realidad, uno de los centros del mundo. Llevan dos mochilas absolutamente descomunales y los camareros tienen que apartar varias mesas para que las puedan dejar en el suelo. Permanecen allí, Van Huyten y Sabina, alrededor de una hora, en absoluto silencio, tomando cerveza, observando con ojos distraídos el barullo, los ríos de gente, los automóviles, el ajetreo habitual de mediodía en ese lugar que para ellos es completamente nuevo. De pronto aparece un hombre joven, de traje y corbata, que los saluda sin demasiada efusión y les señala un coche, aparcado del otro lado de Las Ramblas, justo a la entrada del parking subterráneo. Van Huyten y Sabina suben a ese coche y el coche toma el paseo de Gracia y luego tuerce a la derecha en Consejo de Ciento y sigue hasta la esquina de Sicilia. El

hombre les muestra un piso, un departamento como suelen ser los del Ensanche: un recibidor, un largo pasillo con una seguidilla de habitaciones y, en cada extremo del corredor, una habitación cuadrada, de techo alto, una da a Consejo de Ciento, la otra al vasto espacio que hay al centro de la manzana de edificios. Desde la ventana se ven los interiores de los pisos circundantes, los patios, los tendederos con ropa puesta a secar y, por encima de todo, los terrados erizados de antenas de televisión, nuevamente el cielo azul y, un tanto más velado ahora, pero igual a sí mismo, el sol. A Sabina le gusta el lugar, le gusta mucho. A Van Huyten también le gusta. Les gusta la ciudad, el ritmo frenético de sus calles y, al mismo tiempo, esos edificios decimonónicos, esos departamentos sombríos, largos corredores, cuartos ciegos. A Van Huyten le da la sensación de una ciudad que ha cambiado de siglo en un abrir y cerrar de ojos. Anoche, al acostarse, estaban en el siglo XIX, le dice a Sabina, y de pronto, esta mañana, se despertaron a fines del XX. Sabina se sonríe. Tengo hambre, dice, vamos a comer algo. El tipo de traje y corbata los hace firmar varios papeles, les entrega dos juegos de llaves, se despide. Van Huyten y Sabina recorren el piso vacío, abren cada uno de los cuartos, se miran sin decir nada. Luego cierran la puerta y se pierden por las calles del Ensanche, en busca de un lugar donde comer.

17

Fueron a ver una de Godard, *A bout de soufle,* que en español habían traducido por *Sin aliento.* Después, Boris se enteró de que era un clásico. Que se consideraba la película fundadora de la *nouvelle vague* francesa, el gran movimiento renovador del cine europeo de los sesenta. Aquí Boris quiere decir algo. ¿Sobre *Sin aliento?* Sí. Pero apúrate, que no nos queda mucho tiempo. Vale. Es muy sencillo, antes de verla, yo pensaba que las películas «contaban historias», historias que sólo ocurrían en la pantalla, pero cuando vi *Sin aliento* comprendí que la vida se podía parecer al cine, es decir que en la pantalla, de pronto, el espectador se podía encontrar con la vida de cualquiera, de personajes como uno, el cine se volvía un relato fragmentario, con personas que entran y salen, de las que apenas sabemos nada. ¿Tú quieres decir que percibimos las películas de Godard como percibimos nuestra vida? Boris: no sé si como la percibimos o como nos la contamos. O sea, te caló hondo Godard. Boris: sí, me aburrí muchísimo. ¿Nos estás tomando el pelo o qué? En lo más mínimo. Mira, estaban dando un ciclo de Godard. Y como *Sin aliento* nos gustó, decidimos volver al día siguiente y al subsiguiente. Vimos *Detective, Dos o tres cosas que sé de ella, Alphaville.* Salíamos de ver esas películas con Milagro y caminábamos por la Diagonal en el más absoluto de los silencios. Cuando ya nos íbamos a separar, yo le preguntaba: ¿qué te pareció? Y ella alzaba los hombros: no sé, no entendí nada, ¿y a ti? Yo tampoco entendí, pero bonita película, en todo caso. Ella, reprimiendo un bostezo: sí, bonita. Lo curioso es que recuerdo muchas más escenas de películas de Godard que de otros realizadores cuyas cintas me han parecido narraciones redondas, entretenidas, trepidantes. Y es que acaso lo que haya que preguntarse es: ¿hay algo que entender? Porque lo genial de Godard es que hace películas deshilvanadas, retazos de historias con personajes apenas entrevistos, tal como organizamos la narración de nuestra experiencia vivida. La verdad es que a Godard le importa un rábano mantener la coherencia de la trama, suscitar el interés del espectador y, acaso, el espectador mismo. Bueno, gracias, Boris, ahora vamos a volver a lo nuestro, porque a mí sí me importa el lector y me temo que lo estemos confundiendo un poquitito con esta historia. Por lo demás, esto no es un homenaje a Godard. Boris: no podría serlo, es el cineasta más latero que te puedas echar al cuerpo. Perfecto, Boris, gracias por las contradicciones.

Lo cierto es que, diga lo que diga, Boris se pasó casi todo el ciclo de

Godard durmiendo. Y Milagro también. Roncaba Boris con su cabeza apoyada en el hombro de Milagro. Roncaba dulcemente Milagro con su frondosa cabellera reclinada en el hombro de Boris. Se despertaba Boris de tanto en tanto, veía imágenes en la pantalla (un automóvil en una ciudad de noche, un cuarto de hotel, una mujer desnuda, un tipo leyendo en la bañera, una playa, una pistola), sentía el contacto cálido, el pelo de Milagro sobre su hombro y se decía que había sido una gran idea comenzar a venir al cine. Y también se decía: qué gran cineasta este tipo. Y se volvía a quedar dormido. Con todo lo incomprensible que pueda ser, Godard tuvo el mérito de hacerlos ir al cine. Se citaban dos e incluso tres veces por semana, siempre en la cinemateca, justo antes de que empezara la función de las dos de la tarde, porque Milagro no podía a otra hora, trabajaba a partir de las siete, y Boris podía tomarse un par de horitas a mediodía, pero por las tardes tenía que trabajar hasta las siete y media. Además, la agencia quedaba en Balmes, no muy lejos. Claro que, por lo general, no tenían tiempo para tomar algo, ni para dar un paseo, después de la función. Milagro solía acompañar a Boris hasta la esquina de Balmes y travesera de Gracia. Y ya. Hasta la próxima. Pero vieron cine. Vieron mucho cine. Quizá demasiado. Vieron todas las de Fellini, vieron Bergman, Polanski, De Sica, Camus, Preminger, Buñuel, Cimino, Cocteau, Sautet, Peckinpah, Zulawski, Scorsese, Ford, Solanas, Patino, Herzog, Rossellini, Saura, Eisenstein, Ripstein y un larguísimo etcétera.

Durante casi un año vieron todo lo que pasaba en la función de las dos de la tarde en la cinemateca. Religiosamente. Y también ascética, limpia, ingenua, puramente. Eran como dos cristianos primitivos confrontados al misterio de las escrituras cinematográficas. La verdad, aquí entre nosotros, es que a Boris no le interesaba tanto el cine. No le desagradaba, se podría llegar a decir que le gustaba. Pero lo que más le gustaba era quien usted ya sabe. Después de ese año, de esa peregrinación tres veces por semana a la cinemateca, Boris se transformó no sólo en un cinéfilo avezado, sino que en un verdadero adicto al cine, alguien que puede dejar de ver películas incluso durante largos períodos, pero que no puede prescindir del cine para explicar (y explicarse) el mundo. Mire usted por dónde. ¿Y Milagro? Bueno, en el caso de ella la afición al cine tiene más asidero, no se olvide que es actriz, acaso la actriz que posee la cultura cinematográfica más sólida de su generación. Y como una cosa trae otra, lo que ocurrió también fue que comenzaron a verse los fines de semana. Digamos que comenzaron a frecuentar a Horst Palatino. Poco a poco se fueron haciendo amigos, fueron formando un grupo de tres solteros, puesto que en ese momento entre Boris y Milagro sólo existía, por decirlo así, un fuerte vínculo cinéfilo, una pasión compartida por lo que ocurría en la pantalla, pero sus vidas, perdón por la cursilería, discurrían todavía por cauces separados. Teníamos, entonces, tres sudacas solteros, un buen título de comedia. Y eso era más o menos, una comedia ligera, porque entre los tres lo pasaban bastante bien. Apenas llegó el buen tiempo, Milagro

se puso a llamar los sábados por la mañana: ¿qué tú haces, chilenito socialdemócrata? Boris nunca pudo entender por qué Milagro lo llamaba así. Le había preguntado, había protestado, ¿socialdemócrata yo?, jamás. Y ella: no alegues, mi socio, ¿tiene algo de malo? No, pero es que... En otras ocasiones, cuando lo quería molestar de verdad, ella lo llamaba «mi» chilenito socialdemócrata. Boris hervía, decía ya, córtala, pero él no se hubiese atrevido jamás a decirle «mi mulata de fuego», ya, córtala, y ella se reía: no te enojes, mi acere, y le revolvía el pelo con una mano, que Boris hubiese querido más morosa (y, de seguro, en otra parte), o bien: no te enojes, mi socio, y le plantaba un beso en la mejilla. Boris se quedaba un tanto lelo, como si en vez de un beso hubiese recibido un *uppercut,* un gancho de derecha que lo dejaba en un estado un tanto catatónico. Solía sobarse la mejilla durante largo rato antes de dormirse, por ejemplo, y por la noche tenía unos sueños tórridos, unos sueños tropicales y exudantes. Bien. Pero que no tuviese los medios de responder a las provocaciones de Milagro no quiere decir que Boris fuese un mamerto, un memo, un mentecato. Lo pensaba, claro que lo pensaba. He escrito «provocaciones» cuando, en realidad, cabe la posibilidad de que hubiesen sido «invitaciones». Boris también pensaba en eso. ¿Qué quería exactamente Milagro?

Un día estaba nadando con Horst Palatino, que, como usted ya sabe, se levantaba cada mañana a las cinco cincuenta y, como no sabe pero se lo cuento ahora, nadaba todos los días un kilómetro, estaban nadando entonces en una piscina cercana al Montjuïc, porque a Boris también le gustaba nadar de tanto en tanto, cuando Horst Palatino, que era más viejo y solía hablar en chileno cuando estaba entre connacionales, le lanzó, a quemarropa, como un proyectil: compadre y —e hizo durar el «y», como se hace en la Fértil Provincia cuando se quiere introducir un tema complicado o se hace una pregunta difícil—, compadre yyyy ¿qué onda con Milagro? Boris, que se lo venía preguntado en su, digamos, soledad sonora hacía ya un rato, se hizo precisamente el zoquete: ¿cómo qué onda? Y a Horst Palatino si había algo que le disgustaba era que se le hicieran el sueco, así que volvió a la carga con más virulencia chilena: ya, te lo pregunto de otra manera, a la Milagro ¿cuándo le vai a dar huaraca? Boris casi se ahogó. ¿Dar qué?, preguntó cuando pudo escupir el agua que había tragado. Bueno, dijo Horst Palatino, tampoco te hagái tanto el huevón, ¿qué creís tú que está esperando?

A partir de ese momento, Horst Palatino se transformó en su confidente. Boris descubrió en él un fino analista de las pasiones y del comportamiento femenino. ¿Un Stendhal? Pongamos, aunque lo más probable es que Horst Palatino no hubiese leído en su vida una página de Stendhal. Pero a partir de esa conversación en la piscina algo cambió en la disposición de Boris hacia Milagro. Digamos que la salida de Horst Palatino, con todo lo abrupta, por no decir vulgar, que fue, le permitió a Boris ver casi objetivamente que Milagro, de alguna manera, lo estaba llamando. Y a propósito de llamados. Habíamos

quedado en que sonaba el teléfono. Sábado en la mañana. Su voz: ¿qué tú haces, chilenito socialdemócrata? Boris: nada, estaba leyendo. Ella: ¿leyendo con este día?, ¿no quieres venir a leer a la playa? Boris: ¿ahora? Ella: ¿cuándo si no?, dentro de tres meses será invierno de nuevo, tú sabes... Comenzaron a ir a la playa los sábados. Tomaban el tren en la estación de Francia y bajaban en Sant Pol de Mar o en Llavaneras. Nadaban hasta muy adentro, permanecían largo rato mirando desde el agua las colinas que se arrojaban al mar, el caserío blanco centelleando bajo el sol, el tren entrando a la estación y los automóviles raudos en la autopista, como de juguete. Volvían braceando al mismo ritmo y se echaban sobre la arena. A Boris le gustaba ese contacto animal de su piel con la arena, con el sol y la brisa de finales de la tarde. Le gustaba sentir en sus labios el gusto salobre del mar. Leían, jugaban paletas y cuando comenzaba a caer la tarde tomaban cerveza y fumaban en el chiringuito, mientras el sol desaparecía tras las montañas y el mar se volvía poco a poco más oscuro, se iba transformando, con el cielo, en una extensión cada vez más negra. Volvían ya casi de noche, en el tren siempre atestado de gente, de pie, el uno contra el otro. A veces —¿a veces?—, seamos sinceros: cada vez que podía Boris se las arreglaba para pasar tímidamente su antebrazo por detrás de la cintura de Milagro, con la excusa de que se agarraba de una de las barras verticales o del borde de un asiento para no caer. Milagro no decía nada. Tampoco rehuía ese contacto. Es más, a Boris le daba la sensación de que ella pegaba más su cuerpo al de él y como que tendía a reclinar la cabeza contra su hombro. Pero era, sin duda, una mera ilusión, un espejismo, la cantimplora, la cerveza helada que el caminante extraviado ve tras las dunas, en pleno desierto. Cuando estaban en Barcelona solían ir a la playa con Horst Palatino, en su auto. Los trabajos en el caserón que se estaba instalando en la sierra de Guara para montar su hotel y centro de actividades de montaña se demoraban más de lo previsto. Horst Palatino pasaba la mayor parte de la semana en Huesca, pero llegado el viernes tomaba el auto y, como decía él, «se rajaba» a Barcelona. También apareció Maritza, la mujer de Horst Palatino, que era una cubana parecida a una andaluza, de piel blanca, ojos de jade, cabello de azabache. Era controladora aérea, Maritza, en el aeropuerto de Fiumicino, en Roma. Nada menos. Y, claro, tenían un problema con Horst Palatino, con «Jor», como lo llamaba ella, porque mientras el complejo turístico de la sierra de Guara no estuviera funcionando, ella no iba a renunciar a su trabajo. Y «Jor» ya no iba a dar marcha atrás, no pensaba volver a Roma, a seguir acompañando científicos italianos a los cuatro rincones del mundo —generalmente los más áridos, o los más altos, o los más helados, o las tres cosas al mismo tiempo—; no, qué lata, ya lo había hecho mucho. «Jor» había pensado en abrir una agencia de imágenes, pero ahora, como todo se estaba volviendo informatizado en este mundo, habría que haber numerizado millares de fotos, centenares de películas, y aun así no era negocio, no iba él, un chilenito de Valdivia—como se describía a sí mismo—, a competir con las grandes agencias. Maritza, que era una mujer de carácter,

se le notaba en esa mirada negra y en las aletas de la nariz que se le dilataban con mucha facilidad, suspiraba y decía: este chileno, se le ocurre cada cosa, primero irnos a Roma, imagínate. Él era médico y ella ingeniero aeronáutico —por el Instituto Aeronáutico de Moscú, no cualquiera—podían haberse quedado en La Habana, o haber ido a México, a Brasil o a cualquier otra parte en América Latina, se quejaba Maritza, pero no, el señor aquí, tenía su socio italiano, sólo le interesaba Italia. Es que los clientes estaban en Italia, Mary, tú lo sabes muy bien, no seas injusta, se defendía él; además, que Italia es una maravilla, tampoco estamos hablando del Paraguay, con perdón de los paraguayos, sinceramente, ¿qué otro país tiene ciudades como Venecia, Florencia, Nápoles?, ¿qué otro país tiene tantos maestros de la pintura por metro cuadrado?, ¿cuál otro tiene Sicilia, Capri, los spaghetti all nero di sepia, la Monica Vitti, la Laura Antonelli? Justamente, lo interrumpía ella, ¿qué otro país tiene esas italianas, tan exuberantes, tan protectoras, tan dispuestas a cazar al primer macho que pasaba por ahí? No, eso no es cierto, se defendía Horst Palatino. Pero algo había, algo había habido, porque sonreía con una mirada llena de picardía; eso no es cierto, repetía. ¿No es cierto?, de las mechas lo tuve que ir a buscar, protestaba Maritza. Oye, no se saquen los trapitos sucios aquí, intervenía Milagro. Es verdad que Italia es bonito, reconocía Maritza, pero Roma es tan aburrida, y enfatizaba el adverbio: «taaan» aburrida. Una provincia, Roma, si había que creerle. Los romanos son gente muy rara, chica, salen los domingos a dar un paseo y luego ¿qué hacen?, van a tomar un helado, van al cine y después ¿qué hacen?, a tomar un helado, ¿tú sabes a qué te invita un romano cuando te propone salir por la noche?, a tomar un helado, coño, si al cabo de un mes tú ves una heladería y te dan ganas de ponerte a llorar, y si por casualidad quieres ir a cenar o a tomar un roncito, a las diez y media todo cerrado, y lo que no está cerrado, carísimo, o bien son clubes de homosexuales. Aquí su marido la interrumpía: es que no tienes costumbre, Mary, como en Cuba están todos presos, le decía, guiñándole un ojo. Ay, «Jor», replicaba ella, qué cargante que te pones, sabes que no me refiero a eso, y continuaba: luego está la tiranía de la moda, los trapos, los accesorios; que se pone de moda llevar los anteojos de sol colgando de la oreja, pues allí tendrás tú a todos los romanos con las gafas de sol colgando de las orejas. Si tú llegas y no los conoces, piensas: ¿son todos marcianos o qué?, ¿chico, qué son esas vainas que les cuelgan de las orejas? Horst Palatino se reía, una maravilla, Italia, insistía.

Tres meses más tarde, Van Huyten y Sabina están establecidos en Barcelona. Establecidos es quizá mucho decir. Al menos tienen una rutina. Aunque el piso de Consejo de Ciento es grande, no hay ningún cuarto lo suficientemente amplio como para instalar un taller, de modo que Van Huyten decide alquilar un estudio para trabajar. Esto ya lo tenía más o menos claro cuando decidieron vivir en Barcelona. Hasta entonces ha pintado y vivido en el mismo sitio y quiere cambiar, obligarse a ir a un lugar que sea únicamente de trabajo. Alquila algo, entonces. Fuera de la ciudad, porque resulta más barato. Un taller espacioso, en donde puedan trabajar Sabina y él. Por lo demás, Van Huyten está acostumbrado a trabajar en formatos más bien grandes. Uno y medio por uno, dos metros por uno, dos por dos. Hace muchos bocetos, mucho trabajo de preparación en formatos tipo bloc de dibujo, en pequeñas libretas y hasta en servilletas de papel. Pero cuando pasa al soporte definitivo necesita espacio. Además, ha aprendido algo Van Huyten: la pintura en formatos reducidos no rinde igual. Habla por experiencia, porque mientras fue un pintor aficionado, cuando vivía en París o en Ardèche, incluso en Italia, antes de conocer a D'Ambrosio y Anna y, sobre todo, antes de heredar y poder establecerse en Citera, Van Huyten estaba obligado a trabajar en formatos no muy grandes. No tenía un domicilio definitivo, necesitaba poder transportar fácilmente sus pinturas. Tampoco le sobraba el dinero. Y es sabido que las telas, los bastidores, mientras más grandes más caros, más difíciles de almacenar, de transportar. Mientras vivió en Francia, sólo cosas chicas: acrílicos, óleos de setenta por setenta, un metro por ochenta, máximo. Y no había pasado nada. ¿Pequeños formatos? Pequeña visibilidad. Una exposición colectiva en una casa de la cultura de las afueras de París, otra en Privas, algunos cuadros en la Bienal de París, poca cosa. Es cierto que mientras duró la aventura de la granja con Marie, Alessandra y Wendy, pudo pintar por primera vez cuadros grandes. A partir de ese momento comenzaron a circular sus obras. Pero sólo en Citera, cuando tuvo por primera vez un espacio grande enteramente para él y estrictamente nada que hacer, sólo pintar —o dar paseos por la isla, o suicidarse—, comenzó a producir de verdad. Trabajo regular, diario, rutinario, encarnizado. Y los resultados empezaron a verse. Si no hubiese tenido los medios para vivir en la isla y dedicarse únicamente a la pintura, lo más probable es que nunca hubiese salido del circuito de las exposiciones colectivas, ayuntamientos, cajas de ahorro, centros culturales de provincia, la muerte lenta del artista devorado por la necesidad de comer tres

veces al día.

Pero, por fortuna, esas circunstancias pertenecían al pasado. Esa fortuna se llamaba Cornelius van Huyten, se pronunciaba papá y se escribía, aunque muy rara vez, querido padre, dos puntos. Era, en efecto, una gran fortuna. ¿Y qué? El talento era de él. De modo que el holandés, una vez instalado en la calle Consejo de Ciento, Barcelona, se dice: no, no, che, el piso está muy bonito, pero lo que él necesita es un verdadero taller. Y alquila un gallinero abandonado, en la parte trasera de una pequeña finca en La Floresta, a unos quince kilómetros de Barcelona. El pueblo no era el reducto de yuppies que es hoy. Al contrario, era una guarida de hippies, o lo que quedaba de ellos, fumadores de porros, bebedores de cerveza al sol, de domingo a domingo. A Van Huyten le gustaba ir a trabajar allí. Se levantaba temprano. Llegaba al taller a eso de las nueve de la mañana. Sabina solía ir más bien por las tardes. Y tampoco todas las tardes. Es que lo de Sabina es más bien la gráfica, el dibujo también, pero no necesita un espacio tan grande porque trabaja en formatos más pequeños. Van Huyten trabaja de nueve a dos. A esa hora va a comer al Manel, uno de los bares del pueblo, a un costado de la estación. En general come solo, mirando las noticias en la tele o leyendo un diario o un libro. Otras veces se dan cita con Sabina para comer juntos en el Manel. Por las tardes van al taller. Trabajan hasta las seis o las siete. Lo que a Van Huyten le significa una jornada de ocho horas. Él se ufana mucho de eso. Alguna vez leyó una entrevista a Joan Miró: trabajo como un jardinero, declaraba Miró. No se refería sólo a las horas, sino a la manera en que iban surgiendo sus obras, al entorno del trabajo creativo. Y a Van Huyten le gusta ese modo, le gusta pensar que él también trabaja como un jardinero. De hecho, después de comer suele dar un paseo por el camino que atraviesa los bosques desde La Floresta hasta Molins de Rei. Muchas veces, Van Huyten camina una o dos horas, con Sabina, pero también le gusta hacerlo solo. En realidad, si tuviera que elegir, diría que prefiere caminar solo. Y de preferencia en invierno que en verano. Le gusta caminar bajo la lluvia, a Van Huyten, con sus viejas botas, su impermeable, su sombrero y el palo que usa a modo de cayado y que guarda como una especie de tesoro personal en el taller. Le gusta perderse por ese camino brumoso, húmedo, enfangado. Y luego regresar, hacer un buen fuego en la salamandra, preparar una cafetera y seguir pintando, dos, tres horas, a veces más. Le gusta trabajar como un jardinero. Sabina parece contenta. Lo hemos dicho: no habla mucho. Es bastante secreta, bastante reservada con todo el mundo. También con Van Huyten. A él le gusta la presencia de ella, su manera de estar sin casi notarse, esa forma que tiene de decir sólo lo esencial, o de hacer que parezca esencial todo lo que dice, lo poco que dice. Como en un poema, sus frases son peces que rompen el espejo del lago. Sus frases nunca llenan el silencio, nunca lo ocultan; al contrario, lo hacen más audible, surgen de él con una fuerza y un misterio especial, como si fueran versos. A ver, pero, cuidado, no es que

Sabina en vez de decir «qué aburrimiento, che, ¿por qué no vamos al cine?», diga «la chair est triste, hélas, et j'ai lu tous les livres», o «la carne está triste, ay, ¿no podríamos ir al cine, baby?». No, claro que no. No es que Van Huyten la perciba como la encarnación de la Poesía. Es más sencillo que eso, Sabina ocupa el lenguaje y, sobre todo, ocupa el espacio con un sigilo que a Van Huyten nunca le dejará de llamar la atención.

Al comienzo no conocen a nadie. El piso les queda demasiado grande. Son cinco habitaciones, más la sala. Ellos ocupan escasamente dos. Sabina propone que subalquilen una habitación, a alguien joven, alguien de la ciudad. Van Huyten encuentra que no es una mala idea. Ponen un aviso en la Escuela de Arte de Barcelona, en la Massana. Así conocen a Montse y Ariel. Son casi un par de niños. Ella tiene dieciocho, él diecinueve. Están en segundo año y buscan un alquiler no muy caro para vivir juntos. Montse y Ariel se instalan donde Marius y Sabina. Compartirán el piso con ellos durante casi dos años. Van Huyten comienza a exponer en ciertas galerías de Barcelona, en la Art Nostrum, en la de Neus Capdevila y la de Carles Taché, que acaba de abrir, en la misma calle Consejo de Ciento. En una de esas inauguraciones, a Marius le presentan a un escritor argentino, Antonio Manfredi. Conversan un rato. A Marius le parece que Manfredi entiende bastante de arte. Se lo dice. Manfredi responde que entender, entiende muy poco, casi nada, pero que sí, le gusta mucho el universo del arte, la pintura, el arte conceptual, que si él no hubiese sido escritor, quizá hubiese probado suerte como pintor. ¿Y por qué no lo haces?, le pregunta Marius, lo uno no excluye lo otro, ¿no? Hay muchos escritores que se han dedicado también a la pintura. Sí, claro, dice Manfredi. Mencionan a Dino Buzzati, Henri Michaux. Manfredi nombra a Claude Simon, que no sólo era pintor, sino además viñatero. ¿Y tú?, vuelve a la carga Van Huyten. No, él no, él sabe que no tiene ningún talento para pintar. Se caen bien, Van Huyten y Manfredi. Y además está el hecho de que el holandés vivió parte de su adolescencia en Buenos Aires. No es poca cosa haber pasado de los quince a los dieciocho años en una ciudad. Marius, de hecho, habla el castellano con un leve dejo porteño, apenas se descuida se le sale el tenés, el querés, el qué decís. Muchos catalanes lo toman por argentino. Y él tiene que explicar que no, lo que pasa es que vivió en Buenos Aires. Cosa curiosa, por una extraña coincidencia, resulta que Manfredi es amigo de Ariel y Montse. Montse trabaja en el mismo bar que Glendys, la chica de Manfredi. Glendys es cubana, es bastante menor que Manfredi y está en el último año de la Massana. Por las noches trabaja en La Palma, un bar del barrio del Borne, muy cerca de la iglesia de Santa María del Mar, donde Montse también es camarera de jueves a sábado. Montse y Glendys se conocen de la escuela. Pero desde que trabajan juntas en el bar se han vuelto más cercanas, más amigas. Y, lógicamente, Ariel y Manfredi también se conocen, muchas veces comparten una cerveza en La Palma, mientras esperan a sus chicas. A menudo se encuentran en fiestas de gente de la Massana, o de artistas que viven en el

Borne, o en el Raval. Se conocen bien, Manfredi y Ariel. Algunas veces cenan juntos, los cuatro. Justamente, una semana después del diálogo entre Van Huyten y Manfredi, en la inauguración del holandés aparecen el argentino y Glendys en casa de Marius y Sabina, que es también la casa de Montse y Ariel. De hecho, Manfredi y Glendys venían precisamente a buscar a sus amigos. Van Huyten y Manfredi se quedan mirando: ¡vaya sorpresa! ¿Un vaso de vino?, propone Van Huyten. ¿Por qué no?, dice Manfredi. Esa noche salen a cenar las tres parejas, aprovechando que es día de descanso en La Palma. A partir de ese momento, Van Huyten y Manfredi comenzarán a verse con cierta regularidad, se volverán cada vez más cercanos.

Pasan los meses y a Van Huyten le comienza a ir bien en Barcelona. Al año siguiente expondrá en la Fundación Miró y, dos años más tarde, en el Palau de la Virreina. A Sabina, Montse y Glendys se les ocurre crear una especie de sala de exposiciones en el piso de Consejo de Ciento. Una vez al mes cuelgan los cuadros o disponen la instalación de algún artista joven e invitan a todo el mundo. O no invitan precisamente «a todo el mundo», pero llega todo Barcelona, la Barcelona que gira en torno a los pintores, los artistas conceptuales, las parejas y amigos y enemigos y parientes de todos ellos, más los curiosos que pasaban por allí. O sea, una vez al mes, durante tres días, el piso de Consejo de Ciento está tan repleto de gente como la terraza del Zurich a mediodía. No se puede entrar. Ni salir. A Van Huyten le ocurren un par de incidentes enojosos. Cierta vez tiene ganas de ir al baño, pero está ocupado, sigue ocupado veinte minutos más tarde. Marius se resigna y va a los servicios del bar de abajo, pero al regresar, la puerta sigue con llave. Marius la abre con un desatornillador y un alicate: adentro hay tres tipos sentados como pueden encima de la taza del water, con sendas cervezas, mirando un partido del Barça en el pequeño televisor que Marius y Sabina han terminado por instalar en una de las estanterías encima del escusado (Sabina detesta la tele y a Van Huyten no le desagrada mirar las noticias mientras hace sus necesidades). Otra vez, Marius entra a su cuarto y una sombra feroz le cae encima, lo araña, le arranca los botones de la camisa: quiero ser tuya ahora, dice, mordisqueándole el lóbulo de la oreja, lo hace trastabillar, caer sobre la cama y le pone un pecho de tamaño considerable en la boca, una tremenda teta que le cubre desde la frente hasta el esternón y no lo deja respirar. Ahora, amor mío, ahora, lo conmina la voz. Antes de perecer ahogado, Marius acierta a dar con el interruptor de la lámpara sobre la mesita de noche y descubre, encima de él, precisamente a la mujer del dueño del bar de los bajos del edificio, una señora de unos cincuenta y cinco años, más que entrada en carnes, bajita, rosadita, que al verlo da un respingo: lo siento, pide mil excusas arreglándose la blusa, alisándose la falda, saliendo de la habitación con las alpargatas en la mano, creía que era otra persona. Van Huyten no pregunta qué persona, un mínimo de delicadeza, pero decide que nunca más. A partir de ese incidente, Marius irá a pasar los tres días durante los cuales su casa se transforma en

galería alternativa a su taller de La Floresta.

Manfredi va a verlo al taller durante algunos de esos fines de semana. Suelen ir a dar un paseo, a beber algo en el bar del Manel. Un par de veces, Marius y Antonio hacen una caminata de varias horas, en dirección de Molins de Rei. Al regresar se preparan algo de cenar en la cocinilla eléctrica y luego se quedan conversando hasta tarde, junto a la salamandra. Marius tiene un camastro y un par de colchonetas con las que hacer una cama suplementaria, de manera que Antonio se ha podido quedar a dormir allí. Por la noche conversan junto a la salamandra casi al rojo vivo, con un orujo de hierbas.

—¿Un porrito? —propone Marius.

—No, gracias.

Antonio no fuma, prefiere seguir con el orujo, pero Van Huyten sí que se lía uno. Hay que imaginar: afuera, el huerto de doña Conchita, que es la dueña de la finca, el pueblo sumido en la noche, los bosques como una mancha aún más negra bajo el cielo negro... Entonces Marius y Antonio hablan de su pasión común: las islas. Antonio desde adolescente ha sentido una fascinación especial por las islas. Recuerda tardes enteras pasadas en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires mirando mapas y luego, adolescente, buscando información sobre las islas del Atlántico Sur, del Pacífico Sur, imaginando una vuelta al globo, de isla en isla. Lo sabe todo Antonio sobre las Malvinas, que son históricamente argentinas, desde luego, puesto que fueron descubiertas por Hernando de Magallanes, pero también sobre la isla Aurora, las Georgias del Sur, las Sándwich del Sur, la isla Bouvet (a dos mil kilómetros de las costas sudafricanas, recubierta de hielo, con cuatro noruegos pelándose de frío dentro de una estación meteorológica), y luego las posesiones británicas del Atlántico Sur, con Santa Helena a la cabeza. Van Huyten se ríe.

—No sabía que te gustaran tanto las islas —dice.

Y es que a él también le han llamado la atención las islas. Desde siempre. No por nada ha vivido cuatro años en Citera. Antonio quiere saberlo todo sobre la isla griega, quiere ver fotos, ¿tendrás un mapa? Pero no, no tiene ninguno, Van Huyten. Dibujos tiene. Bocetos. Se los muestra. Algunas fotos, también. Ya se las mostrará.

—De niño soñaba con recorrer esas islas que veía en los mapas —cuenta Manfredi—, tendría ocho, diez años, es que mi padre trabajaba en la Biblioteca Nacional.

—¿En Buenos Aires?—pregunta Van Huyten—, ¿la que dirigía Borges?

—La misma —dice Manfredi—, y en la época de Borges, además.

—No digás.

Los sábados por la mañana solía llevarlo al trabajo. Lo dejaba en la sala de mapas mientras él iba a hacer lo suyo. Le prestaban un atlas para que se entretuviera. Y él alejaba y acercaba la cabeza de esa enorme hoja azul, con

unas manchas terrosas, amarillas, a veces verdes, alejaba la cabeza y súbitamente la acercaba, casi hasta golpearse. Tené cuidado, nene, le decía Martita, la colega de su padre a cargo de la sala, te vas a hacer daño. Pero él: arriba y abajo, lejos cerca, cerca lejos... Se figuraba que era un avión y aterrizaba en Tristán da Cunha, en Ascensión, en Diego Alvares, hasta Cabo Verde y las Azores llegaba.

—Yo, de pequeño —dice Marius—, soñaba con Java, Ceilán, Japón. También miraba mapas. Leía novelas de aventuras, Horacio Quiroga, mi primera lectura en español, Julio Verne, *La isla del tesoro, Robinson Crusoe.*

Sí, pero lo de Manfredi fue quizá más persistente, opina el interesado, y cuenta que se empapeló su cuarto, en el barrio del Once, en Buenos Aires, con dos grandes mapamundis que había conseguido en una librería de viejo de la calle Paraná. Allí tenía chincheteadas las islas a las que iría algún día. Estaban todas las del Atlántico Sur, por supuesto, pero también las del Pacífico Sur, partiendo por la vieja Malasia, Java, Sumatra, Ceilán, Tahití, Australia, Nueva Zelandia, las islas Solomon, las islas Cook, isla de Pascua...

—¿Y conoces alguna? —pregunta Van Huyten.

—A eso mismo iba, hablando precisamente de Robinson Crusoe— responde Manfredi—, la única isla que conocí es Juan Fernández; mejor dicho, la isla Robinson Crusoe.

—¿Estuviste allí vos? —se asombra Marius.

—Claro que estuve —dice Manfredi.

—Contá —pide el holandés.

—Es largo —Manfredi se pone de pie, va hasta la ventana—, está amaneciendo.

—Dale —responde Van Huyten—, total, mañana es domingo, podemos dormir hasta las tres de la tarde si queremos, ¿hacemos café? Yo, al menos, no pienso regresar a Barcelona hasta el lunes, cuando en Consejo de Ciento reine nuevamente la normalidad —y tras una pausa para reavivar el fuego agrega —: O algo por el estilo —y se ríe.

Manfredi también ríe.

—El quilombo que tienen montado estas minas.

19

—¿No estarás enfermo? —le preguntaba Eddy.

—Es que algo te pasa—abundaba Max—, nunca he conocido a nadie en tu caso: más de un año saliendo con ella ¿y ni siquiera le has tomado la mano?

—No, un año no —se defendía Boris.

—Bueno, diez meses —contraatacaba Max.

Boris callaba.

—Debes tener un tumor al cerebro —opinaba Eddy—. ¿Por qué no le preguntas a tu paisano, el doctor?

Pero todos estaban de acuerdo. Necesitaba un cambio de estrategia. Era indispensable que pasara a la acción. Ahora mismo. Quizás ya era demasiado tarde.

Pasar a la cacería, eso era lo que necesitaba. Luz, cámara...

—Milagro, ¿tú quieres?... Digo, quisieras o querrías... Milagro, bueno, yo... este, tú... Milagro, ¿yo?, ¿tú?, ¿tú, yo?, ¿yu to?, ¿toyu?

Patético se encontraba Boris, en su cuarto de baño, tratando de repetir la escena frente al espejo, torpe, ridículo, idiota... Le había dado por tratar de repetir, de remedar, una posible escena en la que un tal Boris, allí presente, en el espejo, le pedía a una tal Milagro, ausente (por el momento), o le sugería, o la convencía de que él y ella, bueno, digamos que no quedaba más remedio, que tenían por delante algo que podría llamarse un destino, pero con mayúscula. Eso, que el Destino los había juntado, que pensara si no: ella nace, sale de Cuba, decide vivir en Barcelona, conoce a Julián. Él nace, sale de Chile, viene a Barcelona, conoce a Julián. El pobre Julián nace y muere antes que ellos dos, se entiende, los deja, por decirlo así, huérfanos. ¿Qué era eso sino el Destino?

—¿El destino? —se carcajeó Max—, qué destino ni qué niñitos envueltos, no es un culebrón mexicano, no es *Muchacha italiana viene a casarse.*

Según Max, lo que él tenía que hacer era besarla, así de sencillo: be-sar-la. Max se ponía la mano detrás de la cabeza, se agarraba la nuca y se besaba

su propio antebrazo:

—Así, compadre, ¿te queda claro o te arriendo una muñeca para que te entrenes?

—Sí pues, hermano—se reía con ganas Eddy—, en determinadas circunstancias no son necesarias las palabras; es más, pueden ser contraproducentes.

Y Horst Palatino, en la piscina, martes y jueves, que eran los días en que solía acompañarlo Boris, lo primero que preguntaba era:

—¿Y... alguna novedad?

A Horst Palatino Boris le contaba todo, incluso lo que él llamaba sus Waterloo, o sea sus fracasos, pero también sus ridículos, sus metidas de pata, sus payasadas. Riéndose a carcajadas de él mismo, terminó por confesar lo que hacía últimamente frente al espejo:

—Milagro, este... ¿tú quisieras salir?; bueno, salir es un eufemismo, pero en fin —y muy rápido, muy rápido—: ¿Túquisierasalirconmigo?

Y ella, allí, siempre en el espejo:

—Sí, quiero.

Él, entonces, entrecerrando ya los párpados:

—¿Te puedo besar?

Y ella:

—Por favor, no tardes ni un segundo más.

—¡No puede ser! —exclamaba Horst Palatino, y se retorcía de la risa.

Pero sí, era. Y era tan así, que Boris acercaba los labios al cristal y besaba, larga, romántica, apasionadamente a Milagro (ausente, por el momento), y ese beso tenía un sabor de vidrio, un tanto frío, un tanto acerado y húmedo, un sabor como a restos de espuma de afeitar y a jabón, pero prometedor, muy prometedor. Horst Palatino no podía casi respirar, se ahogaba con su propia risa, aullaba casi, ¡pero qué cretino el huevón este! Y los pocos nadadores que ocupaban la piscina a esa hora sacaban las cabezas del agua, miraban a través de sus anteojos de natación empañados y hasta los encargados de los camarines venían a ver qué era ese escándalo. Boris también se reía. La verdad, él mismo se encontraba muy idiota. Y claro, como decía Max, había que besarla.

—No es tan difícil —abundaba Horst Palatino—, es algo que el ser humano viene haciendo desde las cavernas, probablemente antes.

—No, si lo sé —reconocía Boris—, yo hasta ahora nunca había tenido este tipo de problema, digo, de inhibición, al menos no a este grado, ¿tendré que ir al psicólogo?

—¡Qué psicólogo ni niñitos muertos! —replicaba Horst Palatino—. Decisión, compañero. Oportunidad y decisión; total, ¿qué puede pasar? Que te diga que no, eso sería lo más catastrófico.

Y es que eso, a Boris le parecía una verdadera catástrofe. Que Milagro le dijera que no, que lo rechazara, que le dijera, por ejemplo, que él era un excelente amigo, pero que nunca, jamás, podría pasar nada entre ellos, que se olvidara para siempre, no existía ni la más remota posibilidad. Horror. Después de eso, Boris sólo podría balearse en un rincón. Colgarse de su ventana de la calle Cucurulla y dejar que los buitres (bueno, las gaviotas) le comieran los ojos. Pero al final la besa. Sí que la besa, claro. Faltaba más. Lo que pasa es que el muchacho tiene como un bajo umbral de tolerancia a la frustración, para emplear el lenguaje de las psicólogas chilenas. La sola idea de que Milagro lo mande a freír espárragos, o peor, que le diga que no es su tipo, que en otras condiciones habría podido, que le diga, por ejemplo:

—Es que el físico tiene su importancia, ¿sabes?

O, pesadilla de pesadillas, que le diga, o mejor dicho que le dé a entender porque esas cosas no se dicen, que le dé a entender que no soporta su olor:

—Es que hay algo de piel, ¿sabes?

—¿Algo de piel, cómo algo de piel?

—Sí, o sea, no te puedo explicar.

Cuando piensa en esta posibilidad, Boris se vuelve a poner desodorante, se perfuma, se pasa hilo dental, se lava los dientes dos veces seguidas... Pero no sigamos, que le puede dar algo al pobre, la sola idea de verse rechazado le provoca comezón, vértigos, palpitaciones. Muchas veces, tras esas escenitas frente al espejo, termina tirado en la cama, con el corazón tratando de escapársele por la garganta, por las orejas, sudando frío. Pero al final la besa. Vamos por partes. Han seguido, durante todo este tiempo, yendo a la cinemateca. Van ya casi para el año de cinefilia desatada. Incurable, al parecer, porque siguen y siguen, miércoles y viernes, dale que te pego, o jueves y sábado, o domingo, miércoles y viernes. Ya casi han visto todo el cine occidental y oriental desde la aparición de los hermanos Lumière. Cada vez que van al cine Boris se dice: ahora voy y lo hago. Y muchas veces durante la película: ahora, ahora. ¿Pero ahora qué? ¿Cómo lo va a hacer ahora si están viendo *Sed de mal,* o *La naranja mecánica?* Sería muy inoportuno. De manera que Boris: ya, cálmate, huevón, cómo se te ocurre, mirando *Apocalypse Now,* por ejemplo, y él pensando: ahora, ahora, pero cómo, entre una ráfaga y otra, ahora, entre un vietnamita que arde como una cerilla y un tipo que, de pronto, pierde las piernas, no seas tarado, Boris, ubícate, tómate un ubicatex. Y logra olvidarse y concentrarse en la película. Qué alivio.

Pero hay veces en que las cosas resultan un poco más complicadas. Con *El último tango en París,* por ejemplo, para seguir con Marlon Brando, Boris se revuelve en su butaca, se pasa la película entera quitándose de los ojos el mechón que le cubre la frente, en un momento dado, ya está, va a poner su mano encima de la de Milagro, pero cuando ha levantado ya el brazo y va

volando hacia esa mano que lo espera desde hace meses, desde siempre, desde toda la vida, súbitamente ella cambia de posición, quita la mano del brazo de la butaca y Boris se queda con la suya en el aire y hace como que se la mira, no le queda más remedio, qué va a hacer el pobre Boris sino observase detenidamente su propia mano, porque además en ese mismo momento Milagro le está sonriendo en la oscuridad. Y de seguro que está pensando: un poco raro, un poco excéntrico el chico este, mire que escrutarse ahora la mano, en vez de mirar la pantalla. Boris le devuelve la sonrisa y devuelve también su mano al brazo de la butaca, de donde no debería haber salido nunca. Y no pasa estrictamente nada. Nunca pasa nada. Niente di niente. Rien. La cosas se complican más aún cuando ven *El inocente,* de Visconti. Y no solamente porque Giancarlo Giannini le arranca de un manotazo el corsé a Laura Antonelli y deja ese par de senos magníficos expuestos al aire y a la eternidad, para sorpresa en primer lugar de la propia Antonelli, que permanece frente a la cámara unos treinta segundos, acezando, en completo silencio, humillada, ofendida y terriblemente excitada, porque claro, a una señora de fines del XIX no se le hace eso, pero qué delicia, al mismo tiempo, mostrarle los senos a su señor y amante y, de pasada, a todos los espectadores que en el mundo han sido. Allí, Boris tiene serios problemas para comportarse con arreglo a los patrones de un chileno, digamos, de la clase media, de Ñuñoa, hijo de demócratas cristianos, alguien que está dispuesto a obrar, por decirlo así, en pro del bien de la humanidad o, al menos, dentro de ciertos moldes, de ciertos modelos y que por lo mismo nunca le va arrancar el escote a la chica que ha invitado al cine, nunca se va a arrojar como el psicópata de Giannini sobre su cuello y sus pezones. Ganas no le faltan, mejor dicho le sobran, porque además, cuando Giannini, que en la película se llama Tullio, deja el bebé de Giulianna, o sea de la Antonelli, en el alféizar y cierra la ventana y ese bebé morirá dentro de veinte o treinta segundos (afuera nieva como sólo nieva en las películas), Milagro busca refugio en el regazo de Boris, agarra su mano y se tapa los ojos con ella para no ver tanta crueldad. Boris casi fallece, el corazón se le acelera y no solamente el corazón, la sangre afluye a todos sus órganos, incluido, bueno, usted ya sabe, de manera que se queda quieto como una momia, como una esfinge, hasta que Milagro vuelve a recuperar su posición normal, sentada en la butaca en ángulo recto, un codo apoyado en el brazo divisorio entre un asiento y otro, la vista perdida en la pantalla. Ahora, con *El imperio de los sentidos* las cosas ya se vuelven insoportables. Vamos a ser muy breves, porque Boris prácticamente se pasa la película entera rogando para que se acabe pronto esa tortura. Ya lo hemos dicho: chileno de clase media, etcétera, no se va a permitir jamás una salida de tono porque a un japonés delirante se le ha ocurrido filmar la demencia erótica de una mucama y un dueño de pensión. Sería de muy mal gusto. Sería también demasiado evidente. Y no se olvide el ocioso lector que Boris es, ante todo, un poeta. Alguien relleno de lecturas medievales, de la poesía del XVI, del XVII. Y pare de contar. Pero tanta retención, tanto ascetismo terminan por

pasarle la cuenta. Ocurre mientras están viendo *Nos habíamos amado tanto,* esa obra maestra de Ettore Scola. Boris no recuerda muy bien ahora en cuál escena. Probablemente en la que ella y él se toman fotos en la máquina de la calle. En fin, da lo mismo, el asunto es que, de pronto, sin avisar, sin pedir permiso, sin hablar, sin pensarlo dos veces, sin ninguna consideración por su conciencia moral, Boris se gira hacia Milagro, busca sus labios de Dalí, los encuentra muy pronto y con el gozo que probablemente deben sentir aquellos que entran al Paraíso, los recorre con los suyos, los succiona, los lame, los presiona, los aplasta, los aspira, los apelmaza, los comprime, los prensa, los tracciona, los achata. Y luego vuelve a su posición inicial y se queda muy quieto, mirando la película, como si nada hubiese ocurrido. Al salir del cine, Boris piensa: ¿qué tiene que pasar ahora? Y no pasa nada. Caminan, como casi todas las tardes, por la Diagonal. Boris, silencio total. Ella, ídem. Sólo cuando se van a separar, él se dice: ahora, ahora... Y la abraza, busca sus labios. Pero ella: no, déjame, Boris, coño, ¿qué te pasa, chico? Y él, tímidamente, haciéndose el huevón, como buen chileno: ¿a mí?, nada. Ella echa a correr. Él da un par de zancadas tras ella, por si acaso. Pero Milagro hace parar un taxi, se sube y cuando él lo alcanza, el coche ya se está poniendo en movimiento, ya está doblando por la rambla de Cataluña hacia abajo. Y Boris puede percibir su mirada a través del cristal trasero, una mirada de odio, le parece a él, y la ve, sobre todo, llevarse un índice a la sien: estás loco, le dice sin palabras. El taxi se pierde en el tráfico endemoniado de las cuatro de la tarde. Con Milagro adentro. ¿Para siempre? Cagué, piensa Boris, se fue todo a la mierda. Y sigue caminando hasta la agencia de viajes, en la calle Balmes, como un zombi, como un asesino multirreincidente camina hacia la silla eléctrica.

Es curioso, las de Juan Fernández eran las últimas islas, las únicas acaso a las que nunca pensó llegar. Las islas del Pacífico Sur estaban señaladas en su mapa con alfileres de cabeza amarilla. Manfredi las tenía todas repertoriadas: Aitutaki, Bora Bora, Espíritu Santo, Huahine, Niue, Solomon, Marshall, Fiyi... Luego, los alfileres se acercaban al continente: isla de Pascua, isla Sala y Gómez y las islas Desventuradas: San Félix y San Ambrosio. Allí estaban Robinson Crusoe, Santa Clara, Alejandro Selkirk, cada una con su correspondiente alfiler.

—Y, sin embargo, nunca imaginé que iría a Juan Fernández —dice en voz muy baja Manfredi.

—¿Y por qué no? —pregunta Van Huyten.

—No sé, me parecía demasiado cerca, quizá. Yo soñaba con nombres como Samoa, Nuku Hiva, Tongatapu, Tutuila... También estaban las islas del Atlántico Sur, con alfileres de cabeza roja: Ascensión, Santa Helena, Bouvet, Tristán da Cunha, esos peñascos desolados que en mi mapa eran manchas más o menos diminutas, en la mitad de la página azul, en mitad de la nada. ¿Cómo sería estar allí? ¿Quién habría allí ahora mismo? ¿Cómo serían los cielos, el mar, la vegetación, si la había? ¿Cómo serían las costas, habría alguna montaña, habría, a lo mejor, nieve? En fin, esas cosas.

—¿Y?

Y nada. Un día Manfredi tuvo diecinueve años. E hizo un viaje. Había juntado dinero fotografiando matrimonios y recién nacidos en todas las maternidades de la provincia de Buenos Aires, y los domingos, marineros y noviecitos que paseaban por Retiro, por los bosques de Palermo y el Parque Japonés. Su idea era cruzar a Chile y, desde allí, subir hacia el norte, por el desierto de Atacama. Recorrer buena parte del Perú y volver por Bolivia y Paraguay, atravesando el Chaco. Bonito. Salvo que nunca fue a esos lugares. Se disponía a comprar un billete a Arica, en el terminal de buses de Santiago, cuando allí, en la pared, detrás del funcionario con gorra azul que ya le había recibido el dinero y lo estaba anotando en el bus del día siguiente a las siete, vio un mapa de Chile. Y vio, sobre todo, las islas, el dibujo del archipiélago de Juan Fernández. Perdone, le dijo al tipo de la ventanilla, creo que cambié de opinión. Para ir allí, preguntó indicando las islas en el mapa, ¿cómo hay que hacer? Ah, esa es otra cosa, joven, respondió el empleado, otro viaje. Y, en efecto, era otra cosa. Manfredi no lo pensó dos veces, fue al aeropuerto de Cerrillos y se gastó en un billete ida y vuelta a Robinson Crusoe las tres

cuartas partes de la suma que había destinado a un viaje de dos meses.

—¿Y qué tal, cómo es? —quiere saber Marius.

Ya no están en el taller de La Floresta, sino en Barcelona, caminando por la vía Layetana hacia la Barceloneta, o cruzando Las Ramblas en dirección del Paralelo, o tomando una cerveza en una terraza, frente a Santa María del Mar, muy cerca de La Palma, el bar donde están en ese mismo minuto trabajando Montse y Glendys. Es que Manfredi y Van Huyten se han vuelto cada vez más cercanos. Se visitan. Salen a caminar. Con Glendys y Sabina suelen ir al cine, a ver exposiciones. Pero varias veces a la semana, Marius y Antonio se ven a solas. Pasean. Se sientan a tomar una botella de vino blanco con unas navajas en el Mundial, en la plaza de San Agustín, allí en el Borne.

—¿Y cómo es? —pregunta Van Huyten.

—Es especial —dice Manfredi—. ¿Especial? No, qué va, es una maravilla —se corrige.

Le habla del Yunque, el cerro que hay justo detrás del pueblo y que divide la isla en dos, le habla del Camote, otro cerro, de las excursiones al Puerto Francés, por el Rebaje de la Piña. Van Huyten le pide que le dibuje un mapa. Manfredi se lo hace en una servilleta: Yunque, Camote, Puerto Francés, Puerto Inglés, Sal si Puedes, Bahía el Padre, Cumberland... Esos nombres, escritos en esa servilleta de papel, actúan como poderosos estimulantes sobre la imaginación de Van Huyten, la isla Robinson Crusoe, con el islote de Santa Clara a un costado y, mucho más allá, tanto más que no cabría en la misma servilleta si hubiese que dibujarla a escala, la isla Alejandro Selkirk, casi a doscientos kilómetros de distancia. ¿Y a cuántos de la terraza del Mundial, donde se han sentado a disfrutar del final de la tarde, con un vino blanco del Penedès, unas almejas, unos chocos? En fin, esos nombres, esos paisajes de los que habla Manfredi, el olor a ciprés, a helecho, a tierra mojada, a humo de rancherío y a mar, a todo el mar, surten un efecto casi alucinógeno en Van Huyten. El holandés compra un cuaderno y le pide a Manfredi que le dibuje un mapa, un mapa del archipiélago, Robinson, Santa Clara, Alejandro Selkirk, y luego un mapa detallado de cada una de las islas. No será la última vez que hablen del tema. Allí, en el Mundial, en esa plaza tan mediterránea, con sus edificios abigarrados y un baldío entre ellos, como una dentadura a la que le faltara un incisivo —en el muro del fondo se ven aún los diferentes colores de papeles pintados en lo que fueron las habitaciones, las marcas de los wateres, de las bañeras en las paredes de los baños, incluso una percha cuelga aún de una de ellas—, una plaza que lo mismo podría estar en Nápoles, en Marsella, o en cualquier lugar del Mediterráneo, pero nunca en Buenos Aires, ni en Amsterdam, tampoco en Valparaíso, que es de donde sale el único barco que hace la ruta marítima a Juan Fernández. Allí, en el Mundial, toman la costumbre de darse cita Marius y Antonio, para hablar de la isla, mientras degustan las almejas, traídas a lo mejor de Valparaíso, las patas de cangrejo —¿de Juan Fernández?—, el fresquísimo vino blanco del Penedès.

—Yo fui en avión, imposible conseguir un lugar en el barco de la Marina chilena —cuenta Antonio—, de manera que me resigné al pequeño bimotor que sale del aeropuerto de Cerrillos.

Pero, claro, si las condiciones meteorológicas no son buenas en la isla, el avión no sale. Antonio fue dos días al aeropuerto y las dos veces se tuvo que regresar al hotel cerca del Parque Forestal, donde se alojaba, porque el avión no podía salir.

—Y lo peor es que no se sabe hasta el último minuto. Tenés que ir, queda en el quinto coño y luego, una hora, dos y nada. Pero bueno, al final salió.

—Y la espera valió la pena —dice Van Huyten.

Sí que valió la pena. Se alojó en el pueblo, como le llaman los isleños al único poblado de Robinson Crusoe, cuyo nombre administrativo es San Juan Bautista. «El pueblo», lo llaman ellos, ¿cómo lo van a llamar de otra manera si es el único? Se alojó en casa de doña Remigia de Rodt, una señora viuda que alquila cuartos y da de comer por no mucho dinero. Allí, nada más escuchar los apellidos de la gente, te recuerdas que estás en en Pacífico Sur. Los De Rodt, que fue el que fundó la colonia de pescadores de la isla, pero también los Charpentier, los Kötzing, los Schiller conviven con los González, los Martínez, los Recabarren. En fin, le va hablando de la vidriola también Manfredi, de los peces autóctonos, de la breca, de la jerguilla, del pampanito, de los buenos pescados asados en el caldero, del bacalao, del mero a la parrilla, unos pescados de carne firme, deliciosos, tan buenos que Marius y Antonio terminan pidiendo casi siempre más vino, una de calamares, una de pulpo, unos boquerones y más almejas, y se hartan de tapas y de raciones y de vino blanco hasta que el dueño del Mundial los tiene que echar, porque cierra temprano ese bar, no más allá de las diez. Pero claro, un jurelillo, un trifulquillo, vaya nombres, vaya sabores, de eso sí que no hay en el Mundial, porque, de hecho, no hay en ninguna parte del homónimo mundo, salvo en Juan Fernández, que es donde viajan Manfredi y Van Huyten cada vez que se juntan en el Mundial. Luego está lo mejor de lo mejor, el alimento de los dioses, dice Manfredi, la langosta. Marius escucha a Antonio con suma atención, quiere saberlo todo, cómo es el clima, la geografía, cómo vive la gente allí, pero también cómo son los fondos marinos, las playas y, más que nada, los cielos de la isla y a qué huele, sobre todo eso, a qué huele, y los cielos, a qué huele, y los cielos... y a qué huele...

Poco a poco, a Marius se le va ocurriendo algo. Muy paulatinamente la idea comienza a abrirse paso en su imaginación visual, olfativa, táctil. Aunque en realidad no es cierto, para qué decir una cosa por otra, Van Huyten pensó de inmediato, apenas Manfredi le contó que había estado en Juan Fernández: yo tendría que ir a esa isla. Y luego: yo quiero ir a esa isla. Pero digamos que las frases: yo voy a ir a esa isla, yo iré a esa isla pase lo que pase, han ido tomando cuerpo poco a poco en la imaginación de Van Huyten. Digamos que

Marius ha ido paulatinamente aspirando el olor de los cipreses, de las rosas y de las moras salvajes, el olor a mar, a yodo, a herrumbre, ha ido de a poco viendo desfilar y arremolinarse las nubes sobre la isla, las ha ido viendo subir y bajar el Yunque, rodar cerro abajo, rebotar en el océano y perderse, y ha ido sintiendo que el mundo acaba allí, en esos acantilados, mientras sigue a un muchacho que lo guía por el Rebaje de la Piña hacia el Puerto Francés. Por eso le dice a Sabina que no sabría muy bien explicar cómo, ni mucho menos por qué, pero le ha entrado como la idea, el bichito, la comezón de ir allí, ¿no le gustaría a ella, acaso? Y Sabina lo interrumpe y hace la pregunta que Van Huyten se temía:

—¿A vivir?

—No —dice Marius—, a vivir no, si acabamos de instalarnos en Barcelona no hace ni siquiera un año, cómo nos iríamos a vivir ahora a otra parte y mucho menos a Juan Fernández. ¿Tú sabes dónde queda eso?

Sabina sonríe discretamente, como para ella, y dice en voz baja:

—No te creo.

Van Huyten se hace el que no entiende:

—¿Cómo no me creés?

Y ella, siempre con la misma sonrisa:

—No te creo ni una palabra, Marius van Huyten.

—Sabina, Sabinita, Sabi —ruega él—, ¿por qué no le creés al hombre de tu vida? —rodeándole el cuello con su brazo, depositando un tierno beso en su sien.

Y ella, seria, o «casi» seria, como siempre:

—Porque el hombre de mi vida miente como un pirata holandés —y se deshace de su abrazo.

—¿Mentiroso yo? —protesta Van Huyten.

Y la sigue a la cocina, o allí donde ella vaya, porque, claro, esta conversación no se produce una vez, sino decenas, centenares de veces, es una conversación que se dilata en el tiempo. Una conversación prolongada durante los dos años que se demoran en llegar a la isla.

—¿Mentiroso yo?

Y Sabina, casi seria, con su sonrisa dulce y su voz dulce:

—Es que tú no te puedes estar quieto en ningún sitio, Marius, llegas a un lugar y ya estás pensando en irte.

Marius encuentra que Sabina tiene razón, pero no lo reconoce de inmediato.

—Viví tres años en Francia, cuatro en Grecia —dice en su descargo.

—Ya, no te estoy diciendo eso, Marius —contesta Sabina—, no es algo que se contabilice por la cantidad de años que uno ha vivido aquí o allá.

—¿Qué es, entonces? —quiere saber Marius.

—Supongo que una especie de insatisfacción —dice Sabina—, no sé, algo que te hace estar pensando todo el tiempo que quizás en otra parte, en otra ciudad, en otro país, la vida, tu propia vida, te gustaría más.

Y sí. Eso es. Exactamente eso.

—Es verdad, es absolutamente cierto —reconoce Marius—. Y a tal punto, que lo primero que me pregunto al llegar a una ciudad desconocida es: ¿yo podría vivir aquí? Y sí, en la mayoría de ellas podría.

—Pero uno no puede andar desparramándose así por el planeta —argumenta Sabina, ahora un tanto desencajada, casi molesta—, a veces me da la sensación de que eres un fantasma, Marius, es como si nunca terminaras de estar del todo allí donde estás.

Marius calla. Piensa: tiene razón también en eso. Piensa: me conoce. Piensa: ¿me conoce? Al menos, me intuye. Se pregunta: ¿es posible vivir con otro? Se responde: no. Radicalmente: no, es un artificio. Dice:

—¿Y si organizáramos un viaje con Antonio y Glendys?

Sabina calla. Él insiste:

—Digo un viaje, no una mudanza.

—Sí, claro, un viaje, dos viajes, tres viajes, los que quieras —replica ella —, pero tú ya has decidido, Marius.

Van Huyten salta como si se hubiese sentado en una chincheta, porque ya Sabina le está llegando un poco hasta más arriba... digamos que le desespera, le molesta que ella lo vea, que lo vea tal cual es, entonces se altera y, por primera vez, grita:

—¡Decidir qué! ¿A ver? ¿Qué he decidido? ¿Qué he decidido yo solo como si tú no existieras, cómo si fueses un peluche que arrastro entre mis pertenencias? ¿Qué, a ver?

—Que vas a vivir en Juan Fernández —dice Sabina, recuperando su tono sedante.

Van Huyten explota:

—¡Que lo parió, che, te estoy proponiendo un viaje!

Atraviesa la sala en dos zancadas, de encima del escritorio agarra un plumón:

—Un viaje —dice, y hace un garabato en el muro.

—España, ¿de acuerdo? —dibuja un círculo.

—Barcelona, ¿de acuerdo? —un punto dentro del círculo.

Y luego traza el contorno de algo que debe, debería, podría ser América Latina, y abajo, a la izquierda, tres pequeños puntitos:

—Juan Fernández, ¿de acuerdo?

Y termina con dos líneas, un primer trazo oblicuo de Barcelona a Juan Fernández, y otro de Juan Fernández a Barcelona.

—¡Un viaje —grita exasperado—, o sea una ida y una vuelta, eso es lo que te propongo! ¿Estamos?

Por toda respuesta, Sabina dice:

—Habrá que volver a pintar el muro.

Pero Van Huyten ya está en la calle, ya ha dado un portazo, ya ha bajado las escaleras de dos en dos, ya ha atrapado una chaqueta en el perchero y ha salido mascullando la concha de su madre, quién las entiende a estas minas. Camina sin rumbo fijo por el paseo San Juan, deja atrás el Arco de Triunfo, sigue hacia el puerto y, no podía ser de otra manera, de pronto se encuentra frente al Mundial. Pero el bar está cerrado, ya hemos dicho que es un bar de barrio, que cierra temprano, no más allá de las diez. Van Huyten se queda un rato allí, sin saber qué hacer, mirando la fachada del bar como si la cortina metálica le fuese a comunicar un oráculo («a Robinson Crusoe irás», «¿con Sabina?», «boludeces no preguntarás»...). Es que para Marius ese bar (su mostrador lleno de nécoras, navajas, almejas) se ha transformado en una metáfora de la isla. Pero lo dicho: está cerrado. De manera que Van Huyten se queda errando, un poco solo, un poco despistado, piensa en llamar a Manfredi, pero son las diez de la noche y, además, no está de humor, no, en realidad lo que tiene que hacer es quedarse solo. Camina por el barrio gótico y se mete al Cine Maldá. La película que dan es *Hiroshima, mon amour,* de Marguerite Duras. Es un sábado, son las diez y media de la noche y a esa hora, ese día, en el cine hay sólo dos espectadores, además de Van Huyten. Marius no lo sabe, no lo sabrá nunca, no lo puede saber, porque si lo supiera a lo mejor le entraría una crisis de pánico, se saldría de esa sala oscura, regresaría a su casa corriendo, empacaría, volvería a Grecia o, en todo caso, saldría para siempre de esta novela. Y es que lo que no sabe Marius es que los otros dos espectadores, las cabezas que él ve algunas filas más abajo, son las de un tal Julián Soler y un tal Boris Sandoval. Ellos también han venido a ver *Hiroshima, mon amour.* El tal Boris no la había visto y el tal Julián lo convence: loco, no podés no haber visto esa película, dale, yo te acompaño. Lo que pasará también es que, claro, no mucho después Boris volverá a ver esa película con Milagro, y a Milagro le gustará tanto que querrá volverla a ver a los dos días, y Boris la acompañará, tímido como es, jamás se atreverá a contarle que ya la había visto con Julián y que, la verdad, con verla una vez le bastaba y le sobraba, que la Duras se le salía un poco por las fosas nasales.

(—¿Electorat? No te hagás el tonto, sé que sos vos...

—....

—Sos vos, ¿verdad?

—Sí, soy yo, sí.

—Mirá, esta es mi novela, no la tuya, así que hazme el favor de salir inmediatamente de aquí.

—Bueno, bueno, ya me voy, tampoco es para ponerse así.

—Deja trabajar tranquilo, che, qué tipo hinchapelotas).

¿En qué estábamos? Sí, Marius va entonces al cine, regresa caminando a su casa, encuentra a Sabina dormida y cuando se mete en la cama, ella se da vuelta, lo abraza y le susurra al oído:

—¿Cuándo quieres que vayamos?

—¿De verdad querés ir?

—Nunca dije que no quisiera ir, claro que quiero ir, pero es que me das un poco de miedo, tú con tus idas, siempre te vas, nunca regresas.

Marius piensa nuevamente: tiene razón, y esta vez reconoce:

—Tenés razón—le dice a Sabina—, pero no te asustes, esta vez, prometido, será una ida y vuelta.

Y aunque no la ve, sabe que ella lo está mirando con los ojos muy abiertos, en la oscuridad espesa del cuarto.

Al día siguiente invitan a cenar a Antonio y Glendys. Marius ha preparado una cazuela de mariscos y pescado y mientras cenan programan el primer viaje. ¿Programan? No programan ni mierda, qué van a programar, hablan sencillamente, esta vez de a cuatro, de la isla. Fantasean con la posibilidad de ir allí, de hacer ese viaje. Y Manfredi vuelve a contar lo que ya le ha contado varias veces, y desde todos los ángulos posibles, a Van Huyten. Las chicas escuchan. Glendys quiere ir de inmediato, pues, como ya sabemos de sobra, está cansada de ser camarera. A estas alturas preferiría leer el tarot o hacer retratos al carboncillo en Las Ramblas que ser camarera. Pero, sobre todo, Glendys se iría mañana mismo a la isla, a Juan Fernández o a otra, salvo a Cuba. A Cuba no quiere regresar porque, ya lo hemos dicho, es hija de Fidel Castro y, la verdad, no se lleva muy bien con su padre. Glendys no le ha hablado mucho de este tema a Manfredi. Él sólo sabe que, de pequeña, ella veía a su padre muy de tanto en tanto. Venían unos señores a buscarla a su casa y la llevaban a pasar el fin de semana con él, siempre en caserones de campo o de playa, nunca en La Habana. Ella le ha contado también que, de niña, jamás tuvo conciencia de que su padre era quien era. Sólo se vino a enterar cuando era ya adolescente, pero para ese entonces hacía ya años que había dejado de ir a su encuentro en esas casas de campo o junto almar. Manfredi ha hecho preguntas, discretamente, claro, porque el tema es sensible, él se da cuenta, ha tratado de averiguar más, sabe que su madre era bailarina, que apenas les alcanzaba el dinero para nada. Poca cosa más sabe Manfredi. Cuando habla del tema, Glendys termina por caer en largos períodos de mutismo, como si se fuese adentrando en un pantano y acabara por sumergirse del todo. Manfredi ha visto su pasaporte. Sabe que está extendido a nombre de Glendys Aylín Farías Farías. Cuando descubrió ese detalle, Manfredi le preguntó:

—¿Por qué, no era que... digo, no te deberías llamar Castro?

Entonces ella le contó lo del «pequeño incidente». Ocurrió cuando fue a

renovar su pasaporte, ya en Barcelona. Ella se dio cuenta nada más abrir el nuevo documento: le habían suprimido el primer apellido. Reclamó, por supuesto que reclamó, gritó incluso que su verdadero nombre era Glendys Aylín Castro Farías, no Farías Farías. Y el funcionario de turno dijo: veremos qué podemos hacer. Sobre la cabeza del funcionario, le pareció que Fidel Castro, desde su retrato oficial, le dedicaba una sonrisa sardónica. Entonces comprendió lo que pasaba. Cuando regresó, al cabo de una semana, ocurrió lo que imaginaba: el mismo funcionario le explicó que se trataba sin duda de un pequeño incidente administrativo, pero que ellos lamentablemente no podían hacer nada; si quería, podía escribir al Ministerio de Relaciones Exteriores, ellos transmitirían al Registro Civil. Ella preguntó: ¿de dónde viene la orden? El funcionario dijo: qué orden, no hay ninguna orden, se trata simplemente de un error; si quieres, puedes escribir... Yo sé de dónde viene la orden, dijo ella. Y salió dando un portazo. Glendys comprendió que era la venganza de su padre por haber abandonado la isla.

—Podía vivir afuera —dice—, pero ya no llevaba su nombre. ¿A quién reclamarle?

—¿Y te quedaste así? —preguntó Manfredi.

—¿Y qué iba a hacer? No se puede andar por el mundo sin pasaporte.

Pero estábamos en la cena. Manfredi y Sabina opinan que sería genial ir a pasar las próximas navidades a Juan Fernández. Glendys, por su parte, ya lo hemos dicho, es material disponible; yo, por mí, me voy hoy mismo, me voy ahora mismo a El Prat y amanezco en Juan Fernández. Tranquila, Glen, replica Manfredi, es un poco más complicado que eso, es un poco más largo el viaje. Sin contar con que ahora mismo no tengo ni una puta peseta, dice Glendys. Y Manfredi: bueno, eso ya lo veremos, pero el viaje es largo, hay que ir primero a Santiago de Chile y de allí tomar un avión; bueno, un avión, una avioneta, un avioncito que te lleva en dos horas y media... Si es que sale, dice Van Huyten. Manfredi: exacto, si es que sale... El caso es que sí, navidades es una excelente fecha, digamos del 15 de diciembre al 5 o 6 de enero. ¿Decidido? Decidido. Brindan. Y, a petición de Glendys y Sabina, Manfredi vuelve a relatar pormenorizadamente su viaje, y cómo son los paisajes, de qué tamaño es la isla, qué se come, si se bucea, cómo son las playas, si las hay, y justamente playas no hay muchas, cuenta Manfredi; bueno, playas como a nosotros nos gustan, de arena, extensas o pequeñas calas de arena blanca y agua turquesa, allí son más bien playas de guijarros, roqueríos... Eso la hace más interesante, opina Marius, si tuviese playas de ensueño ya habría sido arrasada por el turismo. Se quedan hasta muy tarde, beben y hablan mucho, demasiado para este narrador, así que usted perdone, lo vamos a dejar aquí.

Tres o cuatro días después, Marius tiene que dar pie atrás: le acaban de

hacer una propuesta que no puede rechazar. Van Huyten tenía agendada para dentro de seis meses una individual en la prestigiosa Fondation Bemberg, de Toulouse. Esta fundación alberga una de las colecciones privadas importantes de Francia, básicamente pintura del Renacimiento y de los siglos XVII y XVIII, además de una colección bastante completa de pintura francesa moderna (impresionismo, fauvismo, puntillismo, cubismo, etcétera). Van Huyten dispondría de cien metros cuadrados para su individual. Sería una gran ocasión demostrar su trabajo en uno de los espacios más prestigiosos del sur de Francia. Pero ahora, cuatro días después de la cena con Glendys y Manfredi, recibe una llamada: el curador del Convento de los Agustinos, el Museo de Bellas Artes de Toulouse. ¿Qué le dice? Que están al corriente de su futura exposición en la Fondation Bemberg, gran cosa, por cierto, que le permita felicitarlo, pero que el Couvent des Augustins, que, como él sabe, es uno de los diez museos más importantes de Francia, con colecciones que van desde los primitivos italianos hasta fines del XIX, acaba de transformar una de sus salas en galería de arte contemporáneo y que, tras una reunión con el director de Museos de Francia, el alcalde de Toulouse y quien tiene el honor de hablarle, han decidido que el pintor que debe inaugurar esa nueva galería, por su talento, por su lenguaje innovador y por la calidad de su propuesta estética, es usted, monsieur Van Huyten. Gracias, dice Van Huyten, pero no es para tanto. Oh, sí, sí, dice el señor, créame que ha sido una decisión unánime, ha de ser usted, monsieur Van Huyten, será para nosotros un honor y un... Ya, lo interrumpe Marius, es que mire, yo tengo un compromiso con la... Y el otro, interrumpiéndolo a su vez: sí, con la Fondation Bembreg, como le dije estamos al corriente, pero verá y le pido que nos perdone de antemano por esto, monsieur Van Huyten, nuestro alcalde se ha tomado la libertad de arreglarlo todo con el director de la Fondation Bemberg, ya no hay tal compromiso, dice la vocecita aflautada del curador, con un dejo de autocomplacencia, y a Marius le parece hasta una risita de satisfacción. Marius: ¿cómo?, ¿usted me está diciendo que el alcalde de Toulouse me anuló una exposición? Monsieur Van Huyten, le dice la voz del otro lado del teléfono, si me puedo permitir, le sugiero que vea las cosas de este modo: el alcalde de Toulouse es uno de los más esclarecidos coleccionistas de arte contemporáneo de Francia y, si usted tiene la bondad de tolerarme una infidencia, le puedo decir que es un ferviente admirador de su obra, monsieur Van... Pero entonces es Marius el que lo interrumpe: ¡y a mí qué carajo me importa, por la reconcha de su madre! Monsieur, protesta la voz, no perdamos los modales... A Van Huyten le tiembla el teléfono en la mano, está sofocado de ira: ¡que yo sepa, el alcalde de Toulouse no es mi marchante, ni mi galerista, ni mi secretaria privada! Y cuelga. Bueno. Hagámosla corta. Van Huyten sale a dar un paseo para calmarse y se encuentra, como era de esperar, en la galería de Carles Taché. Marius le cuenta. Carles le dice: la has cagado, macho, te juro que esta puede ser la gran cagada de tu carrera. Llama a Neus Capdevila. ¿Neus? Ha pasado algo grave con nuestro amigo Van Huyten. No,

está bien vivo, él mismo te podrá contar. Quedan para comer en Casa Julio. Van Huyten vuelve a contar. Neus se ahoga casi de la impresión, tiene que pedir otra copita de champagne de aperitivo: no sigas, no me cuentes nada más. Ay, Marius, es que eso no se hace, ¿tú sabes lo que es el Convento de los Agustinos de Toulouse?, ¿tienes idea de qué te están ofreciendo? Marius, un poco compungido: sí, me imagino. Neus y Carles: no, no te imaginas, tío, no tienes ni puta idea, chaval. Le explican: el Convento de los Agustinos, en primer lugar, es un monasterio de los siglos XIV y XV, fue declarado museo nacional a fines del siglo XVIII, alberga una de las más completas colecciones de arte europeo del mundo y cuando deciden hacer exposiciones de arte contemporáneo, te eligen a ti, tío, a ti y no a otro, ¿y tú te das el lujo de rechazar? Carles: es como si el Prado, el British Museum pusieran a tu disposición una planta, no sé si te enteras. Neus: no, no, no, tú vas, me coges el teléfono y me llamas a ese señor hoy mismo. Carles: le dices que cambiaste de opinión, que no entendiste bien. Van Huyten: sí, que estaba con una resaca mortal, con todo lo que bebo últimamente, además del mono de heroína que llevo, ¿cómo le voy a decir algo igual a ese ectoplasma reptante que me llamó? Marius imita la voz, el tono zalamero del monsieur ese. Neus y Carles se ríen, pero son inflexibles: hay que arreglarlo, tú no te puedes dar el lujo de rechazar. Van Huyten regresa a casa. Se pasa toda la tarde merodeando alrededor del teléfono, levanta el auricular, pero, problema, ¿a qué número va a llamar? Tendría que llamar al número de informaciones en Francia, pedir el teléfono del Convento de los Agustinos. Mucho lío, mañana, sí, mañana lo hará. Pero no es necesario. A la mañana siguiente está saliendo de la ducha cuando suena el teléfono. Una voz de señora distinguida, porque eso se nota de inmediato, cincuenta años, piensa Van Huyten, probablemente rubia, traje dos piezas, buenos días, en español, con un encantador acento francés, ¿es la casa del señor Marius van Huyten? Sí, con él. Siento molestarlo, señor Van Huyten, soy la jefa de gabinete del alcalde de Toulouse —buenas pantorrillas, seguro, piensa Marius, ¿uñas esmaltadas de qué color?—, lo llamo porque el alcalde quisiera hablar con usted—¿rojo sangre?, ¿nácar?—, pero si no está disponible en este momento podemos convenir una cita telefónica cuando usted nos diga —¿burdeos?, no tampoco, chocolate, eso, uñas color chocolate, ¿cómo se llamará ese esmalte?, ¿«marrón glacé»?, algo así, averiguar eso, piensa Marius, sus posibilidades técnicas, imagina la tela, la serie, «Nails», sólo esmalte para uñas, unas doce telas, de un metro cincuenta por ochenta—, y dice: no, no, pásemelo, por favor, con mucho gusto hablaré con el alcalde. Es usted muy amable, no cuelgue, por favor, señor Van Huyten. Un clic—¿las de los pies?, del mismo color, marrón glacé—. Marius se escucha a sí mismo: con mucho gusto hablaré con el alcalde, ¿dónde aprendió a expresarse así? Cornelius, años de embajadas, alfombras, bronces del XVIII —puta madre, piensa, lo que uno es al fin y al cabo—. Mi querido señor Van Huyten, no sabe usted cuánto gusto me da tenerlo al teléfono —una voz estentórea, atronadora, segura de sí misma—, lamento muchísimo, créame, no haber

podido comunicarle personalmente ayer nuestra propuesta de exposición en el Convento de los Agustinos, estaba en una reunión en Leipzig —Marius ve: chaqueta azul marino, cruzada, con botones dorados, camisa azul eléctrico, corbata a rayas, pantalón de franela gris—, pero eso me da la oportunidad de hablarle hoy día y explicarle en detalle —zapatos negros, refulgentes, sólo pisan alfombras, calcetines de hilo escocés—, si usted me concede unos minutos —¿dientes?, blanquísimos, implantes de cerámica, cuatro mil dólares el diente—, permítame decirle de inmediato que es usted uno de los artistas contemporáneos que más admiro. Gracias, señor alcalde. No, no me lo agradezca, hombre, por favor, un talento como el suyo se produce cada cincuenta o cien años. Y Marius —años de embajadas, se los conoce de memoria a estos tipos—: señor alcalde, no me elogie tanto, por favor, mire que podría estar tentado de creerle, gran carcajada del otro—paladar de fumador de habanos, glotis de tragador de «pure malt»—, talento, humildad y sentido del humor, es la marca inconfundible de los grandes artistas como usted... Bien. ¿Conclusión? Propuesta del alcalde: trescientos metros cuadrados de exposición, catálogo de lujo, en cuatricromía, por supuesto, con un estudio de Arnold Brown, el gran especialista de arte contemporáneo, y prólogo de Jack Lang, ministro de Cultura de Francia, ¿le conviene, señor Van Huyten? Marius: dudo que haya un artista al que una propuesta como esa pueda no convenirle. El alcalde se vuelve a reír: queremos hacer las cosas bien, señor Van Huyten, nuestra idea es que la galería de arte contemporáneo del Couvent des Augustins se transforme en una referencia del arte actual. Por cierto, no se lo puedo garantizar, pero haremos todo lo posible para que la exposición sea inaugurada por el presidente Mitterrand. Van Huyten no sabría decir por qué, pero piensa en su infancia, en todas esas embajadas, en las alfombras, en la servidumbre, en los bronces del XVIII de los que Cornelius, su padre, nunca se separaba, piensa también en la granja de Ardèche, en el taller de D’Ambrosio en Venecia, en su casa de Kapsali, en la playa bajo esa casa, en Andoni, en el burro, y tiene muchas, pero muchas ganas de decirle al señor ese: ¿sabe?, váyase a tomar por culo... No podría explicar por qué, un impulso... porque, claro, continúa el alcalde, allá en Toulouse, en su sillón giratorio, no somos de la misma tienda política, el presidente y yo, ¿verdad? Y se sigue riendo el señor ese, como si hubiese algo de qué reírse. Mucho a tomar por culo, piensa Van Huyten, y el señor alcalde: monsieur Van Huyten, ¿está usted ahí?, ¿aló? Pero no, cómo iba a hacer eso. Ve a Carles: la cagada más grande de tu carrera, macho. Imagina a Neus: por favor, no me cuentes nada más, ¿cómo, un impulso?, ¿te has vuelto loco? Sí, un impulso, así, mira: váyase mucho a que le den por culo, señor alcalde, usted y toda la banda de mamarrachos que viven a la sombra de los reyezuelos de turno. Las ganas, inconscientes, de ajustar cuentas con... ¿su padre? No, qué pelotudo. ¿Aló, monsieur Van Huyten, sigue usted allí? Sí, claro, termina por decir Marius, por supuesto que acepto, muchas gracias, señor alcalde.

21

—Le das veinticuatro horas y listo —le había dicho Max.

Así que allí estaba Boris, paseándose como león enjaulado por la sala, se sienta en la silla de playa, se levanta, va a la ventana, se vuelve a sentar, toma el teléfono: te doy veinticuatro horas, se imagina diciéndole a Milagro, ni una más. Pero ella le contesta de inmediato: ¿veinticuatro horas pa'qué? Y él: para que me digas algo; o sea, si quieres estar conmigo. Y en su mente, un tanto afiebrada, es cierto, la imagina sonriendo, con esos labios tan carnales y esos dientes tan blancos y con huequito al medio y esa piel tostada y todas esas cosas que ella tiene, que a Boris cada vez que cierra los ojos y la ve le dan como ganas de ponerse a tiritar, o a correr, o a darse vueltas de carnero, o las tres cosas al mismo tiempo. ¿Y qué dice ella en la imaginación de Boris? Dice: yo no necesito veinticuatro horas para responderte a esa pregunta, chico, te lo digo ahora mismo, la respuesta es no, «ene» con «o», ¿estamos? Fatal, mortal, letal... Además, cómo iba a ponese así, tan gallito, tan chulo de piscina, como se dice en España, «te doy veinticuatro horas, nena», y sobre todo «para estar conmigo» ¿Cómo le iba a decir eso? No, eso suena a canción de Johnny Rivera, «voy a conquistar tu amor, voy a hacerte mía», a canción de Pablo Abraira, «amiga mía, adúltera... o tú, o nada»... No, así no. ¡Entonces cómo, por la cresta! No sabía Boris, no daba con la fórmula, o sea con la frase. Y, sin embargo, le había parecido fácil... Bueno, fácil, nada es fácil en esta vida, pero hablando con Max le había parecido, digamos, plausible o posible o factible, o como coño se diga.

Dos horas detrás de la pantalla, como un muerto viviente, jugando al solitario en el computador, porque, para más remate, esa tarde no había entrado ni un solo cliente a la agencia, ni siquiera había habido llamadas. Hasta que Max viene y dice:

—Ya, se acabó, cerramos el chiringuito por hoy.

—Pero si son apenas las seis —replica Boris.

—Nada, se cierra y ya —insiste Max.

—Bueno —dice Boris—, el jefe eres tú.

—Y el jefe ordena que nos vayamos de inmediato a tomar una cerveza en El Velódromo.

—Te acepto un jugo de tomate —dice Boris.

Caminan en silencio hasta el bar. Y una vez que les han traído las

bebidas:

—¿Quién se murió?—pregunta Max—. Ya, desembucha.

—Qué voy a desembuchar.

—¿No te has visto esa cara de cadáver que tienes?

—¿Ah, sí? No, no pasa nada.

—Y además deberías dejar de tragar jugo de tomate con pimienta, pareces mono, te vas a enfermar —dice Max—, te va a dar diarrea, hasta a lo mejor te da cáncer al colon.

—Bonito este lugar, ¿no?—dice Boris, por decir algo.

Arruga la nariz, Max tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —pregunta Boris.

—Ya, cuenta, huevón, ¿o te crees que eres el único al que le ha pasado algo igual?

—¿Algo igual a qué?

—Te dijo que no, ¿verdad?—aventura Max—. O, en todo caso, lo que le hiciste, si es que por fin te decidiste a hacerle algo, no fue de todo su agrado, se te nota en la cara. A menos que... pero no puedo creerlo, no, eso es imposible.

—¿Qué?

—Que esté con otro.

—¿Quién?

Max, que maneja el chileno a la perfección, sobre todo cuando se sale de sus casillas:

—Ya me estái dando rabia, cabro de mierda, ¡deja de hacerte el huevón, por la chucha!

Boris se decide, entonces, a contar.

—Y para eso tanto escándalo —opina Max, cuando Boris ha terminado —. Claro, hubiese sido mejor introducir de otra manera las cosas, es cierto, hablarle un poco, o no sé, buscar una situación un poco más propicia, en vez de chantarle la jeta, allí, en plena película, como un adolescente cualquiera.

—Cualquier adolescente lo habría hecho mejor.

—Bueno, pero cálmate, ninguna mujer se ofusca porque un hombre le haya dado un beso. Aunque sea robado. Si no se lo esperaba, va a protestar, claro, se va a ofender, pero todo se arregla hablando.

—Ese es el problema, ¿hablando de qué?

—¿Cómo hablando de qué? Llevas seis meses yendo tres veces por semana con ella al cine, ¿y me vas a decir ahora que no tienen de qué hablar?

—No, claro que no, siempre hay temas —asiente Boris—, Bergman, Fellini, Saura, Antonioni, Eisenstein, la tira de temas, para tirar al techo.

—Oye, huevoncito, métete esto en la cabezota esa que no sé para qué tienes: no hay nadie, mujer, hombre, heterosexual, homosexual, travesti,

transexual, hermafrodita, clon ectoplásmico... no hay nadie en este mundo que pueda ir tres veces por semana al cine con otra persona durante un año sin tener «otro» interés, sin estar buscando «otra» cosa, algo que no está en la pantalla, o al menos no enteramente, ¿me explico? Nadie —insiste Max, y agrega, siempre con su excelente chileno—: Te lo doy firmado.

—Me imagino.

—Y si te lo imaginái, hueveta, ¿cuál es el problema?

—Las palabras —declara Boris.

—¿Las palabras? ¿qué palabras? —pregunta Max—. Vas a su casa, tocas la puerta y le dices: te doy veinticuatro horas, de aquí a mañana, me dices sí o no, punto; si es sí, maravilloso; si es no, tan amigos. Y vas a ver.

—Voy a ver cómo me dice que no —dice Boris.

Max se lo queda mirando, menea la cabeza como si no lo pudiera creer y luego, muy pausadamente, concluye:

—Tú no eres más huevón porque no te levantas más temprano.

Así estuvieron hasta el cuarto jugo de tomate. Cuando Boris sintió que, en efecto, el zumo rojo arriesgaba con dañarle seriamente la digestión, se marchó. A pesar de la propuesta de Max: ¿te vas a ir ahora?, yo en tu lugar me tomaba un buen whisky, enseguida taxi a su casa, toco la puerta, le digo lo que tengo que decirle y ya está. Pero, claro, Boris sería perfectamente incapaz: te doy veinticuatro horas, nena... para estar conmigo, baby... o hacer frente a tu destino de soledad y desdicha, tú misma. Y ella: ni veinticuatro segundos, so pendejo, portazo en las narices. Así que en vez de ir hasta la casa de ella, se fue, como se decía antiguamente, a su casa de él, a su domicilio particular, a su residencia privada... (ya, córtala), o sea a su piso de la calle Cucurulla. Bien. Y allí está, paseándose, de la sala a la habitación y viceversa. Toma el teléfono, va a discar, pero lo suelta súbitamente, como si el auricular tuviese corriente. No, qué le va a decir, además. Por supuesto que no le saldría jamás con lo de las veinticuatro horas, pero si ella llega a descolgar, ¿qué le dice?, hola, ¿qué tal?, o bien ¿tomamos una Coca-Cola?, o bien perdona, yo no quise hacerlo, digo, besarte, fue un impulso... y si ella le contestara: ¿que no quisiste?, ¿que fue un impulso?, pues vete ahora mismo a la mierda y no vuelvas nunca. Eso supondría que ella, de alguna manera, también se lo esperaba, que la besara, o que le tomara la mano o que le dijera... ¿voy a conquistar tu amor?, ¿voy a hacerte mía? ¿Pero de qué manera esperaba ella, si es que esperaba algo? En fin, un quebradero de cabeza, porque Boris es tímido, pero no es ningún imbécil —tímido pero no huevón— y sabe que Max y Horst Palatino y Eddy tienen razón, que las cosas no son tan difíciles, que se arreglan hablando, que en último término, lo peor, lo más catastrófico que puede pasar es que ella le diga: ay, no, chico, sigamos como amigos, es mucho mejor. ¿Por qué tanto drama? Pues, para él, eso: drama. Pero Max tiene razón, nadie va al cine así, con otro, durante tanto tiempo, sólo por ir al

cine, por mejorar su cultura fílmica, no, claro que no. Algo había. Algo tenía que haber. ¿Pero qué?, ¿qué había? Horror. Boris casi hubiese preferido no saberlo, si era no, si era que no había nada, un espejismo, un fantasma que venía poblando su ilusión desde hacía meses, mejor ni enterarse. Pero ahora ya no había vuelta atrás, ya había dado el primer paso, tenía que averiguar qué había del lado de ella. Si sólo hubiese podido consultar un oráculo. Pero no se iba a hacer tirar el tarot en Las Ramblas y tampoco conocía, en Barcelona, alguna bruja, una bruja bruja, de esas que consultan hasta los presidentes, los grandes banqueros, etcétera. En cuanto al I Ching, siempre que lo había consultado, le había predecido lo peor: el abandono, la pérdida, la locura, puras maravillas. De pronto se decidió. Si no podía hablar, escribiría. Esa era la solución. Tuvo ganas de gritar: ¡eureka! Claro que sí. Cómo no haberlo pensado antes. Aunque escribir él mismo, tampoco. Nada le hubiese gustado más que componer un largo, un bello poema de amor a Tatiana Yismenia, a Milagro. Pero se dice fácil, un poema de amor. Y cuando usted lo lee parece nada, «puedo escribir los versos más tristes esta noche/ escribir por ejemplo la noche está estrellada...», o bien «al perderte yo a ti, tú y yo hemos perdido,/ yo porque tú eras lo que yo más amaba,/ y tú porque yo era el que te amaba más...», o «amor se fue; mientras duró/ de todo hizo placer; /cuando se fue, nada dejó que no doliera». Nada. Unas pocas palabritas. Pero vaya a escribirlas. No, imposible escribirle un poema a Milagro, ahora mismo, como un equilibrista sin red. Tampoco era Neruda, Boris, ni Cardenal, ni Macedonio. Qué va. Ya hubiese querido. Y, además, lo dicho, había leído más al Marqués de Santillana que a Vallejo, a Juan de Mena que a Nicanor Parra, a Fray Luis y a San Juan que a Gonzalo Rojas. O sea, no tenía lenguaje, no tenía palabras, ni sintaxis. O estrategia lingüística, no sabría decir, Boris, es algo complejo de explicar. ¿Solución? Fue a buscar en su biblioteca. Él sabía lo que hubiese querido decirle. Estaba en un solo libro. Y era un solo poema. Era «el» poema. Abrió el volumen y copió:

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escrebir de vos deseo;
vos sola lo escrebistes; yo lo leo,
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.

Luego releyó y decidió que el poema entero quizá sería muy largo. Más valía escribirle, o entregarle, los dos últimos tercetos: «Yo no nací sino para quereros...». ¿Porque quién lee un soneto hoy día? Y sobre todo, un soneto de Garcilaso. Pero no, al final no. Si no era capaz de leer, al menos una vez, «esa» vez, «ese» soneto, no era capaz de nada. Y ella, cómo no iba a ser capaz «de azular y planchar todos mis caos», pensó Boris. Capaz era. Tendría que serlo. Y se echó, con la hoja manuscrita, escaleras abajo.

En Las Ramblas los quioscos ya cerraban, pero todavía encontró un pequeño puesto de flores abierto. Compró una rosa. Roja. Claro. El todo por el todo. Debería haber usado una cinta, un lazo igualmente rojo, pero no tenía y el comercio ya estaba cerrado. La florista le dio un poco de cordel, amarró el papel manuscrito al tallo de la flor y caminó hasta los bajos del edificio de Milagro. Y ahora, ¿iba a tocarle el timbre? Claro que no. No había pensado en ese detalle. Era capaz de escribir, digamos de copiar sin ningún empacho, podía estar copiando una noche entera, una semana. ¿Pero entregarle la rosa con el poema, directamente, a ella, en sus manos? Antes se la hubiese tragado, con espinas y todo. De manera que estuvo un rato largo parado frente a su puerta, esperando que alguien saliera o entrara para colarse al vestíbulo y depositar su mensaje en el buzón de Milagro. Pero no salía ni entraba nadie. Y, de pronto, lo asaltó el temor de que la propia Milagro saliera por esa puerta o llegara: ¿qué tú haces por aquí? Y él: nada, paseando. ¿Y qué hacía con la rosa?, ¿se la entregaba?, ¿se la comía? Era mejor evitar esa situación. De manera que llamó al timbre de más arriba, el más alejado del de Milagro. La voz de una viejecita dijo: ¿sí? Boris: ¡cartero! La viejecita: pero si son las nueve de la noche. Boris: es que el correo se ha atrasado. Se oyó un clic. Boris abrió, entró como un rayo, depositó la flor en el buzón donde decía Tatiana F. y salió. Casi corriendo. Regresó a su piso. Ya estaba. Hecho. Boris sentía un extraño alivio. Una especie de cansancio también, como si hubiese corrido la maratón. Se preparó un agua mineral con jugo de limón y se tendió en la cama. Pensó: si no le gusta, a la mierda, qué se le va a hacer. Se quitó la ropa y se metió bajo las sábanas. ¿Pero cómo no le va a gustar? A Boris le hubiese extrañado... puede que no le guste yo, pensaba (¿puede que no le guste yo?, ¿puede, de verdad?, y casi saltaba como un resorte y se iba a tener una de esas sesiones tan propias de él frente al espejo, y luego, no, estaba demasiado agotado para salir de la cama), pero es muy difícil que a alguien no le guste que le manden un poema, uno de los mejores poemas de amor que se han escrito jamás, un soneto que es un... vaya soneto, pensaba, un soneto de reputísima madre, un sonetazo, un sonetísimo...

Algo lo sobresaltó. Se había quedado profundamente dormido. Abrió los ojos. En la ventana se había instalado un magnífico cielo azul. Y sonaba el teléfono. Boris saltó de la cama. Ya está, pensó, es ella. Llegó la hora de conocer la verdad. Y fue incapaz de contestar. Se metió al cuarto de baño. Se duchó, se afeitó. Y el teléfono seguía sonando. Se preparó un café. Y el teléfono volvió a sonar. Bebió el café. Fue al cuarto. Se vistió. Y el teléfono sonó nuevamente. Llegó la hora, carajo. Se dijo Boris, sé valiente, concha tu madre. Se ordenó a sí mismo: Boris, ¡contesta!, ¡descuelga inmediatamente ese teléfono, ¿me entendiste?! Al descolgar casi gritó: ¿sí? Del otro lado, una voz monstruosa, monstruosamente distinta a la que él esperaba, dijo: va un año y dos meses, tío, ¡hasta cuándo! Boris sólo alcanzó a articular: ¿perdón? Sí, insistió el tal Paco de la Paz, va un año y dos meses que estoy esperando el manuscrito de *Pasión en las islas,* ¿hasta cuándo, tío? Boris tuvo como la sensación de que el piso se hundía bajo sus pies. Necesitaba sentarse. Acercó la silla de playa. El tal Paco de la Paz dijo: hola, ¿estás allí? Perdona, contestó él, es que estoy un poco ocupado, ¿no podrías llamar más tarde? ¿Mas tarde?, tronó el tal Paco de la Paz, pero si llevo toda la mañana tratando de que descuelgues ese puto teléfono, llevo más de un año esperando ese manuscrito, ¿y todo lo que se te ocurre es pedirme que llame más tarde? Bueno, dijo Boris, yo... y el tal Paco de la Paz lo interrumpió: sí, ya sé, tú no eres Julián, Julián ha fallecido, la palmó, ese hijo de puta y yo sin manuscrito, vaya broma, vaya sentido del humor que os gastáis los sudacas, un año y el tío va y pasa al otro barrio, ¿del manuscrito?, nada, ni hablar, el señor decidió morirse, no te jode... Boris: bueno, mira, yo no he hecho ningún trato contigo, lo siento, aunque a lo mejor, si tú quieres, podría retomar ese manuscrito y terminarlo... El tal Paco de la Paz: ¿tienes tiempo para un café? Boris: depende cuándo. El tal Paco de la Paz: ahora mismo. Boris: ¿ahora mismo?, es que, bueno, esperaba una llamada. El tal Paco de la Paz: sí, claro, ésta. Boris: no precisamente. El tal Paco de la Paz: es que me vais a matar, ¿eh?, me vais a matar, es que lo que buscáis es mi muerte, ya no sólo un autor Jazmín muerto, no, derechamente el editor, ¿es eso lo que queréis, verdad? Boris: yo, personalmente, no quiero nada, no sé a quiénes te refieres. El tal Paco de la Paz: a los autores Jazmín, joder, a quiénes si no; mira, tío, no sé qué estarías esperando, pero sí sé lo que yo puedo esperar: palmarla, diñarla, irme a criar malvas lo antes posible... Boris: pero no te alteres, todo se puede arreglar hablando, ¿no? Y el tal Paco de la Paz: salvo la muerte, los muertos no hablan, chaval; mira, actualmente me fumo cuatro paquetes de cigarrillos al día, no dos, ni tres como cuando fumaba moderadamente, cuatro, tío, tengo principio de enfisema, esofagitis, halitosis, caspa, unos juanetes que casi ni me dejan caminar y unos problemas que mejor no te los cuento; venga, baja a tomar un café conmigo y arreglamos lo de la novelita, estoy en la plaza del Pi, al lado de la calle Cucurulla, ¿vale? Boris: ¿cómo sabes mi dirección? El tal Paco de la Paz: ¿para qué existe la guía de teléfonos? Boris: ¿o sea que también sabías mi nombre? El tal Paco de la Paz: Sandoval, seré un editor de

novelitas del tres al cuarto, pero tampoco soy un gilipollas, un papanatas, un cantamañanas, soy un ser humano como tú, bueno, al menos, de momento, mientras no hayamos pasado al otro patio. Boris: ¿Julián te había contado? El tal Paco de la Paz, imitando el acento argentino: y sí, che, quién si no, dale, bajá que «desachunamos».

Boris bajó. En el Café del Pi encontró al tal Paco de la Paz bastante, qué digo bastante, desmejoradísimo, enfundado en una chaqueta de tweed gastada, el rostro color pergamino, pura piel y huesos, el pelo hasta los hombros, casi enteramente blanco, pegoteado en las sienes, envuelto en una nube de humo. Estás frente a un hombre acabado, le dijo. Boris pensó: se nota, pero contestó: ¿no estarás exagerando un poco? El tal Paco de la Paz, encendiendo un cigarrillo con la colilla del que tenía aún entre los dedos, dos pinzas amarillentas: mira, no sé tú, pero yo tengo tres hijos, con dos mujeres distintas, la mitad de lo que gano se va en pensión alimentaria, la otra mitad, en la cuota de un piso infecto en la Sagrera y ahora, a fin de mes, perderé mi trabajo. Boris pensó en chileno: ¿me estará tomando el pelo este huevón?, y dijo en español de España: joder. Pues sí, continuó el tal Paco de la Paz, a menos que tú me ayudes. Boris: ¿y cómo te podría ayudar yo? Entregándome *Pasión en las islas* terminada. Boris: bueno, eso se puede conversar, tendría que volver a trabajar el manuscrito, ¿para cuándo la necesitarías? El tal Paco de la Paz: para mañana. Boris: ¿para mañana?, ¿te volviste loco? El tal Paco de la Paz: tío... Boris: llámame Boris. El tal Paco de la Paz: bueno, Boris, déjame que te explique en dos segundos, necesito pagar la cuota del piso, las dos pensiones alimentarias y comer, qué comer, nada, si yo no como, fumar, eso sí, y tomarme los seis o siete gin tonic que con que me aturdo cada noche, ya lo sé: tú no tienes la culpa, pero yo no puedo terminar debajo de un puente, ni en la cárcel, tengo tres hijos, Boris, dos ex mujeres que no cejarán hasta verme tras las rejas si dejo de pagar, y eso es lo que me ocurrirá si no publico un título este viernes y otro de aquí a una semana, me han fallado dos escritores en las últimas dos semanas, Boris, no sé si te das cuenta, Marianne Vargas Lusak, que ya me debe dos novelas, y Charlotte Fontaine, tres, en total, entre ambos, me están debiendo cinco novelas, Boris, ya no tengo material. Boris: ¿me estás diciendo que necesitas más de una novela? El tal Paco de la Paz: pues sí, necesito al menos dos. Boris: ¿y quién escribirá la segunda? El tal Paco de la Paz: ¿quién?, tú, chaval, ¿quién si no? Boris: ¿yo?, estás completamente chalado, hay que internarte, urgente... El tal Paco de la Paz: mira, pongámoslo así, tú no tienes nada que ver en todo esto, lo sé, pero piensa que en cierto modo también eres responsable, si me hubieseis entregado ese manuscrito a tiempo con Julián, yo no estaría tan mal visto por mis jefes, tendría más margen de maniobra. Boris: perdona, pero, en el peor de los casos, si llegan a despedirte, me imagino que tendrás una indemnización, podrás resistir un tiempo. El tal Paco de la Paz: ¿indemnización?, yo lo que tengo son deudas, Boris, deudas, chaval, una larga

serie de números rojos en el banco y deudas por doquier. Boris: ¿tanto? El tal Paco de la Paz ahueca la mano y la mueve horizontalmente, como si estuviera a punto de lanzar una bolita: el juego, tío, ruleta, backgammon, cartas, el casino de la calle de la Marina, el Gran Madrid, todas las salas de juego de España, de las Baleares a Vigo, de Santander a Cádiz, eso es lo que ha acabado conmigo. Boris, ahora sí, sinceramente: joder... El tal Paco de la Paz: estoy en tratamiento, pero si eres ludópata, la mayoría de las veces llegas a tratarte cuando es demasiado tarde, para tu bolsillo, para tu patrimonio, si lo tienes, y el de tu familia. Boris: pero yo no puedo escribirte una novela en un día, bueno, casi en medio día, porque tengo que ir a la agencia, pedirle permiso a mi jefe, etcétera, imposible, mucho menos dos, Paco. El tal Paco de la Paz: normalmente se pagan ochenta mil, te doy el doble, ciento sesenta mil pesetas por cada una. Boris: no, imposible. El tal Paco de la Paz: bueno, mira, dos días y ciento sesenta mil para *Pasión en las islas,* y para la segunda te hago una apuesta: si llegas a terminarla de aquí a una semana, doscientas cincuenta mil pesetas. Boris: ¿y si no la termino? El tal Paco de la Paz: pierde la casa. Boris, como a pesar de él, preguntó: ¿tema y título de la segunda? El tal Paco de la Paz: ah, no tengo ni idea, eso es cosa tuya, pero, ojo, no habrá tiempo para reescritura, pongamos, yo qué sé, una viuda, una viuda cuarentona que se vuelve a casar, con un tipo, digamos, con el que en condiciones normales no se habría casado nunca. Boris: ¿con su chofer, con su profesor de equitación? El tal Paco de la Paz: algo así. Boris sonrió y, antes de permitirse escuchar lo que su conciencia estaba comenzando a dictarle, dijo: de acuerdo. El tal Paco de la Paz: el miércoles a las diez de la mañana *Pasión en las islas,* y el próximo lunes, a la misma hora, la otra, encantado de haberte visto, chaval, le extendió una tarjeta con sus señas, dejó un billete sobre la mesa y se fue. Boris pensó: en qué lío te has metido, Boris Sandoval. Y se repitió a sí mismo lo que su madre solía decirle cuando era adolescente: que Dios te ilumine.

Lo que más le costará a Van Huyten será encontrar un proveedor de esmalte para uñas en tambores de cinco litros. Casi todos le ofrecerán partidas de mil, dos mil o cinco mil frascos, ¿pero cómo va a trabajar él en telas de metro cincuenta por ochenta, o de dos metros por uno, con tubos de esmalte que no contienen más de diez o quince mililitros? ¿Cómo introducir un pincel de tres centímetros de diámetro por la obertura de un frasco de esmalte para uñas, cómo meter el esmalte en una pistola para pulverizarlo sobre la tela? Cuando le explica esto a los proveedores, no le creen: ¿es pintor?, ¿por qué no compra acrílico, óleo, acuarela, témpera, lápices de colores, tinta china?, hay tanta cosa, ¿para qué necesita esmalte para uñas? No entienden que el esmalte que fabrican pueda servir para otra cosa que para decorar las placas córneas de las extremidades femeninas. ¿Va a pintar con esmalte para uñas? Está loco este tío. Hablará incluso con el relacionador público de Unilever, no, lamentablemente no trabajan así, ellos. Irá a ver a la gerente de marketing de Procter and Gamble España: rubia, treinta y ocho, cuarenta años, encantadora, le fascina la pintura, le chifla el arte, siempre que puede se escapa a un museo, bonitos dientes y le pregunta, sonriendo, como si tuviera un escolar frente a ella, un alumno de primer año de la Massana, ¿él había hecho ya alguna exposición? Marius: alguna. Y se la imagina, un segundo, posando desnuda en su taller de La Floresta. Lo siento, dice la rubia, ellos no podían, para abastecerlo de esmalte en galones de cinco o diez litros, él tendría que tener una licencia industrial, ese tipo de lacas, a base de nitrocelulosas, contenían copolímeros en solución acuosa o dispersados en forma de látex, para manipularlos industrialmente se necesitaba disponer de unos locales que garantizaran que tanto la toxicidad como la inflamabilidad del producto no fuese a causar daños, ¿entendía? Marius entendía. En fin, ella con la sonrisa y los bonitos dientes, justamente diríase que esmaltados: pero mándame un catálogo de tu próxima exposición, y él allí, casi casi, a punto está de: ¿no quieres venir a mi taller? Pero no, claro que no.

Al fin encontró un peruano que tenía una fábrica de laca tixotrópica, en las afueras de Sabadell. Como el lector sabe de sobra, la laca tixotrópica es el producto que se usa para los esmaltes de uñas nacarados, o que producen un efecto de escarchado. Consignemos que, a pesar de que Sabadell está a tiro de piedra de La Floresta, a Marius no le dieron muchas ganas de invitar al peruano a posar desnudo a su taller. Pero lo importante es que el peruano, que

nunca supo del desafecto de Marius por su físico serrano, le aportó la solución: si Marius le traía un muestrario completo de los colores que necesitaba, él se los podría fabricar. Asunto arreglado. Marius se pudo por fin poner a pintar la serie «Nails», con la que pensaba abrir la muestra en el Couvent des Augustins. La serie comprenderá varios temas: Nails Infinite, Nails Destiny, Nails Epic, Nails & Death... Iban a decir: ¿neoexpresionismo pop, pop abstracto, esmalte para uñas descontructivista? Van Huyten se reía. Y seguía trabajando.

Los que rieron menos fueron Manfredi y Glendys cuando se enteraron que ese año Van Huyten no podría viajar a Juan Fernández, ni a ninguna otra parte. Una exposición en «les Augustins» se prepara al menos durante un año, como mínimo. Antonio entendía. Glendys también, qué remedio. Pero sobre todo Antonio, pues durante ese lapso escribirá su tercera novela—*Alimento para simios,* título al que su agente y su editor se opondrán fieramente, *¿Alimento para simios?,* no estarás hablando en serio, y él: justamente por eso —y, con fines estrictamente alimenticios, seguirá escribiendo sobre los castillos del Loira, cocina mediterránea, pioneros de la aviación civil y lo que le echen por delante, además de la columna que mantiene regularmente en *El Diario del Centro del País,* de Córdoba, Argentina, y que publica también en *El Diario de Cádiz.* Glendys, por su parte, se seguirá aburriendo en La Palma, de viernes a domingo. Nadie la llamará de ningún teatro para que les eche una mano con la electricidad, para que revise los enchufes, los focos, para que encienda y apague las luces, ni siquiera sueña ya con actuar, pero nada, bueno, sí, algo, lo único: La Palma, de jueves a domingo, de siete a tres, a cuatro, a seis de la mañana. Punto. El que hará noticia, digamos ruido (y humo), antes de su exposición será Marius. Una tragedia. Y lo peor es que Marius se enterará por la prensa. Un día cualquiera baja al bar a desayunar. El mismo que atiende la señora que lo asaltó una noche en su propio cuarto, hará más de un año de eso. En fin, hay que decir que la señora, después de ese incidente, se ha portado como una verdadera dama: ¿qué te pongo?, tal o tal cosa, ¿qué te debo?, tanto, a eso se limitan sus intercambios. Un día, a las siete y media, como todas las mañanas, Marius se instala a tomar su café americano con su bocadillo de jamón serrano, pues suele desayunar en ese bar antes de tomar el tren para La Floresta. Es el más cercano y tienen todos los diarios de la mañana. Y, justamente, a Marius una de las cosas que le gusta de Barcelona es poder desayunar un bocadillo de buen jamón serrano, en pan con tomate, leyendo el diario tranquilamente. Esa mañana, entonces, Marius abre *El País* allí, en el bar, y casi se atraganta con el café. El titular dice: «Incendio en fábrica clandestina de esmaltes deja un muerto en Sabadell». ¡La concha de su madre!, exclama Marius. Y sí. Una llave de gas mal cerrada, un cortocircuito, no se sabía aún muy bien, y los colipolímeros, el látex, las nitrocelulosas, chao, addio, bye bye love: el peruano salta por los aires primero y luego se carboniza lentamente, junto con los centenares de litros de

esmalte, de laca tixotrópica. El problema, le explicarán a Van Huyten en la comisaría de Sabadell, es que va a ser difícil identificar a la víctima porque, al parecer, era un inmigrante clandestino, sin contar con que está un poco tostado, ya no necesitará broncearse, se ríe el policía que lo recibe, éste ya no irá a la playa, ¿eh? Marius se encuentra en la comisaría rodeado de policías con uniforme y de civil. Y rápidamente descubre que no son nada amables esos policías. Nada corteses. Bueno, tampoco les pagan para eso, es cierto. Pero nadie los obliga a encerrarlo en un cuarto sin ventanas: una silla, una mesa, punto. Y se ponen a entrar y a salir como en una obra de Ionesco, los policías. No dicen gran cosa, entra uno, se sienta, le hace una pregunta, se va. Viene otro, ídem. Como si simplemente pasaran por allí. Marius empieza a albergar la sospecha de que están justamente sospechando de él. Oiga, le dice a uno de los que se le pone delante, yo no tengo nada que ver, yo no incendié la fábrica. Eso está por comprobarse, señor, usted espere aquí. ¿Puedo hacer una llamada?, pregunta Van Huyten. Ya veremos. Dos, tres, cuatro horas en el cuartucho ese. Y nunca lo dejan llamar por teléfono, avisarle a Sabina lo que está ocurriendo, que lo venga a buscar, o que ponga sobre aviso a un abogado, al cónsul de los Países Bajos. Nunca se sabe. En una de esas a estos tíos les daba por encerrarlo, lo mandaban a la Modelo acusado de incendio, de homicidio involuntario, Marius ya se está temiendo lo peor cuando aparece un señor de traje y corbata, rodeado de una nube de ratis, de tiras, de pasmas, chicos y chicas bastante guapos, bien vestiditos, habrían estado muy bien, piensa Marius, sobre una pasarela: la Comisaría General de la Policía Judicial presenta su colección otoño-invierno... En fin, rodeado de sus asistentes, el señor lo somete a un interrogatorio en regla. Vamos a ver, ¿quién era él, para empezar?, ¿documentos?, ¿profesión?, ¿dónde vivía?, ¿desde cuándo?, ¿podía justificar sus recursos económicos? Marius se siente como el enfermo terminal sobre el que diserta un profesor de medicina rodeado de sus discípulos. Éstos no le meten bisturí, pero susurran entre ellos, hablan por teléfono, le pasan papeles con notas garrapateadas en papelitos al jefe. La pesadilla termina como a las seis de la tarde. El problema, le dice el señor, al final del interrogatorio, es que usted estaba en relaciones comerciales con alguien que no tenía licencia para hacer comercio, ni mucho menos las autorizaciones necesarias para fabricar productos químicos y, como si esto fuera poco, esta persona vivía y trabajaba de manera completamente ilegal en España. Eso es un delito, señor Van Huyten. Lo mira. Serio. Muy serio. ¿Se imagina usted que este individuo pudo haber provocado un incendio de proporciones, en el que podrían haber perecido decenas de víctimas inocentes? Marius lo que se imagina es la celda en la Modelo, ¿tendrían un taller de pintura? Ha cometido usted un delito por el que no me queda más remedio que encausarlo. Un lío. Grande. Marius tiene que contratar abogado, pedir testimonios de honorabilidad, de buenas costumbres, armar un expediente con recortes de todas sus exposiciones; no, ni al peor enemigo se le desea algo igual. Y lo peor es que se quedará sin proveedor de esmalte. Mucho después se

descubrirá que el peruano no era en realidad peruano, si no marroquí, Abdel Khalil Hachimi se llamaba el pobre hombre. Manfredi le dice: ojalá que no se demuestre ahora que le fabricaba componentes químicos a ETA, o algo así. En efecto, a Van Huyten esa posibilidad, la verdad, le da cierto pánico. Si llega a demostrarse algo igual, o que formaba parte de una red de tráfico de inmigrantes, de trata de blancas o qué sé yo, Marius no lo tendrá fácil. Nada de fácil. Su abogado ya le ha dicho: prepárate, que esto puede ir para largo. Pero al final, no, el pobre Abdel Khalil era «sólo» un indocumentado más, que había hecho su pequeño hueco al sol en las afueras de Sabadell, fabricando esmalte para decorar las manos y los pies de las hijas de otros inmigrantes de la provincia de Barcelona. En cuanto a Van Huyten, ¿cómo iba a sospechar siquiera que el peruano no era peruano, ni tenía papeles, ni permiso para fabricar, ni para comerciar, ni para vivir? Son meses de proceso, abogados, expedientes... Un aburrimiento, una lata espantosa.

Pero sigue pintando, Van Huyten. Ha encontrado otro proveedor de esmalte para uñas, en Huelva esta vez. Un poco más engorroso, pero funciona. Eso le permite seguir trabajando entre ocho y diez horas diarias en La Floresta, comiendo en el bar del Manel, durmiendo allí, a veces, dando sus paseos solitarios de madrugada. Sabina viene menos al taller. Marius no sabría decir por qué. En general, Sabina trabaja en casa últimamente. ¿No sabría decir por qué? Qué cínico. Claro que sabría: es que Marius ocupa «todo» el espacio. Para empezar, bastidores de dos metros por dos, de metro cincuenta por cincuenta, tarros de pintura, pinceles, pistolas, sin contar con los innumerables trastos que acumula en sus paseos y en sus viajes, un pintor, es verdad, ocupa mucho espacio. Pero no se trata sólo del espacio físico que necesita, que ya es considerable, es que Marius tiene, digamos, una especie de personalidad gaseosa, algo así como un aura, o mejor dicho una aureola, un halo o nimbo que se expande y tiende a apoderarse del espacio entero. Esto es algo muy masculino. Esta aureola es algo así como la «santidad» del macho. ¿Se ha puesto a imaginar alguien lo que podría haber sido encontrarse en el papel de compañera sentimental de San Francisco de Asís, de San Antonio de Padua, de San Sebastián? Una lata mortal, los tipos esos con sus aureolas, entregados en cuerpo y alma a cultivar su propia santidad. ¿Y ellas? ¿Dónde quedaban ellas? Claro, no había lugar. Algo parecido le ocurre a las mujeres de muchos hombres, tipos normales, nada de santos y hasta a lo mejor verdaderos demonios, pero enteramente entregados a su cometido-en-la-vida: el arte, la literatura, la revolución... Más de alguna vez, Sabina le ha dicho a Van Huyten: contigo una nunca puede estar sola. Y Marius: ¿y cómo vas a estar sola si estás conmigo? No entiendo, si querés estar sola te quedás sola y ya está. No entiende, Marius. Es que los hombres son duros de mollera. Es difícil que una mujer le haga entender a un hombre de qué manera ella quisiera que él estuviera, a veces que estuviera «estando», tal como es, pero otras, muchas otras que pasan por completo desapercibidas, le gustaría que

«estuviera» de una manera un poco más discreta, que estuviera sin hablar tanto de él y del enorme trabajo acumulado que tiene, de sus proyectos y sus angustias. Es decir, replica Marius, te gustaría que estuviera sin estar. Eso, dice Sabina, que fueras un poco más ligero, que estuvieras conmigo como un gato, por ejemplo. Como un gato, repite Marius, como un gato que lo parió, che; ahora, además, tiene uno que desarrollar cualidades felinas, ¿qué tal?, ponerse a maullar nada más entrar a casa, mear en una cajita junto al water, venir a frotarse el lomo contra las pantorrillas de la señora y luego desaparecer por una ventana. Sería delicioso, reconoce Sabina, que te transformaras en gato. Marius, atrayéndola contra él, sin avisar, le mete una mano al culo. ¡Ay, Marius!, grita Sabina, ¿viste que no entiendes nada? Miauuu, maúlla Van Huyten, mgniauuuuu, la alza en vilo y le va mordisqueando los pezones por encima de la ropa y la va recostando en el sofá, un gato en celo, dice, y Sabina: para, ahora no, te lo juro, no puedo...

Bueno, los vamos a dejar ahí porque tampoco es plan que se acuse a este modesto narrador de voyeurismo. Pero es cierto, entiende poco, Marius. ¿Y Manfredi? Menos. Ése está todo el día en su casa, encerrado en su cuarto. O sea, es como si no estuviera. Pero igual tiene aureola. Y vaya si se expande. Los escritores son los peores: se pasan la vida enclaustrados, no se puede contar con ellos ni siquiera los fines de semana, no saben cambiar un enchufe, ni un neumático, ni cómo se pagan los impuestos, y cuando salen de sus madrigueras suele ser para quejarse, la novela no avanza, el dinero comienza a escasear seriamente, el editor es un tacaño, y con razón, porque no se vende nada y no se vende nada porque él no es un escritor fácil, es un escritor escritor, un escritor literario, y para escritores como él ya no hay lectores y casi ni editores, ¿qué, has visto la cuenta de la luz?, ¡te he dicho que no te seques el esmalte de las uñas con la estufa de cuarzo! Al comienzo, Glendys escuchará seriamente a Manfredi. Tratará incluso de apaciguarlo, de imaginar soluciones, de hacerle ver que no todo anda tan siniestramente mal. Poco después le compra una minigrabadora. Y cada vez que Manfredi comienza a despotricar, a quejarse, aprieta una tecla y a Manfredi no le queda más remedio que escucharse, en decenas de ocasiones anteriores, quejándose exactamente de lo mismo. Glendys se marcha, se va a correr a la Barceloneta, al cine, a ver alguna exposición, llámame cuando quieras estar conmigo, cariño, le dice, see you soon, honey, chaíto, ciao amore, y le tira un beso con la palma de la mano.

Marius termina de trabajar en las series «Nails», «Sea & Sex», «Sea & Sun», «Flower ≠ Power», esta última pintada durante su época en Ardèche y retrabajada en Italia y durante los primeros años en Grecia. Llega el momento de la retrospectiva en Toulouse. La fachada del Musée des Augustins está casi enteramente cubierta con dos pendones gigantescos, letras negras sobre fondo rojo: «*Marius van Huyten: Allers simples / Exposition rétrospective / Couvent*

des Grands Augustins / Musée des Beaux-Arts de Toulouse, octobre 1983 – janvier 1984». Y en el centro de la ciudad, réplicas más pequeñas cuelgan de las farolas. Inauguran el director del museo, el señor reptante ese, y el alcalde de la ciudad. Discursos más convencionales que un par de corbatas escocesas. Después, gran cóctel, más de doscientos invitados. Como era de prever, el presidente Mitterrand no asiste. El que sí llega, tarde, lógicamente, con despliegue de motoristas abriendo el tráfico, guardaespaldas en la entrada, acompañado por el prefecto de la región y decenas de cámaras, es el ministro de Cultura. Jack Lang está encantado de conocer a Van Huyten. Van Huyten también. Apretón de manos para las cámaras, los flashes, los centenares de curiosos. Recorren la exposición juntos. El alcalde no deja hablar a nadie. Marius, cuando el alcalde le permite colocar una frase, le agradece a Jack Lang su prólogo. El ministro: no tiene por qué, todo lo que digo allí es cierto, en un texto sobre arte uno puede decir la verdad sin temor a perder votos, se ríe, bebe una copa de agua mineral sin gas, le vuelve a dar la mano. Lo siente, pero lo esperan en París. Se retira. El alcalde ha invitado a una gran cena. Van Huyten queda entre el alcalde y el hombrecillo reptante que dirige el museo. Y que no abre la boca. Van Huyten tampoco, de hecho, porque allí el único que sigue hablando es el alcalde. Una lata. Pero una gran exposición, según los organizadores y la prensa del día siguiente. Cuando regresan al hotel, Marius se queda un momento tomando una última copa con Manfredi. Porque, desde luego, ha invitado a Antonio y Glendys. Son sus invitados de honor. En el bar del Hotel Crowne Plaza, en plena plaza del Capitolio, Manfredi le hace la pregunta. Mientras se fuman un puro y beben un armañac «hors d'age», o sea un armañac de más de veinte años. Se lo merece Van Huyten, y a Antonio no le desagrada fumarse un buen puro de tanto en tanto, un Hoyo de Monterrey Doble Coronas, casi tan largo como la pata de la silla en la que están sentados. Además, el armañac está de miedo, para saltar al techo. Entonces, Manfredi le pregunta por el viaje a la isla, a Juan Fernández: vamos este fin de año, ¿no? Pues no, lamentablemente no podrá ser tampoco estas navidades. Marius le cuenta que se ha comprometido a realizar una mini individual en la galería de Neus Capdevila, en Barcelona, «El envés de la trama». La idea es mostrar los retazos, por decirlo así, de la retrospectiva de Les Augustins: bocetos, dibujos, anotaciones, etcétera, cosas en bruto y cosas retrabajadas. Se inaugura a comienzos de enero. Antonio: no puedes parar, ¿verdad? Marius suspira, expulsa una bocanada de humo: es difícil. Y al mismo tiempo reconoce que se muere de ganas de ir a la isla, a esas islas. Sabe que será algo distinto, quizá la antesala, el principio de un cambio de vida, pero claro, una retrospectiva no es poca cosa, te obliga a un trabajo sostenido y, al mismo tiempo, a revisar todo lo que has hecho. Me imagino, lo interrumpe Antonio, debe crear una dinámica de trabajo, un ritmo que sin duda alguna es muy difícil de frenar en seco, ¿no? Eso es, dice Marius, exactamente eso, como si fueras en un tobogán de salto al vacío y te pidieran que frenaras y dieras marcha atrás cuando estás a punto de despegar. Antonio

comprende, comprende muy bien incluso, y por eso mismo le propone a Van Huyten un trato: Glendys y él parten a la isla, tal como lo habían previsto, en diciembre, y Marius y Sabina se reúnen con ellos a mediados de enero. Eso les permite, al menos, pasar quince días juntos allá, y a ellos mantener sus fechas. Marius no ve inconveniente. Totalmente de acuerdo, dice, no les puedo pedir a ustedes que sigan alterando sus planes en función de los míos. Me parece bien. Trato hecho.

Pero de regreso a Barcelona, Manfredi hace lo que hace. ¿Qué? Bueno, lo que ya se ha visto: compra un billete para esa misma noche. Y estamos a fines de octubre. ¿Qué pasó? Un par de cosas importantes y, como casi siempre en estos casos, imprevistas. Ha conseguido dos traducciones. Una sobre ornitología, *Aves de Europa,* casi trescientas páginas, con ilustraciones a todo color, y *El universo de las armas antiguas,* una completa historia de las armas, bellamente ilustrada también, desde cartagineses y romanos hasta fines de la Edad Media. Y como ha logrado cobrar la mitad de ambos libros por adelantado y tiene seis meses, al menos, de trabajo por delante... Y como Glendys está frustrada y se aburre y Manfredi supone que, en cualquier momento, si él no da el paso, ella decidirá por su propia cuenta darlo, es decir marcharse... ¿sin él?, ¿con él?, la desesperación es mala consejera y Antonio se viene temiendo lo peor. Pues por eso, una mañana, poco después de regresar de Toulouse, le dice: Glen, ¿y si nos fuéramos ahora? Tengo las traducciones, tenemos dinero para resistir seis meses, quizá más. Glendys casi salta al techo de contenta: ahora mismo, le dice, tú sabes, mi amor, que yo me iría esta noche si pudiera, y le echa los brazos al cuello y lo besa. Entonces pasa lo que pasa. Antonio va a una agencia de viajes y, pura casualidad, un caso entre mil, compra un par de billetes a Santiago de Chile para esa misma noche. Glendys no reacciona muy bien al comienzo: ¿para esta noche?, ¿cómo?, con la cantidad de cosas que hay que hacer antes de partir. ¿Pero qué tanto hay que hacer?, le dice Antonio, y agrega eso de que ella, si quiere, se queda, pero que él tomará ese avión solo o acompañado. Tiene razón, piensa Glendys, y se pone a empacar. Y es que a veces le achuntan, a veces dan en el blanco estos escritores, como viven tan «fuera» de todo... Allá van, al final, sobrevolando el Atlántico, rumbo a los lugares lejanos... Allá lejos, como disueltos en las nubes, buscando una isla donde habite el olvido...

... Robinson Crusoe, Santa Clara, Alejandro Selkirk, esas palabras suenan como guijarros que revuelven las olas, allá abajo, a diez kilómetros bajo la panza del avión, a miles de kilómetros de los carritos con la cena, de la película, del aparato que cruza la noche sobre el océano, robinson / crusoe / santa / clara / alejandro / selkirk, yendo y viniendo, estallando con la espuma contra los roqueríos en alguna parte del mar inabarcable, robinson / clara / santa / selkirk / alejandro / crusoe, y Manfredi no puede dejar de repetirse esas palabras: allá, lejos...

donde habite el olvido...

23

—Sí, claro, «donde habite el olvido», «allá lejos», la mitología del «afuera», de la falta de respuesta del mundo ante las interrogantes del hombre, del ensimismamiento frente a la «otredad» o «alteridad» o como se llame, quién se va a creer el cuento ese, por favor... se instalan cuatro meses en la isla, los otros dos van por quince días, yo te voy a decir lo que hacen: comen langosta hasta que el colesterol se les sale por las orejas, pasean en bote, toman más fotos que Robert Capa en el desembarco de Normandía, suben y bajan cerros, nadan en pelotas, se agarran una insolación de diez pares de cojones y, apa, de regreso a casita, aquí no ha pasado nada, banal turismo transformado en metafísica.

—Boris, Boris, un momentito, ¿por qué tanta rabia, muchacho? —pregunta Horst Palatino.

Boris se queda pensando un par de segundos. La verdad, no lo sabría explicar, y ahora que Horst Palatino se lo decía, era cierto, ¿por qué tanta rabia?

—Después de todo—dice Horst Palatino—, ¿no tenía derecho Julián a plantear su historia como mejor le pareciera, a explotar ese material como mejor lo entendiera, a explorar las posibilidades de su propia ficción, a ampliarlas, a ir más allá de la simple anécdota, de la mera crónica, de la burda realidad?

—Sí, por supuesto que sí, el problema es esa manera de intentar sistemáticamente torcerle el cuello a la realidad —no sabría explicarlo de otra manera, Boris—, de querer disimularla, travestirla, trastocarla, ese jueguito con lo real, del es y no es, del este es un sombrero, pero no, ahora es un elefante, pero no, en realidad es una montaña, pero no, en verdad es una piedra, y luego un zapato, eso es lo que me saca de mis casillas.

—Cómo se ve que eres poeta—dice Horst Palatino.

—¿Qué tiene que ver? —pregunta Boris.

—Mucho, porque lo que estás diciendo, esa manera que te irrita tanto a ti de trastocar o de travestir lo real, es lo propio de toda narrativa, ¿o a ti te parece que *La Odisea* es una mera crónica periodística?

—Bueno —se justifica Boris—, *La Odisea* es otra cosa, para empezar es un poema.

—No, no seas de mala fe —dice Horst Palatino, saliendo al quite—, es un poema épico y no es «otra cosa», es la «misma cosa», historias/historia, mitos/

timos, lo que ocurre es que los poetas o, al menos, muchos poetas tienden a decir el mundo desde la unicidad desde la presunta verdad indivisa de un presunto «yo».

—¿No es acaso lo mismo que trata de hacer Julián, pero borrando las pistas, escondiéndose?

—En absoluto —responde Horst Palatino—, pongámoslo así: la narrativa es la partenogénesis del yo; la poesía, la gestación de un yo mítico, o si lo prefieres, la fecundación del yo por una suerte de «hablante mítico», que se inventa, desde luego, cada poeta; en otras palabras, la poesía es la forma más sublime de la masturbación, ¿estamos?

Boris larga una sonora carcajada. Horst Palatino también se ríe:

—Oletumare —dice—, nada de esto es cierto, impostura, todo es impostura —parece recitar y agrega—: Pero ya que estás en conflicto con el manuscrito de Julián, ¿por qué no me lo prestas?, te lo devuelvo apenas hayas acabado con tus obligaciones de prosista.

Horst Palatino era el único que estaba al corriente de la existencia de la carpeta azul. Boris le había contado todo: la última escena con Julián en el hospital, el hallazgo de la carpeta entre sus papeles y, sobre todo, lo había puesto al corriente paulatinamente del contenido de la carpeta. Ahora mismo, por ejemplo, le acababa de resumir el último capítulo del borrador de Sorel, un capítulo que él mismo venía de leer, en abierto desafío a la tarea que le esperaba: la redacción final de *Pasión en las islas*. De la noble tarea de escritor de novelas Jazmín y del desafío estético y ético que suponía la escritura de esas obras destinadas a ensalzar la felicidad humana, Horst Palatino también estaba al corriente. Por eso, le dice a Boris:

—¿No deberías empezar a trabajar?

Boris mira la hora y exclama:

—¡Chucha, las doce, me tengo que ir!

—Dale, préstame la carpeta —pide Horst Palatino—, te la devuelvo en tres días.

—Ni hablar —dice Boris—, primero la termino de leer yo.

Se pone de pie bruscamente, el respaldo de la silla va a dar al suelo, la recoge y se marcha a grandes zancadas.

Horst Palatino le grita:

—¡Llámame cuando hayas entregado tus obras maestras!

Y se queda degustando su jarra de cerveza en la plaza Real.

Manfredi y Glendys arriendan una casita a un costado del pueblo, por la Subida de la Pólvora. Es apenas una cabaña, toda de madera, un dormitorio, un pequeño salón con cocina, un baño. La dueña se llama Constancia Schiller, viuda de don Alamiro Contreras, vive de alquilar cuartos en su casa y un par de casitas más que tiene en el pueblo. También hace comida. A Manfredi y Glendys les manda pescados—vidriola, mero— y verduras que cultiva en su huerto, tomates, papas, zanahorias... De vez en cuando los invita a comer asados de bacalao o pulpo o una buena langosta o un cebiche de breca. Es muy buena persona doña Constancia. Y conoce la mitología de la isla al dedillo. Nadie se la ha contado, la ha vivido. Ella y sus amigas, doña Florinda Kötzing, doña Elisa Martínez, pero también don Orlando Recabarren, don Walter Tapia, don Arnaldo de Rodt, gente de mar, gente que sabe, que ha vivido lo suyo en esas latitudes, todos ellos les van contando, a Manfredi y a Glendys, en esas largas veladas, cómo son las cosas por allí. ¿Y qué les cuentan? Lo elemental, primero: la pesca de la langosta, qué hacen durante los meses de veda, cómo son los inviernos en la isla, ahora, al parecer, mucho menos crudos que antes, y también cómo es la vida en la otra isla, en Alejandro Selkirk, que habitan sólo en temporada de pesca de la langosta, o sea desde mediados de octubre hasta mediados de mayo.

—Ahora andan por allá mis hijos —dice doña Florinda.

—Ahora hay mucha gente por allá—agrega don Orlando—, pero en invierno esa isla está abandonada.

—Sólo quedan los lobos de mar —explica doña Constancia—, de esos sí que hay centenares, hay playas negras de lobos.

—¿Y atacan? —pregunta Glendys.

—No, no hacen nada, pero asustan, porque pesan trescientos kilos y pueden medir hasta tres metros, y cuando se ponen a bramar parecen toros —explica don Walter Tapia—, se escuchan desde lejos, mucho antes de llegar a la isla, miles de toros bramando en la mitad del mar, y si usted no tiene costumbre le puede dar algo después, al ver a centenares, miles de lobos mostrando sus colmillos.

—Ya lo creo —Glendys se cubre los hombros con sus manos, como presa de un súbito escalofrío—, un par de infartos, por lo menos.

—Pero cuando muestran los colmillos es precisamente cuando no atacan —continúa don Walter Tapia—, hay que desconfiar del lobo marino cuando

tiene el hocico cerrado, entonces puede morder y una mordida de esas corta a un ser humano en dos, pero en general no atacan casi nunca.

—Bueno es saberlo. Y si una, por casualidad, se encuentra frente a un lobo, qué le dice, ¿lobito, lobito?, ¿como si fuera un gato? —pregunta Glendys y se ríe.

Pero don Walter Tapia se toma la pregunta muy en serio.

—No, no les dice nada —aconseja—, usted camina con paso firme y ellos se van apartando, son muy respetuosos del humano.

—Antes había muchos cabros también en Selkirk, cantidad de cabros y cabritos —cuenta doña Florinda.

—Con mi marido, cuando íbamos allá, los cazábamos en el monte —agrega doña Florinda—, en ese tiempo había helechos de dos o tres metros, bosques de helechos gigantes, nos metíamos por ahí, él se arrastraba, a gatas con la escopeta, disparaba, el cabro caía y yo lo tenía que rematar con el cuchillo, mientras él le disparaba a otro, difícil porque un cabro pesa harto y además se mueven, pero igual lo hacía, volvíamos al final de la tarde, cada uno con un cabro al hombro.

Glendys, algo incrédula:

—Tenía mucha fuerza usted.

Doña Constancia sonríe, rememora:

—Hasta dos cabros llegué a cargar una vez, y eso que había que traerlos desde las quebradas y las laderas eran resbaladizas; como los helechos eran tan grandes, había zonas a las que no entraba nunca la luz de sol.

—¿Y se puede ir a Selkirk ahora?—pregunta Manfredi.

—Claro que se puede —dice don Orlando—. Pero hay que ver cuándo sale una lancha, hay que programar el viaje. Es que son entre catorce y dieciséis horas de navegación, según se vaya en lancha grande o chica. No es al lado. Y, en general, se viaja de noche. Se suele salir a eso de las ocho de la noche y se llega allá entre las diez de la mañana y las doce del día siguiente.

Glendys mira a don Orlando con sus ojos muy abiertos, está incluso un poco pálida.

—Ya —adivina Manfredi—, tendré que ir solo, ¿verdad?

—Sí —responde ella—, es que a mí, quince horas en lancha, y además de noche y con todos esos lobos de mar bramando, no, me muero.

Muy pronto vienen a hablar de lo que llama más la atención de los extranjeros, y de los propios isleños, claro, pero ellos están acostumbrados, o «más» acostumbrados: los tesoros. Ellos los llaman «entierros». Lógico. Los tesoros suelen estar enterrados. Se supone que los hay en los fondos marinos, pero también en la isla.

—Tanto pirata que ha pasado por aquí —dice doña Florinda.

—Piratas, corsarios, de todas las nacionalidades —agrega don Walter

Tapia—, ingleses, españoles, alemanes, franceses...

—Oiga, si todo el mundo escondió tesoros por aquí —interviene don Arnaldo—, no dejan de buscar el de lord Anson, en Puerto Inglés, vienen de Santiago...

—Hasta del extranjero vienen —lo interrumpe doña Constancia—, de los Estados Unidos, de Inglaterra, todos buscando el entierro ese...

—Claro, porque se sabe que es muy grande —continúa don Arnaldo—, pero sin duda que hay centenares de tesoros chicos.

—¿Y se ha encontrado alguno?—pregunta Glendys.

—Ha aparecido mucha cosa, por aquí y por allá —responde don Arnaldo —, muchos cubiertos de plata, bastantes monedas de oro...

—Muchas de esas monedas que llaman plata en cruz también—agrega doña Elisa—, porque son unas moneditas de plata, cuadraditas con una cruz en el medio...

—Mucha loza fina —dice Doña Florinda—, jarrones, tacitas de té, soperas, esas cosas...

Y les van explicando:

—Cuando usted va caminando tarde en la noche y ve a alguien, una vecina, por ejemplo, planchando en la puerta de su casa, quiere decir que debajo de esa casa hay un entierro —dice doña Elisa.

—También ocurre que usted va caminando, de noche, y bajo una casa se ve como una luz verde, brillante, una luz como salida de la tierra, entonces bajo esa casa hay un entierro —explica don Walter.

Y doña Florinda:

—A la mañana siguiente, usted ve a su vecina y le dice: ¿y qué hacía anoche afuera, tan tarde, vecina, y planchando? Si la vecina le responde, como me respondió a mí: pero si me acosté a las ocho y media y, además, tengo la plancha mala hace dos días. Fijo que allí hay un entierro.

—¿Usted encontró uno? —pregunta Manfredi.

—No, pues—corrige doña Florinda—, la vecina fue la que encontró, si era ella la que estaba planchando, no yo...

—¿Y qué encontró? —pregunta Glendys.

Doña Florinda:

—Un jarrón roto, lleno a rebosar de esas moneditas que se llaman plata en cruz, eran tantas que al final sus nietas se hicieron collares, hasta llaveros hicieron...

Y Don Arnaldo:

—También se dice que cuando usted va por un camino y ve, debajo de una higuera, a un niñito negro, a un negrito, y usted: qué raro, si en la isla nunca ha habido negros, se va a acercar y cuando ya casi lo va a tocar, el negrito desaparece, igual que una pompa de jabón, entonces, debajo de esa

higuera, hay un entierro.

—Cuéntale la del chanchito —pide doña Elisa.

—Ah, sí—cuenta doña Constancia—, a más de alguno le ha pasado que andando por algún sendero, de noche, se le cruza un chanchito blanco, un lechoncito, tan blanco tan blanco que se ve brillante en la oscuridad, entonces allí, de donde usted vio salir al lechón, hay un entierro.

—También está el español que se ha aparecido a muchos en Puerto Francés —dice don Arnaldo.

—¿Y qué hace? —pregunta Antonio.

—Nada —dice don Arnaldo—, aparece de noche, a caballo, lleva espuelas de oro, es un español muy elegante, con capa y sombrero alón, montado en un caballo blanco, hermoso...

—¿A usted se le ha aparecido? —pregunta Glendys.

—A mi padre se le apareció —cuenta doña Elisa—. Estaban en el Puerto Francés cuando ve venir un jinete en un caballo blanco, se acerca, llevaba espuelas de oro y vestimenta muy fina, mi padre se quedó parado, sin saber qué hacer, y entonces el jinete le habló, le dijo que allí, en el Alto del Francés, había un entierro grande, y luego le ofreció un tabaco, le dijo: ¿quieres un puro?, y le ofreció un puro enorme, pero mi padre no fumaba, así que le dijo que no, curioso porque en la isla jamás ha habido puros.

—¿Y después? —pregunta Antonio.

—Nada —dice doña Elisa—, después desapareció, en su caballo precioso, como había venido.

—¿Encontraron algún entierro allí? —vuelve a preguntar Antonio.

—No, mi padre fue tiempo después a excavar—cuenta doña Elisa—, con dos primos, pero, imagínese, sin saber exactamente dónde, sin instrumentos, como hay ahora, no encontraron nada.

—¿Y nunca más nadie lo vio?—quiere saber Glendys.

—Sí, mucha gente —dice doña Elisa—, mi madre, sin ir más lejos. Cuando mi padre le contó lo que le había pasado, ella se rió de él, le dijo que se le estaba alterando la mente, que tenía visiones, pero un par de semanas más tarde, mi padre volvió de la pesca y encontró a mi madre tirada en el suelo, echando espuma por la boca, le pregunta: ¿qué pasa, qué pasa?, y mi madre cuando logra reponerse le cuenta que se le había aparecido ese señor a caballo, muy elegante, con sus espuelas de oro, que también le había ofrecido un puro, con su acento español: ¿quiere usted un puro, señora?

—Nooo—dicen casi al unísono Manfredi y Glendys.

—Ella siempre contaba que casi no podía hablar del susto—prosigue doña Elisa—, pero igual respondió: no gracias, no fumo, mucho menos puros; entonces alcanzó a escuchar que el español gritaba desde su bello corcel al galope: pues usted se lo pierde, señora, de estos ya no se hacen. Cuenta que la voz del español quedó resonando entre las laderas del cerro... usted se lo

pierde... Cuando caballo y jinete ya habían desaparecido, durante un tiempo resonó esa voz viril, con su acento español, como si hubiese un eco en esas oquedades, un eco eterno... de estos ya no se hacen, señoraaaaa... Y luego mi madre no supo más nada, porque todo comenzó a dar vueltas y se desmayó.

25

Boris no sabría decir si fue obra de Dios, obra de Él o a lo mejor suerte de él, del mortal Boris himself, pero el que lo iluminó, en todo caso, de seguro, fue Max.

—¿Más de cuatrocientas mil pelas por dos novelitas rosa? Una oferta así no se rechaza, tómate una semana —le dijo—, dos si fuese necesario.

—Gracias —contestó Boris—, no lo olvidaré.

—Yo tampoco—dijo Max—, te las descuento de las vacaciones de verano.

Pero Max sabía que Boris, hasta ese momento al menos, nunca había reclamado ni un día de vacaciones.

—Pide ayuda si es necesario —agregó.

Eso lo salvó. Boris regresó a casa dispuesto a encerrarse hasta que tuviera terminadas ambas novelas. Antes hizo una parada en el mercado de la Boquería. Compró medio kilo de carne molida, dos pollos, agua mineral, infusiones diversas, cinco paquetes de café, galletas, pan, espaguetis, tomates, zanahorias, cebollas, ensaladas; en fin, provisiones como para resistir un cerco de un par de semanas. Luego se fue a acuartelar a la calle Cucurulla. Pero entonces, buscando el manuscrito de *Pasión en las islas,* lo primero que encontró fue la carpeta azul. La dejó a un lado. Aunque era tentador abrirla, seguir leyendo, pero claro, no podía, no era el momento, habría sido perfectamente irresponsable. Dio con el manuscrito de *Pasión en las islas.* ¿Dónde habíamos quedado? Ah, sí. Rod y Jennifer graban un corazón en la corteza de un saúco: «Rod y Jenny, love forever». Bien. Mucho después, cuando ya llevan veinte años de casados, tienen nietos y la Fundación Lispector se ha transformado en una prestigiosa ONG ecologista, vuelven al mismo lugar. La corteza del árbol se ha desarrollado. El corazón ha desaparecido. Entre los dos, sus tres hijos y sus cinco nietos, vuelven a grabar ese corazón. Fin. La especie humana es más feliz. ¿Pero cuál el obstáculo? Boris anota en el esquema que había hecho con Julián: ¿obstáculo? Y enseguida: el viejo. Boris piensa: no es suficiente. Anota: ¿obstáculo 2? Y más abajo: ella es casada, tendrá que divorciarse. Allí sí. Volvamos al esquema: 1) Roderick Urzúa es un joven ingeniero, originario de algún país de América Central, un país con grandes selvas, lagos como océanos y problemas como océanos también, rebeldes en armas, miseria, poblaciones indígenas

expoliadas, uno de esos países que a la mitad del mundo occidental le encanta ayudar, o al menos hacer como si... y a la otra mitad, incluido a sus dueños, le encanta explotar, estrujar y botar al basurero de la historia como un Tampax usado. Bien, cuando Roderick se entera de que una multinacional de la hotelería ha comprado los terrenos de una comunidad indígena para hacer un resort de lujo y que los indios deberán marcharse sin nada, se pone en contacto con Jennifer Lispector, se enamoran violenta, irremediablemente; 2) problema: ella es casada, pero se quiere divorciar, la muy pícara, desde que Rod la besa, sí, sí, basta un beso y tate, se dice la Jennifer, esto es lo que me hacía falta, lo que el médico me venía recetando; 3) cuando el viejo William Clarke Lispector se entera de que su hija le pone los cuernos al bueno de su yerno, y además con un sudaca, se opondrá con todos los medios a su alcance (que son muchos) a esa relación, no vaya a ser cosa que la Jennifer se vuelva a casar con un individuo de un país y una raza improbables y que su fortuna termine entre las manos (necesariamente sucias) de quizá qué banda de indígenas con el culo al aire, que se darán el gusto de dilapidarla en arrendar el Madison Square Garden para organizar torneos mundiales de peleas de gallos, por ejemplo, o en cerbatanas y lanzas de oro con incrustaciones de diamantes fabricadas por Chopard en Ginebra, o en mobil homes diseñadas especialmente para ellos por la Ferrari, o en otras fruslerías (sombreros de plumas de Hugo Boss, mocasines encargados a Manolo Blahnik, etcétera); 3) la Lispector Foundation iniciará una activa campaña mundial por la preservación de los sitios de culturas primitivas amenazados por todo tipo de multinacionales: mineras, turísticas, agroindustriales... Jennifer y Rod se transformarán en íconos de la defensa de las culturas primitivas y del medio ambiente. Jennifer Lispector aparecerá en la portada del *Time,* será cortejada por diversos candidatos a la Casa Blanca, será recibida por el presidente de los Estados Unidos. Rod trabaja en la sombra, pero es indispensable; 4) Jennifer rompe con su marido y se va a vivir con Rod a la comunidad indígena amenazada por la multinacional hotelera. Rod se transformará en un héroe en su país. Una parte de la izquierda lo convencerá para que sea candidato a la presidencia de la república. A pesar de que Rod sabe que lo más probable es que esas elecciones sean fraudulentas, acepta. Se transforma en un emblema de la defensa de la democracia en América Central. Pero, como era de esperar, pierde. Su rival es un ex coronel que cuenta con el apoyo de las Fuerzas Armadas y de los propietarios del país. Pero Rod ya ha adquirido un liderazgo internacional indiscutible. Es un defensor de la democracia, del medio ambiente, de las culturas originarias. Aparecerá en la portada del *Time.* Será cortejado por varios candidatos a la presidencia de Estados Unidos, será recibido por el presidente estadounidense y, finalmente, 5) por el viejo William Clarke, quien se felicitará por tener un segundo yerno tan guapo, inteligente, valiente, amante del béisbol y del fútbol americano, bueno para el whisky y las hamburguesas, etcétera; 6) el matrimonio, en la propiedad que los Lispector poseen en Carolina del Sur, dura tres días. 7 y última) Rod y

Jennifer salen ilesos de un atentado, organizado por «no se sabe quién» contra ellos, la avioneta en la que viajan se queda, de pronto, sin gasolina, pero Rod, que es un héroe de verdad y no un escuálido personajillo de novela existencialista, logra aterrizar en un descampado. Después de eso se van a vivir a los Estados Unidos. Veinte años más tarde, Rod y Jenny vuelven al lugar donde grabaron el corazón, esta vez con sus hijos y nietos, y en la corteza de ese saúco, que ya no es la misma, como uno no se baña dos veces en el mismo río, vuelven a grabar el corazón con la inscripción que ya sabemos. The end.

Boris pensó: siete capítulos. Tenía escritos los tres primeros y esbozado el cuarto. ¿Tres capítulos en dos días? Factible. Se puso a escribir. El primer problema era encontrar el tono. ¿Cómo podría ser la primera frase? Veamos: «El bimotor se posó a las ocho treinta y cinco de la mañana en el aeropuerto de San Rafael, exactamente a la hora prevista. Cuando el joven ingeniero Roderick Urzúa vio bajar del avión a Jennifer Lispector, la famosa activista por la preservación del medio ambiente y los derechos de los pueblos primitivos, su corazón dio un vuelco: esa mujer tenía algo especial, nunca había visto una belleza y un atractivo iguales...». Qué lata, piensa Boris. «Era alta y rubia, y cuando se quitó las gafas de sol, sus magníficos ojos verdes taladraron a Rod con una mirada llena de inteligencia. Roderick Urzúa, me imagino, dijo ella, y le estrechó la mano. Sí, pensó Rod, ella era la mujer de su vida, tenía que ser su mujer». Qué lata más grande. Boris fue hasta la cocina y se preparó una infusión de manzanilla.

Y allí cometió el primer error: mientras hervía el agua abrió la carpeta azul y comenzó a leer.

Leyó de un tirón, de una sentada, las páginas en las que Soler esboza la vida de Van Huyten y Sabina, de Manfredi y Glendys en Barcelona, hasta que el argentino y la cubana llegan a Juan Fernández. Estaba terminando ese capítulo cuando sonó el teléfono. Boris lo miró como se mira a un objeto peligroso: tú no deberías contestar ese teléfono, Boris, pensó Boris. Pero lo contestó.

Segundo error.

Del otro lado, la voz de Horst Palatino dijo:

—Estoy muy cerca de tu casa, ¿nos tomamos una cervecita?

Boris vio a Jennifer quitándose las gafas de sol. ¿Roderick Urzúa?, preguntó ella, y Rod descubrió que no sólo era atractiva, sino que tenía una voz sensual; sí, esa era la mujer de su...

—No puedo —contestó—, estoy hasta las narices con un trabajo.

—Qué lástima —dijo Horst Palatino.

Pero Boris estaba pensando: ¿pero cómo cresta voy a hacer para que se besen? Él no era, digamos, precisamente un experto en besos. Boris intuyó que iba tener allí como una dificultad, porque el joven ingeniero, ¿cuándo la

besaba exactamente?, ¿en el primer capítulo, de entrada, así, patatrás, le planta un beso?

—Espera un poco —le dijo a Horst Palatino—, en dos minutos estoy allí.

Tercer error.

En la terraza del Glaciar, Horst Palatino le aconseja:

—A lo mejor no en el primero, pero en el segundo capítulo ya tiene que besarla, creo yo, eso tiene que ir muy rápido. Es fácil —le dice—, mira: navegan varias horas por un río y luego atraviesan un lago, por la noche, en la casa de Rod, en plena selva, bajo los mosquiteros, contemplan la enorme luna, el lago plateado, el canto de las aves nocturnas, el suave deslizarse de una canoa que les trae de comer y de beber, suponte que cenan a la luz de las velas, Rod pone música, un nocturno de Chopin...

—O a Tina Turner —dice Boris—, o a Manzanero, o a Carlos Vives...

Pero Horst Palatino se muestra inflexible:

—No, un nocturno de Chopin, te digo, y después el beso. Con los acordes del piano, el rumor de la selva por la noche, nada más lógico, y a partir de allí la cosa va sola.

—Ya —dice Boris—, gracias, trataré de hacerlo así.

Horst Palatino, señalando la carpeta azul:

—¿Ésta es?

Horst Palatino está al corriente.

—Sí —dice Boris.

—¿Me dejas ver?

Horst Palatino comienza a hojear el manuscrito, los legajos corcheteados con la escritura regular de Sorel. Boris le cuenta, entonces, el último capítulo que ha leído, el del viaje de Manfredi y Glendys a Juan Fernández. Horst Palatino —¿a ver?— lo lee en voz alta. Y entonces Boris le hace ese comentario final: sí, claro, «donde habite el olvido», «allá lejos», el acá y el allá, el afuera y el adentro, el mito de la lejanía, el viejo cuento de la falta de respuesta del mundo ante la interrogante metafísica del hombre, yo te voy a decir lo que en realidad hacen en la isla, continúa Boris. Y tienen la discusión, el diálogo, que usted sabe. Pero de pronto, Horst Palatino extrae de la carpeta una hoja. ¿Y esto?, pregunta. «Esto» es una hoja, mecanografiada, una carta escrita a máquina en una hoja casi translúcida. Boris hasta ese momento no la había visto, ni idea, dice. Horst Palatino lee:

Isla Robinson Crusoe, mayo de 1984.

Estimado Julián:

Antes de entrar en materia, déjeme agradecerle el envío de su magnífica primera novela, *¡Trabajadores del mundo!,* que he leído

con sumo interés. Le adelanto, desde ya, que su libro me ha procurado uno de los más gratos momentos de humor que me haya deparado la literatura últimamente.

No deja de maravillarme, mi querido Julián Soler, que a pesar del estado de nuestras sociedades, de la profanación de todos los ideales, de la miseria de muchos, de la codicia y el egoísmo de otros, del materialismo desenfrenado de casi todos, el talento humano siga produciéndose. No deja de sorprenderme, y es una sorpresa que permite alguna esperanza, que siga habiendo artistas y escritores como usted, capaces de redimir esta humanidad extraviada, si en algo —intangible, desde luego, y a lo mejor inconducente— puede redimirla el arte.

Me pide usted que le dé noticias sobre mí y sobre la isla. Pues bien, yo soy como esta isla, Julián Soler, una referencia mínima en las cartas de navegación, un nombre casi olvidado en el trasiego frenético de la historia trágica de nuestra América, y es justo que así sea. Eso, lejos de amargarme, me da fuerzas para agotar mi plazo en este mundo.

Y en cuanto a la isla, ¿qué decir? Confórmese, quizá, con saber que ahora mismo, mientras le escribo en mi cuarto de trabajo, huelo la brea y el alquitrán de los botes en el muelle. Veo, allá lejos, en el horizonte, algunas embarcaciones pegadas como diminutos insectos sobre la tersa piel del mar. De las pequeñas casitas de los pescadores, que palpitan en los faldeos y en las hondonadas, sube el primer humo de la cocina isleña, se oyen también el golpe seco del hacha que parte la leña y algún lejano balido de las ancestrales cabras de Robinson Crusoe. Un rumor permanente de agua corre casi debajo de mi almohada, desde hace siglos viene rodando desde la cumbre salvaje del Yunque, entre helechos y fósiles milenarios de sándalo perfumado. Todo aquí es un resto de los seis primeros días del mundo.

Le mando, junto con ésta, algunos pobres poemas de mi autoría. Le ruego que los lea como lo que son: el balbuceo de un alma que ha amado por sobre todas las cosas la belleza del mundo, que se ha entregado por igual al ideal de fraternidad entre los hombres y a Dios; alguien que ha encontrado en este último lugar de la geografía, en esta isla de náufragos, de criaturas desoladas y puras, la síntesis de la soledad, la morada perfecta para quien ha puesto su vida en las manos de Dios. Léalos, por último, como el canto de alguien que ha tenido la suerte de verse atribuir por nuestro Creador el privilegio de vivir su ocaso respirando, cada día, en este postrer trozo de tierra divina.

Espero volver a recibir, con alguna de las embarcaciones del continente, noticias de usted y que podamos así seguir fortaleciendo los lazos de amistad, a través de los tiempos y de los océanos que nos separan.

Queda muy suya de usted,

Blanca Luz Brum

PD: Ojalá sus proyectos de viaje se pudieran concretar. Cuente, desde luego, con nuestra hospitalidad y no deje de mantenernos al corriente de sus planes.

—Y esta mina, ¿de dónde salió? —pregunta Boris.

—Ni idea —dice Horst Palatino—, pero te aseguro que en menos de cinco minutos lo sabremos.

Se para, va a la cabina que cuelga en el ángulo, entre los soportales de la plaza, y marca un número. Al regresar:

—Casi saltó al techo, Eddy, cuando le dije que acabábamos de leer una carta de una tal Blanca Luz Brum, dijo que lo esperáramos, que venía ahora mismo. Los famosos poemas deben estar acá adentro, ¿no?

Horst Palatino y Boris se ponen a revisar la carpeta azul, sacan los papeles, los legajos manuscritos, sobres vacíos, servilletas de papel, cuentas de electricidad, todo tipo de papeles con anotaciones, una agenda de 1975 que Sorel usó como libreta de apuntes. Pero no hay ningún poema. Ni otra carta. Nada que haga pensar que Sorel mantuvo una correspondencia continuada con esa señora. Horst Palatino, entonces, dispara, perverso:

—¿Tú no deberías empezar a trabajar?

Boris mira la hora y exclama:

—¡Las doce, me tengo que ir!

—Déjame la carpeta —pide entonces Horst Palatino—, te la devuelvo en tres días.

—Haré fotocopias cuando pueda —contesta Boris—, pero la carpeta no la suelto ni amarrado.

—Préstame la carta al menos —propone Horst Palatino—, que se la muestre a Eddy, a ver qué nos cuenta.

Boris deja sobre la mesa la carta que acaban de leer: cuídala, por favor. Horst Palatino: como hueso de santa. Boris se va. Horst Palatino le grita: ¡llámame cuando hayas terminado tus obras maestras! Pero al doblar la esquina, Boris se da de narices con Eddy: hermano, qué tal. Él: ya me iba, tengo un trabajo que me tiene loco. Eddy: pero cómo te vas a ir ahora, lo toma

del brazo, casi lo empuja; ven, tómate algo con nosotros, después te vas, tenemos que hablar de Blanca Luz Brum, ¿en serio tienes una carta de ella? Boris: yo no, Sorel tenía una. Eddy: eso está muy interesante, es un personaje muy especial, ¿sabes? Boris se vuelve a sentar.

Cuarto error.

Horst Palatino bromea, mientras le estrecha la mano a Eddy: ¡pero si es el mismísimo Boris, qué sorpresa, tantísimo tiempo! Boris pide un café con hielo y luego no, mejor una tónica, y luego: perdone, los dos, y a Eddy: bueno, a ver, ¿quién es la tal Blanca Luz Brum? Horst Palatino: sí, explícanos un poco.

—Es un personaje muy interesante —comienza Eddy—, ¿tienes la carta por ahí? Esto prueba que Julián estaba seriamente empeñado en reunir información —opina Eddy una vez que la ha leído.

—Sobre Juan Fernández, es evidente —dice Horst Palatino.

—A menos que planease escribir sobre la propia Blanca Luz Brum —responde Eddy.

—No, en absoluto —interviene Boris—, digamos que no es que planeara escribir exactamente sobre Juan Fernández, pero su novela iba sin duda alguna para allá.

—Tú quieres decir que ocurría en Juan Fernández —dice Horst Palatino.

Boris explica:

—Me parece que en gran parte sí, entre Barcelona y Juan Fernández; bueno —le dice a Eddy—, tú no estás al corriente, te la resumo —y le cuenta lo que lleva leído del manuscrito.

—Encaja perfectamente bien —opina Eddy—. ¿Sabían que las islas del archipiélago llevan los nombres que llevan, o sea Robinson Crusoe y Alejandro Selkirk, gracias a Blanca Luz Brum?

Boris y Horst Palatino no tenían ni idea.

—Claro, fue ella la que convenció a Eduardo Frei Montalva, a mediados de los sesenta, cuando era presidente de vuestro país, de que le cambiara los nombres a las dos islas más importantes.

Boris:

—¿Y antes se llamaban cómo?

—Robinson Crusoe se llamaba Más Adentro, y Alejandro Selkirk, Más Afuera.

—Habían conservado los nombres originales —dice Horst Palatino.

—Bueno, pero al grano, ¿quién es esta Blanca Luz Brum? —pregunta Boris, que prefiere ni siquiera pensar en la hora que es y en lo que le espera.

—Tremendo personaje —continúa Eddy—, o personaja, si se prefiere. Nació en Uruguay, a comienzos de siglo. Fue poetisa, pero es más conocida por su vida que por su obra. Se casó muy pronto con el poeta peruano Parra del Riego. Tuvo un hijo con él. Poco después de nacido el niño, Parra del

Riego murió de tuberculosis y Blanca Luz Brum conoció a Siqueiros.

Horst Palatino:

—¿El muralista mexicano?

—El mismo —corrobora Eddy—, con él vivió una apasionada y tormentosa historia de amor, pero antes estuvo en Lima, se hizo amiga de Mariátegui y de todos los intelectuales y políticos peruanos de la época, de José María Eguren a Haya de la Torre. En fin, conoce a Siqueiros en Montevideo, amor a primera vista, flechazo total, y parte con él a México. Allí comienza a rondarla la fama, porque se vuelve íntima de Diego y Frida, frecuenta a Trotski, a Eisenstein, que andaba en México haciendo su famosa película sobre la revolución y no andan muy lejos Picasso, Eluard, Aragon y toda la crema de la órbita comunista. Por último Siqueiros es encarcelado, lo pasan fatal, ella acaba de tener un hijo de él, y cuando lo dejan libre se van a Argentina. Allá ella lo deja por un magnate de la prensa, parece que el tal Siqueiros era un celópata de cuidado.

Horst Palatino:

—A lo mejor ella le daba razones.

—Se supone, había una ensalada un poco rara, porque mientras Siqueiros estaba preso, ella vivía en casa de Diego Rivera, era de las más íntimas de Frida y seguro que, bueno, entre las dos se lo habrán mecanizado al maestro más de alguna vez. El caso es que ella se queda en Buenos Aires y Siqueiros se viene para acá, a combatir en la España republicana, al comienzo de la Guerra Civil. Ella, por su parte, se casa con un ingeniero chileno, pero vuelve a aparecer no mucho después por Argentina y se transforma en protegida de Perón. Las malas lenguas dicen que es un poco más que eso y que, en realidad, sale del país expulsada por la propia Evita. Vuelve entonces a Chile, que ya conocía bien, era íntima de Vicente Huidobro, por ejemplo, y de la intelligentsia que rodeaba al vate en Santiago. Huidobro, de hecho, le escribe también poemas de amor. Se establece finalmente en Juan Fernández y, por último, se vuelve una ferviente admiradora de Pinochet, y éste la condecora no hace mucho con no sé qué medalla. Eso es más o menos lo que sé de Blanca Luz Brum.

Horst Palatino:

—Una «bas-bleue», como dicen los franceses.

—Una «égérie» —dice Eddy.

Y Horst Palatino:

—¿Una qué?

—Una especie de musa universal, entre cortesana y musa literaria, el hecho es que conoció de cerca a todos los hombres influyentes de su generación, políticos, escritores, revolucionarios, intelectuales...

—Tú quieres decir que se los tiró a todos —dice Boris.

—Bueno, a todos todos, no sé; pero claro, al parecer era una mujer muy

guapa, apasionada, poetisa, pintora y de seguro que la mayoría de los tipos, esos grandes de la política, del arte y la literatura, hubiesen querido, pues, conocerla más íntimamente, ¿no? —aventura Eddy.

—¿Y tú cómo sabes tanto de ella? —pregunta Boris.

—Siempre me han interesado ese tipo de figuras femeninas que salen de la sombra para torcer el destino de muchos hombres importantes.

—Y retorcerse con ellos—murmura Horst Palatino.

—En el infierno de la pasión —acota Boris.

—En el deleitoso valle de lágrimas del amor—completa Horst Palatino.

—Bueno, claro, las grandes musas, las grandes inspiradoras, los grandes amores de tragedia griega—dice Eddy.

Y Boris:

—Esta es como una madame de Staël, pero pasada por el Comité Central, la célula clandestina, la Comisión de Control de Cuadros y vuelta al convento, ¿no?

—Y junto con eso —sigue Eddy—, las barricadas y los salones literarios, la clandestinidad y los talleres de los grandes pintores, los cuartuchos de los poetas y las mansiones de los grandes oligarcas.

Horst Palatino:

—No deja de extrañar su conversión final, del comunismo militante a la derecha conservadora, vaya y pase, pero al pinochetismo...

—Eso es lo interesante de su caso justamente, yo creo que en ella hay un trasfondo religioso muy fuerte —opina Eddy—, una especie de misticismo un tanto infantiloide, la búsqueda del absoluto y esas cosas.

Boris:

—Lo dice en su carta: Dios, Dios, Dios, la fraternidad humana...

Horst Palatino:

—Bueno, del estalinismo al pinochetismo no hay mucho trecho en realidad.

—Es una lástima que no estén los poemas —dice Eddy.

Horst Palatino piensa que a lo mejor había más cartas.

—Boris, tendrías que buscar de nuevo entre los papeles que se quedó Milagro, ¿no te parece?

A Boris le parece, aunque lo que le extraña es lo que esa carta prueba.

—¿Qué prueba? —pregunta Horst Palatino.

—Que Julián sí que tenía proyectos de viajar a Juan Fernández —responde Boris.

Y es que lo que más le extraña es que Julián nunca se lo hubiese comentado. Pero a Horst Palatino no termina de convencerlo el argumento de Boris:

—A ver, seamos sinceros, ¿qué te extraña exactamente, Boris?

—La verdad —dice Boris—, no deja de sorprenderme que nunca me haya hablado de esa novela, porque, claro, el manuscrito, los apuntes, esta carta ahora, todo lo que hay en esta carpeta indica que era extremadamente importante para él, y de alguna manera uno espera de los amigos, al menos los más cercanos, tengan la suficiente confianza como para hablar de esos proyectos, de lo que más se anhela, de los sueños, no sé...

—Estás decepcionado —interviene Eddy.

—No, decepcionado no es el término correcto, un poco sorprendido sí —reconoce Boris—, me sorprende que ni siquiera la haya mencionado entre sus eventuales proyectos, porque, como dice Eddy, la carta de esta señora viene a confirmar hasta qué punto Julián estaba interesado en Juan Fernández, sin duda alguna que tenía planes de ir allí.

Horst Palatino:

—¿Eso nunca te lo dijo?

—Sí, alguna vez me pidió que le cotizara en la agencia cuánto le saldría ir de Buenos Aires a Juan Fernández; de hecho, aquí está mi cotización—tocando la carpeta—. Luego me contó que había desestimado el viaje, lo que no me dijo era para qué quería ir allí, ahora me queda claro.

Horst Palatino:

—Era un viaje de documentación.

—Sin duda —dice Boris—. ¿Tienes hora?

—Las dos —contesta Horst Palatino.

—¿Las dos de la mañana? ¡Mierda, ahora sí que me tengo que ir!

—Cómo te vas a ir tan pronto, hermano —trata de disuadirlo Eddy—, tómate algo.

—Ni hablar, no puedo.

Horst Palatino a Eddy:

—Está de escritor.

—¿Cómo se puede «estar de escritor»? —pregunta Eddy.

Horst Palatino le explica.

—¿Madeleine Proust, te dice algo? —le pregunta Boris.

—No puede ser, caray —se ríe Eddy.

—¿Y Lea Capote, nada? —pregunta Boris—. Pues las dos te saludan.

Y se marcha.

Lo que más le llamará la atención a Van Huyten no serán los «entierros», ni los lechones blancos, ni las vecinas planchando de madrugada, ni los negritos debajo de la higuera. Lo que atraerá verdaderamente la atención del holandés cuando llegue a la isla será el duende.

—Un señor pequeñito —se lo describe Manfredi—, enano, pero muy formal, siempre vestido con el mismo traje, un terno azul de chaqueta cruzada, y un gorro de lana, también azul.

Van Huyten, al comienzo:

—Dejá de tomarme el pelo, ¿querés?

Entonces Manfredi lo lleva a hablar con don Arnaldo de Rodt y don Orlando Recabarren. Bueno, no lo lleva a ninguna parte. En realidad, se encuentran con don Arnaldo y don Orlando en el bar del Chueco Nane, que es uno de los dos o tres bares del pueblo. Eso ocurre la segunda noche, tras la llegada de Marius y Sabina a la isla.

Pero vayamos por partes. De octubre a enero, Manfredi y Glendys han llevado una vida absolutamente diferente a la que llevaban en Barcelona. Es lógico. Una vida dedicada a explorar la isla, palmo a palmo, como si fuesen dos náufragos, y también, en buena parte, a la lectura. Se han traído una mochila con libros, pero los dos frecuentan mucho también la biblioteca. Han devorado varios libros sobre la historia del archipiélago. Aunque quizá sería más apropiado decir las historias, porque Juan Fernández es, en cierto modo, la isla de Robinson y la isla del tesoro al mismo tiempo. O de los tesoros, al menos. En otras palabras, es un archipiélago de historias. Acaso sea el más literario de los archipiélagos. Quizás ese sea su verdadero tesoro. Historias de piratas y corsarios, historias de marinos y de náufragos, historias de capitanes y pilotos, historias de nazis y de prófugos, historias de aparecidos y de almas en pena, historias de emigrantes y de deportados, de tesoros y de duendes, historias de amor también, historias de vidas sencillas y de muertes sencillas e historias de muertes tremendas. Historias que no se cuentan en ninguna otra parte.

Por eso, Glendys y Antonio leen casi todo lo que tienen a mano. Hablan con la gente también. Pero esto ya es un poco más difícil, porque los pescadores no te cuentan así como así sus vivencias, digamos, más secretas.

Son bastante parcos, sobre todo al comienzo. Son pudorosos, no van a contarle sus experiencias personales a cualquiera. A Manfredi y Glendys los ayuda mucho la cercanía con doña Constancia y sus amigas, doña Florinda, doña Elisa. Son más locuaces las mujeres. Menos desconfiadas. Más sabias. Ellas los introducen en el universo de la isla, un universo que no se ve a primera vista. Ellas los introducen, también, con los pescadores. Bien. Muchas caminatas, mucha lectura entonces, mucha conversación. A pesar de que Antonio traduce un promedio de cuatro horas diarias, les queda todavía tiempo para caminar, para recorrer la isla, a pie y en bote. Para subir al Yunque e ir a acampar al Puerto Francés, por el Rebaje de la Piña, o al Puerto Inglés, o la Bahía El Padre.

A Glendys le encanta la isla. Ella escribe también una obra de teatro, el primer borrador si se quiere, es algo que siempre ha querido hacer pero que sólo se atreve a emprender en Juan Fernández. Acaso el hecho de vivir en la isla le parece garantía suficiente de que nadie se enterará nunca. Lo cierto es que es un viejo sueño de Glendys: no sólo hacer teatro, sino, algún día, escribir una obra y crear ella misma la puesta en escena. Pero, claro, allá en Barcelona, trabajando en el bar, llevaba una vida tan alejada del teatro, tan desvinculada de su verdadera vocación que, obviamente, ni siquiera se permitía pensar en escribir algo. Y ahora, curiosamente, en la isla, a miles de kilómetros de los teatros, de la «vida teatral», de la «vida cultural», Glendys ha comenzado a escribir. Y no sólo ha comenzado a escribir, sino que piensa formar un pequeño grupo de teatro. Con gente joven, muchachos y muchachas que nunca han puesto los pies en un escenario. Un grupo que quedará funcionando tras su partida. Porque volverá a la isla, eso es seguro. Cuando Glendys piensa en su vida en Barcelona, le da una especie de escalofrío. No sabe cómo pudo resistir esa vida. Y tampoco sabe cómo hará cuando regrese allí. Es más, la sola idea de tener que abandonar la isla y, sobre todo, de retomar su rutina en Barcelona la sume en un estado de profunda melancolía. Sí, pero la estancia en la isla no será eterna. Eso también lo sabe. Cada día que pasa se acerca más el momento en que deberán abordar el pequeño bimotor que los llevará a Santiago, y desde allí, tal como vinieron, un avión a Madrid, otro a Barcelona. Fin. No, se dice Glendys, ¿por qué? Decide no pensar en eso. Está bien en la isla con Antonio.

Por las noches, después de cenar, suelen ir a tomar una cerveza y a jugar brisca donde el Chueco Nane, o al Bahía. Una de esas noches, precisamente en el Bahía, conocen a una pareja que acaba de llegar al pueblo. Son franceses. Ella se llama Catherine y él Daniel. Tienen un hijo, Yann, de ocho años. Están dando la vuelta al mundo en el velero de Daniel, el *Morbihan II*. Han salido de La Trinité sur Mer, un pequeño puerto de Bretaña. En pleno océano Pacífico, el motor se les ha averiado. Han llegado a Robinson Crusoe usando las velas, los vientos han estado favorables. Pero es imprescindible

reparar el motor, sobre todo para afrontar lo que viene, la travesía hasta isla de Pascua y de allí Tahití, Palmerston, Samoa, Tonga, Fiyi, Nueva Caledonia, Australia. Llevan casi dos años de navegación y, de todas maneras, pensaban hacer una escala en la isla de Robinson Crusoe. Salvo que la reparación se revela harto más complicada de lo previsto. Pasan tres semanas y Daniel, Catherine y Yann aún están en la isla. Y, sobre todo, el motor sigue allí, desarmado. Como es de esperar, se hacen amigos con Manfredi y Glendys. Catherine es profesora de literatura francesa, ama la poesía y habla un español bastante rudimentario, pero igual se da a entender. Lee la obra de Glendys y la alienta mucho a crear el grupo de teatro. Daniel es más parco, un tipo simpático, pero de pocas palabras. Además, no habla exactamente castellano, sino una especie de francés italianizado, una cosa rara con la que se da a entender apenas. Por suerte, Manfredi sabe bastante francés. Lo habla con un acento terrible, no puede pronunciar la palabra «voyageur», por ejemplo, y cuando trata de decir pescado, «poisson», pronuncia irremediablemente veneno, «poison». Pero gracias a los denodados esfuerzos que Manfredi hizo desde los quince años por leer a Flaubert y a Stendhal en su lengua original, Daniel tiene ahora alguien con quien conversar, algo que no es desdeñable en su situación.

Así están las cosas cuando llegan Marius y Sabina a la isla. La primera noche, Glendys y Manfredi invitan a los recién llegados y a sus nuevos amigos franceses a un asado de bacalao y mero, precedido, como debe ser, por unas langostas a las brasas. Marius y Sabina han traído varias botellas de vino de Santiago, y Daniel y Cathy aportan las últimas provisiones de lujo que habían conseguido guardar celosamente hasta entonces: un tarro de foie gras y una botella de Sauternes. Con todo eso se dan un verdadero festín. Y Antonio y Glendys van poniendo al corriente a los recién llegados. Van Huyten y Sabina quieren saberlo todo. También Catherine y Daniel, que nunca han estado en el Pacífico Sur. Antonio y Glendys cuentan, hablan de su vida en la isla, pero también de la geografía, física y humana, o sea las costumbres, los mitos, de Juan Fernández. Les cuentan por cierto sobre los tesoros, es decir los «entierros». Pero lo que más le llama la atención a Van Huyten es la historia del duende de Selkirk. No inventan nada, dice Manfredi, ¿verdad, Glendys? Ella corrobora, absolutamente nada; bueno, chico, si existe el duende o no eso ya no lo sé, yo nunca he creído mucho en esas cosas. Y Antonio: ¿pero lo contó o no lo contó? Glendys: ah, no, Manfred tiene razón, de que le escucharon la historia a don Arnaldo, se la escucharon enterita y, esa noche al menos, nos dejó con la boca bastante abierta. Manfredi es el que asiente ahora, pero ya Van Huyten y Sabina, Cathy y Daniel están pidiendo que sigan: ¿un duende?, ¿qué historia es esa? Antonio: Glen, cuéntala tú. Y ella: pero Manfred, si el que echa los cuentos aquí eres tú. Así que Manfredi cuenta lo que le contaron. Es muy sencillo, dice, nada del otro mundo. Don Arnaldo y don Orlando estaban trabajando en Selkirk. Era plena temporada de

langosta, así que estaban viviendo allí. Una tarde, dice don Arnaldo, se encontraban trabajando cerca de la costa, cuando de pronto ve un señor pequeñito, como de un metro, quizá menos, ovillado en la proa del bote, como si estuviera durmiendo la siesta. Don Arnaldo, sin hacer ruido, le señala el hombrecito a don Orlando. Se quedan los dos mudos, mirándolo. ¿De dónde había salido? Por supuesto, no lo habían embarcado esa madrugada, al salir a trabajar. Ni se lo habían traído de Robinson en el bote, imposible. Estuvieron como un minuto o dos, dicen, mirándolo. Dormía plácidamente y como era muy pequeñito cabía perfectamente en ese espacio triangular de la proa. Don Arnaldo y don Orlando dicen que iba muy bien vestido, con un traje azul marino cruzado, una chaqueta de esas que se hacían antes, con tres botones, zapatos negros, muy brillantes, o a lo mejor de charol, y un gorro de lana, también azul. El gorro de lana desentonaba un poco, porque el traje era como de caballero elegante, podría haber sido alguien importante, alguna autoridad de Valparaíso, incluso de Santiago. El problema, claro, es que era un verdadero enanito y, además, ¿cómo había llegado hasta allí? De pronto, no recuerdan muy bien por qué, si alguno de ellos se movió, si el bote crujió o qué, el hecho es que el señor se despertó: buenas, le alcanzó a decir don Arnaldo, pero el enano en un abrir y cerrar de ojos saltó, como un resorte, del bote a la playa y se perdió entre los helechos. Don Arnaldo y don Orlando cuentan que nunca habían visto correr tan rápido a un humano.

—Si es que era un humano —dice Glendys.

—Claro —remata Antonio—, pero bueno, con ese terno, los zapatos, el gorro de lana, ¿qué otra cosa iba a ser, Glen?

Y ella:

—Manfred, no te estarás creyendo de verdad el cuento ese del duende, ¿no?

—Por supuesto que lo creo —dice Manfredi—, si ellos lo vieron y más de una vez, ¿quién es uno para venir a poner en duda la experiencia de dos pescadores?

Glendys mueve la cabeza de un lado a otro, como diciéndole: ingenuo tú.

Y a Marius no, no le cuadra mucho la historia:

—Nos están tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Por qué te estarían tomando el pelo? —replica Sabina—, en todas partes se aparecen personas, duendes y esas cosas, hasta en Finlandia hay duendes.

—Pero es que aquí, si es cierto, se trata de un caso muy especial, ¿no? —dice Marius.

—Si quieres saber mi opinión —dice Manfredi—, yo no creo en la existencia de los duendes ni dejo de creer tampoco, creo en el relato de don Arnaldo y don Orlando, si ellos dicen que lo vieron es que lo vieron, punto.

—Es que eso es lo alucinante —opina Van Huyten—, que lo hayan visto, que se haya perdido así, de un brinco, no sé...

Cathy es de la misma opinión. Ella sólo había escuchado historias de duendes en la mitología de su Bretaña natal, pero algo como eso, nunca, increíble le parece. Daniel, por su parte, fuma y sonríe, en silencio.

—Y eso no es todo —agrega Antonio—, unos meses más tarde, siempre en Selkirk, otro pescador de acá, don Walter Tapia, estaba no muy lejos de la caleta en donde don Arnaldo y don Orlando lo habían visto por primera vez, estaba con un sobrino esa vez, en la playa, preparando el caldero para asar unos pescados, cuando se les volvió a aparecer, el mismo señor con el traje azul, los zapatos brillantes, el gorro de lana, dicen que lo vieron los dos y enmudecieron, el duende estaba apoyado en una roca, fumando un cigarrillo, y cuando le fueron a hablar, el hombrecito dio un salto y se perdió entre las dunas.

—Eso ya es mitología pura, chico, déjate de historias —dice Glendys.

—¿Pero será cierto; quiero decir, no se habrá difundido la historia y de golpe todo el mundo se puso a ver al duende? —se pregunta Marius.

Y Antonio propone:

—Mira, mañana vamos a hablar con los pescadores que lo vieron y ya está.

—Yo iría a buscarlo —dice Cathy, entusiasmada, le encantan las historias de gnomos, duendes, elfos, no por nada es bretona—. Se puede ir a esa isla, ¿verdad?

—Claro que se puede —responde Manfredi.

Al día siguiente se encuentran los seis donde el Chueco Nane, cuando entran don Arnaldo y don Orlando.

—Ellos son —dice Manfredi.

Los invita a su mesa. Hace las presentaciones. Don Arnaldo y don Orlando vuelven a contar la historia, las dos, la de ellos y la de don Walter Tapia y su sobrino: un hombrecito de no más de un metro, con terno azul cruzado, zapatos negros lustradísimos, gorro de lana azul.

—Duende será, pero es más elegante que la cresta —se ríe don Arnaldo.

—Más elegante que la yegua del toni —dice don Orlando.

Se carcajean los pescadores. Cathy pregunta si se puede ir a Selkirk. Marius la apoya:

—La historia merece el viaje, ¿y si lo encontramos?, a mí me encantaría sólo verlo, con eso me conformo.

Sabina no está de acuerdo:

—Un duende, ¿y qué?, está lleno de duendes por todas partes; Finlandia, mi país, está repleto de duendes.

Y Marius:

—Tú dale con Finlandia, este es un duende del Pacífico Sur, no un duende finlandés, ¿no te das cuenta?

Pero para Sabina viene a ser lo mismo:

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Cómo que cuál es la diferencia? —a Marius le parece alucinante que Sabina no vea la particularidad del caso—, imagínate lo que tiene que contar el duende de Alejandro Selkirk.

—Sí, claro —concuerda Antonio—, para empezar, de dónde sacó el traje, cómo lo hace para mantener los zapatos tan lustrados.

Cathy ríe hasta las lágrimas.

—Eso —dice—, ¿por qué anda tan elegante?

Y Antonio:

—Además, perdóname, Sabina, pero un duende de Selkirk sin duda alguna que tiene mucho más mundo que un duende finlandés.

—De eso no estoy tan segura —contesta Sabina, un tanto airada—. ¿Por qué un duende de una isla perdida del Pacífico va a tener más mundo que un duende de la estepa finlandesa?

—Pasado mañana sale una lancha —dice don Orlando—, claro que regresa dentro de una semana.

Así va tomando forma el viaje a Selkirk.

—Yo de duendes nada —declara Glendys—, la verdad, con los humanos normales me basta y me sobra, y además son veinte horas de navegación, y para más inri de noche; no, ni amarrada, chico.

—No, no son veinte horas —tercia don Orlando—, son catorce nomás, si la lancha que va es grande.

Pero Glendys ya ha tomado su decisión:

—Bueno, catorce, pero igual, yo los espero aquí.

Daniel debe ir dentro de tres días a Valparaíso y se ha propuesto viajar con Yann. Al final, los expedicionarios son Antonio, Marius y Catherine. Dos días más tarde partirán. Estarán una semana. Acampando. Aprovecharán de subir al cerro de los Inocentes que domina la isla desde sus casi dos mil metros de altura. En la cima, rodeados de nubes, tendrán la sensación de estar encima de un meteorito que navega sobre el océano, como si la montaña se desplazara sobre el infinito campo azul del mar. Recorrerán cada día una quebrada distinta. Y también las planicies, llenas de pastos altos. Saldrán a la pesca de la langosta con los pescadores de Robinson que pasan la temporada allá. Harán fogatas en la playa por las noches. Asados de mero, bacalao, langostas hasta en el desayuno. Alguien les vende un cabrito. Han traído vino y pisco. Y Marius, como siempre, aportará su porrito para completar las veladas. Es decir, lo pasan de rechupete, lo pasan bomba, lo pasan de puta madre. Pero del duende nada. Cero duende.

Un día antes de volver a Robinson, regresan de la Quebrada de las Vacas,

cuando Cathy, que va algunos pasos delante de Manfredi y Van Huyten, se detiene abruptamente, levanta el brazo, indica hacia el talud. Manfredi y Van Huyten se acercan, sigilosos. Y allí está, sentado en una piedra no más grande que un ladrillo. Fumando. Con la pierna derecha cruzada sobre el muslo izquierdo y la espalda apoyada en un helecho. Digamos que está cómodamente instalado. O, al menos, lo parece. Manfredi, Van Huyten y Sabina se quedan petrificados. Pero los tres constatan lo mismo: el traje azul, un poco gastado, pero se diría que de excelente paño, de excelente confección, los zapatos negros, brillantes. Manfredi es el primero en romper el silencio: falta el gorro, murmura. El hombrecito los mira con toda calma, con absoluta naturalidad, como si esos tipos que lo escrutan y él mismo estuviesen en la terraza de un café, digamos en Lisboa o en Venecia, pero no allí, en la Quebrada de las Vacas, isla Marinero Alejandro Selkirk, a centenares, véase a decenas de miles de kilómetros de cualquier historia en donde la terraza de un café tenga siquiera una remota posibilidad de existir. Cathy, porque, lo dicho, las mujeres son menos desconfiadas, jugándose el todo por el todo, dice:

—Buenas tardes.

El duende no se amilana:

—Buenas —responde—, ¿de paseo?

—Sí —dice Cathy—, es maravillosa esta isla.

El duende, con un dejo evidentemente irónico:

—¿Maravillosa?, se la regalo.

Manfredi, entonces, temiéndose lo peor, concretamente que apenas los sonidos salgan de su aparato fonador, el señor del traje azul se desmaterialice, entre paréntesis, no sabe por qué no puede dejar de ser pesimista Manfredi, no sólo en esta situación, ¿por qué sos tan pesimista?, se pregunta, ¿por qué siempre creés que a vos todo te saldrá mal?, piensa mientras formula la pregunta:

—¿Usted es de acá?

—¿De acá? —pregunta extrañado el hombrecito—, nadie es de acá, esta es una isla deshabitada, los pescadores que vienen son de Robinson y esos tampoco son de allá.

—Bueno, pero usted es de Robinson—dice Manfredi, ya con un poco más de aplomo porque al duende, se nota, no le ha parecido una pregunta muy afortunada, pero al menos sigue allí.

El duende aplasta el cigarrillo en una cajita de lata, una cajita que podría haber contenido pastillas de menta, por ejemplo. Lleva su propio cenicero, murmura Cathy, c’est trop mignon, o sea es una monada, una ricura, c’est trop trop mignon, sigue Cathy, embelesada, y Van Huyten, con un codazo: mais t’ais-toi, merde!, o sea, ¿tendrías la amabilidad de guardar silencio, por favor? Y el duende:

—No, tampoco soy de Robinson, no exactamente, ¿pero importa mucho de dónde sea uno?

—No, claro que no —reconoce Manfredi.

—Usted mismo, ¿sabe de dónde es? —pregunta el duende.

—Bueno —dice Manfredi—, soy argentino.

El duende:

—Pero no vive allí.

Manfredi, un tanto sorprendido:

—No, claro, ¿cómo lo sabe?

—Se le nota —responde el duende, algo críptico—, ¿hace cuánto tiempo?

—Va a hacer, a ver, casi quince años.

—¿Ve? —dice el duende, y dirigiéndose a Van Huyten—: ¿Y usted?

A Marius la pregunta lo toma un poco por sorpresa.

—No, yo, bueno, este... es un poco especial, nací en Holanda, pero casi no he vivido allí.

—Peor todavía —declara el duende—, habrá vivido en quizá cuántos países. ¿De dónde es, entonces?

Pero Van Huyten prefiere cambiar de tema:

—Ya nos habían hablado de usted.

—Nada de raro —reconoce el duende—, aquí todo el mundo se conoce. ¿Y qué le dijeron?

—Que era muy elegante —cuenta Cathy.

Y Manfredi agrega:

—Y que una vez lo vieron durmiendo la siesta en la proa de un bote.

El duende se ríe, llevándose una mano a los labios, muy circunspecto:

—¿Elegante yo?, es que aquí —y hace un gesto que quiere abarcar el paisaje con el brazo— es gente muy rudimentaria, son unos pobres campesinos que viven arriba de los botes; qué sabrán de elegancia, imagínese.

—Pero sí que está muy elegante —opina Cathy.

—Viejos restos, señorita—dice él—, lo poco que va quedando; usted, por cierto, ¿es francesa?

Cathy asiente. Y él, reclinándose contra el tronco del helecho y levantado los brazos al cielo:

—Ah, París —trata de pronunciarlo a la francesa—, ah, Parríss —dice con fingida nostalgia—, Parríss —y agrega—: Cherchez la femme —que en su español insular suena algo así como charchélafamm.

Cathy se ríe y el duende también se ríe, con una breve carcajada seca, que acaba en una tosecita de fumador.

—¿Conoce París? —pregunta Cathy.

—Qué más quisiera yo —dice él—, pero he visto muchas películas —y vuelve, casi solazándose—: Parríss.

Extrae otro cigarrillo del paquete, Van Huyten se apresura a sacar de su bolsillo un encendedor, adelanta el brazo para ofrecerle fuego, pero el hombrecito da un respingo y escuchan su voz, pero ya no lo ven:

—Nada de tretas, amigo —dice, y cuando se dan cuenta no está ya sobre la piedra, contra el helecho en lo alto del talud, sino al lado opuesto, el que da a la quebrada, sobre un árbol.

—Perdone —se excusa Van Huyten—, no quería asustarlo.

—No es susto —dice él—, es precaución.

Manfredi piensa: duende precavido vale por dos, y también piensa que ya no le sacarán mucho más en esas circunstancias, en cualquier momento, por pura precaución, como dice él, se les evapora y si te he visto no me acuerdo, por eso se atreve:

—Oiga —le propone—, dentro de un rato vamos a hacer un fuego, aquí al lado, en la playa, un asadito de pescado, unas langostas a las brasas, nos encantaría que nos pasara a ver, estamos en un par de tiendas de campaña, no se puede perder.

El duende lo mira con cierta condescendencia, desde la rama en la que se ha sentado:

—Bueno, yo no me pierdo en Selkirk, pero le agradezco, es que, la verdad, del pescado y la langosta a las brasas estoy un poco hasta más arriba de la coronilla, usted comprenderá, son años, ¿verdad?

Entonces Cathy tiene lo que se llama una idea genial:

—Pero usted no ha probado mis espaguetis al pesto —le dice—, le aseguro que son de lo mejor en la materia.

Allí el duende como que cambia de opinión:

—¿De verdad tiene pesto?

—Claro que sí —afirma Cathy, con una sonrisa seductora—, hecho por mí, además.

—Mire —dice el duende—, tengo varias cosas que hacer, la verdad, no le prometo nada, pero tratándose de un buen plato de tallarines...

Y Cathy, categórica:

—Le prometo que no se va a arrepentir.

Cuando van bajando hacia la playa, Manfredi pregunta:

—¿Cómo se te ocurrió lo del pesto?, ahora habrá que inventarlo.

Y Cathy:

—Es que de verdad tengo un frasquito en el fondo de la mochila, creo que está allí desde que salimos de Francia y como nos quedan dos paquetes de pasta...

—Che, perdoná que interrumpa —interviene Van Huyten—, pero me estaba preguntando en qué se puede estar tan ocupado en esta isla.

Manfredi cree comprender:

—Tú quieres decir en qué trabaja un duende.

—Bueno —opina Cathy—, probablemente se ocupa de algo, de las cabras, de algún huerto...

—¿Con ese traje? —se pregunta Van Huyten.

Pero Cathy no está dispuesta a que Van Huyten comience a cuestionar lo que acaba de producirse.

—Marius, por favor—dice, algo exasperada—, ahora que lo hemos visto no te vas a poner a dudar de todo, un duende es un duende, bon Dieu...

—Tenés razón —reconoce Van Huyten.

Y Manfredi abunda:

—Yo también creo, un duende es... vete tú a saber qué es.

Van Huyten:

—Sí, un duende es un duende, ya entendí —dice Van Huyten—, no le demos más vueltas al asunto.

Y Manfredi:

—Sí, un duende es un duende, punto. Esa es la mejor definición.

27

Boris se preparó una cafetera grande y comenzó a escribir. Estaba en el capítulo IV. Mierda, apúrate, se dijo. Ya: «Jennifer regresó esa noche a su casa de Riverside Drive y le dijo a su esposo: George, tenemos que hablar. Hacía tiempo que la pasión entre ellos se había enfriado. Ambos lo sabían, aunque siempre habían evitado tocar el tema. Hay cosas de las que es mejor no hablar. Hasta que es demasiado tarde. Hasta que no queda otra alternativa y hay que hablar y sufrir y, casi siempre, hacer sufrir. Pero Cupido, ese niño caprichoso, exige sufrimientos ("Cupido, ese niño caprichoso", habrase visto cursilería igual, qué asco, se dice Boris, y también se dice: Boris no atornilles al revés, no ahora, piensa en las cuatrocientas mil pesetas, dale). Por fortuna, George era un tipo razonable. Jennifer lo estimaba y lo valoraba como padre y esposo. Pero tenía que tomar una decisión». Boris miró la hora: carajo, las tres y media de la mañana, nunca lo lograré... venga, dale, no es el momento de bajar la guardia, siguió escribiendo. «Lo que más apreciaba Jennifer era la honestidad. Lo que más la sublevaba era ver a las personas actuar en contradicción total con los principios que decían tener. Y según los de ella, el amor era más importante que las apariencias. En otras palabras, había llegado el momento del divorcio. Para su esposo fue una decisión dolorosa, pero terminó por comprender. Como ella se marchaba a un país lejano, a una zona selvática asolada por la guerra, acordaron que él se ocuparía de las dos niñas, que ella vendría a verlas todas las veces que quisiera. Dejar a sus hijas fue un sacrificio sobrehumano, pero la pregunta era: el amor, ¿se presentaría nuevamente en su vida? Ella tenía más de treinta años, ya no era una muchacha. Y, además, estaba segura de que muy pronto recuperaría a sus niñas. De hecho, tenía un plan al respecto. Me alegro de que hayas encontrado nuevamente el amor, dijo George al despedirse. Oh, George, lo abrazó ella, estoy segura de que también volverá a llamar a tu puerta...». Y en ese momento, Boris se tuvo que interrumpir porque justamente, aunque eran casi las cuatro de la mañana, estaba sonando el timbre, el maldito interfono. Llegó de una zancada junto a la puerta, descolgó el auricular: ¿sí? Debería haber funcionado su intuición, pero estaba demasiado absorto en el papel que tenía en el rodillo de la máquina, por eso casi dio un salto cuando escuchó, allá abajo, la voz de Milagro:

—¿Boris, te despierto?

—No —contestó él—, pero es que...

Titubeó un segundo, iba a agregar, estaba trabajando, no puedo recibirte

ahora mismo, por qué no nos vemos mañana por la noche, o, mejor, dentro de dos días, es que tengo que entregar un trabajo en cuarenta y ocho horas, un trabajo que me tiene desesperado; de hecho, no sé si lograré sacarlo adelante. Quería agregar alguna de estas frases, Boris, o todas ellas, pero de inmediato, al escuchar su vacilación, Milagro dijo:

—Entiendo, nos vemos en otra ocasión.

Tono cortante. Seco. Y se marchó. Boris alcanzó a escuchar durante un brevísimo instante el sonido de sus tacos en la calle desierta y, a pesar de que mantuvo el botón rojo apretado durante varios segundos, mientras gritaba ¡Milagro, Milagro!, muy pronto ya no percibió sino el chisporroteo eléctrico del aparato. Qué idiota, se dijo, qué imbécil. Volvió a la máquina: «Oh, George, estoy segura de que también volverá a llamar a tu puerta...». Creyó que estaba con alguna chica, ¿cómo podría alguien pensar otra cosa? Sobre todo alguien que ayer recibe un soneto con una rosa y hoy... porque, sin duda alguna, venía por eso, de lo contrario jamás se hubiese atrevido a llamar a la puerta a las cuatro de la mañana; en cambio, salió del trabajo y se dijo allá voy, y yo: pero es que, pero es que... so oligofrénico. «Oh, George, estoy segura de que volverá...». ¿Qué hacer? «Oh, George...». A la mierda.

Boris agarró una chaqueta del perchero y se echó escaleras abajo. Al llegar al edificio de Milagro, frente a los botones de los timbres: ¿llamo o no llamo? Llamó. Boris a sí mismo: pero si vino por lo del soneto va a tener que pasar algo... sí, claro, ¿y? El portón de fierro de inmediato hizo clic. ¿Pero qué va a pasar?, pensó Boris, y sobre todo, ¿cómo hacer para que pase? Bien, respiró hondo, que sea lo que Dios quiera. Y mientras subía los dos pisos: ¿lo que Dios quiera?, lo que Cupido quiera; bueno, Cupido, Dios, qué más da. La puerta de Milagro se abrió. Su cabellera ensortijada en el espacio que queda entre la hoja de la puerta y el marco. Sus ojos color humus, el dibujo de sus labios... Boris: perdona, yo... Pasa, dice ella. Él entra en el piso y la ve desde atrás, caminando hacia la cocina. Una camisa de dormir negra se pega como una segunda piel a sus nalgas y deja ver la espalda, los muslos voluptuosos, color chocolate, las pantorrillas torneadas, los pies firmes, de uñas más bien cuadradas, rojas. Ella se detiene frente a la nevera, saca una botella de agua, se sirve un vaso. ¿Quieres tomar algo?, pregunta. Él: no, gracias, Milagro... este, quiero decir, yo no... Y ella: ¿tú no qué?, alargándole de todas formas un vaso con agua helada. Boris se traba, no encuentra las palabras, ¿qué decir?: ¿yo no estaba con ninguna chica, Milagro?, ¿yo estaba solo, Milagro, te lo juro? Cómo le iba a decir eso. Ella, tendiéndole todavía el vaso: ¿quieres hielo? Boris: no te abrí porque estaba trabajando, lo siento. Milagro: no tienes por qué justificarte; de hecho, no debería haber ido. Boris: no, por el contrario, pero es que tengo que escribir dos libros. Y ella: ¿dos libros? Boris: sí, tengo una semana para escribir dos novelas. Ella lo mira con una sonrisa de incredulidad: ¿qué dices? Boris: bueno, dos novelas románticas, de la serie Jazmín, ¿sabes? Y ella: no, no tengo ni idea, y poniendo agua a calentar:

¿quieres una infusión? Boris: ¿Julián nunca te contó que escribía novelitas románticas? Milagro: a ver, espérate un poquito, ¿me estás diciendo que Julián escribía novelas Jazmín? Boris: escribía, claro que sí, y yo también, en realidad, escribimos mucho juntos. Ya está, piensa, me está escuchando, pasamos el primer escollo. Y se larga a hablar. De Francine Scarlett Fitzgerald, Georgina Greene, Pauline Auster. Le cuenta que fueron Farah Faulkner y Madeleine Proust. Y que él mismo, allí donde ella lo ve, ha sido Albertine Camus y Sofía Debeauvoir. Milagro no lo puede creer. ¿Julián y tú escribiendo novelitas de quiosco? Boris: muchas veces. Le cuenta entonces la historia un tanto compleja de *Pasión en las islas,* le habla del tal Paco de la Paz, de su último llamado, y mientras la pone al corriente se acuerda de la frase de Max—pide ayuda si es necesario— y se le ocurre una idea brillante. Milagro se parte en dos de la risa. Pero yo tengo que leer esas novelas, dice, entusiasmada, ¿dónde están? Boris piensa: apúrate, engánchala ahora y contesta: yo he conservado la mayoría y, de hecho, no estaría mal que las leyeras porque te quiero proponer un negocio. Ella entonces lo mira, intrigada, o haciéndose la intrigada, vaya a saber. Las mujeres suelen disimularlo, pero por lo general han entendido todo mucho antes que el macho que tienen delante siquiera acabe de pronunciar la frase con la que pretende sorprenderlas, descolocarlas, echárselas al bolsillo o, directamente, hacerlas rodar sobre alguna cama u otra superficie más o menos muelle. Porque eso es lo que, en el fondo de los fondos, pretende Boris. ¿Qué otra cosa podría pretender? ¿Darle un curso de poesía española de los siglos de oro? ¿Invitarla a que lean juntos el *Manual de métrica española,* de don Tomás Navarro Tomás? Ella, entonces, con una sonrisa intrigada, pero ya, seguro, se dice Boris, adivinándolo todo: ¿un negocio? Boris: sí, que escribas la segunda novela mientras yo termino la primera. Milagro: tú estás loco, chico, si yo no sé escribir. Boris: no hay que ser Cortázar para escribir esto. Milagro: pero si yo apenas sé hablar, Boris, cómo voy a escribir. Boris: no hay que ser Faulkner, ni Cabrera Infante. Y le explica: es muy sencillo, yo te dejo un esquema, una lista de lo que va pasando en cada capítulo y tú vas escribiendo, frase a frase, con un lenguaje muy simple, hasta completar un capítulo y luego otro, y después yo ya habré terminado la primera novela y podré corregir y terminar la segunda, y al final, dentro de una semana, tendremos cuatrocientas mil pesetas, ¿te das cuenta? Milagro: no, Boris, búscate otra persona. Pero Boris no ceja. Está convencido de que... ¿de qué? Ni él lo sabe muy bien, pero no es muy difícil imaginar en su lugar: si Milagro acepta escribir esa novela tendrá un pretexto (nunca mejor dicho) para estar junto a ella varios días y lograr que pase lo que él quiere que pase. Eso equivale a tenderle una especie de trampa, pero si se lo dijéramos, seguro que saltaría al techo. Boris: ¿una trampa yo?, ya me gustaría a mí ser un tipo capaz de tender trampas a las mujeres, pero si no sé ni siquiera besarlas, ¿cómo les voy a tender trampas? Boris le dice: más que un negocio, te estoy pidiendo ayuda, y sólo tú puedes ayudarme. Todos sus amigos, Max, Eddy, Horst Palatino, están cubiertos de

trabajo hasta por encima de la cabeza, ni siquiera tienen tiempo de escucharlo. Boris sigue en la misma línea durante unos minutos que se le hacen eternos —si no consigo que trabaje conmigo, piensa, se jodió el plan, nunca habrá otro beso, ni abrazo, ni cama, ni desayunos en las mañanas de domingo...—, pero al final se produce lo que él esperaba, o sea, que Milagro termina por preguntar: ¿y de qué va la novelita esa?

Él, práctico ante todo, le hace un esquema. Fácil, le dice. Una mujer de treinta y cinco años. Se llama Julia Byrne. Es bella, es distinguida y, sobre todo, es casada con uno de los abogados más ricos de Estados Unidos. Por supuesto, su esposo es un gran seductor, un galán, un deportista sin par. Nombre: Grant Stevenson. Cuando comienza la novela... Milagro lo interrumpe: pero, primero, ¿cuál es el título? Boris, piensa, cuál título, cuál título, rápido, huevón, y dice: voy a conquistar tu amor. Milagro repite, despacio: voy a conquistar tu amor, no está mal, ¿pero eso no es una salsa? Boris: sí, es un tema de Johnny Rivera, pero las lectoras de este tipo de novelas no escuchan salsa. Milagro: ¿ah no? Boris: y si la escuchan, no se acuerdan. Bien, sigamos. Grant está atravesando el Mediterráneo. Desde Marruecos a Niza. Solo. En su velero. Extravagancias de él. Julia está acostumbrada. A esas travesías en solitario y otros proyectos, digo (travesía del desierto de Gobi en moto, cruzar el polo en dirigible, esas cosas que se le ocurren a los ricos para sentir lo que la mayoría de los cristianos sienten con sólo mirar sus cuentas en el banco: escalofríos). Bueno, travesías oceánicas en solitario ya ha hecho varias, Grant (desde Australia a Sudáfrica, desde Nueva York a Portugal). Es un marino avezado. Julia se ha quedado con los cuatro niños, en su casa de Nueva Jersey. Por la noche (la noche de ese primer capítulo), Julia recibe una llamada que cambiará para siempre su vida. Es del Consulado de Estados Unidos en Alicante. Ha habido una tormenta en el Mediterráneo. El velero de Grant ha desaparecido. Lo están buscando, pero las condiciones meteorológicas son pésimas. No se sabe si... etcétera. Milagro lo interrumpe: tú tienes más imaginación que Hemingway, chico, deberías escribir en serio. Boris: escribo en serio, pero no novelas. Milagro: pues a qué esperas. Boris: comencemos por ésta. Milagro va a buscar papel y lápiz: espera que anoto, dice, y Boris cree percibir entre sus ojos negros y sus labios carnales una especie de sonrisa, ¿de fascinación?, qué más quisiera él, de entretención al menos, está entretenida, ya es algo. Sigamos, propone. Okey, dice Milagro, tú sigue, yo voy resumiendo. Se queda viuda en el primer capítulo, la pobre Julia. La Julita, se ríe Milagro, ¿y entonces? Boris: nada, a los diez días un barco de la Marina española ubica el velero, a cien metros de profundidad, pero no el cuerpo de Grant. ¿Conclusión?, funeral de córpore insepulto, los cuatro niñitos y ella de riguroso luto en toda la prensa *people* del planeta, imagínate... Milagro: como si lo estuviera viendo. ¿En qué trabaja? Boris: este... digamos que es anticuaria, en un pequeño pueblo muy lovely, muy charming, de Nueva Jersey, después averiguamos cuál. Milagro:

¿Y enseguida? Boris: aquí comienza lo bueno, el hijo del dueño de la funeraria del pueblo, Pierce Lennox, veintitrés años, doce menos que ella, estudiante de derecho, desde hace mucho está enamorado de Julia, ella se ha dado cuenta, a pesar de que él siempre ha sido muy discreto, pero ahora, con esta tragedia, Pierce se acercará a ella, la ayudará en un montón de cosas prácticas, pasará cada noche a verla un rato, hasta que un día le declarará su amor Pierce le dice a Julia: ¿me dejarás alguna vez entrar en tu mundo? Pero, claro, ella es una viuda respetable, con cuatro hijos, no puede ser, le dice Julia, sólo podremos ser buenos amigos, Pierce, además yo amo a Grant... ¿Lo amarás toda la vida?, pregunta Pierce. Toda la vida, responde Julia. Aunque, en el fondo, hay otra razón, que no se dice nunca, pero que no es menos poderosa, y es que una señora de la alta sociedad como Julia no se va a ir a casar con el hijo del sepulturero del pueblo. Milagro: ¿y por qué no? Boris: porque no se hace, y ese es nuestro primer escollo, la diferencia de edad y de condición social, pero cuidado porque aquí viene el tercer elemento, y es que al cabo de un par de semanas se descubre que Grant no estaba solo en ese velero... Milagro: ay, no, chico, no me digas eso, ya sé para dónde vas. Boris: no, no estaba solo, sino en compañía de una tal Shanny O'Brien, la mujer de Hugh Rinaldi, un conocido abogado de San Francisco, rival de Grant en numerosas ocasiones. Milagro: no, pobre Julita, viuda y cornuda al mismo tiempo. Boris: así es la vida, cuántas veces Julia escuchó a Grant poner al tal Hugh Rinaldi por los suelos y ahora... Milagro: ahora... Boris: sí, ahora se venía a enterar de la verdad. Milagro: ¿pero eran amantes desde hacía cuánto? Boris: tranquila, ya viene... Milagro: Pierce entonces vuelve a la carga... Boris: claro que sí, y como no es imbécil contrata un detective, y ese detective descubre que Grant y Shanny eran amantes desde hacía por lo menos dos años en el momento del accidente; o sea, dicho en buen chileno, le venía «comiendo la color» a su colega desde hacía un buen rato, el Grant. Milagro se ríe: comiendo la color, no puede ser. Boris: sí, sí, pegándole en la nuca, si prefieres. Milagro: sí, que era un tarrero el colega ese de San Francisco. Boris: bien, ¿qué hace el bueno de Pierce con el informe del detective? Milagro: va y le cuenta a Julita. Boris: no, no hace nada, por la sencilla razón de que Julia cae enferma, muy enferma, una anorexia galopante que la deja en silla de ruedas durante seis meses. Milagro: él la ayuda, no se despega de ella. Boris: exactamente, gana la confianza de la madre de Julia, el cariño de los niños, y cuando Julia se recupera se da cuenta de que ese amor... Milagro: es amor del bueno. Boris: exacto. Milagro: beso, matrimonio a los dos meses y final feliz. Boris: ni hablar, falta el segundo obstáculo, por supuesto que sí, tenemos el beso, el romance que comienza, idílico, se van a casar, es lo primero que le pide Pierce («por fin me has dejado entrar en tu mundo, Julia»), ella prefiere esperar un tiempo, y cuando definitivamente da el sí y le ponen fecha a la boda... Milagro: él muere. Boris: no, dos desgracias seguidas, imposible, eso nos manda al tacho el final feliz, no, no muere, sino que aparece una chica, una tal Wendy Taylor, diciendo que Pierce es el padre del niño que pondrá en

este mundo dentro de tres meses. Milagro: ¿seguro? Boris: segurísimo, la relación de Pierce y Julia está a punto de zozobrar en el mar de la sospecha. ¿Quién es realmente Pierce?, se pregunta Julia, ¿si ha hecho esto ahora, no lo volverá a hacer cuando estemos casados?; después de todo, doce años es mucha diferencia, etcétera... Milagro: bueno, ¿y final? Boris: Pierce reconoce que ha tenido una aventura con esa chica, una relación ocasional, pero estaba tan solo, Julia se dice que es sincero; además, ha ido a consultar al padre Brown, su confesor, su director espiritual, y el padre Brown le ha dicho: si el Señor te muestra la senda del amor, síguela con confianza, hija. Lo que no sabe es que días antes, Pierce... Milagro: ha sobornado al cura. Boris: Milagro, estamos escribiendo una novela romántica, no el guión de una película de Scorsese. Milagro: bueno, sigue. Boris: unos días antes, Pierce ha ido a hablar con el mismo sacerdote, le ha contado todo: padre, si pierdo el amor de Julia me mato. No, hijo, tú no harás eso, y le aconseja: honestidad y valor, reconoce esa historia, reconoce ese hijo y Julia reconocerá en ti a un hombre honesto, sabrá perdonarte. Pierce: si no me perdona, me tomo un litro de matarratas. Claro que te perdonará, dice el cura, ¿estamos? Milagro: estamos, un cura muy progresista ese. Boris: el amor es progreso. Milagro: ¿de verdad? Boris, haciéndose el que no ha escuchado: bien, Julia va a su vez a hablar con el cura y el cura le dice lo que le dice, ¿conclusión? Pierce va a ver a Julia, le dice fue una relación pasajera, un amor de verano, reconoceré a mi hijo, pero te amo a ti, si me rechazas me mato ahora mismo, Julia piensa que no puede sino ser sincero, que es tan bello, tan joven y que la ama a ella, el Señor le está mostrando la senda del amor y ella no piensa ignorarla, así que beso, boda, fin. Milagro: maravilloso, ¿y para cuándo tiene que estar lista esa obra de arte? Boris: nos quedan cinco días. Milagro: ¿cómo que «nos quedan»? Boris: ¿no me vas a ayudar? Milagro lo queda mirando. Sonríe. Y Boris cree adivinar en esa sonrisa como una invitación. O algo peor. Lo que Boris cree adivinar en esa sonrisa es que el momento de la verdad ha llegado. El momento de saber si su destino dará un vuelco o no. En otras palabras, Boris adivina que antes de escribir las novelas Jazmín, tendrá que resolver esta, su propia «novela».

Milagro, que hasta ese momento estaba sentada en el sofá, con el cuaderno en donde ha anotado apoyado sobre los muslos, se incorpora, viene hacia Boris. Dice: pero yo no te fui a ver para pedirte trabajo. Boris se da cuenta entonces que Milagro es alta, casi tan alta como él, que es redonda, que es sensual, que es café, que es la mujer más bella que ha visto nunca. Todo esto ya lo sabía, pero digamos que lo vuelve a saber, de un modo más próximo, más inminente, si se quiere. Y comienza a temblar. Daría cualquier cosa porque no se le notara, pero Milagro ya lo está notando, seguro, lo ve temblar como una hoja tiembla con el viento antes de caer al suelo. Y eso no es bueno. Le sudan las manos, además. Y eso es peor aún. Ella dice: esto, Boris, mostrándole el papel donde él copió el soneto, la hoja que envuelve el

tallo de la rosa—¿pero de dónde la ha sacado?, se pregunta Boris, que no la ha visto tomar de encima de la estantería la flor con el papel de un pequeño jarrón en el que el tallo apenas se moja unos milímetros, concentrado como está en que no se le note el temblor, en que le dejen de sudar las manos—, esto, mi chilenito socialdemócrata, repite Milagro, y Boris ve la rosa y el manuscrito ese acercándose como una prueba inculpatoria y está a punto de disculparse, de decir, por ejemplo, perdona, yo no quise ¿ofenderte, molestarte?, algo así, pero sólo alcanza a balbucear: Milagro, yo... Y ella no lo deja terminar, porque le sella los labios con su largo dedo índice: silencio, dice, esto es lo más bello que un hombre jamás le haya dicho a una mujer, mi chilenito socialdemócrata... Y Boris quisiera contestar que sí, que Garcilaso, a juicio de muchos críticos, es la más alta cumbre de la poesía amorosa en español, fíjate qué curioso, después de tantos siglos, sigue siendo quizá el más... pero ya no puede decir nada más porque Milagro lo está abrazando y él está hundiendo su cabeza entre los cabellos ensortijados de Milagro, está recorriendo su cuello palpitante y luego sus labios se están encontrando, reconociendo, amistando con esos labios que él ha soñado tanto con besar y que ahora se le entregan como un prado jamás hollado se abre al peregrino, y es como si, de pronto, estuviera en el Paraíso. No quiere ya salir nunca más de allí. Boris se ve abrazado con ella, sin dejar de besarla, retrocediendo o avanzando por un corredor hasta un cuarto. Y luego se ve deslizando la yema de sus dedos por esa piel, alzando centímetro a centímetro la tela negra que apenas la protege. Y, no lo puede evitar, Boris es así, cierra los ojos y mientras explora el cuerpo de Milagro con sus labios, con sus manos, con su cuerpo, aparecen en su cabeza los versos de Gonzalo de Berceo:

Nunqua trobé en sieglo logar tan deleitoso,
Nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso,
Descargue mi ropiella por iazer más viçioso,
Poseme a la sombra de un arbor fermoso .

Y es lo que está haciendo el propio Boris, sin terminar de creérselo, se ve a sí mismo «descargando su ropiella» y es como si todo lo que está ocurriendo desde hace un rato le estuviera ocurriendo a otro. Ven aquí, chilenito, le susurra Milagro, mordiéndole la oreja. Boris siente los muslos de ella rodeando sus costillas. Las pantorrillas de ella doblándose sobre su espalda, sus talones apretando las nalgas. Y va.

Manfredi, Catherine y Van Huyten harán el fuego, pondrán a asar el pescado, pero no lo disfrutarán mucho, comerán sin verdadero hambre, pendientes del más mínimo ruido, de la más tenue sombra, casi sin hablar. Y no, el duende no aparecerá. Bueno, en realidad, aparecerá, sí, aunque muy tarde. Van Huyten ha salido de la tienda a hacer sus necesidades y cuando regresa lo ve junto a la circunferencia de piedras en cuyo centro se consumen aún las brasas, de pie, siempre fumando, frotándose las manos y extendiéndolas sobre las cenizas, esta vez con el gorro puesto.

—Buenas noches—dice Marius—, pensábamos que ya no venía.

Y el hombrecito:

—Lo siento, es que he tenido unos días infernales últimamente, no me ha quedado un minuto ni para respirar, oiga, pero si los molesto lo dejamos para otra ocasión.

—No, por favor —dice Marius—, un momento.

Va a despertar a Cathy a su tienda y a Manfredi, a la que ocupan ellos dos. Éste sale de inmediato, Cathy, sin embargo, muestra cierta molestia, ¿has visto la hora que es?, y musita algo en francés que Van Huyten traduce por una frase del estilo: cuando ya no es la hora, ya no es la hora, o algo así. Van Huyten y Manfredi tienen que reavivar el fuego, poner enseguida la olla con agua a hervir, sí, es verdad que podría haber llegado más temprano, piensa Van Huyten, no es porque sea duende que se puede permitir llegar a la hora que le plazca. Cathy no tarda en unirse a ellos, ya sin rastros de incomodidad. El agua termina por hervir, los espaguetis quedan perfectamente al dente. Y el hombrecito ingiere directamente de la olla —Cathy le propone un plato de lata y él: no, así no más, no se preocupe— casi un kilo de espaguetis al pesto. Con una celeridad extraordinaria, además. Van Huyten no ha acabado de encender el porro que se ha liado, cuando el pequeño caballero ya le está devolviendo la olla y el tenedor a Cathy. Manfredi le murmura al oído: ahora revienta, como un sapo, plafff, y ella le aprieta la mano por toda respuesta, conteniendo la risa.

—Exquisito —dice el duende—, hacía tiempo que no comía un buen pesto, y ahora, si me permiten, me fumo un cigarrito con ustedes y me voy.

Manfredi y Van Huyten guardan silencio, no le van a hacer la única pregunta que quisieran formularle desde un comienzo, la pregunta que desde hace horas les quema los labios a los tres: ¿quién carajo es usted, un marciano,

un ectoplasma, un holograma, un muerto viviente? Pero, claro, no le pueden preguntar algo igual, no allí, después de cenar, capaz que se le atraganten los fideos. Cathy, sin embargo, se atreve con una pregunta harto osada para la circunstancia:

—Perdone —le dice—, ¿pero usted cómo se llama? Y él:

—Mi nombre es Luis Pereira, pero me dicen Lucho, o don Lucho, como quiera.

—Mire, don Lucho, ¿y cómo es eso de que le gusta tanto el cine? —pregunta ella.

—Bueno, a quién no le gusta, ¿verdad? Yo he visto muchas películas en mi vida, desde que eran mudas que las vengo viendo, desde que al cine lo llamaban cinematógrafo —cuenta el duende.

Manfredi y Van Huyten se miran: ¿no nos estará tomando el pelo este enano? Pero Cathy insiste:

—Y así conoció París.

Qué le han dicho al duende:

—Ah, Parríss —comienza—, Parríss, había una señorita, una señora después, porque apareció en muchas películas, yo las vi todas.

—¿Quién sería? —quiere saber Manfredi.

Y él, con su francés de por estos lares:

—Briyitbardó se llamaba.

Cathy, casi salta al techo, bueno, a las nubes:

—¿Usted vio las películas de Brigitte Bardot?

—Toditas —dice el duende—, pregunte no más.

Cathy:

—¿Acá?

—Bueno, señorita, se cuenta la actriz, pero no el teatro, ¿verdad?—dice el duende.

—Es que me parece tan sorprendente, Brigitte Bardot— repite Cathy—, pero aquí en Selkirk no hay cine, ¿no?

Manfredi interviene, temeroso de que el caballero se tome a mal esa observación:

—No, pero don Lucho puede haberlas visto en cualquier cine de Chile, ¿verdad, don Lucho?

—Claro, en muchos cines diferentes—dice el duende—, tantos cines a los que ha ido uno —da una larga pitada y agrega—: Señorita, ¿le puedo pedir un favor?

—Siempre que esté a mi alcance, con mucho gusto.

El duende, entonces:

—Si usted se llega a cruzar a Briyit, allí en París, ¿le contaría que tiene un admirador en Selkirk?

Cathy parece verdaderamente emocionada:

—Pero por supuesto que sí, sin ninguna duda, no es seguro que me la cruce, ella vive muy recluida, ¿sabe?, en un pueblito del Mediterráneo.

Y el duende:

—Sí, en Santropé.

Cathy, que ha entendido muy bien Saint-Tropez:

—Oiga, sabe muchas cosas usted.

—Sobre Briyitbardó lo sé todo —afirma él, muy seguro de sí mismo—, ya sé que usted no se la va a encontrar así como así, pero si alguna vez se presenta esa circunstancia extraordinaria, usted dígale saludos de don Lucho, de Selkirk, nada más, don Lucho de Selkirk, ¿de acuerdo?

—Descuide—dice Cathy—, si se llega a presentar la ocasión, sin duda alguna que lo haré.

Manfredi propone:

—¿Y no quiere escribirle algo?, porque a lo mejor se le puede hacer llegar una carta.

—Eso es seguro —aprueba Cathy—, la casa en la que vive en Saint-Tropez la conoce todo el mundo.

Durante unos segundos el hombrecito parece un tanto desconcertado, duda, pero al final:

—No, usted dígale nomás que don Lucho, de la isla Marinero Alejandro Selkirk, le manda saludos, ¿podrá hacerme ese favor?

—Desde luego —dice Cathy—, no se preocupe.

El hombrecito, muy circunspecto:

—Le agradezco mucho, señorita; bueno, los voy a tener que dejar...

—Pero cómo se va a ir tan pronto, tómese un vasito de vino, un pisquito —propone Van Huyten.

Y el duende:

—No, gracias, jamás en horas de servicio.

Manfredi pregunta:

—¿Lo volveremos a ver?

—No sería nada de raro—dice el hombrecito—, este mundo es cada vez más pequeño, ¿verdad? —y agrega—: Gracias por los espaguetis, que tengan buen viaje —se ajusta el gorro hasta las orejas, se sube las solapas de la chaqueta y echa a andar por la playa de piedras.

Durante unos segundos ven la brasa de su cigarrillo en las sombras y después se funde en la negrura de la noche. Y eso sería todo. Al día siguiente, cuando le cuentan al patrón de la lancha que los lleva a Robinson que han visto al señor del traje azul, a don Luis Pereira, don Lucho, ¿lo conoce?, el pescador se limita a observar, como si lo que acaba de escuchar fuese la más fútil de las banalidades: sí, si en Selkirk vive ese duende desde hace varios

años ya. Y les cuenta lo que ellos ya saben. Por lo demás, todo bien.

En Robinson, Glendys y Sabina los esperan con unos trozos de cerdo a la parrilla y papas hervidas. Ha llegado el barco de Valparaíso y ha traído provisiones. Sabina y Glendys se matan de la risa con la historia del hombrecito del traje azul. Sabina: sí, claro, un duende admirador de Brigitte Bardot, en una isla en la que no hay ni siquiera electricidad, ¿qué hongo se comieron? Y Glendys: eso de la Bardot es sólo para que tú te enteres que un duende de Juan Fernández es más cosmopolita que un duende de Finlandia. Sabina: porque éstos no conocen la historia del duende de Tampere que fue amante de la Greta Garbo. Sabina y Glendys se parten de la risa. Pero no, no comieron ningún hongo, no han inventado nada, Luis Pereira se llama, le dicen don Lucho, insiste Manfredi, y después de cenar parten a donde el Chueco Nane a contar la aventura. Don Orlando: no, si ese es un duende muy muy travieso, oiga, con decirle que hace años se le aparecía a mis hijos cuando los llevaba a Selkirk, se ponían a jugar allí en la playa y él los estaba mirando, siempre con su cigarrito. Don Walter: es arisco, eso sí, no hay que molestarlo, ni hacerle preguntas, ni nada, porque desaparece de inmediato. Don Arnaldo: ¿don Lucho le dijo que se llamaba? Van Huyten: Luis Pereira, también llamado don Luis o don Lucho. Don Walter: esa sí que es novedad. Don Orlando: le vamos a tener que llevar tallarines a don Lucho, entonces. Y se ríen.

Hasta ahí todo bien. Las cosas cambian un par de días más tarde. Digamos que se echan a perder; en fin, se echan a perder es un eufemismo, se desmoronan, se pudren, se van literalmente a la mierda.

Dos o tres días después, Glendys y Manfredi discuten. Algo pasa, se escuchan gritos, portazos. A pesar de que es tarde en la noche, Glendys sale corriendo, va hasta La Aldea, donde se aloja Catherine, golpea a su puerta y cuando la francesa abre, le cruza la cara con una cachetada de ida y vuelta. Una cachetada de tomo y lomo, propinada con ganas, además, con un ímpetu casi sexual, que deja a Catherine literalmente boquiabierta, pasmada, sobándose la mejilla y tocándose la comisura del labio izquierdo, de donde mana un casi imperceptible hilillo de sangre.

—Para que te enteres —le dice Glendys, se da media vuelta y se marcha.

No mucho después vuelven a tocar la puerta de la pieza de Catherine. La francesa vuelve a abrir, pero esta vez se ha provisto de un uslero, ya va a ver esta caribeña de mierda, piensa, abre de golpe y le va a plantar el uslero en la cabeza, pero no...

—Cathy, soy yo —le dice un Manfredi compungido, un poco temeroso también de que le llegue un uslerazo en la coronilla, así que agachado, levantando el brazo para detener el golpe:

—Cathy, soy yo...

La francesa baja el brazo armado, pero su cólera se dispara:

—Tú eres un mamón, un tarado, ¿por qué tienes que utilizarme para resolver tus asuntos de pareja?

—Pero, Cathy —implora Manfredi.

—Ahora que tu mujercita te pegó una patada en el culo, no encuentras nada mejor que venir: Cathy, Cathy—lo remeda ella—, ¿verdad?, pero no hay más Cathy, se acabó Cathy, chao.

Y le cierra la puerta en las narices.

Manfredi se queda triste, solitario y final, sin saber mucho qué hacer, son más de las dos de la mañana y a esa hora los tres bares del pueblo están cerrados, no puede ir a ahogar su desconcierto en alcohol y tampoco va a ir a despertar a Van Huyten. Manfredi, Antonio, regresa a la cabaña. Entra a la cocina, saca una botella de pisco de la repisa y se marcha. Camina hasta el muelle, se sienta con los pies colgando sobre el agua negra y se va bebiendo la botella de pisco de a tragos cortos, fumando un cigarrillo tras otro. Una de las últimas frases que podrá articular con coherencia será: «fumaré en la alta noche, hasta el amanecer», un verso de Montale que él, según el alcohol va alterando su percepción y su motricidad fina, irá progresivamente deformando en: fumaré y beberé/ hasta que cáncer de pulmón, enfisema y cirrosis me dé... y luego: fumaré y beberé en la alta noche de la tierra/ qué perra, armar tanto boche..., seguidas de otras variaciones que ya no vamos a reproducir porque son francamente vergonzosas para el talento de Manfredi. Después, con la idea de dormir en un lugar cubierto y agradable, el muy delirante trata de entrar al *Morbihan II,* que está anclado a un costado del espigón. Pero el yate de Catherine y Daniel está cerrado. Manfredi se procurará entonces un palo y, acostado decúbito ventral sobre el muelle, pasará un rato largo intentando abrir la escotilla del velero. Hasta que lo venza el sueño, y el palo, como es lógico, caiga al agua. Despertará un par de horas más tarde, con el ruido de los primeros botes que se hacen a la mar. Entumecido sería poco decir. Y con un dolor de cabeza que si Catherine le hubiese asestado un par de golpes con el uslero, sería sin duda menor.

A la mañana siguiente traslada sus cosas a la Villa Green, donde se ha alquilado una habitación. Y, se comprenderá, se queda encerrado en su cuarto durante unas veinticuatro horas. Al día siguiente, por la noche, Manfredi irá a tocar la puerta de Glendys. Pero, para su sorpresa, quien le abre no es Glendys, sino Van Huyten. Marius le dice: espera, que le aviso a Sabina y vamos a tomar una cerveza.

—Hemos venido a estar con ella. Glendys está bastante mal—le cuenta Van Huyten mientras caminan—, me imagino que no te esperabas otra cosa.

Lo que Antonio no se esperaba, sobre todo, era que se lo tomara así.

—Pero no sé —dice Marius—, te vas una semana a una isla desierta y al

regreso le contás, porque además se lo contás, que te has estado acostando durante todos esos días con otra, ¿y qué esperabas, que se subiera encima de la mesa, te hiciera un streap-tease y te cantara la canción nacional?

Han escogido el bar de La Aldea para poder conversar un poco más tranquilos, donde el Chueco Nane, y en el Bahía casi todo el mundo los conoce a estas alturas.

—Bueno, sí, es evidente que la cagué, loco, qué querés— reconoce Manfredi—, pero, claro, no sé cómo explicarte, le dije: mirá, Glendys, yo sé que con Catherine es una historia pasajera, no estoy enamorado de ella, pero es algo, no sé, que tengo que vivir, no me parece difícil de entender.

—No, si entenderse se entiende muy bien —dice Van Huyten—, se ven, se gustan, cogen hasta que les da sarampión y luego cada uno para su casa, ella con su marinero, tú con tu cubanita y todo el mundo tan contento.

Manfredi no puede evitar una sonrisa:

—Tampoco es eso, Marius.

—¿Ah, no? —pregunta Van Huyten—, ¿entonces qué es?

—Una calentura pasajera —dice Manfredi.

Y Van Huyten:

—O una pasajera con calentura.

Manfredi se ríe:

—Boludo.

Van Huyten también, y luego:

—Mirá, yo no juzgo, podés hacer lo que querás, pero en general esas historias resultan cuando el otro, el que se queda afuera de la fiesta, no se entera de nada, nunca, ¿entendés?

Manfredi entiende, perfectamente bien, además.

—Esa era mi intención —le dice a Marius—, justamente, ni más ni menos. Pero vos no sabés...

Van Huyten:

—No, no sé nada, eso está claro.

—No, no sabés lo bruja que es esta mina —confiesa Manfredi.

Y le cuenta:

—La otra noche, cuando regresamos de donde el Chueco Nane, Glendys me olió y dijo: te acostaste con esa perra, y luego, bueno, esto es... o sea, te lo cuento a vos porque...

—¿Porque qué? —pregunta Van Huyten.

—Mirá, este... hay muchas cosas... —Manfredi comienza a enredarse, y Van Huyten:

—Bueno, como querás, si preferís cambiamos de tema, ¿otra cerveza?

—No —dice Manfredi—, creo que voy a tomar algo más fuerte.

—El otro día aquí les quedaba vodka —dice Van Huyten—. ¿Y

entonces?

Manfredi pide un vodka, largo, sin jugo de naranja, sin tónica, con mucho vodka; de hecho, pide que le reserven lo que queda en la botella y sigue:

—Este, eso, me olió el cuello y de inmediato me bajó los pantalones.

—¿Cómo?, ¿te dijo bajate los pantalones, niño malo, que te voy a hacer tan tan en el pompis? —ironiza Van Huyten.

—No, me arrancó el botón, me rajó literalmente el cierre, se tiró a olerme la entrepierna y dijo: te acostaste con esa perra maldita.

—Me estás tomando el pelo.

—Te lo juro, Marius, y no sólo eso, sino que comenzó a gritar: te acostaste con esa puta francesa, con esa zorra hambrienta de pinga, la voy a estrangular.

—Pero ahí tú tendrías que haber negado—dice Marius—, que no y no y no, hasta el fin de los tiempos.

—Es que no fue exactamente así—dice Manfredi.

Y Van Huyten:

—¿Qué mierda me estás contando?

—Bueno, mirá, desde que conocimos a Catherine, Glendys venía fantaseando con ella, que si me gustaba, que podríamos hacer un trío, este... esas cosas, y luego, claro, nos vamos nosotros tres a Selkirk, y ella, la noche antes, que me daba permiso, que podía, vos sabés, acostarme con ella, y así, al regreso...

Van Huyten:

—Ya veo, creo que voy a pedir vodka yo también.

—En realidad —dice Antonio—, ella digamos que no sólo me abrió el apetito, sino que, de alguna manera, me mandó a traérsela.

Van Huyten:

—Pero, claro, era una mera fantasía, un juego de a dos, no de a tres. ¿Vos no lo viste así?

Antonio:

—No, yo creo que era más que eso, salvo que ella no lo pudo asumir, eso es todo.

Van Huyten:

—Bueno, si es así en algún momento se le pasará, comprenderá que fue ella la que se salió del libreto.

—No sé —dice Antonio—, porque, la verdad, también está Catherine; quiero decir, se abrió algo allí.

Van Huyten, echándose un trago de vodka al seco:

—Ya veo, la fantasía del trío se transformó en un dúo.

Antonio reconoce:

—Algo así.

Y Van Huyten:

—Que lo parió, che.

Manfredi seguirá viviendo en la pensión. Con Glendys no logrará hablar. No le abrirá la puerta, Glendys, las dos o tres veces que Antonio intentará verla. Lo ignorará por completo el par de veces que se cruce con ella. Diez días más tarde pasará algo terrible para Antonio, algo que le costará lo suyo digerir: Glendys se marchará de la isla, regresará a Barcelona con Van Huyten y Sabina. Unos días antes se la ha encontrado en el Bahía. Ella está con Sabina. Él se le acerca. Sabina, discreta, se ausenta un momento. Manfredi: Glen, yo... Pero ella: déjame en paz, sólo te pido eso, déjame en paz, ¿vale? Glen, pero yo... Y ella: vete a lavar esa pinga llena de hongos franceses y déjame en paz. Antonio sale del bar y cuando está afuera: que se vaya a la mierda y ya está. Pero igual, cuando Van Huyten y Sabina le cuentan que dentro de tres días se marchan, le dan ganas de ponerse a llorar a gritos. Marius y Sabina se vienen a despedir, antes de abordar la lancha que los llevará al aeródromo. Antonio no puede evitarlo. Mientras ellos bajan al muelle, Manfredi se encierra en su cuatro y, desesperada, desconsolada, irremediablemente llora. Después las cosas ya... bueno, el tiempo todo lo alisa, lo allana, todo lo plancha, ¿y mata?

En fin, a Catherine, en cambio, sí que consigue verla. Digamos que va a su cuarto y ella esta vez no le cierra la puerta en las narices ni lo insulta: le ofrece un té. Conversan. En los días que siguen dan un par de paseos. Suben al mirador de Selkirk, justamente. Hacen una excursión a Puerto Inglés. Y, la verdad, se entienden bien, Antonio y Cathy. Hablan de literatura, Catherine le muestra algunos poemas de Char, de Desforets, de Fourcade, que guarda entre sus pocos libros. Antonio, en materia de poesía francesa, se había quedado en Baudelaire. En fin, tienen de qué hablar, ya es algo, digo, es un buen comienzo. Hablar de literatura es una manera de hablar de sí mismo, sin decir necesariamente yo, yo, yo todo el tiempo. Es como conocerse en un baile de máscaras. Esa noche, Antonio se queda en la cabaña de Catherine. Y hacen el amor... cómo decirlo, ¿con más amor? Algo así. A la mañana siguiente llegan Daniel y Yann. Catherine va al muelle a esperar la lancha que los trae del aeródromo, porque el avión aterriza en el otro extremo de la isla y no se puede llegar en automóvil, hay un camino, sí, un sendero apenas, pero se demorarían varias horas los pasajeros, con las maletas, las mochilas, sin contar con que más de alguno se podría desbarrancar; o sea, Cathy espera en el muelle del pueblo la llegada de la lancha. Antonio regresa a su cuarto y trata de poner orden en sus papeles y sobre todo en su cabeza. Algo está pasando, Manfredi no sabe aún con exactitud qué—¿qué mierda está pasando, Antonio?—, pero algo está cambiando en su vida, las placas tectónicas se están moviendo, él las siente deslizarse, pesadas y sigilosas al mismo tiempo, allá, en el fondo, bajo sus propias corrientes submarinas, como animales prehistóricos que

resucitaran. Antonio se dice que ya basta, que debe concentrarse, volver al trabajo, volver a escribir. Le queda aún una semana en la isla y se teme lo peor. Es decir, no ver más a Catherine, tener una explicación engorrosa, penosa, lamentable con Daniel. O, lo peor de lo peor, con Daniel y con ella. En resumen, más de lo mismo. Y no. Ya no le da el ánimo para tanta historia, para tanta tragedia o tanta comedia de equivocaciones, suplantaciones, travestismos, fugas... Pero, curiosamente, nada de eso sucede. Por la noche se los encuentra en el Bahía a Catherine, Daniel y Yann. Daniel lo saluda con la misma distancia cordial de siempre. Conversan de su viaje a Valparaíso. Ha logrado conseguir el repuesto para el motor y dentro de unos días podrán desplegar las velas rumbo a Rapa Nui. Y de allí: Pitcairn, las islas Gambiers, Tahití. Larga etapa. Más de cinco mil kilómetros. Beben unas cervezas. Catherine ha puesto al corriente a Daniel sobre el encuentro con don Luis Pereira. Daniel se sonríe, mientras Cathy y Manfredi repasan el episodio. ¿No nos crees?, pregunta ella. Y Daniel, con una sonrisa un tanto tímida: sí, claro, cómo no voy a creer, si ustedes lo vieron, y sigue fumando y bebiendo, en silencio. De madrugada, Cathy llama a la puerta de Manfredi. Pasan la noche juntos y al otro día se encuentran nuevamente en el muelle. Daniel está montando el motor. Catherine y Yann hacen la limpieza a bordo. Antonio termina ayudando a Daniel a armar y a encajar nuevamente el motor en su sitio. Cuando han terminado, ya está casi atardeciendo y Daniel lo invita a cenar. Catherine ha hecho un delicioso pollo con langosta, un invento siguiendo la receta catalana del pollo con gambas, que le queda bastante bien. Daniel esa noche está un poco más locuaz, abre las dos últimas botellas de burdeos que le iban quedando, cuenta historias de travesías, historias de puertos improbables y de parejas imposibles, de parejas que se hacen y se deshacen al ritmo de las singladuras y de los océanos, bajo las bóvedas estrelladas o en medio de tormentas mortales. En un momento dado, ya bebiendo pisco de bajativo, Manfredi se dice: cuidado, ¿qué me está queriendo decir? Pero Daniel no le está queriendo decir nada en particular, o a lo mejor sí, le está queriendo decir algo, porque se terminan la botella de pisco sobre las rocas los dos solos, Catherine no ha querido bajar, hace mucho viento, y luego Daniel lo acompaña hasta su pensión. No mucho después, Antonio se está metiendo en la cama cuando suena nuevamente la puerta y es Catherine y hacen el amor con rabia, casi con desesperación, como si fuera la última vez que se conocen sus cuerpos, la última vez que se enlazan y se entregan. Y es la última vez. Al día siguiente, al caer la tarde, Catherine, Daniel y el pequeño Yann levantan el ancla. Antonio se queda durante largo rato en el muelle, mirando la afilada silueta del *Morbihan II,* con todas sus velas desplegadas, como una flecha primero, y poco a poco como una breve incisión hecha con la uña sobre la superficie color petróleo del mar, y al final como nada, apenas la sospecha de un pájaro perdido en la bruma nocturna.

Antonio decide que no se puede dejar arrastrar por la melancolía. Pasa

sus últimos días en la isla trabajando. Cuatro horas por la mañana. Una caminata de un par de horas. Almuerzo. Cuatro horas por la tarde. Se impone ese ritmo. Y, en cierto modo, ese ritmo lo salva. ¿De qué? Del insoportable sentimiento de soledad, de vacío, de incertidumbre. Volver a Barcelona, ¿a qué? Pero no le queda más remedio. Y llegado el día abordará el pequeño bimotor con el corazón apretado. La noche anterior, doña Constancia Schiller le ha organizado una despedida, con asado de pescado y langosta, bastante vino. Han venido doña Florinda, don Walter, doña Elisa, don Arnaldo y otra gente. Y a la mañana siguiente el pequeño bimotor se elevará y la isla será un elefante hundido en la mitad del mar, y luego una pestaña parda que desaparecerá tras las nubes. Dos horas más tarde, el bimotor lo depositará en Santiago, donde pasará un par de días sin hacer mucho, sin conocer la ciudad, sin hablar con nadie, salvo con el recepcionista del hotel, algún camarero, un par de taxistas. Hasta que un enorme cuatrirreactor, un Boeing 747 de Iberia, cruce nuevamente el mundo y lo lleve de Santiago a Madrid y, pocas horas más tarde, un trirreactor, un McDonnell Douglas MD-89, también de Iberia, lo deposite en la loza del aeropuerto de El Prat, en Barcelona, desde donde una tarde, hace sólo algunos meses, voló con Glendys rumbo a una isla perdida, en alguna parte del Pacífico Sur. A Manfredi se le pueden escapar muchas cosas, salvo la ironía, la puta ironía de la vida. ¿Habrá otro modo de decirlo? No creo. En fin. Por eso, a lo mejor, al salir de los controles de policía, compra un paquete de Coronas y luego se dirige a uno de los anodinos bares del aeropuerto, pide una caña de cerveza, enciende un cigarrillo, pide otra caña, enciende otro cigarrillo, desea fervientemente tomar ahora mismo un avión a Madrid, y por la noche, otro de Madrid a Santiago y, dos días después, volver a subir al pequeño bimotor, aterrizar en dos horas en la isla... También se dice: ¿por qué estoy pensando en esto? Y piensa: Glendys, apartamento vacío... ¿Apartamento? Vida vacía, y también piensa: Catherine. Y recuerda el breve cuaderno que ha escrito durante todos estos días, con la intención de mandárselo a la dirección que ella le ha dejado, la de la casa de sus padres, en Saint-Brieuc, él lo llama cuaderno del regreso, un cuaderno escolar donde ha estado escribiendo para ella. Y lo encuentra un poco peligroso, escribir para ella, ¿quién es ella? Preguntas, preguntas... Se dirige a un teléfono y marca el número de su casa, de su piso en Barcelona, en la calle Sepúlveda.

—¿Aló? —escucha la dulce voz de Montse.

—Ya estoy aquí —dice Manfredi.

29

Se despierta, mira la hora, casi salta hasta el techo: ¡las doce, mierda, me tengo que ir! Los brazos de Milagro lo atrapan por la cintura. Ven, mi chilenito, quédate un rato, el amor es futuro, ¿no dijiste eso anoche? Sus labios recorren el cuello, se deslizan por el omóplato, los incisivos blancos, con huequito al medio, mordisquean las tetillas, la lengua se enrolla en la axila. Lo dijiste, ¿verdad? Sí que lo dijiste. ¿Qué hacer? ¿Cómo resistir? Ni un santón hindú hubiese podido. Milagro, musita Boris, tengo que terminar esa novela, deslizando el pulgar por el hueco de su espalda, lamiendo el canal misterioso entre las nalgas redondas, densas, tengo que entregarla mañana, murmura Boris desde el fondo de ese acantilado. No te vas a ir ahora por esa pendejada, dice ella. Pero es una pendejada de cuatrocientas mil pesetas, Milagro, replica Boris. Entonces se abre ante sus ojos, ante sus labios y su lengua, el prado más hermoso que jamás ojos humanos hayan visto, *«nunca trobé en sieglo lugar tan deleitoso»,* allí, entre los muslos de Milagro, mañana tengo que entregar la primera, ¿entiendes? Tú sigue allí, chileno socialdemócrata, gime Milagro, y no hagas otra cosa con esa lengua que lo que estás haciendo. Ya no hables más, implora Milagro, deja la lengua allí. Luego ordena: ¡ahora ven! Y Boris, nuevamente, va. ¿Qué iba a hacer si no?

La vida es una broma, la vida se ríe de nosotros, es una farsa, una chirigota, una comedia de boulevard, la vida es una herida absurda, un garabato en la pared, un vómito en la puerta de tu casa, la vida es la mano de un policía que surge del water y te agarra de las pelotas cuando te estás limpiando el culo. Pasa lo que pasa y Manfredi sufre, un poco, como todo el mundo. Sufre Manfredi, ¿usted no sufre, no ha querido dejarlo todo, tomar el primer avión que lo lleve donde sea, subirse a un barco y bajarse en un puerto sin nombre, un puerto imposible en algún lugar improbable del planeta? ¿No ha querido, por ejemplo, abandonar su auto o bajarse del taxi en la mitad del atasco, echar a caminar y ya, perderse para siempre de su propia vida? Pues Manfredi sí, querrá todo eso. Pero, claro, no hará nada de eso.

Recapitulemos. Antonio llega a Barcelona y se instala en su departamento. En su piso de la calle Sepúlveda, que compartirá durante un buen tiempo con Ariel y Montse. No sé si se acuerda de ellos, la pareja de jóvenes, de jovencísimos que se quedaron en el piso de Manfredi... y Glendys. Ahí salta el tema. Aunque estamos en la calle Sepúlveda y no en la calle pez volador, la calle Sepúlveda es el tema y la chica es el pez que vuela. La chica que voló, el armario, el dormitorio, los cuartos donde late la ausencia, como un corazón de lata, late el enmohecido, oxidado corazón, tam tam, tam tam, las pulsaciones de la ausencia en ese piso, no estoy/ no estoy... Manfredi se encuentra en una situación curiosa: está solo, ve a Glendys en todas partes; o sea, habita con un fantasma, pero al mismo tiempo vive con Montse y Ariel. Y es que cómo los va a echar. Manfredi no va a hacer eso. No es que Ariel y Montse no tengan donde ir, que bueno, eso se arregla. Montse le ha dicho a Antonio: mira que nosotros nos podemos ir a la masía de mi hermana mientras buscamos algo. Tampoco estamos seguros de querer seguir viviendo en Barcelona, le ha dicho Ariel, a lo mejor nos vamos a un lugar más tranquilo, a Olot, por ejemplo, a Banyoles. Manfredi: quédense todo el tiempo que quieran, por mí no hay problema. Tam tam... tam tam...

Nada más depositar su mochila en la sala, Manfredi llama a Van Huyten y Sabina. Quiere saber de Glendys, claro, pero comienza preguntando por Van Huyten. Sabina le dice:

—Marius está en La Floresta, llámalo para allá.

—¿Y Glendys? —se atreve Manfredi.

—Glendys no está —responde Sabina.

—¿Cómo no está?

—No está, salió —dice Sabina, con su laconismo habitual.

Manfredi insiste:

—¿Pero está viviendo con ustedes?

La sintética Sabina, con esa voz que sería ideal para un anuncio de Valium:

—Sí.

Manfredi no se cansa:

—¿Y está bien?

—Sí.

Manfredi, para él mismo: nórdica de las pelotas, ¿no podría darse el trabajo de hacer una frase siquiera?, y para ella:

—Gracias.

Corta. Llama a Van Huyten a La Floresta. Era complicado. Había que llamar donde la casera, la señora Conchita, pedir hablar con él, la vieja tenía que cruzar el jardín y el huerto para ir a ver si estaba y tenía artrosis en las caderas, se demoraba media hora en ir al taller y volver. Manfredi espera, paciencia, paciencia, ¿pero por qué está haciendo esto? ¿Está haciendo qué? Esto, llamando como un poseso, lo primero: dónde está Glendys, antes de desempacar, darse una ducha, prepararse un café: the flying girl, tam tam... ¿Y la marinera?, ¿el cuaderno que le ha escrito? Es decir, sobre todo, ¿lo que ha escrito en ese cuaderno? No seas maricón, Manfredi, confiesa: la verdadera chica peixe, la que de verdad estás persiguiendo, la que te hace falta, la única chica voladora está en alguna parte del Pacífico Sur, islas Pitcairn—va a la biblioteca mientras espera que la señora Conchita llegue por fin al taller de Van Huyten y que éste se ponga al teléfono—, saca el tomo correspondiente de la Enciclopedia Salvat. «El archipiélago de las islas Pitcairn (25º 04’ S, 130º 05’ O) consta de cinco islas: Pitcairn, conocida por ser el hogar de los descendientes de los amotinados del *Bounty,* Ducie, Oeno, Sandy y Henderson. Pitcairn es una isla volcánica, Ducie y Oeno son atolones de coral, Sandy es una barra de arena en el mismo atolón de Oeno, y Henderson es una isla de coral formada tras levantamientos tectónicos». Hacia allá va la chica peixe, esa es, la única peixe, la única, Manfredi, ¿entendiste? ¿La única? ¿Y qué hace, entonces, al teléfono?

—¿Sí, dígame? —escucha la voz de Van Huyten, ¿qué hace?, ¡qué carajo está haciendo!

—¿Dígame?

—Hola —dice Manfredi—, soy Manfredi.

Van Huyten: hombre, qué tal, cómo había estado ese regreso, cuándo había llegado, etcétera. Pero no podía verlo ahora. Estaba atrasadísimo con

una serie de acrílicos que debían salir para Tokio la semana próxima, imperativamente. Llevaba diez días recluido en La Floresta. Que se vieran, de todas maneras, la semana entrante, ¿sí? Apenas él despachara los malditos acrílicos, que ya lo tenían desesperado. Parece tan ocupado, Van Huyten, que Manfredi se olvida de preguntarle por Glendys. Y no lo va a llamar de nuevo, no va a hacer caminar de nuevo a la pobre señora Conchita hasta el taller, quince minutos ida, quince minutos vuelta, para: oye, ¿qué tal está Glendys?, cuando el otro además le acaba de decir que no tiene tiempo ni para mear. No. Bien. Entonces ahora sí, desempacar, ducha, café y luego: a la calle, a tomarle el pulso a la ciudad. Da un paseo por el puerto, llega caminando hasta la playa de la Barceloneta y regresa. No es Robinson, claro. Demasiada gente, demasiados coches, demasiadas vidas, ningún duende. No es el mismo mar tampoco, ni el mismo cielo, ni el mismo aire. Al regresar, de nuevo, toma el teléfono y marca el número de Marius y Sabina.

—¿Hola? —dice Sabina.

—Sabina, perdona que te moleste de nuevo, ¿habrá llegado Glendys?

—No.

—Ya, ¿y tienes alguna idea de cuándo la puedo encontrar?

—Ninguna.

—Gracias.

Cuelga. En su mano, el auricular parece un objeto de otra civilización. Antonio no lo pone en la horquilla del teléfono, lo deposita encima del escritorio y puede escuchar el zumbido ininterrumpido del tono: tuuuuuuut. Afuera, del otro lado de la ventana: la noche urbana de Barcelona, automóviles, sirenas, carcajadas. Del lado de acá de la ventana: el escritorio de Manfredi, un sofá descuajeringado contra la pared, una cama matrimonial, estanterías con libros hasta el techo. Y encima del escritorio: el auricular gris ligado por el cordón gris al teléfono gris que reposa en el suelo. Manfredi va a la cocina, se sirve un whisky, regresa al cuarto con la botella y un bol con hielo. Se bebe el whisky, fuma un Coronas, dos, escuchando el auricular, muy cerca del vaso, tuuuuuuut, como si fuera el sonido de la actividad cerebral de un moribundo, tuuuuuuut, encefalograma plano, tuuuuuuut, el pulso del mundo, ¿por qué no cuelga? No se ha vuelto loco, Manfredi. No está sufriendo un episodio delirante. No es que se vaya a quedar seis meses allí, con el teléfono descolgado, sin salir de su cuarto. No cuelga porque está pensando cómo podría hacer, si acaso puede existir alguna remota, complicadísima manera de llamarla. A ella, a la chica peixe, a la verdadera, que debe de andar en ese preciso instante quién sabe dónde, entre, pongamos, Pitcairn y Ducie, habría que entrar en contacto por radio, a lo mejor llamar a la gobernación marítima de los territorios británicos de ultramar, pero dónde coño se encontraba ese número y, además, para decirle qué. Entonces Manfredi no sabe por qué lo hace, es un gesto absolutamente irracional, pero lo hace, agarra el auricular, sube el teléfono del suelo al escritorio y marca el

número de doña Constancia Schiller, el único teléfono de Robinson que ha conservado. Marca: cero cero cinco seis treinta y dos trescientos cuarenta y ocho doscientos ochenta, y simultáneamente, mientras el tono cambia por un lejano chisporroteo y luego por la señal que indica que allá, en la isla Robinson Crusoe, en la modesta sala de doña Constancia Schiller, el teléfono está sonando, se siente aliviado, es como si volara él mismo a ras de las olas, como si se pudiese transportar a través de la noche y los océanos y aparecer, en unos segundos, en la salita de doña Constancia y luego ir a darse una vuelta al Bahía, ¿para buscar a la chica peixe? ¿Aló?, escucha la voz lejana, un poco quebradiza, de doña Constanza, una voz que parece provenir de otra época, de otro mundo, y cuelga. Se siente un maricón, un hijo de puta por haber hecho eso, pero cuelga. Estás completamente loco, Manfredi, se dice Manfredi. Eres patético, Manfredi, se recrimina Manfredi. Será mejor que nadie sepa esto nunca. Mira su reloj, la una y media de la mañana en Barcelona. Las ocho y media en Robinson, tampoco es tan grave. ¿Vas a empezar de nuevo? No, claro. Entonces saca el cuaderno, un cuaderno negro, marca Torre, cuadriculado, más bien pequeño, 7 mm, 60 hojas, dice en la tapa, y se pone a escribir, a escribirle: «La vida es una broma, es una farsa, un garabato en la pared...». El problema es que pasa lo que pasa. Manfredi sufre. Es decir, sufre un poco, como todo el mundo. ¿Como todo el mundo? Bueno, también es un poco especial, Manfredi. Porque al día siguiente vuelve a llamar a casa de Van Huyten y Sabina... para preguntar por Glendys. Y Sabina le da las mismas respuestas a las mismas preguntas. No, no está. No, no sabe a qué hora llegará. Llama por la mañana y llama por la noche. Y al día siguiente, de nuevo. Por la mañana y por la noche. Y al subsiguiente, de nuevo. Entonces Sabina, ya un poco harta, seguro, qué harta, hasta las narices, completamente fuera de sí, Sabina, pero siempre tan controlada, tan suave, le dice: Antonio, hace una semana que Glendys no llega a casa. Y Antonio: comprendo, ¿y no tendrás ninguna idea de dónde fue? No, dice Sabina. Antonio no se esperaba menos. Al día siguiente es Van Huyten quien lo llama. Tenemos que hablar, le dice. Y le da una cita para esa noche, no en el Mundial, que era donde acostumbraban a citarse, sino en un café completamente anodino, en el paseo de Sant Joan. Manfredi va con cierta aprensión, tenemos que hablar, ¿de qué?, ¿se habrá fugado Glendys? ¿dónde se iba a fugar y, sobre todo, por qué? ¿habrá regresado a La Habana? No, eso no lo haría Glendys. Se encuentra a Van Huyten muy serio, incluso lleva un traje y una corbata. Manfredi nunca lo ha visto así, tan serio, tan trajeado, tan encorbatado.

—Han pasado cosas —le dice Marius.

—¿Ah, sí?, mirá vos, ¿cosas como qué? —pregunta Manfredi.

—Bueno —dice Van Huyten—, sé que a lo mejor... lo más probable, digo, seguro que no te va a gustar.

—¿Que no me va a gustar qué?, ¿te molestaría ser un poquitito más concreto?

Van Huyten, entonces, va al grano:

—Mirá —le dice—, desde que regresamos de Juan Fernández estamos viviendo con Glendys.

Antonio comienza a temerse lo peor, lo intuye, casi casi se podría decir que sabe perfectamente a qué se refiere Marius al emplear esa primera persona del plural. Pero igual trata de desviarse, de esquivar ese gancho al mentón.

—Lo sé, Sabina me contó —dice—, y, justamente, es curioso porque no está nunca.

—No, no me has entendido —replica Van Huyten—, cuando digo que vivimos juntos, quiero decir que estamos involucrados sentimental y sexualmente con ella, para que te quede más claro: con Sabina hemos dejado de ser una pareja y nos hemos convertido en un trío.

Antonio grita:

—¡Mentira, se fue de tu casa, Sabina me lo dijo ayer!

Van Huyten, en voz baja, muy sereno:

—Antonio, Glendys me está acompañando en La Floresta, Sabina lo sabe y no...

Pero Antonio no lo deja terminar:

—Aaaah, ya, y no hay ningún problema, ¿verdad?, ¿te prepara la comidita?, ¿te lava la ropa?, ¿te plancha los condones?...

—Antonio, por favor —dice Van Huyten.

Pero él sigue:

—Y luego por la noche llega Sabina, ven la tele y después se lavan los dientes y, ya, los tres a la camita.

Van Huyten:

—Antonio, mirá, sé que esto es duro para vos, yo no hubiese querido...

—No hubieses querido qué, ¿cogértela? O, ya veo, sí, hubieses querido cogértela, pero que no se te incrustara en casa, eso es, ¿verdad?

—Me imagino que no te cae nada de bien enterarte de esto —dice Van Huyten.

—No, no me cae nada de bien —responde Antonio.

—Pero prefiero decírtelo ahora mismo —continúa Van Huyten.

Y Antonio, con ira, casi susurrando:

—Vos sos un hijo de puta, Van Huyten, eso es lo que sos.

Van Huyten trata de argumentar:

—Lo sé, pero mirá...

Pero Antonio no lo deja:

—Ahora vas a decir —Manfredi imposta la voz, como un galán de telenovela—: la vida tiene muchas vueltas, Antonio, la vida es muy compleja, espero que algún día comprendas, Antonio...

—Sí —reconoce Van Huyten—, aunque te riás, eso mismo voy a decir, a veces uno queda en el papel del hijo de puta, otras en el de la víctima, pero las

cosas nunca son así, de un solo bloque, sin ningún matiz.

—Pero vos, ¿en qué culebrón vivís? —dice Antonio—, esa filosofía llena de grasa para explicar la vida en un club de la tercera edad te la metés en el orto, ¿entendés?

—Mirá —dice Van Huyten—, sé que no te sirve de nada, pero, la verdad, lo siento.

Y Antonio:

—Sí, claro, con la picha lo sentís.

Se levanta, se da media vuelta y sale del local. Esa es la última vez que verá a Van Huyten. Y ya. Se acabó. O casi. El resto es banal. Es la vida misma, el resto.

Antonio sale de ese lugar y no sabe cómo se encuentra de pronto frente a un vaso con whisky, con mucho whisky, en el Ginlet. Y la camarera, que lo ubica vagamente, le vuelve a llenar el vaso cada vez que se acaba, una, dos, tres, Antonio no podría decir cuántas veces. Después traba conversación con un grupo de tres o cuatro japonesitas que se encuentran en la barra, a menos que sean cinco. Antonio no ve muy bien a esas alturas y tampoco importa demasiado. Piensa: nos jodimos, seguramente el Ginlet ya figura en alguna guía turística nipona, se viene la invasión amarilla. Pero igual habla con ellas. Y ellas son muy simpáticas, muy risueñas y se expresan en un inglés muy rítmico y cantarín. Parecen pajaritos, encuentra Antonio, pío pío, truiiiit, pío truiiiiit... Y no se explica muy bien por qué las japonesitas se ríen cada vez más, cuando él está triste, en realidad, y está tratando de darles a entender eso. Bien. Mucho después, Antonio trata de hacerlas cantar un tango: el mundo fue y será una porquería, bien lo sé... Y para que entiendan que no están cantando a la Raffaella Carrà, ni a Julio Iglesias, sino algo mucho más profundo, con una entidad filosófica única, intenta traducirles la letra. La cosa da algo así: the world has always been a very filfthy thing, I've always know/ In five hundreed ten, in two thousend as well... Una sopa innoble, pero las japonesitas terminan por cantar. A una señal de Manfredi abren sus boquitas y: the world has always been... le parece un coro genial a Antonio, le parece que hasta podrían ir a la tele y ganar algún concurso.

Se despierta no sabe a qué hora, pero en todo caso demasiado temprano porque aún es de noche y en esa plaza no hay ya nadie, han desaparecido las japonesitas y sólo se ve una barredora mecánica en una esquina, que es la que precisamente ha despertado a Manfredi. Perdone, se me olvidaba: esta última escena, desde que las japonesitas empiezan a ensayar hasta que se despierta sentado en un banco, ocurre, fíjese usted por dónde, en la plaza San Agustín, frente al Bar Mundial, que está cerrado, claro. Bueno, Manfredi camina, pero casi habría que decir repta, hasta la Vía Layetana, para un taxi, llega a su casa, bebe un litro de agua con cuatro aspirinas y se echa a dormir durante cuarenta y ocho horas. Después de este episodio, durante varios meses, su vida se

transforma en una soberana lata. El único incidente digno de ser mencionado es que, una tarde, llaman a su puerta, Manfredi abre y allí están las japonesitas. Manfredi piensa: oh, Dios mío, qué diantres les habré prometido, una paella, una excursión a los Pirineos, una lectura de *L'Auca del senyor Esteve*... Pero no. Sencillamente aprovechaban que él les había dado su dirección para traerle un regalo, a present, a gift for you, dicen, riendo. Le entregan una cosa rara, como un llavero, con botones y una pequeña pantalla. Es un tamagochi, le dicen. Funciona así y así. Lo tienes que alimentar. You'll take care of it, don't you? Manfredi se compromete, agradece, ¿un té, un vaso de agua? No, van muy apuradas, tienen un tren a Madrid, y de allí un avión a Tokio. Lo besan en la mejilla y desaparecen escaleras abajo, siempre tan alegres. Manfredi constata, no sin cierto espanto retroactivo, que las japonesitas no eran cuatro ni cinco, sino dos. Se queda mirando la cosa esa durante un rato. En la pequeña pantalla hay un perrito que le hace morisquetas. Y ya. El resto será puro aburrimiento, durante unas diez semanas, así que fuera.

Y a propósito de Japón, Van Huyten manda sus acrílicos a Tokio y no sólo los acrílicos, sino que él mismo va a Tokio, a la inauguración de su exposición —*Marius van Huyten, Between Women*—en la prestigiosa Galería Sho. Lo bonito es que Van Huyten es cada vez más conocido en Japón, su obra es considerada una de las más innovadoras de finales de siglo por varios críticos nipones y por otros tantos críticos a los que los nipones hacen mucho caso. La Sho Contemporary Art Gallery está en el barrio de Ginza, un área de la ciudad en donde las más prestigiosas galerías de arte alternan con las tiendas de los grandes modistos, Issey Miyake, Chanel, Lacroix, joyeros ginebrinos, automóviles ingleses e italianos, en una mezcla de arte contemporáneo e industria del lujo como sólo los japoneses saben hacerlo. Van Huyten se aloja muy cerca de la galería. Lo bonito también es que no está solo. Viaja con Sabina y con Glendys. Poco después regresan los tres a Barcelona. Y todo bien. Muy bien. Van Huyten entra en un muy buen período. Tan bueno que, sin ir más lejos, los japoneses lo invitan a dar un seminario sobre estética contemporánea a la Tokyo National University of Fine Arts and Music, conocida popularmente como Gedai. Es la mejor universidad del Japón en esas especialidades. Y, además, a Van Huyten le fascina Tokio, le gusta mucho esa mezcla de tradición e hipermodernidad de Japón. Así que allá van de nuevo Marius, Sabina y Glendys. Esta vez se instalan en el barrio de Ueno, muy cerca del campus universitario. Pero algo pasa, debe de ser a causa de la estrechez de las viviendas japonesas. El hecho es que, al cabo de un mes, una mañana Sabina sale del edificio donde vive con Van Huyten y Glendys, aborda un taxi que la lleva a una estación de metro y allí toma un tren que la lleva al aeropuerto internacional de Tokio-Narita, en donde, por último, se sube a un avión de la All Nipon Airways que la deposita, casi doce horas más tarde, en París. Curiosamente, Sabina parece no

tener ninguna prisa por volver a Barcelona. Se queda en París un par de semanas, en casa de una vieja amiga de Tampere, su ciudad natal, que ahora es corresponsal de la televisión finlandesa en Francia. Su amiga vive en Montmartre, muy cerca de la place des Abesses. Durante los días que se quedará allí, a Sabina le encantará ese barrio. Le gusta desayunar un café crème y una tostada en un café que queda exactamente frente a la plaza y mirar a la gente entrar y salir de la estación de metro, la distrae bajar a pie por la rue Tardieu, pasar por la place Charles Dullin, ir a mirar géneros y chucherías en las tiendas cercanas al Marché de Saint- Pierre. Le fascina ese barrio a Sabina. Una mañana, tras la cristalera del café, Sabina juraría que ve una silueta, un tipo que, de espaldas, alejándose por la rue des Abesses, es igual a Manfredi, le parece a Sabina, pero qué haría Manfredi acá, se pregunta. Paga su café y se larga a caminar por París, tiene previsto subir al Sacré-Coeur y luego bajar por la rue Müller y la rue Poulet buscando el malfamado barrio de la Goutte d'Or, barrio africano, magrebí, con esos bazares que le recuerdan el muy lejano zoco de Fez, esas tiendecitas donde se encuentran telas, babuchas, chilabas, teteras...

Una lástima que se marchara tan pronto. Si se hubiese quedado un rato más en el café se habría encontrado con Manfredi, porque esa silueta que Sabina vio de lejos sí era la suya. Acaba de llegar a París, Manfredi. Acaba de depositar su mochila en el Hotel, así se llama el hotel. Hotel, nada más, un letrero de neón con letras azules, debe de ser el más barato de Francia, y como queda allí al lado, en la rue Germain Pilon, Manfredi ha decidido pasar a tomarse un cafecito antes de meterse al metro. Y entra al café que Sabina acaba justamente de abandonar. Manfredi, igual que en una película, se sienta en la misma mesa donde hace sólo un par de minutos estaba sentada Sabina. Encuentra incluso, sobre un platillo blanco, el ticket con el valor de su consumo y los dos francos que ha dejado Sabina al camarero. Manfredi examina el ticket, «1 café crème, 1 tartine», y pide lo mismo. Mira un rato el ajetreo en la plaza, la gente que entra y sale del metro, unos juegos infantiles cerrados, unos viejos dándole de comer a las palomas, un cielo gris que amenaza lluvia, o no, igual no llueve, parece que en París siempre hay estos cielos, se dice Manfredi, y se concentra en el estudio del mapa de metro y de los trenes de cercanías. Si se hubiese encontrado con Sabina, le podría haber contado que tiene que estar esta tarde, a las cinco, a la hora de la salida de clases, frente al Liceo Fustel de Coulanges, en Massy, una ciudad de las afueras de París. Le hubiese contado también que estuvo como tres meses sin salir casi de su cuarto, o casi. Hasta que recibió la primera carta de la chica peixe, de Catherine. Se la mandaba desdeTahití y le decía muchas cosas que no vamos a contar porque tampoco... en fin, al final le decía: te quiero, así, en castellano. Le decía también que la idea de pasar todavía un año navegando en esa cáscara de nuez y, sobre todo, sin verlo, se le hacía cada vez más insoportable, que a veces fantaseaba con la idea de... pero no, agregaba, no... y

terminaba allí. Manfredi casi se volvió loco leyendo esa carta... no, qué, gritaba, qué idea, que lo parió, ¡qué idea! Pasaba las noches prácticamente en vela, con el teléfono descolgado, tuuuuuut, mirando ese auricular y pensando en cómo diantre se podía hacer para ubicar a Catherine, para entrar en contacto con ese velero. Pensó en llamar al Ministerio de Marina británico, a la Organización Marítima Internacional, al Cuartel General de la OTAN, pero qué mierda, se daba contra las paredes, Manfredi. Hasta que un día sonó ese teléfono, al alba. Del otro lado, Catherine dijo: escúchame bien, no tengo mucho tiempo, estoy en La Reunión, llego pasado mañana a París, me iré a alojar donde mi hermano. Todo esto le habría podido contar a Sabina. O no. A lo mejor se hubiesen limitado a un ¿qué tal?, bien ¿y tú?, bien ¿y tú? Bien... Y chao, fuera, encantado de haberte visto, Sabina. A los cuatro días, Cathy volvió a llamar. Esta vez desde Francia. Se alojaba donde su hermano, que era profesor en un liceo de Massy. Ella también iba a trabajar en el liceo, por el momento, haciendo la limpieza, tenía que pedir al Ministerio de Educación un nuevo puesto. Dos días más tarde, Manfredi está en París. Y dentro de dos horas estará esperando a la chica peixe a la salida del Liceo Fustel de Coulanges, de Massy, concretamente en el número 11 de la rue Migneaux, que le costará un huevo ubicar, a Manfredi. En cámara lenta: el abrazo, el beso, etcétera.

Dos meses más tarde, Catherine obtiene un reemplazo en otra ciudad del extrarradio parisino, Grigny. Manfredi va dos veces al mes a París, bueno, a Grigny, que es como ir al corazón del Bronx, mezclado con una barriada de Argel, pero en algún país del norte, con cielos grises, lluvia... Cathy rápidamente se harta de tratar de hacer clases, de vivir en una torre de veinte pisos con vista a la vía férrea, de un sueldo de hambre, etcétera. Al llegar el verano se muda a Barcelona. Allí está todavía, con Manfredi y con Yann. Daniel, por su parte, se ha instalado en Le Conquet, un pequeño puerto bretón, y seguirá surcando los mares del mundo. Pero se quedará solo, Daniel, siempre silencioso, escucha a todos con una sonrisa, dice poca cosa, sigue en lo suyo. Van Huyten también va a París, bastante a menudo, además, pero se aloja en un hotel de la rue de Seine, en Saint-Germaindes-Près, no tiene ni siquiera idea de la existencia de un lugar llamado Grigny. Expone con cierta regularidad en la galería de Yvon Lambert y, dentro de unos años, el Centro Georges Pompidou organizará una retrospectiva muy completa de su obra. Aunque a Van Huyten no se le suben los humos a la cabeza. Él sigue trabajando como un jardinero. A pesar de lo que se pueda creer, no es tan difícil trabajar como un jardinero en Tokio. Tokio es una ciudad llena de jardines, reales y virtuales. Poco después de la desaparición de Sabina, de lo que un crítico de arte llamaría, con esa humildad estilística que los caracteriza, «su escenario operativo nipón», Van Huyten y Glendys se instalan en un departamento bastante simpático en el barrio de Ningyocho, el barrio de las muñecas artesanales. Pero, claro, Marius no puede trabajar en sesenta metros

cuadrados. Imposible. Además, dentro de poco, Van Huyten enfrentará una parte importante de su pasado, recuperará a su hijo Theo, que tiene ahora veinte años. Van Huyten y Glendys se mudan entonces a las afueras de Tokio, concretamente a una ciudad llamada Kichijôji, un lugar que si a uno no se lo dicen, no se da ni cuenta que está fuera de la ciudad. La ciudad no es nada desagradable, tiene también sus parques, sus mercados y, como todos los extrarradios, es más barato que los barrios céntricos. Marius y Glendys alquilan una pequeña casita de oficinas de tres pisos y un galpón contiguo, donde Van Huyten instalará su taller. Theo llegará dentro de poco y se quedará a vivir con su padre y con Glendys. Se inscribirá en la Film School of Tokyo, la Eiga Bigakko, y cinco años después comenzará a rodar sus primeras películas. Y esas películas mostrarán a personajes sin raíces, pero con infinidad de historias, serán cintas hechas de pequeñas tramas que se cruzan, de personajes que sufren sin saberlo y huyen y se reencuentran en lugares improbables: Nuakchott, un pueblito de la Patagonia, una callejuela de Chicago. En quince años, Theo van Huyten será uno de los cineastas más importantes del nuevo cine europeo. Y en quince años, Marius van Huyten morirá de un infarto. Sí, sí. Claro que no ocurrirá en Tokio, sino en la isla Robinson Crusoe, en el archipiélago de Juan Fernández, Chile. Es que Glendys nunca pudo soportar Tokio. Desde un comienzo le cargó Tokio, toda esa gente, todo ese ruido, esos rascacielos, y en un país, además, que registra una de las mayores actividades sísmicas del planeta, es para vivir muerta de miedo. De pronto estás acostado y sientes como si te pasara un tren bala por debajo de la cama: terremoto grado cuatro. Y no pasa nada, los rascacielos oscilan un poco, pero no se cae ni una hoja. Al día siguiente te estás duchando y el piso de la ducha se pone a saltar, como si estuvieses en una de esas camas de goma sobre las que saltan los niños: terremoto grado seis. No, chico, yo no sé cómo hacen los japoneses, pero lo que es yo, vivo aterrada, esperando el próximo remezón, pensando que a lo mejor es el definitivo, un cataplún y todo esto se viene al suelo. Glendys añorará cada día que pasó en la isla, su isla, como ella dice. Además, esos japoneses que sonríen y hacen reverencias todo el tiempo, nunca se puede saber qué coño están pensando, chico, sonrisa, reverencia, sonrisa, hasta que de pronto sacan un sable y te cortan en dos; no, ella quiere regresar a Robinson. Y es lo que hace. Un buen día sale del edificio, toma un taxi a la estación de Kichijôji, allí se sube a un tren que la lleva al aeropuerto internacional de Tokio-Narita, en donde abordará un avión de Lan Chile que la depositará en el aeropuerto internacional de Santiago (una cagada al lado del de Tokio, por cierto). Tres días más tarde aterrizará con el pequeño bimotor en la isla. Van Huyten se queda solo. Ni siquiera cuenta con la compañía de Theo, que se ha marchado a vivir con su novia a Nagoya y además se la pasa filmando en los cuatro rincones del planeta. Pero sigue con su rutina habitual de trabajo. Se levanta a las seis de la mañana. Trabaja entre ocho y diez horas diarias. Hace una caminata de un par de horas al día. Una noche, como de costumbre, apagará las luces del taller, cerrará la puerta de

fierro, recorrerá el largo pasillo que desemboca en la sala de su casa, y allí, mirando televisión, cómodamente instalado en el sofá de cuero, se encontrará a don Luis Pereira. El mismo señor pequeñito, con el traje azul, chaqueta cruzada con tres botones, zapatos negros brillantes, pero esta vez sin el gorro de lana. En vez de eso, Van Huyten se fijará en la camisa y la corbata, de un rojo encendido.

—Vaya —dice Van Huyten—, lo hacía a usted en otras latitudes.

—Le dije la última vez —responde don Luis Pereira—, el mundo se está achicando cada vez más.

Por deferencia hacia el dueño de casa, esa vez don Luis Pereira aceptará acompañar a Van Huyten con un whiskycito. Abreviemos: don Luis le sugiere que vaya a buscar a su mujer, que no la deje irse a la isla sola, que eso es lo que espera Glendys de él.

—Ella decide que quiere vivir en Juan Fernández, se larga sin consultarle a nadie, ¿y yo tendría que ir a buscarla?, tiene huevos —remata Van Huyten, con esa expresión española que tanto le gusta.

—Me permito hacerle observar —dice don Luis Pereira, muy correcto— que ella lo ha acompañado lo suficiente, primero en Barcelona y después en esta otra isla, que nunca le gustó; de hecho, no sé cómo ha resistido tanto tiempo —agrega, levantando el brazo e indicando vagamente su entorno—, millones de rascacielos, millones de personas, millones de autos, gran sacrificio ha hecho ella, no se vaya a ofender, pero si me permite un consejo, usted debería ir a buscarla, amigo.

—Es posible que usted tenga razón, ya veremos—masculla Van Huyten.

Va a la cocina a servirse más hielo y cuando regresa, don Luis ha desaparecido. ¿Por qué se va tan pronto?, le dice Van Huyten a las paredes, se podría haber quedado a comer algo, me he conseguido unos bifes de chorizo que no están nada mal. Pero don Luis se ha esfumado.

Una semana más tarde, Van Huyten comenzará una serie de varias, de muchas para ser sinceros, idas y vueltas entre Tokio, Santiago de Chile y Robinson Crusoe. Tantos viajes hacen mal, aunque se acumulan millas, es cierto. Van Huyten llega a juntar tantas que es declarado pasajero preferente de la compañía en la línea Santiago-Sidney-Tokio. Si las pudiera cambiar por acciones se transformaría en dueño de la línea aérea. Pero no es eso lo que le interesa a Van Huyten. Lo que le interesa es seguir trabajando, seguir pintando, exponiendo, seguir viviendo, seguir viviendo con Glendys, y si ha de morir, morir con ella. En eso tenía razón don Luis, era preciso, era necesario ir a buscarla. Y es que también estará un poco viejo Van Huyten, ya a esas alturas. Por ejemplo, comenzará a importarle eso que algunos llaman la «calidad de vida». Pendejadas cuando se tienen cuarenta, claro, pero a los sesenta y ocho que tendrá Van Huyten, ya hay cosas que es mejor tener adquiridas: dinero, espacio, algún lugarcito donde lo entierren a uno y más

dinero... para el by-pass coronario, el tratamiento contra la diabetes y el colesterol, la prótesis de las caderas, la ablación de la próstata... ¿Joven y pobre? Normal. ¿Viejo y pobre? Péguese un tiro.

Después de un par de años de idas y vueltas, Van Huyten decide que ya está bueno de cruzar el planeta para ver a su mujer y se instalará con ella en Robinson. Se construirán una bonita casa. Pasarán los años y serán felices. Y aquí se podría acabar esta historia. Salvo que aún no se acaba. Pero ya casi casi está. Un par de cositas más y la cortamos. Glendys habrá creado su grupo de teatro y habrá dirigido la puesta en escena de varias de sus obras. Van Huyten tendrá un taller espectacular. El dinero que se gastará en hacer salir sus obras desde la isla será también espectacular. Y como el dinero, para Van Huyten, no es un problema, se puede dar el lujo de vivir la mayor parte del año en una isla remota, una isla que habitualmente no figura en los mapas de las agendas, en los mapas de los aviones, ni siquiera en los mapas de muchos textos escolares. Una noche, Glendys le anunciará a Marius que quiere ir a ver a su padre. Y, como se sabe, su padre no es cualquier padre. Es Fidel Castro. Y estará viejo. Viejo y moribundo. De manera que Glendys viajará de Robinson a La Habana a reencontrarse, y a despedirse, de su progenitor. Pasará un mes, dos, casi tres. Van Huyten recibirá entonces una llamada. No es que antes no lo haya llamado, pero esa será definitiva: está en La Habana, Glendys, está bien; es más, está de putamadre, Glendys, ¿y a que no sabe con quién se ha encontrado? Van Huyten piensa: oh, no, Señor, por qué me has abandonado, por qué ahora, y dice tímidamente: ¿con quién? Glendys: con Sabina. Y lo estarán pasando bomba con Sabina. Piensan irse a dar una vueltecita a México, donde unas amigas de ella, ¿no te importa, verdad, amor? No, claro, cómo le va a importar. El problema es que no volverá más, Glendys. Bueno, volverá pero será muy tarde. Volverá a ver la tumba del que fue el hombre más importante de su vida y a recuperar sus cosas. En una de esas conversaciones telefónicas, Van Huyten le dice: Glendys, ya tienes cincuenta años, no me vas a hacer la comedia de que te volviste a encontrar con un viejo amor, de que en realidad siempre dudaste de tu identidad sexual. Glendys: ¿y por qué no, Marius?, la vida tiene muchas vueltas, ¿sabes? Pasarán no más de mil años, sino un mes. Van Huyten irá a La Habana después de ese llamado. Y descubrirá que Glendys no ha cambiado de orientación sexual. Lejos de ello. Aunque, después, regresando a Juan Fernández, Van Huyten se dirá que a lo mejor hubiese preferido, de haber sido consultado, un desenlace por el estilo, que Glendys hubiese terminado viviendo con Sabina en algún rincón del Caribe mexicano. Hubiese sido una manera de conservarlas a las dos y, sobre todo, de que ellas dos lo conservaran a él, el lado del triángulo caído, pero oh cuán presente en la memoria de ambas. En vez de eso, al segundo día de estancia en La Habana, Glendys le presentará a Tony. Un amigo. Un mulato de unos cien kilos por un metro noventa. Percusionista en una orquesta de salsa. Simpático el tipo. Se

entenderá muy bien con Van Huyten. Los tres irán a cenar varias veces. Un día harán un paseo a Varadero. Un buen tipo, Tony, opina Van Huyten. ¿Verdad que sí?, dice Glendys. Joven, alegre, lleno de energía, dice Van Huyten. Después, Marius y Glendys recorrerán la isla. Solos, claro. Y vistos desde afuera parecerán una pareja de esas que se ven en las revistas para «seniors», o sea una pareja de viejos no tan tan viejos aún, estable (dentro de su gravedad), bien avenida a lo mejor y hasta probablemente sólida. Pero al final, Van Huyten regresará solo a su casa de Robinson, que ha terminado por ser su casa en el mundo. Al despedirse de él en el aeropuerto, Glendys le promete que en dos meses estará de regreso en Juan Fernández. Tú ya sabes, agrega. Sí, ya sé, dice Van Huyten. ¿Qué es lo que sabe? Bueno, lo que le ha dicho Glendys durante el viaje. ¿Es decir? Nada, que el Tony ese es un... amorío, no, muy feo, una aventura, digamos, de su edad tardía. Glendys tendrá cincuenta y tres años dentro de poco, Tony apenas tiene treinta y... ¿por qué no permitírselo?, ¿por qué no tomarse la libertad y vivir lo que la vida le ofrece? Eso no contradice en nada el amor que ella siente por Marius, un amor profundo, un amor verdadero. Claro que sí, opina Marius. No ve ningún inconveniente, tienes que vivirlo, Glen; además, ya lo ha dicho, es simpático Tony, buen tipo. Por eso, al despedirse en el aeropuerto de La Habana, Glendys le dice que estará en Robinson dentro de dos meses, a más tardar, y agrega, depositando un tierno beso en sus labios: tú ya sabes, ¿verdad? Y Marius responde: sí, ya sé, la abraza todavía durante unos segundos, la abraza con fuerza, como si quisiera fundir sus huesos con los de ella, y luego echa a andar hacia las casetas de la aduana, sin volverse a mirar a su mujer. Y es que lo que ya sabe Marius, o si se quiere lo que intuye con la contundencia de una certeza absoluta, es que Glendys nunca volverá a Juan Fernández, que nunca más la volverá a ver. Glendys, por su parte, tras separarse de Marius, se da vuelta, camina unos pasos y rompe a llorar como no había llorado nunca. De hecho, se tiene que sentar en uno de los cafés del aeropuerto y expulsar ese llanto que sube desde lo más profundo de sus vísceras. Ella también sabe: esa es la última vez que ha abrazado a Marius Van Huyten. Pasarán dos, seis, ocho meses. Y Glendys no llegará. El que sí vendrá a verlo, un año más tarde, será Theo. Se quedará tres semanas en la isla, filmando un documental sobre el pintor holandés que eligió esa isla del Pacífico para vivir. Una noche, no mucho después de la partida de su hijo, Van Huyten bajará al Bahía, se beberá, solo, una botella de whisky argentino, esa semana no habrá otro. De manera que Van Huyten se beberá esa botella de whisky, lentamente, fumando uno de los últimos habanos que le quedan de su viaje a Cuba. En el equipo de música del bar sonará un bolero de Lucho Barrios: tu procedimiento/ me hizo padecer, dejando en mi pecho/ una herida cruel... Van Huyten se sonríe primero y luego, de regreso a su casa, se irá riendo ya a mandíbula batiente, tu procedimiento me hizo padecer, irá repitiendo la letra, qué bonito. En el cuarto de baño se mirará al espejo y le dirá a su rostro en voz alta: Van Huyten, la vida es una farsa, la vida es una broma cruel, la vida

es la mano de un policía que surge del water y te agarra de las pelotas cuando te estás limpiando el culo... Y ese rostro bastante ajado ya, curtido por el sol de la isla, con arrugas profundas en torno a los ojos, el pelo blanco, las cejas hirsutas, le sonreirá en el espejo, como un rostro amigo, el rostro de alguien que inspira confianza. Y, nos gustaría saberlo aunque ya no podrá explicar por qué, él y su rostro tendrán la ocurrencia de ir a mirar el fondo del water y allí, en esa pequeña laguna de agua perfectamente transparente, encajonada entre las paredes albas y lisas de la taza, Marius distinguirá nítidamente un botecito diminuto, una réplica perfecta de los botes de pescadores de la isla. Y en el bote, claro, cómo no: don Luis Pereira, con su terno, sus zapatos, su gorro. Van Huyten meterá la cabeza al water porque don Luis Pereira le está tratando de decir algo. Casi tocará la proa del bote con su nariz, Van Huyten. Entonces, don Luis Pereira, muy tranquilo, como si le estuviese dando una indicación estrictamente técnica: tómese unas cuantas aspirinas, amigo, mire que ese whisky argentino da una caña terrible, va a amanecer con un hachazo en la cabeza mañana. Van Huyten tragará cuatro aspirinas. Beberá un litro de agua. Se pondrá el pijama. Se acostará tarareando todavía: tu procedimiento me hizo padecer... Y no se despertará más.

31

Casi mueren de agotamiento, de sobredosis de cafeína, de asco estilístico. Pero con el tiempo esos días se transformarán en una comedia absurda y ellos harán reír a los amigos contándoles esa primera y única experiencia de escritura a cuatro manos. Se acordarán, también, con cariño de esos cinco días frenéticos porque fueron los primeros días que pasaron juntos, los que la memoria suele transformar en los días idílicos del comienzo. Claro que de idílicos habían tenido poco. Algo tuvieron de bueno, eso sí. En primer lugar, las cuatrocientasmil pesetas que se embolsaron. Resultado que, en sí, ya justificó ampliamente el esfuerzo. Además, Milagro descubrió que Boris podía ser un tímido crónico, pero una vez pasado el escollo de la seducción era capaz de revelarse como todo un jefe. Es más: en situaciones extremas como la que vivieron, podía llegar a ser hasta autoritario (el desocupado lector admitirá que escribir dos novelas en cinco días, por muy novelitas románticas que sean, no deja de ser una situación extrema). Y este rasgo de personalidad, lejos de ahuyentar a Milagro, la sedujo más aún. No creo que lo haya pensado así, porque queda demasiado vulgar, pero el fondo es lo que cuenta, no la forma, y el fondo del pensamiento de Milagro fue el siguiente: este es mi hombre. Boris, por su parte, no tuvo tiempo de pararse a pensar en su timidez, en su triunfo y en el abismo de felicidad que se abría ante él. ¿Te das cuenta de las horas de martirio que te podrías haber ahorrado si hubieses actuado antes?, tienes que ir a un psicólogo, Boris, esto no puede seguir así, fue lo único que pensó, y vagamente aun, al salir de la casa de Milagro a eso de las tres de la tarde. Antes, eso sí, le había dejado a ella el esquema de *Voy a conquistar tu amor.* Habían acordado que Milagro se pondría enferma para poder terminar el borrador de la novela. Boris llegó a su casa. Tomó el teléfono y llamó al tal Paco de la Paz.

—Mañana a las diez será imposible, ¿podríamos dejarlo para pasado mañana a la misma hora?

El tal Paco de la Paz respondió:

—La palabra imposible no existe en el vocabulario de un escritor Jazmín.

—Pero, Paco... —protestó Boris.

Intransigente, el tal Paco de la Paz lo interrumpe:

—Qué hubiese pasado si Proust se hubiese dicho: *¿En busca del tiempo perdido?,* ah, no, imposible, si Joyce se hubiese dicho: *¿Ulises?,* no way,

imposible.

—Pero, Paco —insistió Boris—, a ellos les tomó toda la vida hacer esas obras de arte, yo te estoy hablando de veinticuatro horas para una puta novelita destinada a hacer llorar a las vendedoras de El Corte Inglés, a las empleadas de La Caixa...

Casi vio al tal Paco de la Paz dar un respingo:

—Despreciar al personal femenino es algo que jamás se hubiesen permitido un Balzac, un Pérez Galdós, un Dickens; de hecho, aprende esto, plumífero: para ellas se escribe, ayer y hoy también, te estás equivocando gravemente, Sandoval, pagarás cara tu arrogancia.

Boris pensó está como una cabra este tipo, y dijo:

—Bien, Paco, olvídalo, mañana a las diez, entonces.

Tiene el vago recuerdo de haber estado aporreando la máquina durante una eternidad, como si hubiese conducido quince horas sin parar por una carretera recta, sin curvas, sin relieve, sin nada. Como a las doce de la noche se dio cuenta de que necesitaba dos escritores: uno para ir sacando el borrador y el otro para que pasara en limpio lo que iba saliendo. Llamó a Milagro.

—Ay, Boris, no me resulta —le contestó ella, desesperada.

—Vente ahora mismo—le dijo él—, te necesito aquí.

Pusieron una máquina al lado de la otra y así estuvieron, Boris escribiendo, Milagro corrigiendo con tipex cuando se podía, volviendo a pasar los folios a los que no valía la pena aplicar líquido corrector, bebiendo litros de café, luchando contra el sueño. A las diez y media de la mañana del día convenido, Boris, con cara de muerto resucitado, depositó el manuscrito de *Pasión en las islas* sobre el escritorio del editor.

—Chaval —dijo el tal Paco de la Paz—, esto demuestra que, a pesar de todo, tienes pasta de novelista.

—Sí, contestó Boris, el lunes te traigo *El rojo y el negro.*

Y también lo logró. Bueno, lo lograron con Milagro. Boris dictando y Milagro escribiendo a máquina y luego, a pesar de los litros de café y Coca-Cola, Milagro roncando súbitamente con la mejilla aplastada sobre el rodillo y Boris escribiendo en la otra máquina y luego llamando por teléfono, primero a Max.

—Perdona, ¿pero no tendrías un poco de cocaína?

—¿Cocaína?, son las tres y media de la mañana, ¿y me llamas para pedirme cocaína? —se exaspera Max—, te volviste loco, harina te puedo dar si quieres.

Luego llamó Eddy.

—No, hermano, yo sólo consumo whisky, como tú sabes.

Desesperado, Boris pensará en mandar todo a la mierda, a la mierda el mamón de Pierce, a la mierda la arribista de Julia, a la mierda él mismo... Pero

lo lograron. En parte porque Boris veía, como en una película, a la salida de esa larga noche, al tal Paco de la Paz entregándole un maletín con cuatrocientas mil pesetas. Claro que no era *El rojo y el negro* lo que escribieron, sino, mucho más modestamente, *Voy a conquistar tu amor,* firmado por una tal Lorna Dickinson. El tal Paco de la Paz terminó por extender un cheque y prometió, tocándose las costillas, que si sobrevivía al cáncer que sin duda alguna lo estaba devorando, lo volvería a llamar. Pero no llamó nunca más. Milagro, hasta el día de hoy, está convencida de que, en efecto, el cáncer se lo llevó, porque las novelas eran buenas, buenas, buenas, no es porque las hayamos escrito nosotros. Boris no está tan seguro, yo creo que eran malitas, como todas esas novelas. Milagro: tú sí que eres aguafiestas, chileno. En todo caso, después de ese comienzo más bien abrupto, decidieron que se merecían, ahora sí, una verdadera luna de miel. Tenían, además, cuatrocientas mil pesetas. Pero Horst Palatino los convenció de que guardaran ese dinero para una mejor ocasión y que aceptaran su invitación a pasar una semanita en el hotel de la sierra de Guara, que acababa de inaugurar tras las reformas. Porque Milagro y Boris se han hecho prácticamente inseparables de Horst Palatino y Maritza. Dos cubanas con dos chilenos, imagínese. Horst Palatino, de hecho, ha alquilado un piso, un departamento de unos ciento veinte metros cuadrados, en la calle del Comercio, al final del Borne, muy cerca del Parque de la Ciudadela.

—Si no, la Mary nunca se iba a venir de Roma, porque ella, cambiar el departamento en el monte Mario por un pueblo en el Pirineo aragonés, muy medieval será, pero ni hablar —dice Horst Palatino.

Ahora, con ese pequeño «bulín» en Barcelona, las cosas cambian.

—Es que yo soy un animal urbano—declara Maritza—, no podría vivir en un lugar sin cines, ni cafés, ni terrazas donde tomar algo —y sonríe coqueta, arriscando un poco la nariz.

Horst Palatino:

—Y, sobre todo, sin esas multitudes de seres humanos que inundan esas terrazas, esos cines y cafés, especialmente si se trata de turistas, a Maritza le encantan; si dependiera de ella, se instalaría una tienda de campaña en la plaza San Pedro en Roma o, aquí mismo, en Las Ramblas, y se quedaría a vivir allí.

—Exagerado este chileno —dice Maritza.

Y Horst Palatino continúa:

—Una tienda de campaña, sí, pero con muebles de Cinna al interior, con una cocina de Roche-Bobois, alfombras compradas en Marruecos.

—Reconoce —contraataca Maritza—, el que necesitaría todo eso eres tú.

Maritza es bonita, además de simpática, encuentra Boris, muy blanca, pero dorada por el sol, de ojos verdes reidores, pecosa, rellenita, no muy alta. Milagro: ¿ah, sí, conque bonita, eh?, cuidadito, chileno... Boris: nunca digas de este agua no beberé. Milagro lo pellizca: te mato, ¿oíste? Boris se ríe.

Cuando la refacción del hotel ha terminado, Horst Palatino invitará, pues, a sus amigos a pasar una semana en la sierra de Guara. Bueno, en realidad, muy cerca de allí, en Aínsa, un pueblecito del siglo XII, en la provincia de Huesca, que es donde está el hotel. Un pueblo, opina Boris, en el que te bajas del auto y tienes de inmediato la sensación de que las tropas de Roldán y Carlomagno están a punto de llegar a pedir albergue y comida desde el otro lado de los Pirineos, miras hacia el valle y sí, esas nubes de polvo, allá lejos, son las huestes moras que se acercan, habrá batalla al amanecer... Milagro: parece un decorado de película, es verdad. Boris y Milagro se imaginaban que Horst Palatino se había instalado con un hotelito, una especie de albergue de juventud, una casa rural arreglada de manera rústica, un hostal para estudiantes. Pero no, nada que ver. Bueno, un caserón medieval sí que es. La arquitectura exterior ha sido escrupulosamente respetada. Visto desde afuera, da la impresión que uno va a entrar en unas caballerizas abandonadas, o en una granja donde las gallinas se pasean por el piso de piedra. Pero por dentro es un hotel de lujo. Hostal Parador de los Caballeros, se llama. Tiene sala de billar, piscina, sauna, biblioteca. En el bar: lo que tú quieras. Las habitaciones: espaciosas, con tapices medievales, alfombras muelles, camas y toallas ídem; en fin, todo lo que uno necesita para sentirse dentro de la burbuja del confort. Describir un hotel, qué banalidad, dirá usted. Pero es que ni Boris ni Milagro están acostumbrados a eso, ninguno de los dos había estado nunca en un hotel, bueno, en pensiones sí, campings, algún hotelucho parejero. Boris, sobre todo, con alguna noviecita del colegio, allá en Santiago, Chile, había que protegerse además del toque de queda, a las dos de la mañana, caía la guillotina, se cerraba el chiringuito, aparecían patrullas militares como cucarachas; si te pillaban en la calle, ¿dónde meterse? Muchas veces, sobre todo si estabas acompañado: un hotel, un motel, un volteadero. Pero no nos perdamos. Estamos en Aínsa, provincia de Huesca, comarca del Sobrarbe. En el Hotel Parador de los Caballeros, lujo no sé si asiático, pirenaico al menos, piensa Boris. Así que allí pasan unos días, primero acompañados por Horst Palatino, Maritza y Max, que también ha venido. De hecho, el único que falta a la cita es Eddy, quien se excusa pues ese fin de semana recibe a su hijo, el muchacho que viene de México. El lunes por la mañana, Boris y Milagro se quedan solos en el hotel. Bueno, solos... con la servidumbre, se entiende. Recorren valles, senderos escarpados, ríos encajonados. Una verdadera luna de miel.

¿Y después? No mucho más, la verdad. Regresan a Barcelona. Boris, vuelta a la agencia, con Max. Milagro... pero ya le vamos a dejar de decir Milagro porque una de las cosas que ha cambiado, justamente a partir de ese viaje a la sierra de Guara, es que Milagro se ha transformado en Tatiana, una manera de marcar la diferencia, seguramente, de imponer un «antes» y un «después» en las historias personales de ambos. De hecho, Tatiana jamás se ha llamado Milagro, así es que el cambio se justifica. Muchas parejas se dan a ese tipo de rituales, algunas graban la corteza de un árbol con sus iniciales,

otras se juran amor eterno en algún lugar especial (el lago Maggiore, la Fontana de Trevi, el parking de un supermercado...), otras se cambian efectivamente los nombres, comienzan a llamarse «vida», «amor», o bien «gatita» y «gatito», «chanchita» y «chanchito»... Y eso no, claro que no, es mucho mejor que él la llame Tatiana, ¿no cree? Tatiana, entonces, vuelve a La Palma, Boris a la agencia de viajes. Cada uno a su rutina. Han decidido no vivir juntos, por el momento. ¿Han decidido? Qué va, no han decidido nada. La verdad es que no les alcanzaría el dinero para alquilar algo más grande, un piso en el que quepan los dos sin tener que estar uno encima del otro. Por lo demás, tienen la ventaja de ser vecinos. Mucho mejor, entonces. Pasan días y noches en una casa u otra, y luego hay momentos de intimidad en los que cada uno está en su espacio. Boris, con el tiempo, comprenderá que esa era quizá la mejor situación. Tatiana también lo comprenderá. Y, en el futuro, se acordarán con nostalgia de esa época en la que cada uno tenía su casa y podía invitar al otro, recibirlo, pero también quedarse solos una noche y, además, tener una relación estrictamente personal con «sus» objetos y «su» espacio. Pero ese futuro aún no ha llegado. Aunque comienza a venir a grandes zancadas. Pasan, de hecho, un par de años como si fueran un par de meses. Una noche, tomando una copa en el Ginlet después de cenar, Horst Palatino le devolvió la carpeta azul, con el borrador de la novela de Sorel, que Boris le había prestado diez o quince días antes. ¿Se lo has mostrado a Tatiana?, preguntó. Boris se sintió pillado en falta. No, dijo, mirando a Horst Palatino en el espejo que recubría la pared frente a la que estaban sentados en sendos taburetes. ¿Y no se lo piensas mostrar? No creo, contestó Boris. Después de un silencio algo incómodo, Boris agregó: no me preguntes por qué, pero me da la sensación de que en ese borrador está escrito nuestro destino. Horst Palatino sonrió y luego dijo: no lo había visto así. No, claro, respondió Boris, tú no estás en mi pellejo, ni en el de Tatiana. Esta última, por su parte, se aburría menos desde que estaba con Boris. Pero no dejaba de repetir, a Boris, a Maritza, a Horst Palatino, a quien quisiera escucharla, que algún día se iría, que estaba harta de llevar esa vida que llevaba en Barcelona, de la casa al bar, del bar a la casa, trabajar, trabajar y trabajar, para sobrevivir y punto. Maritza la entendía. Horst Palatino la entendía. Boris también la entendía. No era fácil, tú quieres ser actriz, quieres por último trabajar en el teatro, «dentro» de un teatro, y estás condenada... a ser camarera. Maritza sugería: ¿y si fueras directamente a los teatros, uno a uno, mira que teatros no faltan en Barcelona y hablaras con ellos, dejaras tu currículum? Pero eso ya lo había hecho Tatiana. Hacía tiempo, además. Tampoco se iba a pasar la vida haciendo la ronda de los teatros de la ciudad. No, claro que no, reconocía Maritza.

Al final de ese año pasaron un par de cosas importantes. Lo primero fue que Max le comunicó a Boris, un poco antes de Navidad, que la agencia de viajes tenía los días contados. Había perdido las cuentas del par de empresas con las que hacía el grueso del negocio. Y el flujo de clientes era cada vez

menor. En resumen, dentro de seis meses, ocho a más tardar, tendría que cerrar, a no ser que ocurriera algún hecho inesperado que pudiera salvarlos. De lo contrario, se empezaría a comer el capital sólo para mantener la agencia abierta. Lo segundo fue que Horst Palatino y Maritza organizaron una gran fiesta la noche del 31 de diciembre. Y en esa fiesta, en el piso de la calle del Comercio, estaba todo el mundo: Max, las amigas de Max, Eddy, el hijo de Eddy—un muchacho de unos dos metros, que a Boris le pareció rebosante de leche fresca y hormonas—, las amigas de Eddy y hasta las amigas que el hijo de Eddy se había hecho en las escasas semanas que llevaba en Barcelona. A todas ellas se agregaban, por supuesto, las amigas de Tatiana, las de Maritza y Horst Palatino. Boris descubrió que el mundo estaba lleno de amigas. El único que no tenía amigas era él. Se preguntó por qué y luego decidió que esa no era la pregunta que había que hacerse esa noche; de hecho, se dijo, esa noche no había que hacerse preguntas, sino tratar de pasarlo lo mejor posible con todas esas amigas que lo rodeaban. Estaba también Oriol, el dueño de La Palma, y, evidentemente, sus amigas. Estaba incluso el mítico Raimon, sí, sí, el cantante. Con su séquito de amigas, como es dable imaginar. Un tipo simpatiquísimo Raimon y, curiosamente, muy cercano a Horst Palatino. Es más, en cualquier momento llegaría Joan Manuel Serrat. Raimon, Serrat, a lo mejor por eso había tantas amigas, pensó Boris. Pero no, al final Serrat no apareció. El que sí estuvo allí todo el tiempo —las facciones angulosas y el físico atlético de su hermano, pero mucho más alto, bastante más joven también y, junto con esto, muy conversador, de fácil acceso, divertido— fue Tom Palatino, el hermano de Horst. De hecho, cuando Horst Palatino vino a presentárselos (Tomás, mi hermano), Boris y Tatiana llevaban ya media hora hablando con él (sí, ya nos hemos presentado). Horst y Tom Palatino eran hijos de un médico de Valdivia, en el sur de Chile, el doctor Jurgen Palatino, un cirujano que había sido muy conocido en la región. Por eso quizá ambos hermanos habían estudiado medicina. Claro que yo, contó Tom, me cansé mucho antes que Horst. A los dos años, Tom ya había decidido que la medicina no sería lo suyo. Era un sacerdocio la medicina, había que ser demasiado serio, riguroso, estable; en una palabra, él no tenía el temperamento necesario para llegar a ser médico. ¿Y a qué te dedicaste?, preguntó Boris. Bueno, fundamentalmente, dijo Tom Palatino, a vagar, recorrí toda América Latina a dedo. Algo que no se puede permitir un estudiante de medicina, dijo Boris. Tom Palatino: a menos de ser el Che, y yo, obviamente, no era el Che, ni de lejos. Tatiana: ¿y luego? Después me hice buzo profesional, contó Tom Palatino, aprendí a pilotar y al final me dediqué a los negocios. Había trabajado como piloto, ubicando bancos de peces para una pesquera del norte de Chile, y ahora tenía unas cabañas en uno de los lagos del sur y acababa de comprar un restaurant en un pueblo del desierto, en San Pedro de Atacama. Más de alguna vez, cuando Tatiana comenzaba con la cantinela de que se quería ir de Barcelona, Horst Palatino les había hablado de ese hermano suyo, un aventurero, según él, pero un tipo simpático. Él los

podría ayudar a instalarse en Chile, si eso era lo que ellos decidían. Tom conocía a muchísima gente. Y ahora estaba allí. De paso. En medio de ese océano de amigas que bailaban, magníficas, totales, solitarias, y fumaban porros, bebían como soldados en día de asueto y reían a carcajadas (y un par de ellas se besaban sin escrúpulos sobre un sofá, mientras otra, acaso la más solitaria de todas, vomitaba magníficamente dentro del canasto de la ropa sucia, convencida de que era el water del baño de visitas). Esa noche y las dos o tres veces que alcanzaron a verse antes de que regresara a Chile, Tom Palatino se los dijo claramente. Si querían irse a Chile y les tentaba la idea de pasar una temporada en el desierto, él, encantado, les echaba una mano, estaba buscando gente joven para administrar el restaurant de San Pedro de Atacama. Y si no era eso, podía ser otra cosa. Tenía varios proyectos relacionados con el turismo. Era un sector que se estaba desarrollando a pasos agigantados en Chile, el turismo aventura de calidad. Y ellos dos tenían el perfil ideal para trabajar en ese tipo de negocios: eran extranjeros. Bueno, tú no —refiriéndose a Boris—, ¿cuántos años llevas aquí? Boris: doce. Entonces es como si lo fueras, opinó Tom Palatino. ¿Por qué necesitas extranjeros?, preguntó Tatiana. Es mejor, dijo él, un extranjero comprende a otros extranjeros. Boris: ¿no será que los chilenos ni siquiera se pueden imaginar la noción de extranjero? Tom Palatino: algo de eso hay.

Al día siguiente, por la tarde, Boris fue víctima de un impulso raro: le confesó a Tatiana que lo sabía todo.

—¿Qué es «todo»? —preguntó ella.

Boris tragó saliva y dijo:

—Que eres hija de Fidel Castro.

Tatiana, de un salto, salió de la cama:

—¿Yo, hija de Fidel Castro?

—Tú —insistió Boris—, me lo dijo Julián; de hecho, hasta me contó que Fidel lo había llamado, que habían estado hablando de ti.

Tatiana, primero, abre muy grande la boca, incrédula—¡ yo hija de... Fidel llamando a Julián!—, y luego se va doblando en dos, se va literalmente partiendo de la risa y se sigue riendo a mandíbula batiente durante muchos minutos. La última broma de Julián Soler, piensa Boris, la bromita de este maricón, y dice:

—¡Bueno, ya basta, de qué coño te ríes tanto!

Se viste y se larga. Es su primera pelea. Camina durante un par de horas pensando qué razones habría tenido Julián para hacerle esa jugarreta, para mentirle así. No tenía respuesta. O tenía mil respuestas. Y otra pregunta: ¿era una broma de Sorel o una mentira de Tatiana? Tampoco tenía respuesta. Aunque se inclinaba, claro, por la primera posibilidad. Para cerciorarse había interrogado mucho a Tatiana sobre su infancia. En repetidas ocasiones y como si sus preguntas no hubiesen tenido ningún objetivo concreto, sino el de saber

más de ella, conocerla mejor —lo que «también» era cierto—, le pedía que le contara tal o cual episodio, que le hablara de su madre, de su padre, etcétera. ¿Resultado? Ninguna contradicción, ninguna zona de sombra o fisura por donde se pudiera colar la sospecha de otra realidad. Infancia habanera. Madre traductora, padre empleado del Ministerio de Agricultura, dos hermanos. Unas vidas más bien discretas, más bien opacas, marcadas por las limitaciones, pero también por las ilusiones y los mitos que han compartido millones de cubanos desde 1959. Nada especial. Rutina, entonces.

Las cosas en la agencia ya eran más precisas hacia mediados de año. Más sombrías, también. Por no decir definitivamente negras. Habrá que cerrar, dijo Max, no me queda más remedio. Y, de hecho, tras el verano Boris pasará a engrosar la ya harto abultada población de cesantes de España. Ha tenido la indemnización correspondiente. Se ha inscrito en el paro, como es lógico. Pero el futuro no se anuncia demasiado radiante. Como todo el mundo sabe, en el negocio del turismo la concentración es cada vez mayor, los grandes grupos—Meliá, El Corte Inglés—se están comiendo las pequeñas agencias. Boris se pasa varios meses leyendo, temprano por las mañanas, la sección de anuncios de empleo del periódico, contestando a muchos de esos anuncios, yendo a entrevistas, respondiendo preguntas estúpidas a jefas de personal ectoplásmicas: ¿se cree usted capacitado para desempeñar esta función?, ¿cuáles cree usted que serán sus aportes a este puesto de trabajo (detalle al menos tres)?, ¿cuáles son sus hobbies?, ¿sufre de alguna enfermedad grave?... Una noche, Tatiana le propone: ¿y por qué no nos vamos a Chile? Boris lo ha venido pensando: es una posibilidad. Conversan del tema con Horst Palatino y Maritza. Con Max. Con Eddy. Todos ellos, en el lugar de Boris y Tatiana, lo intentarían. Una noche, cenando en casa de Horst Palatino y Maritza, este último toma el teléfono y les pasa a su hermano. Tom Palatino les dice que no les puede prometer, así, ahora mismo, un puesto de trabajo específico, con sueldo tal o tal, pero él quiere echar a andar de nuevo el restaurant en San Pedro de Atacama; trabajo hay, si le dan un par de meses de plazo, las cosas se podrían concretar. Repuesta de ellos: ¿por qué no?

No pasan ni dos, ni tres meses, sino casi un año. Una tarde de diciembre, Horst Palatino, Maritza, Max y Eddy los acompañan al aeropuerto. Horst Palatino y Maritza vendrán a verlos, prometido. Max tiene varios negocios en carpeta relacionados con Chile, así que lo más seguro es que pronto lo tengan por allá. Y Eddy: si van alguna vez a Lima, no dejen de avisarme, están todos sus hermanos y una tracalada de amigos. Abrazos. Se verán muy pronto. Aunque Boris tiene la intuición de que no los verá, a ninguno de ellos, en mucho tiempo. Poco después, el avión rueda por la pista del aeropuerto de El Prat, empina la nariz, se eleva pesadamente en un cielo abochornado. Boris ve las luces de Barcelona extendidas allá abajo y luego el perfil del Tibidabo, las nubes grises, los destellos rojos y blancos en la extremidad del ala. Tatiana

aprieta su mano. Le dice: hacía tanto tiempo que soñaba con comenzar una nueva vida en otra parte, ¿no te parece emocionante? Boris no está tan seguro de que vaya a ser tan nueva esa vida. Tiene como la intuición de que esa vida está ya escrita. Y al mismo tiempo, se dice, ¿no ocurrirá lo mismo con toda vida?, ¿no será cierto que una vida no es sino la ejecución de un pentagrama escrito en otra parte, escrito, sobre todo, por otro? A pesar de esas dudas, Boris responde: emocionante, sí. Tatiana le da un beso en la mejilla y se acurruca contra su hombro. Boris, no sabría decir por qué, se acuerda en ese momento de una canción que sonaba en la radio de la cocina de su casa, cuando él era niño: «la felicidad, ja, ja, ja, ja, me la dio tu amor, oh, oh, oh, orrr...».

III. Con qué seguro paso el mulo en el abismo

1

Tal como él lo recordaba, el avión deja atrás la cordillera de los Andes, sobrevuela unos cerros amarillos, moteados de verde, vacíos, no hay cultivos, ni construcciones, ni carreteras, ni nada que anuncie la inminencia de una ciudad, sólo esos cerros pelados, áridos, interrumpidos por algún embalse, uno o dos techos de cinc que refulgen bajo el sol y, casi de inmediato, el aparato está tocando tierra: bienvenidos al aeropuerto internacional de Santiago, son exactamente las nueve y veinticinco minutos hora local...

Santiago. ¿Hacía cuánto? Seis años. Afuera, tras las cristaleras, los esperan su madre y Etelmira. Su madre le parece más pequeña, un poco más encorvada quizá, bastante más vieja. Etelmira siempre ha sido vieja. Cuando él tenía cinco años, Etelmira ya era vieja. Pero ahora está casi del mismo porte que su madre. Y parece un roble al lado de ella. Su madre le dice, al abrazarlo: tenía miedo de no reconocerte, hijo. Él: no he cambiado tanto, mamá, te presento a Tatiana. Su madre levanta la cabeza y se empina para besar a Tatiana en la mejilla: qué grandes que están haciendo a estas chicas hoy en día, dice, y a ella: bienvenida, mijita, el país está hecho una porquería, pero el corazón es grande. Etelmira: señora Norma, pero no le diga eso, qué va a pensar esta niña.

Siempre ha sido muy politizada, Norma. Profesora de castellano, militante demócrata cristiana, muy activa en el Sindicato de Profesores. Cuando había política. Ahora ya no hay política. En vez de eso, a la salida del aeropuerto, el visitante se da de narices con un enorme cartel de plástico rígido, montado en altura sobre dos postes de concreto. El cartel, en el cielo casi —los aviones al despegar lo atraviesan en diagonal, por detrás, desde el lado inferior derecho al lado superior izquierdo—, dice: «VAMOS BIEN, MAÑANA MEJOR». O decía eso, al menos. Porque al parecer los ciudadanos —o algunos ciudadanos, a menos que se trate de comandos de extremistas entrenados en el extranjero por el marxismo internacional—han apedreado esa propaganda aérea y cuando Boris y Tatiana salen del terminal internacional, entre los dos postes sólo se lee: «... AMOS BI... ... AÑA... ... E... OR». Etelmira: Boricito, le hice pastel de choclo y empanadas, con la masa crujiente, como a usted le gusta, y a Tatiana: y esta chiquilla tan morenita que sacó. Las dos señoras han venido en el ya viejo Dahiatsu Charade que perteneció a su padre. Viejo y, sobre todo, pequeño. Hay que acomodar parte

del equipaje en el asiento trasero y Etelmira está obligada a viajar sobre las rodillas de Tatiana. Huy, qué señorita más blandita, opina la primera. El Charade recorre, con cierto brío aún, parte de la ruta 68 y luego atraviesa la ciudad por su eje principal, la Alameda. Ese es el Palacio de la Moneda, se siente obligada de informar Etelmira a Tatiana, los Almacenes París, la iglesia de San Francisco, la plaza Italia... hasta que doña Norma le corta la inspiración: basta, Etelmira, si en Santiago no hay ningún lugar que merezca ser conocido, es todo la misma fealdad. El automóvil gira a la derecha en Manuel Montt y, rodando hacia el sur, enfila a la derecha nuevamente por Sucre y baja unas cuadras hasta dar con la calle en la que ese auto habita, Guillermo Francke 2370, comuna de Ñuñoa, aunque, como precisaba doña Norma, prácticamente pegado a Providencia. No solamente el Charade vivía allí, también doña Norma, Etelmira y un perro negro, de raza indeterminada, algo entre el labrador y el mastín español, llamado, nunca se supo por qué, Renato. Esa había sido, asimismo, la residencia de don Eduardo Sandoval, su padre, hasta que un cáncer fulminante lo había mandado a vivir al Cementerio General. Contador de profesión, don Eduardo, y demócrata cristiano convencido. Muy cristiano, muy recto. Fumador también, se fumaba rectamente tres paquetes de Lucky Strike al día. Había trabajado toda su vida en una institución vertebral, emblemática, de la clase media chilena, la Cooperativa de Empleados Particulares, Copempart. Una especie de grandes almacenes, en los que los empleados de Santiago se surtían de todo, cuando aún no existían las grandes cadenas. Demócratas cristianos, doña Norma y don Eduardo. Con carné del partido. Salían con banderas a desfilar contra Allende. Boris recuerda a su madre, estricto traje dos piezas, collar de perlas, aros de oro, anillo de brillantes; a su padre, terno oscuro, corbata angosta, anteojos negros de montura gruesa, caminando por la calle Miguel Claro, con otras señoras y señores del barrio, envueltos en una enorme bandera chilena: no puede ser, hombre, nos están llevando a la ruina estos comunistas, Chile no es Cuba, oiga. Tocaban las cacerolas cada noche también. Él y su hermana eran los que más se divertían aporreando las tapas de las ollas. El 11 de septiembre, a doña Norma le subió la presión, sangraba de narices, cama. Llamaron a la puerta los vecinos con los que desfilaban, traían botellas de champaña: ¡mataron al viejo asqueroso, mataron al cerdo comunista!... Don Eduardo: nosotros no tenemos nada que celebrar. Portazo. A las dos semanas se habían vuelto furiosamente antipinochetistas. Doña Norma rezaba cada día para que el ex presidente Frei, el único estadista que había tenido Chile, subiera al poder. Pero Frei se murió. Y, casi al mismo tiempo, don Eduardo, el otro, o sea su padre, se murió. Doña Norma siguió rezando para que Dios tuviera a bien acordarse de este país, mijito, y pusiera al hermano del ex presidente Frei en el lugar que el dictador había usurpado, o a la mujer de Frei, al hijo de Frei, a su nieto, a cualquiera que Frei no hubiese desaprobado, pero que sacara de una vez por todas a esos milicos mala clase, gentuza de cuarteles, ignorantes, arribistas y, sobre todo, el principal de ellos, esa especie

de campesino con ojotas, ese viejo que apenas sabía hablar, una vergüenza para Chile. Pero se veía que Dios tenía cosas más importantes que hacer. Es que Chile queda muy lejos, señora, argumentaba Etelmira, Dios no nos hace caso. Boris y Antonia, su hermana, habían pasado su adolescencia en esa casa. Ambos habían partido, cada cual con sus razones, en momentos y en direcciones diferentes. Boris, se suponía, que a terminar sus estudios universitarios a Barcelona, y su hermana, psicóloga de formación, a trabajar una viña a cuatrocientos kilómetros al sur de Santiago, cerca de Talca, con un viñatero, hijo de viñateros, cuya única ambición era lograr medallas para sus mostos y engendrar—con su hermana, en principio— otros viñateros. Pequeños futuros viñateros había tres: Alejandro, Santiago y, curiosamente, Renato. Doña Norma había digerido muy mal el alcance de nombres entre su tercer nieto y el perro de la casa. Antonia se disculpaba aduciendo que para su marido —y la madre de su marido y las hermanas de su marido y la abuela de su marido y las tías de su marido, que no por nada era el único varón de la estirpe— era una regla de oro dar a sus hijos los nombres de sus antepasados: padre, abuelo y bisabuelo, respectivamente. Era una regla, como todas las de él, inapelable. Doña Norma: tantos años estudiando psicología, mijita, para terminar dándole a su hijo el nombre del perro, no entiendo yo. Su hermana se defendía: no es un nombre de perro, mamá, sino un nombre de persona usurpado por el perro. Pero para todos nosotros no es nombre de persona, replicaba su madre. Para arreglar las cosas habían tratado de cambiarle el nombre al perro. Doña Norma y Etelmira habían intentado que el can respondiera, primero, al apelativo de Tato. Sin resultados satisfactorios. Luego habían tratado de llamarlo Tito y, enseguida, Beto, Rex, Remigio, Ricardo y—ya presas de la desesperación y, sin duda, de cierto delirio— Ricardo López, Ricardo Farías López, Ricardo Farías Gómez... Pero el mamífero se obstinaba en responder única y exclusivamente al nombre de Renato. Nada que hacer.

Y allí estaba, precisamente, Renato, saltando, se supone que de felicidad al ver y oler nuevamente a Boris, después de tantísimos años, restregándose contra sus pantalones, y luego, sin ninguna noción del decoro, abrazándose con las patas delanteras al muslo de Tatiana y haciendo ostensiblemente la mímica de una cópula, un acto irracional, inesperado, pegando y alejando la pelvis de su pantorrilla, lo que le valió de inmediato un escobazo de doña Norma: perro estúpido, ¡fuera! Pero vamos a lo principal: pastel de choclo, empanadas de pino, ensalada chilena no, porque a Boris no le gustaba la cebolla, pero sí la lechuga, los tomates tan frescos, con sabor a tomate, y de postre mote con huesillos, también había torta de lúcuma y manjar, pero no, era mucho, gracias. Después, una siesta en el patio, en las tumbonas de siempre, con la vista perdida en el cielo límpido de diciembre, vasta bóveda azul, interrumpida sólo por una avioneta diminuta y zumbona. Era bueno estar en casa, pensó Boris. O lo soñó, no recuerda.

2

Al atardecer olía a azahar y a tierra mojada en esos barrios. Y la cordillera, al fondo, echada como un gigante dormido, era más bella e imponente que cualquier escultura hecha por el hombre. En el vetusto Charade, Boris y Tatiana subieron al cerro San Cristóbal, visitaron el Bellas Artes (algunos óleos decimonónicos de tema rural, algunas marinas, punto) y las calles del centro (una población más bien fea, más bien pobre, más bien mal vestida, yendo y viniendo, atareados, apurados, no se sabe de dónde ni para dónde, y de pronto, en uno o dos cafés, algunos señores de cuello y corbata, menos feos, menos pobres, en todo caso mejor vestidos, menos apurados o atareados también, se sonríen, conversan entre ellos, mirando furtivamente las piernas, por lo general bastante convincentes y, en todo caso, descubiertas casi hasta su nacimiento, o raíz, o como se quiera, de las señoritas que sirven los cafés, esto es lo que más llama la atención a Tatiana, están casi en pelotas, dice). Después subieron por la Costanera hacia los barrios altos. Tatiana encontró que era una ciudad agradable, muy verde, muy tranquila. De hecho, está abierta sólo hasta las dos de la mañana, ¿qué más tranquilo que eso?, opina Boris. Tomaron un helado en el Coppelia, en Providencia, y después fueron a cenar al Galindo, en Bellavista. Al segundo día hicieron casi lo mismo. Salvo que el helado se lo tomaron en el Tavelli de Las Condes y cenaron en el Bar Torres. Y al tercer día fueron a Valparaíso. Subieron a diferentes cerros con los ascensores típicos. Caminaron por las calles típicas. Boris tenía miedo de que el auto se averiara, pero no. El Charade demostró que, si se lo pedían cortésmente, podía llegar incluso a los cien kilómetros por hora. Al quinto día ya no tenían mucho que hacer. Quisieron ver una película, pero en la cartelera anunciaban sólo películas americanas cuyos títulos no les decían nada muy prometedor. Un par de ciclos de cine europeo o de autor, sí. Pero ellos, como se recordará, habían visto casi todo el cine de autor que en el mundo ha sido. No les quedaba más remedio que esperar un recambio generacional, nuevas oleadas de cineastas europeos, asiáticos, norte y sudamericanos. Y que esas películas llegaran a Santiago. O allí donde ellos estuvieran. O sea, que de cine olvídate, le dijo Boris a Tatiana. ¿Teatro? Tres obras. Una comedia musical bastante aburrida y las otras dos de contenido político, en las que se criticaba veladamente al régimen que había hecho de Chile el principal baluarte de la lucha de la humanidad contra la tiranía comunista. Nada más. El olor a azahar y a tierra mojada por las tardes, el cielo invariablemente azul, las calles apacibles, las casas y los patios

tomando el sol desde siempre, y en invierno la lluvia o el viento desde siempre, las empleadas yendo a comprar desde siempre, con sus bolsas rayadas y, la mayoría de ellas, con sus delantales rayados, los almacenes en las esquinas abiertos desde siempre y el ladrido de los perros por la noche, como si hubiesen estado en pleno campo...

Al cabo de unos días, Boris tenía una curiosa sensación de domingo. A Tatiana, aparentemente, no le desagradaba el domingo. Por el momento. A Boris tampoco le molestaba. Pero le daba sueño. Se sentaba a almorzar y se quedaba dormido. Se subía a una micro y se quedaba dormido. Se ponía a ver televisión, a leer, a ordenar viejas carpetas que aún conservaba en su pieza... y a los pocos minutos estaba roncando. Con gusto habría visto a alguno de sus viejos amigos. Pero unos estaban en París, otros en Barcelona, otros en Roma o en Estocolmo. No había nadie, no quedaba nadie en Santiago. Bueno, sí, las empleadas, con sus bolsas rayadas y sus delantales rayados, cada vez más viejas, cada vez más agachadas y secas, yendo a comprar a los almacenes eternamente abiertos en las esquinas eternas...

Había un problema: la pieza. Su pieza, digamos, de toda la vida. Los anaqueles con libros, el póster de Machu Picchu, el banderín de la «U», su equipo de fútbol. Y también su cama. Ese era el problema. Eran, en realidad, un par de camas de una plaza. Una se encajaba bajo la otra. Camas «nido» llamaban a eso en Chile. Allí dormían con Tatiana. La verdad, no era muy cómodo. Una noche hicieron el amor de pie, contra la ventana. Algún movimiento, algún susurro, algo percibió Renato. El hecho es que se puso a ladrar y a saltar, a aullar y a saltar como si lo estuviesen degollando, y todos los perros del barrio, los perros de Santiago, los perros de Chile entero aullaron. Vieron a Etelmira salir al patio, darle agua, hablarle, tratar de meterlo en su casa. Pero nada, Renato seguía dando saltos que lo elevaban casi hasta la ventana del primer piso y no paraba de aullar. Sus congéneres también aullaron durante muchas horas, a lo largo de todo el territorio nacional, como dicen en la radio (obviamente, casi no hay ancho). Como para compensar ese pequeño inconveniente, al otro día Etelmira les hizo sus famosas pantrucas y, al día subsiguiente, su mejor charquicán, y enseguida un ajiaco como nunca se había visto en Santiago, sin hablar del causeo de patitas, que era, siempre según ella, inencontrable a lo largo de todo el país, salvo allí, en Guillermo Francke 2370. La verdad, tanto Boris como Tatiana opinaban que la cocina era de primer nivel. Sí, aunque... aunque, ¿Tatiana, tú estás de acuerdo? Ella estaba de acuerdo. ¿En qué? En nada, sólo que... las empleadas con sus delantales, la cocina casera, los perros, las avionetas surcando el cielo azul y vacío, la cordillera, majestuosa defensa natural, barrera granítica y aislante, las siestas de cuatro a seis de la tarde bajo el parrón... Boris decidió que ya estaba bueno. Había llegado el momento de poner fin a esa visita a su adolescencia.

3

—¿Por qué no llamaron antes? Vénganse de inmediato —dijo Tom Palatino al teléfono.

Se bajaron del bus en la entrada a Vallenar, tal como él les había indicado. A la derecha, un panel verde y enmohecido indicaba: Vallenar. A la izquierda, el mismo panel proponía: Huasco. Y no era necesario que el panel siguiera indicando nada más —de hecho, no lo hacía— para saber que al norte, siguiendo la cinta negra que serpenteaba entre los cerros desérticos, el automovilista, pasajero o caminante podía llegar a Arica y, si le apetecía, a Lima, Bogotá, México DF y, última parada, Anchorage, Alaska.

Estaba a un costado de la carretera, justo antes del cruce, junto a un rancherío en el que unos carteles con letras y flechas multicolores anunciaban: «Aquí, queso de cabra, aceituna —así, en singular—, aceite de olivas —en plural, y, más abajo, con letra más pequeña y un tanto vacilante—, llegó cabrito— y aún más abajo y con letra casi diminuta—, se venden canarios baratos». Agitando un brazo por encima de la cabeza, camisa floreada ondeando al viento—porque viento había, y mucho—, pantalones claros de lino, anchas gafas de sol, más el metro noventa y la complexión atlética, Tom Palatino parecía un turista, un gringo cualquiera.

—El nieto de Hemingway —dijo Boris a Tatiana mientras cruzaban la carretera.

Pero, como se ha dicho, había mucho viento y Tatiana no escuchó.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —dijo Boris.

El auto también era digno de Hemingway. Un todoterreno Toyota Land Cruiser, montado sobre unos neumáticos que te llegaban a la cintura; en el techo, una barra con tres focos, calcomanías en las ventanas, una antena que se perdía en el cielo. Se pusieron en marcha. Daba la sensación de ir en un anfibio, en un vehículo hecho para desplazarse por la Luna, cualquier cosa menos un auto. Tom Palatino estaba muy contento de verlos. Se reía todo el tiempo y prometía que lo iban a pasar bien, que iban a ganar plata, cómo se habían podido quedar diez días en ese poblachón infecto de Santiago, si era aquí, en el norte, donde estaba todo pasando. Boris preguntó: ¿qué es todo? Ya vería, ya vería, contestó Tom Palatino, misterioso, siempre riendo. Boris

pensó: ¿de qué se reirá tanto este huevón? Pero eso no se lo preguntó. La carretera, la otra, no la que llega a Alaska, seguía el curso del río Huasco, cruzaba Freirina —bonito bonito, opinó Tatiana, Freirina es una maravilla, le dio la razón Tom Palatino, siempre sonriendo, y no han visto nada todavía— y moría en la ciudad homónima del río, pequeño puerto arrinconado entre el vasto océano Pacífico y las primeras dunas del desierto. Tom Palatino ocupaba un bello caserón del siglo XIX, madera y vidrio, dos pisos, en medio del verdísimo oasis, encajonado entre las dunas blancas, con que el río Huasco regalaba la vista y la economía regional. La terraza, cubierta, daba al río— unas escalinatas, un muelle de gruesos tablones, un bote amarrado al muelle— y arriba, desde la galería que distribuía las habitaciones, se veía y escuchaba el asedio permanente del mar contra las dunas.

Se instalaron en la terraza, viejas baldosas enceradas, frondosas plantas verdes, muebles de mimbre, una jaula con un loro. Tom Palatino trajo cervezas y, desde alguna de las habitaciones del primer piso, bajó una chica rubia y espigada como el trigo, de ojos azules como el océano cercano y dientes blancos como la nieve lejana. En definitiva, una chica, pensó Boris, que no estaba nada de mal; en fin, que estaba bien, muy pero que muy bien... bueno, basta, se ordenó a sí mismo, mientras se hacían las presentaciones de rigor.

—Hola, soy Susanne —dijo ella, con una voz algo velada.

Ellos: Boris, Tatiana. Qué tal, ¿habían tenido buen viaje?, preguntó ella mientras se sentaba, y Boris constataba que no sólo su voz, sino sus movimientos tenían algo suave, como si se estuviera desperezando o saliendo de la cama, pero entonces: Boris, dijimos que ya bastaba, así que... Sí, gracias, contestó, el viaje había sido excelente, unos buses estupendos, con asientos que se reclinaban casi como una cama y azafatas que se inclinaban casi como verdaderas azafatas, para servirte una piscola, brebaje innoble, o un jugo de frutas industrial, igualmente innoble, pero tampoco se puede pedir todo, ¿no?, óptimo, excelente viaje.

Al atardecer fueron a dar una vuelta a la playa, con Tom Palatino y Susanne, que era alemana, por cierto, de un pueblo cerca de Munich, y llevaba más de seis años en Chile, primero en San Pedro de Atacama y ahora aquí, en Huasco. Susanne a Tatiana:

—Es bellísimo Chile, ya verás.

Y Tom Palatino:

—A estos alemanes les ha encantado este país desde siempre, venían ya con Pedro de Valdivia.

—Bueno, aparte que está lleno de alemanes —dijo Boris—, sin aludir a nadie en especial.

Tom Palatino lanzó una sonora carcajada.

—La llevé al sur—contó—, a conocer a la familia, pero a Susanne no le llamó mayormente la atención Valdivia.

—No —dijo ella—, si es por eso me quedo en Alemania.

La playa: blanca, lisa, infinita. Las olas, farellones de agua verde, se revolvían furiosamente antes de desintegrarse con un estruendo de arena arrastrada y exhalar su último aliento en forma de lenguas de espuma de varias decenas de metros. El Land Cruiser anduvo todavía unos tres kilómetros por la pista de tierra hasta que el punto negro que veían allá lejos, casi al final de la playa, se transformó en una camioneta Chevrolet de doble cabina, tres cañas de pescar enterradas en la arena, un tipo sentado en un piso de camping —asiento de nylon, estructura plegable de aluminio—, dos heladeras tamaño familiar, la primera con cervezas, un sándwich a medio terminar, dos porros de una excelente marihuana local, y la otra con el resultado de la jornada de pesca.

—Les presento a Toñito —dijo Tom Palatino.

Toñito, como si fueran los primeros seres humanos que avistara en muchos meses, gritó:

—¡Cinco lenguados, compadre, cinco!

Y abriendo una de las heladeras extrajo un pescado plano y casi circular, tan grande que podría haber servido de bajada de cama. Estuvieron caminando hasta que oscureció y el viento y la bruma salada del mar se hicieron desagradables. Toñito —uno de mis socios, explicó Tom Palatino— era un tipo más bien bajo, muy moreno, fornido, dientes albos, barba espesa, carcajada fácil. En la cena: camarones de río, olivas, queso de cabra con aceite de oliva y ají verde, un excelente sauvignon blanc de Ovalle, algunos kilómetros al sur, lenguado a la plancha con ensaladas del huerto...

—Todo es de aquí —dijo Tom Palatino.

—Es un vergel esta región —abundó Toñito—, lo único que hay que hacer es explotarla.

Pasaron del sauvignon blanc a un excelente merlot de la misma zona, y de bajativo un licor de manzanilla, un porro que pasó por todas las manos, salvo por las de Boris, que aceptó con gusto el purito que le ofreció Tom Palatino.

Con el porro, los buenos vinos, la calma de la noche, Tom Palatino se puso a contar sus planes. Aunque sería mejor hablar de ambiciones, de sueños, a lo mejor de quimeras, pensó Boris, pero bueno, tampoco era él nadie para juzgar, ¿no? El negocio de San Pedro de Atacama no era sino un comienzo. En realidad, su sueño, ¿quieren saberlo? Todos querían. Menos Susanne, que debía conocerlo de memoria y fumaba, silenciosa, mirando distraídamente hacia la espesura negra, desde donde llegaba el rumor de la brisa en las ramas de los árboles, el ladrido de un perro, el croar de alguna

rana en el río, el ladrido de otro perro... Tatiana:

—Dale, ¿cuál es tu sueño?

Y Toñito, el socio:

—Ah, sí, cuéntales, es que si lo logramos va a ser un golpe genial.

Su sueño, ahí va: ir a buscar tesoros a Juan Fernández. Boris pensó: ya estamos, no podía faltar, miró hacia el cielo, pero sólo vio una lámpara y pidió en voz baja: Sorel, por favor, un poco de respeto. Claro, Tom Palatino era buzo profesional. Toñito no lo hacía nada de mal, ¿verdad, Toñito? El interesado:

—El maestro, aquí, me enseñó.

Y las costas de Juan Fernández estaban llenas de tesoros que reposaban desde hacía siglos en los fondos marinos. Boris preguntó:

—Y si están allí desde hace tanto, ¿por qué no los han encontrado antes?

Tom Palatino:

—Mira, te explico, en primer lugar se han encontrado muchos, salvo que los que los encuentran no lo dicen, ¿por qué? Sencillo: tú no vas a andar jactándote de que encontraste diez kilos de monedas de oro, ¿me entiendes?

Toñito lo interrumpe:

—Claro, matas la gallina de los huevos de oro.

Tom Palatino:

—Bueno, de las monedas, en este caso, y se te llena la isla de centenares de miles de buzos, de millones de adolescentes espinilludos con tubos y mascarillas; pero, además, encontrar un tesoro es un trabajo de información y nosotros llevamos años acumulando información, ¿verdad, Toñito?

—De primera fuente —dice Toñito.

Tom Palatino:

—Información que nadie tiene.

Su idea era instalarse alguna vez —cuando tuvieran tiempo, ¿verdad, Toñito?, y éste: claro, apenas podamos— un año o dos en Juan Fernández. Para financiarse allí abrirían un bar-restaurant, con unas cabañas de calidad, más o menos lo que querían hacer en San Pedro, pero adaptado al turismo que reciben las islas. Pero eso no era todo, su verdadero objetivo era muy otro —¿sí o no, Toñito?, este último levanta el pulgar y les guiña un ojo a Tatiana y a Boris, como diciendo: ya van a ver, ahora viene lo bueno—: una vez que se hubiesen cansado de sacar doblones de oro, cruces de plata, vajilla rota, rosarios de vidrio, perchas de estaño, alguna lapicera, uno o dos sombreros de los fondos marinos, entonces realizarían el negocio de sus vidas: abrir un restaurant chileno en Tokio. Y Toñito:

—Esa sí que es una idea, ¿cierto?

Boris casi se cayó de la silla: no, Sorel, no me puedes hacer esto, maricón. Señor, si no estás demasiado ocupado, dile que no, eso sí que no... Tom Palatino:

—Un restaurant de lujo —continuó Tom Palatino—, no cualquier mierda, con un chef de primera, nueva cocina chilena en Tokio, eso nadie lo ha hecho hasta ahora, imagínate: sorbete de ensalada a la chilena (mucho tomate, con un ligero dejo de cebolla), «bruma» de erizos, «sospechas» de empanadas de mariscos, «velouté» de porotos granados con virutas de plateada, «brownie» de mote con huesillos, helado de pebre, gastronomía de primera calidad.

Tom Palatino era un ferviente admirador de la cultura japonesa, sólo ellos habían conciliado la extrema modernidad con las tradiciones milenarias. Boris pensó: bueno, esto se está poniendo repetitivo, así que yo me voy a dormir.

Y dijo precisamente eso:

—Me voy a dormir. Tatiana, ¿vienes?

Ella iba. Durmieron como faraones en medio del desierto, en el oasis, frente al mar. Durmieron con un sueño tan denso, tan reparador y profundo, que podrían no haber despertado nunca. Y, de hecho, esto podría haber perfectamente ocurrido de no ser porque, de pronto, emergiendo precisamente como un buzo de los abismos del sueño, Boris supo que tenía que ir a orinar, de lo contrario se haría allí, entre las sábanas. De no muy buena gana, pero en fin, qué se le iba a hacer, caminó en la oscuridad hasta el baño que se encontraba al final de la galería. Y mientras descargaba su vejiga le pareció que era víctima de algo parecido a una alucinación auditiva. Es raro, pensó, si ni siquiera probé la marihuana. El hecho es que escuchaba, muy cerca, se diría que en la habitación contigua, como el restallido de unas palmas, seguido de unos quejidos, ay ay ay, huy, otras palmas, ay, huy... Boris se dijo: están bailando flamenco, ¿pero sin música? Salió del baño. No fue culpa de él. La puerta estaba abierta. La galería a oscuras. Boris se detuvo, se asomó apenas, un par de segundos, ¿un par?, cuatro, ocho, dieciséis... Unas velas, bueno, en realidad unos cirios, flanqueaban una mesa. Boris pensó: ataúd, ceremonia satánica... Pero no, nada de eso. Encima de esa mesa no había ningún ataúd, sino Susanne, bien viva, por lo demás. De hecho, estaba tal como Dios, o su madre, la pusieron en este valle de lágrimas. En cuatro patas, eso sí, o sea apoyada sobre las rodillas y las manos, con la cabeza y el trasero levantados. Por una parte, digamos, por el lado de atrás, ayudándose con una raqueta de ping-pong, Tom Palatino aplicaba severas palmadas en esas nalgas ofrecidas al mundo con toda inocencia. Ay ay ay, huy, se quejaba Susanne. Unas veces gruñía y otras chillaba; en fin, se lamentaba como buenamente podía porque, por otra parte, por el lado de adelante, con la boca muy abierta, succionaba el falo de Toñito. Una verga del porte de un antebrazo que esos labios delicados se tragaban con una facilidad sorprendente, mientras Tom Palatino, en la retaguardia, descargaba una serie de raquetazos, concretamente tres raquetazos por nalga —tuvo tiempo de constatar Boris—, luego dejaba la raqueta y, sin duda —dedujo un Boris estupefacto, pasmado, turbado y hasta conturbado—, la penetraba por la vía non sancta, pues en ese preciso momento Susanne, a pesar de tener la boca muy ocupada, gritaba, chillaba, y

gruñía aún más: ay ay ay, huy, ay... al tiempo que meneaba la grupa, las ancas, arriba, abajo, a los lados, ay ay ay, huy...

—El inconsciente es muy curioso —le dijo Boris a Tatiana al día siguiente, después de contarle el episodio.

Literalmente petrificado junto al dintel de la puerta, mientras veía lo que veía y escuchaba lo que escuchaba, a su mente había acudido de inmediato la letra de una vieja canción infantil que él no había vuelto a escuchar, lo más probable, desde la tarde en que había abandonado para siempre el patio de la primaria: tres elefantes, se balanceaban/ sobre la tela de una araña... De hecho, la melodía estaba presente en su cabeza de una manera tan vívida que casi le pareció que la tarareaba mientras regresaba a su cuarto, se metía a la cama, posaba una mano esperanzada, aunque un tanto trémula, sobre las nalgas de Tatiana... sobre la tela de una ara-a-ña... pero ésta dormía y, soñando quizá qué cosas, cosas nada agradables, de seguro, nada eróticas al menos, le envió un codazo al plexo solar, que Boris pudo evitar apenas... como veían que resistía/ fueron a llamar a un camara-a-da... Y así estuvo, repitiéndose la letra de esa canción, hasta que, probablemente al alba, cuando ya había sobrepasado ampliamente el medio centenar de elefantes, logró conciliar nuevamente el sueño.

4

—*Macrocystis pyrifera* —dijo Tom Palatino, levantando un huiro, como se les llama en Chile a esas algas, verdaderas ramas de árbol color miel, o color caramelo, que abundan en todas las playas.

Habían viajado casi tres horas desde Huasco, primero por la pista que bordeaba la playa, y luego, de espaldas al mar, hacia el este, siguiendo huellas se diría que de pastores, aunque allí era difícil imaginar un tropel de vacas, un rebaño de cabras, mucho menos de ovejas. De hecho, el único indicio que permitía pensar que aún estaban sobre el planeta Tierra y no en la Luna, por ejemplo, eran los cactus candelabro, tres, cuatro o seis ramas, dispuestas en perfecta simetría, como dedos gigantes apuntando al cielo azul, en donde, de tanto en tanto, se avistaba el vuelo circular de uno o dos buitres. No, no estaban en la Luna, pero puta el paisaje desolado, pensó Boris. Carrizal Bajo, anunció Tom Palatino cuando, tras franquear un último promontorio, desde la pista de arena, vieron abrirse, allá abajo, una bahía dividida por una especie de península, sobre la que refulgían, desde donde ellos estaban, unas láminas que podrían haber sido paneles solares o quizás el hangar de un pequeño aeródromo. Pero no. Al acercarse el todo terreno unos kilómetros más, terminaron por ser simplemente los techos de cinc de un caserío, hecho de eso: láminas de cinc en los techos, lata ondulada en las paredes, algunas casas con ventanas y puertas, otras sin lo uno ni lo otro, abandonadas a las manadas de perros sarnosos, a las gallinas, uno que otro roedor y, sobre todo, al viento que, incluso a mediodía, se colaba en ráfagas venidas al menos desde las islas Desventuradas, a no ser que viniera directamente de las Galápagos, vaya a saber uno. Un viento que apenas los dejaba caminar, en todo caso, que los obligaba a gritarse unos a otros, mientras se dirigían hacia la playa. Desperdigados en pequeños grupos, algunos individuos recorrían esa playa, menos larga que la que se extendía a la salida de Huasco, pero de todas maneras no era tampoco una pequeña caleta del Mediterráneo. Provistos de grandes bolsas de plástico y rastrillos, los recolectores iban depositando paquetes de algas, algunas parecidas a enormes cornamentas; otras, a oscuras plantas de interior. Algunos llevaban carretillas de un grupo al otro. Trabajaban con paciencia, en un silencio se hubiese dicho que monacal, aunque después de un par de semanas de estar haciendo lo mismo, de seguro que a nadie le quedaban muchas cosas que contar.

—*Macrocystis pyrifera* —dijo, pues, Tom Palatino, recogiendo un huiro.

Y explicó que Chile poseía las mejores reservas de algas pardas del mundo.

Divididas en dos familias, huiro negro (*Lessonia nigrescens*) y huiro palo (*Lessonia trabeculata*), éstas se encontraban casi en un setenta por ciento en la región en que estábamos.

—Tienen un gran mercado en Japón, China y Corea —dijo Tom Palatino.

—¿En qué se usan? —preguntó Boris.

—De ellas se extraen los alginatos, una especie de celulosa utilizada en diferentes actividades, como la industria textil, pero también en medicina y en alimentación.

Volvieron al pueblo. Tom Palatino quería mostrarles el centro de actividades recreativas y marinas que estaban montando con unos colegas. Y sí, un viejo caserón de dos pisos, al que le quedaba escasamente un par de muros exteriores. Adentro, un radier hecho recientemente, cables colgando desde las vigas, tejas y sacos de cemento contra una de las paredes.

—Todavía falta —dijo Tom Palatino—, pero es una muy buena idea, tendremos escuela de buceo, de vela, de pesca...

Boris preguntó:

—¿Y quién llega hasta aquí?

Tom Palatino no contestó, fue hasta la camioneta que conducía Toñito y comenzaron a cargar grandes paquetes de huiros. Al regresar a Huasco fueron a descargar las algas a la fábrica, como la llamaban ellos. Era un hangar, cerca del puerto. En el frontis, con letras celestes se leía «Huasco Seafood». Dentro de la nave industrial, sobre paletas de madera, centenares de fardos de algas esperaban probablemente conocer algún día las industrias coreanas, chinas o el delicado arte con que las obreras japonesas las acondicionarían en bolsas de plástico.

Al día siguiente, Toñito los conduciría muy temprano al cruce de la carretera Panamericana, en donde abordarían el bus que los llevaría no a Alaska, sino a San Pedro de Atacama. Pero igual eran más de mil kilómetros de viaje. Tampoco se hacen en dos horas. De nuevo el bus, con los asientos reclinables y las azafatas inclinables, la cinta de asfalto serpenteando entre los cerros ocres, burdeos, blancos y, arriba, la vasta llanura del cielo, ni un avión en ese cielo, sólo un par de buitres maniáticos de los círculos observando desde unos mil metros al autobús, allá abajo, diminuto rectángulo blanco que se desplaza apenas sobre la estrecha pista negra, no hay mucha cosa esta tarde, le dice un buitre al otro; nada, contesta el interpelado, está cada día más aburrido este desierto. El depredador quiere decir que no hay ningún burro decapitado por un camión, ni una rata aplastada por un vehículo ligero, ni siquiera un alacrán reventado por un caminante, nada de nada; si esto sigue así, dice el ave que ha hablado primero, yo me voy a la Argentina, tengo

parientes allá. Tras el ventanal del autobús, Boris y Tatiana, por su parte, sólo ven colinas de tierra, cerros de tierra, montañas de tierra, llanuras como lagos de tierra, vastedades como océanos de tierra, y en el cielo un par de diminutos puntos negros, describiendo amplios círculos.

Boris, en circunstancias como esa, en las que no tiene mucho en qué pensar, se pregunta por qué la novela de Sorel es como es. ¿Le extraña que piense en eso? Claro que tenía lecturas. Traía el *Poema de Fernán González* y, en su mochila, el *Poema de Mío Cid,* el *Cantar de los siete infantes de Lara,* la *Historia troyana polimétrica* y otros deliciosos bestsellers del medioevo, pero usted reconocerá que no es siempre fácil leer en esos autobuses. En primer lugar, no dejan de pasar películas norteamericanas de tercera categoría. No hay audífonos, por lo tanto, el volumen es el mismo para todos, el máximo. En segundo lugar, no faltan los bebés que gritan, corren por el pasillo, vomitan entre dos asientos, etcétera. En tercer lugar, Boris no tiene ganas de leer el *Poema de Fernán González.* Punto. Está en su derecho, ¿no? En realidad, se leería una buena policial; por ejemplo, una de David Goodis, una de Jim Thompson. Incluso, si lo apuran, le hincaría el diente a alguna novelita de la serie Fuego, *Una secretaria muy especial, Ejecutiva e infiel...* Pero nada, sólo dispone del ejemplar ajado del *Fernán González.* Si pudiera, quiere decir, si las circunstancias fueran otras, también le hincaría el diente a Tatiana, la verdad, esa sería la primera de sus preferencias, pero, claro, una cosa es querer... De manera que piensa: ¿por qué la novela de Sorel es como es? En otras palabras, ¿por qué escenifica la pérdida de su pareja? Está claro que Manfredi es un trasunto del propio Sorel. Que Glendys es, más o menos, Tatiana ¿Qué quería decir con esa historia? Primera posibilidad: no quería decir nada, había escrito, sencillamente, y la historia se le había dado así. No olvidemos que se trataba de un borrador. Sorel podría haber corregido, haber cambiado el curso de los acontecimientos, haber hecho, por ejemplo, que fuese Sabina la que abandonase a Van Huyten. ¿Y que formara un trío con Glendys y Manfredi? Hubiese sido otorgarse el mejor papel. Quizá por eso había escrito la historia de esa manera. Segunda posibilidad: Sorel era pesimista, en el fondo de los fondos pensaba que toda pareja estaba condenada al fracaso. Sí, bueno, se dijo Boris, nada demasiado nuevo. Pero posible. Muy posible. Tercera posibilidad: Sorel intuía que las cosas con Tatiana no durarían y esa novela era una manera de curarse en salud, de anticipar el final. Eso es suponer que Sorel sabía, intuía, esperaba que Tatiana le fuese infiel. Pero recordemos que es Manfredi el primero en ser infiel. Que es Manfredi quien sigue llamando desesperadamente a Glendys en circunstancias que ya ha decidido, si es que estas cosas se deciden, que su corazón está con Catherine. Lo que Boris piensa enseguida es lo siguiente: Sorel sabía que él abandonaría a Tatiana. De hecho, al planear su historia, de alguna manera es lo que hace. ¿Conclusión? Sí, eso es, Sorel era muy pesimista. Boris mira a Tatiana que ronca dulcemente, con la cabeza reclinada

contra su hombro. ¿Muy pesimista, Sorel? Qué lío, piensa Boris, mejor miremos por la ventana: cerros de tierra, llanuras de tierra, montañas de tierra...

5

En el letrero, un bajorrelieve de madera iluminado por un foco, se leía: «O sole mio», y abajo: «pizzas, pastas & vino». Lo primero que pensó Boris fue que se habían equivocado con la rima: «mio» y «vino» no quedaba bien. Deberían de haberlo llamado «Da Gino», o bien «Sol y minos», pero, claro, por conservar la rima tampoco iban a ponerle de cualquier manera. Hay que reconocer que a uno le dicen O sole mio y uno piensa de inmediato: pizza, Vespa, chiringuito junto al mar, la sonrisa de Vittorio Gassman, las tetas de la Sofía Loren...

El local quedaba en la calle Tocopilla al llegar a Caracoles, en pleno centro de San Pedro de Atacama. Que era, por lo demás, casi enteramente pleno centro. La pizzería era la etapa previa al hotel. Hacía un par de años, Tom Palatino había dado el local en gerencia a una pareja de argentinos, pero las cosas no habían salido todo lo bien que ellos esperaban y, a los seis meses, se habían marchado. Lo primero, entonces, había sido abrir el local, efectuar una limpieza a fondo, fregar el suelo, raspar el horno de barro, ventilar. Enseguida reelaborar la carta: Napolitana, Neptuno, Margarita, Primavera, Arriero, A lo pobre, Al pebre, más de diez variedades de pizzas. A las que se agregaban los spaghetti alla arrabiata, al pesto, a la bolognesa, el tiramisú, la panna cotta...

Era trabajo el restaurant. Estaban allí desde las diez de la mañana hasta las doce de la noche, a veces hasta la una. Boris, por fortuna, había aprendido a hacer pizzas con una novia italiana que había tenido alguna vez en Barcelona. ¿Una novia italiana, cuándo? ¿Y a usted qué le importa? Patrizia, se llamaba, Patrizia Corsi, si quiere saber. Bailarina, hija de militar y de dueña de casa. Excelente cocinera, como su madre. Pero bueno, tampoco nos vamos a poner a contar todas las experiencias sentimentales, sexuales, amistosas de Boris con las mujeres, porque eso sería otra novela. El hecho es que Boris —entrenándose un poco, eso sí, echando a perder unas cuantas, la masa cruda o demasiado gruesa o quemada—pudo hacerse cargo del horno y, como no había más remedio, de la cocina, porque, ya me dirá usted, quien sabe hornear una pizza sabe echar a hervir unos espaguetis. ¿El pesto? Comprado en el supermercado de Calama. ¿La salsa arrabiata? Una sencilla salsa de tomate con aceitunas, anchoas y ají cacho de cabra. Por cierto, con lo poco que ganaban no podían permitirse contratar a nadie. Tatiana servía, cobraba,

lavaba la loza, se hacía la simpática con los clientes. No cantaba, eso sí, como suelen hacer los italianos en sus restaurantes, sobre todo cuando no están en Italia. No gritaba fuerte, hacia la cocina: ¡due Napolitane, due! ¡una panna cotta, presto, primo di tutto! No se hacía la italiana profesional. Pero lo hacía bastante bien. En general, tenía mucho éxito con la clientela masculina. Los ingleses, americanos, franceses, por no decir los italianos, quedaban encantados con el servicio. Solos, en grupo o en pareja, solían volver. Algunos a mediodía y en la noche. Uno concretamente, un romano, a no ser que se hubiese tratado de un rumano, comenzó a venir a mediodía, por la noche y, luego, una noche, muy de noche, cuando ya estaban cerrando, va y agarra a Tatiana por la cintura: que se viniera con él, ¿sí?, que se viniera con él a Roma, a Bucarest, a Budapest, a Tiflis, ¿sí?, y le trata de dar un beso, you, tú, beso, kiss, besito, muac muac, implora. Boris escucha el forcejeo desde la cocina. Sale, ¿qué pasa?, con el cuchillo carnicero en la mano. Nada, dice Tatiana. Niente di niente. Todo en calma. Silencio en la noche, el horno de barro duerme, la caja registradora descansa. Mucha calma. Eso sí, Tatiana comenzaba a aburrirse. Es que era una vida muy monótona. Imagínese, vivían en la calle Arica, a doscientos metros del restaurant. Una casa simpática, de adobe, pintada a la cal, como casi todas las del pueblo, con patio, unos pimientos centenarios, unas gallinas bienales o trienales, máximo, que la dueña de la casa mantenía dentro de un corral. Pero, claro, de martes a domingo, todos los días en el local, entre doce y catorce horas (se habla de Boris y Tatiana, obviamente, no de las gallinas). Tampoco era vida eso. Además, no tenían auto. Bueno, al cabo de un mes compraron un par de bicicletas. Pero no se iba muy lejos con esos aparatos. Aunque fueron a Toconao varias veces, incluso llegaron hasta el salar de Atacama. Era el paseo de los lunes, su día de asueto. Luego, con un español, dueño de una de las agencias de turismo del pueblo, hicieron un canje: un mes de cena gratis a cambio de algunas excursiones. Así pudieron conocer— siempre los lunes, de tanto en tanto, cuando no había que preocuparse de las compras, de pagar las cuentas, del lavado y planchado de manteles—los géiseres de El Tatio, la laguna Miscanti, la reserva nacional Los Flamencos, la laguna Verde, en Bolivia...

Lagos color celeste, esmeralda, azul marino, volcanes perfectos como conos de harina, cerros amarillos revestidos de una breve tundra, gran variedad de camélidos (guanacos, llamas, vicuñas) y de flamencos (chileno, andino, de James). En cuanto al paisaje, al entorno natural, no había nada que decir. Era un paraíso de arena, un edén de sal, un nirvana de rocas, un cielo de cielos. Pero bueno, el turismo tiene sus límites. Una cosa es venir por una semana y otra quedarse a vivir, opinaba Tatiana. Por las mañanas, antes de irse a encerrar al restaurant, solía trotar, cruzaba el pueblo, tomaba la carretera hacia Toconao, qué cansada estoy de este arenal, se repetía, cuán hasta las narices estoy de este tierral, el oasis, sí, está muy bien, mientras estás adentro,

pero ni bien sales del pueblo todo es tierra, polvo, piedra, arena... Terminaba de correr, se duchaba y, venga, al tajo, a la mina.

—Tú sabías que iba a ser así—le dijo Boris—, no te vengas a quejar ahora.

Las peleas habían comenzado. Bueno, peleas no. Discusiones, disensiones. Es que el aburrimiento es lo peor. Acaba con la más enamorada de las parejas. Y Tatiana no lo podía evitar: se aburría.

—No es vida esta —decía—, pasarse doce horas diarias atendiendo un restaurant en un pueblo de mierda, lleno de turistas además, porque si fuera realmente el fin del mundo, a lo mejor, pero esto es peor que tener un quiosco en Las Ramblas.

—Entonces no había que venir—replicaba Boris—, no había que dejar Barcelona, sino, a lo mejor, ahorrar y estudiar algo que te permitiera tener un trabajo que te gustara, no sé yo, montaje de cine, cámara, corte y confección, peluquería canina...

Tatiana, con un rictus de despecho en los labios:

—Idiota, se dice muy fácil, estudiar algo que te guste, conseguir otro trabajo, ganar dinero y pasarlo bien al mismo tiempo...

—¿Qué hacer? —se preguntaba o «le» preguntaba Boris—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—En primer lugar, deja de hacerte el bueno de la película, deja de hacerte el desentendido, el que no tiene nada que ver con todo esto, pero lo comprende todo —respondía Tatiana, amarga, mientras preparaba el Tiramisú —, tan buenecito, tan buen niño; con eso ya me bastaría.

No están bien las cosas entre los dos. Nada de bien. Y, además, muy pronto se acelerarán las cosas. Darán un vuelco impensado las dichosas cosas. Y será así: una mañana, como todas las mañanas, Boris se instalará en el café de la plaza a desayunar, como acostumbra hacer antes de ir al restaurant. En general, desayuna solo, leyendo el diario del día anterior, pues la prensa de Santiago suele llegar, cuando llega, con un día de retraso. Tatiana, mientras tanto, corre por las afueras del pueblo o da un paseo en bicicleta, en cualquiera de los dos casos profiriendo todo tipo de insultos contra San Pedro, el desierto, la cordillera, Chile, Bolivia y el Perú, más algún camionero que, al cruzarse con una solitaria silueta femenina en esos páramos, no puede evitar hacerle juego de luces. Esa mañana, Boris se sienta en el café de la plaza, pide su café americano, sus tostadas, su jugo de naranja y, al extender el diario sobre la mesa, casi da un grito; de hecho, lo da, el grito:

—¡¿Qué?!

Se bebe el café de un trago, se quema, sale corriendo. Va a la oficina de correos, al lado. Pide un teléfono. Marca el número de Tom Palatino. Pero de inmediato cambia de opinión. No, eso es lo peor que podrías hacer, Boris. Es más, te conviene no llamar a nadie, ni tratar de averiguar nada. Va a abrir el

restaurant y cuando Tatiana entra al local, Boris casi le tira el diario a la cara. Tatiana lee: ¿qué es esto? Boris: lo que ves, una cagada espantosa. Los titulares dicen: «Descubierto complot extremista para desestabilizar a Chile», y más abajo: «Grupo de extrema izquierda almacenaba importante arsenal en la localidad nortina de Carrizal Bajo». El «reducto extremista» había sido atacado con fuego aéreo y terrestre, apoyados por unidades de intervención rápida de la Marina. Se contaban, hasta el momento, más de veinte detenidos y quince bajas entre los terroristas. Afortunadamente, no había que lamentar ninguna entre las Fuerzas Armadas. «El comandante de la Segunda Región Militar, brigadier general Hugo Barraza Ross, declaró que la población de Carrizal Bajo estaba en absoluta calma, bajo control de las Fuerzas Armadas, y que los terroristas que aún se encontraran prófugos no tenían ninguna posibilidad de escapar al cerco terrestre, aéreo y marítimo que las Fuerzas Armadas y de orden habían impuesto en la región». En la página editorial se leía: «Nueva maniobra del castrismo contra Chile». Y más allá: «Sólo la inteligencia cubana, asociada con la extrema izquierda clandestina, pudieron haber introducido tal cantidad de armas en el país. Se calculan más de cien toneladas». Enseguida: «Las armas, acondicionadas en tambores con grasa, estaban escondidas en los túneles de las numerosas minas abandonadas de la región». Luego: «Los terroristas tenían un negocio de exportación de algas como tapadera».

—Supongo que no vale la pena pedirte que me expliques esto —dice Boris.

—¿Yo? ¿Explicarte qué? —contesta Tatiana.

—Ahora sí que estamos en un problema, ¿no te das cuenta? —susurra Boris, pero con tal ira que es como si gritara—. Venga, ve a llamar a papá, a ver qué te dice.

Ella:

—Te volviste loco, Boris, ¿de qué hablas?

—Hablo de esto, precisamente, de las llamadas telefónicas hablo.

Tatiana:

—¿Qué llamadas, me quieres explicar?

Y Boris le va a explicar, se dispone en ese mismo instante a explicárselo todo, a aclarar definitivamente esa zona de sombra entre los dos, pero no alcanza a decir nada, ni siquiera a abrir la boca alcanza, pues en ese mismo momento golpean con estruendo la cortina metálica del O sole mio. Boris, lívido, se dice, ya está, cagamos, aquí se terminó todo e imagina lo peor, regimiento, celda de castigo con ingestión de los propios excrementos para comenzar, seguido por un completísimo bufet libre de torturas y, de bajativo, tiro al maldito terrorista que corre con la vista vendada en la noche del desierto, alta gastronomía militar...

—Escóndete en la cocina —le ordena a Tatiana.

Va, abre. Y no. Afuera, nada de militares con bayonetas entre los dientes,

jeeps, tanquetas, sino, en mitad de la calle de tierra, toda de blanco, como una modelo de David Hamilton, con las mejillas carmesíes, dándose aire con un periódico doblado en dos, manifiestamente sofocada por el calor de mediodía, Susanne dice:

—Hola, ¿puedo pasar?

—Sí, claro, pasa —dice Boris—, pasa, pasa.

Pero Tatiana:

—Yo creo que no es bueno que te quedes acá, digo, porque, en vista de lo que está ocurriendo, podrían dar con este lugar fácilmente, ¿no?

Susanne traga, directamente del gollete, un litro de agua mineral.

—Porque me imagino que estarás aquí por eso—agrega Tatiana, indicando la radio, junto a la caja registradora.

En el mismo momento, una voz viril, en el aparato, detalla: «3.383 fusiles M16A, 146 fusiles FAL, 123 lanzacohetes RPG-7, 2.400 paquetes de medio kilo de dinamita, 180 lanzacohetes M72 LAW, 800 kilos de explosivo C-4, suficientes para volar varias cuadras de edificios, dos mil granadas de mano y munición en abundancia para esas armas. Esta es la lista, por el momento, del arsenal incautado. No es descartable que, en los próximos días, se encuentren otros arsenales en diferentes puntos del país. Las Fuerzas Armadas y de orden, fieles a su misión, pondrán toda su competencia en la desarticulación...».

Boris apaga la radio.

—Tatiana tiene razón —dice—, mejor te vienes a casa.

Cruzan las calles desiertas, es mediodía, sólo un par de vecinos en bicicleta. En el jardín de la iglesia, el cura aconseja o amonesta a un grupo de niños. Bajo los pimientos de la plaza, algunos turistas. Todo normal.

—¿Qué pasó? —pregunta Boris cuando están en el patio, «su» patio, bajo «sus» pimientos.

Susanne dice:

—No sé, no sé.

No sabe. Estaban durmiendo y, de pronto, el cielo se llenó de helicópteros, en la carretera vieron un desfile interminable de camiones militares, tanques, tanquetas, jeeps, debe de haber sido un regimiento entero. Tom Palatino y Toñito comprendieron de inmediato. Cuando la caravana terminó de pasar, él la llevó en el Toyota hasta el cruce de Vallenar, mientras Toñito iba a la fábrica. Te vas a San Pedro en el primer bus que pase al norte, le ordenó Tom Palatino, no te muevas de allí por ningún motivo. ¿Y él?, preguntaron Boris y Tatiana. Susanne: se fue a Vallenar, me dijo que iba a conseguir el auto de un amigo y a dejarle el jeep a cambio, era más seguro, y que luego tenía que volver a Huasco, a la fábrica. Boris, tratando de aparentar

calma: bueno, ya llegarán por aquí. Tatiana: sí, en cualquier momento llegan. Susanne esperaba. Susanne no quería comer nada. Susanne ya no estaba roja de calor, el bochorno había dejado lugar a una palidez de sábana mortuoria. Susanne estaba nerviosa. Para hacer algo con las manos, sin duda, encendía cigarrillos que apagaba casi enseguida, y no, de verdad, no necesitaba nada, salvo una ducha y, quizá, dormir. Bien, la dejaron, entonces. Hasta más tarde. Sí. Si necesitas cualquier cosa... Gracias. Afuera, una vez en la calle de tierra, Boris dice:

—Tú sabías esto, tú estabas al corriente.

Y Tatiana:

—¿Pero qué estás diciendo?, tú no estás bien de la cabeza, chico, te tiene que ver un psiquiatra.

Boris, cortante, yendo al grano:

—Me llamó tu padre.

—Otra vez —dice Tatiana—, dale con la historieta del padre.

Y Boris:

—Mira, te lo digo en buen chileno, no te hagas la huevona.

—A ver, ¿y qué te dijo? —pregunta ella.

Boris, al darse cuenta de que están en la plaza del pueblo:

—Más vale que vayamos hacia la carretera, no es conveniente que nos escuchen hablar de estas cosas.

Tatiana lo mira con una sonrisa un tanto equívoca: pobre demente, lee Boris en esa sonrisa, a pesar de que ella dice:

—Boris, no somos un par de judíos comunistas en la Alemania nazi.

—Ese es tu problema precisamente —replica Boris—, no tienes ni idea de dónde estás parada.

—No me cambies de tema —dice ella—, ¿hablaste con Fidel? Yo creo que, mejor dicho, tuviste una alucinación, ¿verdad?

—¿Por qué me mentiste? —dice Boris.

—Te acabo de hacer una pregunta —responde Tatiana.

Entonces Boris:

—¡Por qué me mentiste, concha tu madre!

Y le da una cachetada. Una sonora bofetada. Tatiana se da media vuelta y echa a correr. Pero Boris la alcanza, la agarra por los hombros, la sienta al borde del camino encima de un tronco. Lo lamento, le dice. Ella no dice nada. Ni siquiera lo mira. Ahora escúchame, le dice él. Y le cuenta lo que sigue. Rebobinemos. Están en Barcelona. Boris ha hecho sus maletas. Ha dejado la mayoría de sus libros en cajas. Esas cajas, además de un par de bolsos con ropa, las guardarán Horst Palatino y Maritza, en el piso de la calle del Comercio. Su departamento, en la calle Cucurulla, lo ha dejado sub alquilado a Edgardo, el hijo de Eddy, que se instalará allí con su novia, una chica muy joven, o que al menos lo parece. Se llama Dolors, es valenciana y nadie le

daría más de catorce años. Según Edgardo, tiene dieciocho. ¿Y tú qué edad tienes?, le pregunta Boris. Veintiuno, dice Edgardo, soy mucho más viejo. Un anciano, dice Boris. Bien. El día de la partida ha quedado con Edgardo y Dolors en la terraza del Zurich, para entregarles las llaves. Antes de acudir a la cita, Boris pasa una última vez a su piso. Va a sacar su bolso de viaje, su mochila y su equipaje de mano. Horst Palatino y Maritza pasarán a buscarlos dentro de un par de horas a casa de Tatiana. Boris llevará el equipaje hasta allí y luego irá a la cita con Edgardo y Dolors en el Zurich. Boris verifica que no se le quede nada de valor, mira por última vez el que ha sido su piso durante tantos años, saca los bultos al pasillo, cierra la puerta y, cuando está echándole llave, escucha el teléfono. Abre nuevamente, puede ser algo importante, descuelga y, desde alguna parte, alguna parte lejana porque la comunicación está llena de ruidos, una voz femenina, pero no sensual, una voz de mujer de cierta edad, pregunta: ¿el señor Boris Sandoval? Boris dice: el mismo. La señora insiste: ¿don Boris Omar Sandoval Chomalí? Boris: así es. La señora: un momento, le van a hablar. Entonces Boris se acuerda de aquella conversación con Sorel, tiene un presentimiento y, no puede evitarlo, pregunta: perdone, ¿pero quién me va a hablar? La señora: el comandante Fidel Castro le va a hablar. Mierda, se le sale a Boris en voz alta. La señora: ¿cómo ha dicho? Boris: no, nada. Un pito, un conmutador o interruptor o algo por el estilo, y la otra voz, viril esta vez, plena, algo imperativa: ¿Boris? Boris: soy yo. La voz: te habla Fidel Castro, el padre de Tatiana. Bueno, vamos a abreviar. Fidel le dice: mira, chico, sé que tú eres chileno y que se van a Chile. Boris: justamente, dentro de unas horas. Fidel lo interrumpe: mira, Boris, no te puedo explicar ahora, pero, por favor, no hagan eso, convence a Tatiana, no hagan eso, chico, váyanse a cualquier otra parte, pero no a Chile. Fidel le hace enseguida el mismo numerito que a Julián, que no lo llame comandante, que él le habla como un padre, un padre preocupado por su hija, no como un revolucionario, etcétera. Boris mira su reloj. Ya debería estar en el Zurich. Edgardo y Dolors lo estarán esperando. Boris: va ser un poco difícil, comandante. Y le explica que ya tienen los billetes comprados. Fidel: yo se los reembolso. Él: no se trata de eso. Han dejado sus respectivos trabajos en Barcelona, no pueden echarse atrás, no ahora. Fidel, terminante: tráemela a La Habana, yo te pago. Boris: ¿qué? Fidel: sí, convéncela, miéntele, dile que quieres conocer su país antes de ir a Chile, unos quince días en Cuba, chico, no es tan difícil convencer a una mujer enamorada, yo te pago acá, pon tú el precio, ¿veinte mil dólares, cincuenta mil? Boris: no creo que pueda hacer eso. Fidel: ya, otro de esos chilenos que no baila, no bebe, no fuma, no miente, ¡no hacen nada, coño, y lo poco que hacen lo hacen mal! Y cuelga.

Cuando Boris termina de contarle esa conversación, Tatiana dice:

—No me extraña, de él no me extraña nada.

Boris pregunta:

—¿Por qué no lo admitiste cuando te conté su conversación con Julián?

—Él nunca fue mi padre —dice Tatiana.

Y le cuenta. Su madre era una angoleña, una mujer bellísima, casada con un alto cargo de la seguridad cubana. Fidel se había dado maña para mandarlo en misiones secretas a diferentes lugares del globo. Mientras su padre estaba en algún país del Asia o de África—nunca llamaba, jamás escribía una carta, como buen espía, porque eso es lo que era—, como la carne es débil y Fidel es Fidel, su madre, bueno, ya sabes, se dejó seducir. Cuando ella nació, Fidel la reconoció, pero nunca se ocupó de ella. Su verdadero padre fue siempre el esposo de su madre, el padre de sus dos hermanas. Él sí la quiso, la crió, sin pronunciar jamás una mala palabra sobre su padre biológico. Boris piensa: mal podía pronunciarla, si era su jefe. En fin, abreviemos.

—Sí, soy hija de Fidel Castro —reconoce Tatiana—, sí, ¿y qué?

—¿Cómo y qué? —dice Boris—. En primer lugar, podrías haberlo reconocido antes, las cosas habrían estado más claras desde un comienzo.

—No lo reconocí antes porque nunca lo he considerado mi padre, ya te lo he dicho, y en cuanto a lo otro, ¿qué es lo que podría haber estado más claro, a ver?

Boris piensa, en español de España, porque así le ocurre a veces: es bien caradura esta tía, y dice:

—Tatiana, eres bien caradura, ¿me vas a decir que no estabas al corriente de lo que estaba ocurriendo en Carrizal Bajo?

Tatiana da un respingo:

—¿Al corriente yo?

Boris:

—Pero, por favor, ¿tú crees que nací ayer?, resulta que tu padre le está mandando armas como para volar la mitad del país precisamente al tipo que nos recibe en Chile, ¿y tú no sabías nada?

—Primero, ¿quién te asegura que las armas vienen de Cuba?; segundo, ¿quién te asegura que Tom Palatino, la alemana y el otro están metidos en esto? —se defiende Tatiana—. A lo mejor a ellos también los engañaron, a lo mejor fueron víctimas de un montaje que nunca imaginaron.

Boris:

—¿Tú, la hija de Fidel Castro, me vienes a decir eso? Tatiana grita:

—¡No soy la hija de Fidel Castro, cómo te lo tengo que explicar, coño!

Boris:

—Grita un poco más fuerte, a ver si te oyen en el cuartel de Carabineros.

Tatiana llora, se repite, Fidel nunca fue su padre, sino el otro, el pobre y tierno espía, amante de su esposa y de todo lo que ella tuviese a bien darle, incluida una hija de su jefe. Boris mira al cielo, tiene unas ganas enormes de encender un cigarrillo, pero no tiene cigarrillos y, además, no fuma cigarrillos Boris, un purito a lo mejor, pero cigarrillos no, en todo caso se dice: esto está

durando demasiado, mucho, habría que cortar aquí. Tatiana, con ojos desorbitados, lo conmina:

—Si yo estaba al corriente, explícame por qué te llamó, entonces, por qué te llegó a ofrecer dinero para que no viniéramos aquí, ¿ah?, ¿por qué, por qué?

Boris piensa: qué cansancio, y dice:

—Qué sé yo, desinformación, intoxicación, facciones rivales, habría que ver si el que me llamó fue Fidel y no alguien que se hacía pasar por él.

Tatiana:

—Tú has leído muchas policiales, ¿no te das cuenta que su llamado prueba justamente que yo no estaba al corriente de absolutamente nada?

—Tú no, a lo mejor —reconoce de mala gana Boris—, pero él sí.

Tatiana:

—Él es otra cosa.

Boris:

—Eso espero.

Tatiana sigue protestando de su inocencia, llora, lo acusa de no haberla querido nunca —tú nunca me has querido, nunca. Y él: eso no es cierto. Ella: tú ya no me quieres. Y él: tampoco es cierto—, etcétera. Boris dice:

—¿Tú crees que Horst Palatino estaba al corriente?

Tatiana:

—¿Viste?, ese es otro argumento que prueba que no tengo nada que ver en todo esto, ¿de dónde sale el Tom Palatino de los cojones?, es hermano de Horst Palatino, y ¿quién es Horst Palatino?, «tu» amigo, ¿cómo encajo yo en todo esto?, no encajo, Boris, es que no encajo, caigo allí como un pelo en la sopa, llevada por ti, eso es todo.

Boris suspira:

—Vamos, es hora de volver al trabajo.

Tatiana, mientras van caminando hacia el restaurant:

—¿Por qué no me contaste antes que te había llamado?

—No sé, no tengo ni idea —dice Boris—, el viaje, supongo, la partida, la llegada, pero en realidad, por cobardía, lo más seguro.

Esa noche trabajan mal. A Boris se le quema una pizza de cada dos, una de cada tres le queda cruda. A Tatiana se le cae una bandeja con dos platos de espaguetis, uno al pesto, uno a la bolognesa, encima de una pareja de suizos que vienen recorriendo América del Sur en bicicleta. Tienen poca ropa los suizos. Apenas un par de camisetas y de pantalones de recambio, que se están secando en el hotel. Sorry, we’ll pay the laundry. Nein, nein. Se van, manchados e indignados, los suizos. Un desastre de noche.

7

Con el tiempo las cosas se calmarán, volverán a adquirir al menos una apariencia de normalidad. Pero ya nunca volverán a ser lo mismo. Es que las bofetadas no son buenas. Las mentiras tampoco. Pasan los días. La rutina se vuelve a instalar en su papel protagónico. Tatiana y Boris trabajan las doce horas de rigor en el «O sole mio». Regresan a casa. Se acuestan. Se duermen cada uno mirando hacia su pared. Al día siguiente, lo mismo. Susanne pasa la mayor parte del tiempo encerrada en su cuarto. A veces sale al patio. Jamás a la calle. Como no tiene qué leer, Boris le presta sus libros. Pero ella no entiende el *Cantar de los siete infantes de Lara,* ni la *Historia troyana polimétrica.* Es lo mismo que si estuvieran escritos en chino. Es que Susanne, además, nunca ha leído poesía, ni siquiera en alemán, ¿cómo quiere que goce leyendo cosas como: «los vasallos de Ruy Velázquez vanse para don Mudarra/Señor, non nos culpedes, ca servimos nuestras soldadas»? Nadie se puede entretener leyendo eso. ¿Y Boris? Boris sí. Le parecen entretenidísimos los cantares de gesta, con sus reyes medio brutos, medio campesinos, sus guerreros que cabalgan con la cabeza cortada, sus serpientes que vuelan... Pero Boris es raro. Volvamos a Susanne. Lo grave es que no tener nada que leer la sume más aún en la angustia. Tom, Toñito, ¿estarán vivos?, ¿escondidos como ratas, o sea como ella?, ¿o estarán muertos? A veces, Susanne los ve tirados en alguna hondonada, en el desierto, o en lo alto de una duna, los buitres describiendo círculos cada vez más cercanos, cada vez más numerosos, más hambrientos... En uno de los almacenes del pueblo, Tatiana le compra el único libro que encuentra, *La PatriaVieja,* historia de Chile en fascículos, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1974. Es lo que hay, qué se le va a hacer.

Pasaron lentamente cada una con su carga de aburrimiento, de angustia también, dos, cuatro, ocho semanas. Las cosas no es que estuvieran mejor entre Tatiana y Boris, es que estaban allí, estacionadas en el marasmo de los días, punto. ¿Qué hacer? En el pueblo nunca escucharon un comentario sobre lo que había sucedido en Carrizal Bajo. Todo el mundo vio, eso sí, las columnas de camiones militares avanzando —por la noche, al amanecer— hacia el límite con Bolivia y con Argentina. Estaban reforzando la vigilancia al máximo en las fronteras. Lógico. Pero nadie comentó nada. Bocas cerradas. Miradas huidizas. A pesar de que los diarios, la televisión, la radio, no hablaban sino de eso. Es decir, de cómo las gloriosas Fuerzas Armadas y de orden nos habían salvado, una vez más, del infierno marxista. «Chile eres tú—

se oía la propaganda en la televisión, en la radio—, patria, bandera y juventud»... Era bonito ver en la pantalla a esas amas de casa rubias, a esos jóvenes de mandíbulas cuadradas, dientes muy blancos, abdominales lisos, a esos lactantes rosados mirando ondear nuestra bandera con los ojos empañados por las lágrimas (lágrimas de lactantes patriotas, no hambrientos, por favor), mientras, incorrupta, inmaculada, nuestra bandera brillaba allá en lo alto, en el profundo azul del cielo donde late el corazón sagrado de la patria, donde no era capaz de llegar ningún marxista leninista, sólo los Hawker Hunter de la Fuerza Aérea llegaban allí. Silencio, doce horas de trabajo y bonitas canciones patrióticas en medio de los arenales, eso era todo.

Por la vulgar carretera, entonces, ya que no se podía por el cielo, apareció un buen día un Volkswagen Escarabajo. Como no tenía costumbre de subir de los quinientos a los dos mil quinientos metros, se acaloraba, se atoraba, el radiador comenzaba a toser y era necesario parar, esperar a que se enfriara, volver a echarle agua. Un viaje largo, había que tener mucha paciencia con el Escarabajo, darle de beber, quitarle el sudor del motor, tranquilizarlo, venga, tú puedes. Y todo esto en pleno desierto, muchas veces no había ni una sola estación de servicio en más de doscientos kilómetros. Por fortuna, cada vez que los carabineros los veían detenidos al borde de la ruta se acercaban, solícitos: ¿necesitan ayuda? No, gracias, mi cabo, contestaba Tom Palatino —teniente, replicó uno de los presuntos cabos, y entonces él: perdón, mi teniente, y otro de los cabos: ¿cabo yo?, capitán, hágame el favor, y él, de nuevo: perdón, mi capitán—, es que es un poco temperamental, se sonreía, dándole una palmada amistosa en el tapabarro al Volkswagen.

—Pero en fin, por lo menos nos trajo, ¿verdad?—dijo el mismo Tom Palatino, levantando por los aires a Susanne, mientras Toñito abrazaba a Tatiana y a Boris. Y luego se abrazaban los cuatro y estaban tan contentos de volverse a ver. Susanne lloraba. Toñito y Tom Palatino lloraban. Y Tatiana y Boris también derramaban su lagrimita y decidían que esa noche no abrirían el restaurant. No, señor, harían un buen asado en casa, con papas cocidas a las brasas y mucho vino. Un poco más tarde, aprovechando que estaban solos en la cocina, Boris le pregunta a Tatiana:

—¿Pero por qué estamos tan emocionados?, quiero decir nosotros dos, si los hemos visto apenas dos veces.

A Tatiana le pareció que Boris era monstruoso:

—Eres monstruoso, Boris, yo al menos estoy contenta porque están vivos, ¿no es suficiente?

—Planteado así... —reconoció Boris.

Esa noche, Tom Palatino y Toñito hablaron, por primera y última vez, de Carrizal Bajo: había habido un trabajo de infiltración, seguro, no se podía explicar de otra manera lo que había pasado, el proyecto era perfecto.

—Llegaban las armas —explicó Tom Palatino—, se almacenaban en los alrededores de Carrizal durante un par de meses, ellos seguían trabajando en el complejo turístico y la extracción de algas, hasta que se retiraban las armas, pero los negocios permanecían; de hecho, hay mucho dinero metido en ambas cosas.

Y, precisamente, el trabajo de ellos no era militar, sino estrictamente administrativo, él y Toñito eran los gerentes, administraban las dos empresas, punto. Boris pensó: ¿de quién es el dinero? Pero no preguntó. Ni él ni Tatiana preguntaron nunca nada. Era mejor no saber.

Al día siguiente volvieron a abrir el O sole mio. Tom Palatino, Toñito y Susanne se quedaron en la casa. No era muy prudente que se mostraran, por el momento. Habían modificado radicalmente su aspecto, eso sí. Tom Palatino, con el pelo muy corto, teñido de rubio canario, ropa de montañista, parecía más que nunca un alemán cualquiera. Toñito, afeitado al ras, cabello castaño claro, liso, gruesos lentes ópticos, también lucía cambiado. Cambiados o no, dormían hasta las doce, cuando no hasta la una de la tarde. Se pasaban el día en la casa, los tres, sin hacer nada. En realidad, vaya a saber qué es lo que hacían. El hecho es que cuando Tatiana y Boris partían al restaurant, ellos dormían. Cuando regresaban, estaban fumando porros, jugando a las cartas, tomando cerveza. ¿Todo bien? Sí, todo bien. Hasta que Boris decidió que ya estaba bueno. Habría que clarificar un poco las cosas, dijo una noche. Y es que también, no es por nada, no es que Boris fuese un asqueroso capitalista decapitable, pero, hasta ese momento al menos, eran ellos, Tatiana y Boris, los que seguían trabajando, haciendo las compras, acarreándolas a casa, cocinando... con tres personas más adentro (y, no es por nada, le dice Boris a Tatiana, pero el Toñito y el Tom Palatino comen más que una cuadrilla de mendigos en el Hogar de Cristo). O sea que... No, claro que tienes razón, reconoció Tom Palatino, obviamente. No se habían mostrado hasta ese momento porque más valía ser prudentes, nunca se sabe, pero ahora que ya habían pasado un par de meses desde que habían llegado al pueblo, les darían una mano en el restaurant.

Dos meses de magnífica convivencia. El tiempo vuela. Más rápido que un Hawker Hunter. A la velocidad del sonido vuela. Y seguirá volando. Después de todo, es lo suyo, ¿no? Vamos a pasar muy por encima de los meses que vienen, durante los cuales los cinco comparten las tareas en el restaurant. Tom Palatino en la caja. Tatiana y Susanne sirviendo. Boris y Toñito en la cocina. Es verdad que resultaba más aliviado. Aunque, si queremos que nos sea sincero, la verdad es que Boris se había acostumbrado a trabajar sin jefe. Y Tom Palatino se encargó muy pronto de hacerles saber a todos ellos que allí, el dueño del local era él. Pero bien, todo bien. No hubo ningún problema. Boris no tenía ni la más mínima ambición de convertirse en un chef cinco estrellas. Y Tatiana, ni digamos. Ocho semanas de fraternal convivencia

transcurrieron, así como transcurren las semanas, más lentas que los días, que por lo general ni siquiera se ven pasar, un poco más pesadas las semanas, como aviones Hércules en vez de caza bombarderos, pero de todas maneras pasaron rapidísimo, un abrir y cerrar de ojos y ya se habían ido. Entrada la novena ocurrió lo que veremos en el próximo capítulo. A saber: Boris se quedó solo. Con Toñito, eso sí, siempre dispuesto a contar un chiste, a reírse un rato; total, la vida es corta y sorpresiva, como viraje de laucha, ¿verdad, compadre? La pura y santa verdad, dice Boris. ¿Y qué sacamos con amargarnos? Boris: absolutamente nada. ¿Y entonces para qué nos amargamos? Boris: ¿y quién se está amargando? Compadre, ¿conoce el chiste del náufrago en la isla desierta que ve desde su promontorio a una pareja tirando en la playa? No, Boris no lo conocía. La verdad, tampoco hubiese querido conocerlo. En realidad, no quería conocerlo por ningún motivo. Ya le estaba llegando un poco más arriba de la duramadre el humor a todo precio de Toñito. Así no iban a durar mucho, le daba la sensación a Boris.

Están paseando, al caer la tarde, por el valle de la Luna. Tatiana le dice:

—¿Sabes? He tomado una decisión.

—Me imagino cuál es —responde Boris.

—¿Y entonces? —pregunta Tatiana.

—¿Qué quieres que te diga?—pregunta a su vez Boris—, supongo que ya no hay nada que hacer, ¿no?

—No —dice Tatiana—, en realidad no.

Unos días antes, Tom Palatino los había puesto al corriente de sus planes. Se marchaban, él y Susanne. Primero irían a Santiago. Era seguro que ya a esas alturas, cinco meses después, los controles del Ejército en la carretera Panamericana se habrían relajado. De todas maneras, nadie los ubicaría, iban en el Escarabajo, a simple vista, si no le pedían los documentos, podrían pasar perfectamente por una pareja de extranjeros. La idea era llegar a Santiago y, desde allí, volar a Juan Fernández.

—Ahora tenemos tiempo —explica Tom Palatino—, y un poco de recursos, ¿verdad, princesa? —mirando a Susanne.

La aludida, con la vista fija en el suelo, como si le diera vergüenza, cuenta que vendió un departamento que tenía en Munich.

—Ahora es el momento —le dice Tom Palatino a Toñito, y le promete que lo mandará a buscar apenas «capitalice» un poco—, prometido, compadre —agarrándolo del cuello y acercando su cabeza a la de él, chocando frente contra frente—, prometido, ¿ya?

—Ya —dice Toñito.

Pero en su mirada se percibe un dejo de tristeza, o de decepción. Ese era un proyecto de ellos dos. Y ahora Tom Palatino se iba solo.

Unos días más tarde, entonces, Tatiana y Boris pasean al atardecer por el valle de la Luna.

—Te vas con ellos —afirma Boris.

Pero quisiera que fuera una pregunta. Y que hubiese una posibilidad de que la respuesta a esa pregunta fuese: no, no me voy con ellos, me quedo contigo. Pero no hay ninguna posibilidad de que exista esa respuesta. Boris lo sabe, por eso afirma:

—Te vas con ellos.

Y Tatiana dice:

—Sí.

Siguen caminando un buen trecho en silencio. Boris, en algún momento, se detiene, la abraza muy fuerte.

—Lo lamento —dice.

Ella contesta:

—Yo también, de verdad.

Por el estremecimiento de sus hombros, por el calor húmedo de sus mejillas contra las de él, Boris sabe que Tatiana está llorando. Él también está llorando. Entonces se arriesga:

—¿No podríamos intentar otra cosa, no sé, algo diferente, en otra parte?

—No, Boris —dice Tatiana—, para qué, ya lo intentamos, ¿no?

Boris, ya puestos a ello, se sigue arriesgando:

—¿Hay algo entre Tom Palatino y tú?

Y se encuentra ridículo, claro.

—Parece diálogo de telenovela —dice—, perdona, pero no veo otra manera de hacer esa pregunta y ya sé que no es la pregunta que hay que hacer en este momento, pero bueno, nadie es perfecto, ¿no?

—No, no hay nada entre él yo —responde Tatiana—, si es lo que te quita el sueño.

Boris insiste:

—¿Pero podría haber algo?

Tatiana lo mira:

—Boris...

Y él:

—No sé, estoy tratando de averiguar si tengo aún alguna posibilidad de reconstruir algo contigo.

—No hablemos de eso ahora, por favor —pide ella.

9

—Ahora sí que les habría venido bien el Toyota—dice Toñito, mientras contemplan el dorso negro del Escarabajo, cada vez más pequeño, alejarse por la calle Caracoles, hasta que dobla a la izquierda, buscando la carretera—. Se van a demorar como dos semanas en llegar a Santiago, predice Toñito— y vuelve al restaurant.

Dos semanas o diez años, ¿qué diferencia hay?, piensa Boris. Ninguna. Ve desaparecer el automóvil al fondo de la calle y ya, se acabó. Telón. Un par de cosas le costarán. Claro que le costarán. Aunque lo primero es lo primero: unas alpargatas de Tatiana, que encuentra tras la puerta del baño. Esas, con una frialdad digna de un Marlon Brando, de un Robert Mitchum, de un Humphrey Bogart, las tira a la basura la primera noche: so long, baby. Pero luego, una mañana, entre el colchón y el somier, descubre una brevísima camiseta sin mangas (y sin espalda y, prácticamente, sin camiseta), pero lo peor, lo más crudo, si se puede hablar así, es que enrollado dentro de la brevísima camiseta hay un aún más brevísimo tanga, un triángulo y tres tiras. Encaje de seda, eso sí. Entonces Boris se verá sometido a una dura prueba. A una prueba de resistencia. Su primera reacción es guardar ambas prendas en el armario. Pero pasan los días, y con ellos las noches, y con ellas las semanas. Una noche regresa tarde a su casa y, a lo mejor, con un par de copas de más, a menos que sea media botella, porque, sí, Boris ha vuelto a beber, no tanto como antes, cuando salía con Max y Eddy en Barcelona, o con Julián, ¿qué será de ellos, qué será de todos ellos, carajo? Ha vuelto a beber, sí, pero ya hablaremos de eso. Una noche, entonces, que regresa a su casa un poco ebrio, una noche en que siente que la soledad es más llevadera con un bar cerca, un bar con una buena barra y con unas chicas simpáticas a ambos lados de la susodicha barra; en fin, una noche en la que no se siente un tipo desdichado, torpe y final, va y lo hace: saca el tanga y la camiseta del armario, se pone la camiseta que amenaza con rajarse por sus delicadas costuras, primera y última vez, piensa Boris, y ahora cómo me la saco, piensa, pero bueno, se mete a la cama, deposita el tanga sobre su nariz y, como si fuera una mascarilla de oxígeno, inspira, fuerte, un dos tres, exhala y vuelve a inspirar con la nada secreta esperanza de que ese oxígeno le resulte inmediatamente erectógeno o erectante o como se diga, pero no, huele más bien a moho, a metal, a trapo viejo. Por la mañana, Boris se despierta ataviado de esa manera un tanto ridícula. ¿Un tanto? Completamente ridícula. Patética, incluso. Menos mal

que estoy solo, piensa, quitándose el tanga de las narices. Pero no por ello se deshace de dichas prendas. Las regresa al armario.

Así pasan las semanas, como aviones Hércules, y los meses, como escuadrillas de pesados Boeing 747, o de aún más pesados Antonov 225. Con Toñito han llegado a un buen entendimiento, contrariamente a lo que habría vaticinado Boris al comienzo. Comparten la casa de la calle Arica. Cada uno su cuarto. Su comida, sus enseres. Comparten también el trabajo en el «O sole mio». Toñito en la sala y Boris en la cocina, en donde, por lo demás, ha hecho unos progresos considerables. El menú se ha enriquecido con un excelente osobuco, cuando Boris encuentra carne de cordero, con una ensalada rúcula, jamón crudo, de lamerse los dedos. Les va bien en el «O sole mio». Se podría decir que es uno de los restaurantes de calidad de San Pedro de Atacama. Boris y Toñito no tienen mucho que decirse. Viven juntos, muy juntos, pero muy separados. Se toleran. Se tienen simpatía. Pero nada más. El alcohol, sí. Cuando el Escarabajo dobló a la izquierda al final de la calle Caracoles y desapareció con Tatiana, y toda esa vida de él que se iba con Tatiana, Boris puede decir que se hizo de noche. De inmediato. Entonces comenzó a frecuentar el Sol y Luna, uno de los bares simpáticos, modernos, jóvenes que han abierto en San Pedro. No es que se emborrache, Boris. Bueno, la primera noche, sin Tatiana se entiende, se emborrachó, sí. Se tomó una botella de Johnnie Walker en el Sol y Luna. Y al día siguiente, cuando logró que el dolor de cabeza le permitiera abrir un ojo, constató con estupefacción que sobre la mesa del velador había otra botella, por fortuna, casi llena. Pero habitualmente se toma un par de whiskys después de cerrar la cocina en el O sole mio. A veces tres. Ya lo conocen las chicas del Sol y Luna. No son amigas... todavía, pero podría ser, lo que pasa es que, claro, tienen diecinueve, veintiuno. En fin, nunca se sabe. La prueba de resistencia también es eso: trabajar en la cocina, beber un par de copas en el bar de al lado, dar a veces un paseo en bicicleta por el valle de la Luna, conversar un rato con la chica que atiende en la caseta de entrada, una morenita que no está mal, nada mal, risueña, además, bonitos dientes, ojos negros, piel canela, ¿muy joven quizá?, pero bueno. Y finalmente, una noche, entrando a su cuarto, la sorprende ataviada apenas con una toalla, una toalla más bien para secarse las manos, muy risueña, corriendo desde el baño a la habitación de Toñito: no sabía que vivías acá, grita antes de cerrar la puerta. Esa noche, pero no sólo esa noche, Boris abre el armario, saca la camiseta, el tanga, ya no los usa como la primera vez porque, está comprobado, la camiseta, otra postura de Boris y se raja, y el tanga huele más bien a paño de sacudir, o algo así. Pero, de todas maneras, Boris duerme con ambas, tanga y camiseta, apretando el algodón y el encaje de seda contra su pecho. Y es como si durmiese con una mujer. Con la morena con la que está durmiendo Toñito, con alguna de las simpáticas chicas del Sol y Luna, ¿con Tatiana? Bueno. Pasan las pesadas escuadras de Antonov 225, cargueros gigantes, dos, cuatro, seis meses, Boris ya pierde la cuenta. Una mañana, a eso

de mediodía, se estaciona frente al restaurant no un Antonov 225, ni un Boeing 747, sino un jeep Cherokee, y de ese vehículo baja, vaya sorpresa— ella: ¿Boris?, ¿pero qué hacés aquí?, y Boris: trabajo aquí—, nada menos que Paula. Paula Belgrano Morand, la ex mujer de Julián, que es actualmente esposa de Lucas di Tella, quien está ahora mismo bajando a su vez del mismo Cherokee. Un tipazo de casi dos metros que trae, encima de unos hombros de rugbysta, a Julián di Tella. El hijo de Julián Sorel, perdón Soler. Y, de hecho, «es» Julián Soler con cuatro años. No puede ser, dice Boris. No puede ser, digo yo mismo. No puede ser, dirá probablemente usted. Pero es. Y sí, estaban de vacaciones en Buenos Aires —ellos viven en Nueva York, como usted sabe— y decidieron dar una vuelta, tomaron el auto sin saber mucho adónde iban y, de pronto, llegamos a Salta. Y una vez que estaban allí, ¿por qué no pasar a Chile, ir hasta San Pedro de Atacama? Les habían dicho que el camino era realmente hermoso. Y de verdad lo es. Pero bueno, y vos, contame, contámelo todo, dice Paula, tanto tiempo, años...

10

Boris no sabe mucho qué contarle a Paula. Concretamente, no sabe si decirle o no que ha estado casi todo este tiempo con Tatiana, o sea con la cubana, la misma que le robó su hombre. No, sería mucho, piensa Boris. ¿Cómo le voy a contar eso? Me va a odiar. Me va a escupir. ¿La putinga esa? Ya veo, lo que comenzó uno lo tenía que terminar el otro. Adiós, Boris, que te vaya bien. No. Too much. De manera que—durante el almuerzo y, luego, el paseo al valle de la Luna, con Lucas y el pequeño Julián, y después, por qué no, un poquitito más allá, hasta Toconao y el salar de Atacama; total, para esta noche en el restaurant ya tengo todo preparado—, Boris le cuenta generalidades. Sobre todo, se muestra muy vago en cuanto a su vida sentimental. Sí, con una chica que había conocido en Barcelona, se habían venido a San Pedro, hacía ya más de un año. Paula: ¿ah, sí, una catalana? Y él: no, no exactamente, pero muy simpática, una chica inteligente, buena persona, además, bonita también. ¿Y qué había pasado? Nada. Bueno, la vida misma había pasado. Ya sabes, la rutina que se lo come todo, el aburrimiento, la distancia, la frialdad. Ella: qué lástima, che, ¿tuvieron hijos? Él: no, menos mal. Ella: claro, es que esas situaciones con hijos... bueno, ¿y entonces? Nada. Al final... sí... en fin... ahora... o sea... bueno: se habían separado. ¿Definitivo? No se sabe nunca, ¿verdad? Definitivo, ¿quién puede decir definitivo? Pero, para hacerla corta, digamos que ella se había ido con otra. Paula: ¿con otra? Este, sí, con otra y con otro al mismo tiempo. Paula: Boris, ¿qué me estás contando?, ¿me quieres decir que se fue con dos personas y de distinto sexo? Sí, bueno—y Paula: vaya chica, esa es una mujer de armas tomar—, es verdad que, por otra parte, Boris no tenía ninguna prueba de que esa fuese realmente la situación; o sea, de que estuviese en una relación triangular, por decirlo así, con la pareja con la que se había marchado. Paula: ¿la pareja, qué pareja? A ver, no entiendo mucho. Boris, buscando cambiar de tema: bueno, pero yo ya he hablado demasiado, ahora te toca a ti, ¿qué es de tu vida? Y Paula estaba bien. Ellos vivían en Nueva York, como se ha dicho, con el pequeño Julián; ella, bueno, vos sabés, siempre con el piano, le tocaba viajar bastante, sobre todo ahora último, al comienzo no había querido por el niño, pero llega un momento en que no podés seguir diciendo que no a todo. Boris refrenda: no, claro. Y Paula: y a que no sabés, el año que viene voy a Barcelona, mirá vos, hacía tiempo le venían pidiendo un concierto a Paula en el Palau de la Música. Escuchame, creo que me va a dar algo volver a Barcelona, menos mal que Lucas iba con ella. Y en fin, esas cosas. Generalidades. Estaba todo el mundo

bien. Todos contentos. Ninguna enfermedad. Ningún deceso que lamentar. Y ya. Lo deberíamos dejar aquí. Hasta luego. Salvo que no termina aquí. No termina mucho más allá tampoco. Lo hacemos corto, no se preocupe. Esa noche, después de agasajar a sus amigos con su mejor arte culinaria en el O sole mio—nada del otro mundo, dice el chef, respondiendo a los elogios de Lucas y Paula, spaghetti alla arrabiata, una de rúcula, jamón crudo y una invitación de parmesano, panna cotta para todos, un muy buen merlot Cousiño Macul Antiguas Reservas—, Boris les propone ir a tomar algo al Sol y Luna, un bar simpático, con chimenea y todo. Lucas dice que está muy cansado y que se va a acostar con Julián. Tiene olfato este Lucas, buen tipo, porque eso les permite una cierta intimidad, con Paula, que acepta encantada tomarse una manzanilla, o una infusión de algo. Boldo, ¿podría ser? Podía. Boris, lo mismo de siempre. Y allí, de pronto, al segundo whisky, están hablando de Barcelona, de cómo se conocieron él y Julián, ella y Julián, de su juventud, en definitiva, y Boris se dice al carajo, no importa que me escupa, no sé, pero me parece que tiene que saber la verdad. Es que es parte de mi pasado también, Paula. Y está ahora aquí, frente a mí, ¿cómo le voy a mentir? Y se la cuenta, la verdad. Hasta ahora mismo, casi. Es decir, hasta que el Escarabajo de Tom Palatino dobló al final de esta misma calle. Cuando Boris termina de hablar, Paula dice: no puedo creerlo, ¿es verdad lo que me estás contando? Se produce un silencio denso, largo, ahora se para y se va, piensa Boris. Increíble, che, dice ella al cabo de un rato, vos y ella... Sabés que muchas veces, durante todos estos años, me he sorprendido pensando en esa chica, qué habría sido de ella, no sé, no le guardo rencor tampoco, y ahora, venirnos a encontrar aquí, nosotros, y enterarme de todo esto... ¿Te molesta, te hiere? Pregunta Boris. No, dice ella, me sorprende, eso es todo, es como si el pasado me hubiese tendido una trampa o, mejor dicho, es como si el pasado me hubiese mordido, ¿te dije que nosotros no teníamos que venir aquí, verdad? Boris: sí, me dijiste. Paula, tomando un sorbo del whisky de Boris: en principio, íbamos a conocer Salta y regresábamos, pero claro, se nos ocurrió, mentira, a mí se me ocurrió pasar a Chile, me habían hablado de este lugar y, claro, mi pasado me estaba esperando, curioso, ¿no? Boris dice: lo siento. Paula responde: no, no tenés nada que sentir. Y Boris no puede evitar acordarse de aquella noche, en su piso de Barcelona, en que Sorel le había dado exactamente la misma respuesta a la misma afirmación un tanto idiota. ¿Qué sentía Boris? Perplejidad, si acaso. Paula dice, como para sí misma:

—Juan Fernández —un silencio, y luego—. ¿Sabías que Julián lo único que quería era ir allí?

—Alguna vez me lo dijo.

—De hecho, quería ambientar una novela en esas islas.

Boris, no sin cierta aprensión (no fuera a ser cosa que Paula respondiera que sí, habían estado allí, Julián y ella, y él jamás se había enterado), pregunta:

—¿Y nunca fue?

—Que yo sepa no —responde ella.

Boris, entonces, le revela su secreto:

—Yo tengo el borrador de esa novela.

—No te puedo creer, ¿verdad? —dice ella.

—Verdad —dice él.

—¿Me lo dejarías leer?

Boris le cuenta: está entre las cosas que dejó en casa de su madre, en Santiago y, además, es un borrador, una carpeta llena de papeles, él no se quisiera deshacer de ella. Paula: pero se le podrían hacer fotocopias. Boris: sí, claro, si me dejas tu dirección en Nueva York.

—Vaya día—dice Paula—, un día con un espesor de varios años —murmura.

Y luego, antes de irse:

—¿Nunca sentiste que lo traicionabas, a Julián?, perdoná que te lo pregunte de esta manera, pero es que...

—Supongo que sí —dice Boris—, supongo que, en el fondo, siempre sentí culpa y nunca quise confesármelo, pero también, de algún modo, estar con Tatiana era como tener algo de Julián, algo muy íntimo de él.

—¿Como si no lo hubieses perdido del todo?—pregunta Paula.

—Algo así —contesta Boris.

—Me tengo que ir a dormir —dice ella.

Paula se para, viene hasta donde está él, sentado —perplejo, es verdad, para él también el día ha tenido el espesor de varios años—, le acaricia el pelo con sus bellas manos de pianista y le da un beso en la mejilla. Boris la mira alejarse, se sienta en la barra, encarga un último whisky. Con gusto se fumaría un purito. Pero aquí no hay puritos, ni siquiera tabaco negro. Pide un cigarrillo a una de las camareras. Da dos pitadas. Lo apaga.

11

—Búscame un reemplazante —le dice a Toñito.

—¿Cómo?

—Sí —dice Boris—, me voy.

—¿Cómo te vas?

—Yéndome —dice él.

—¿Cuándo, adónde? —pregunta Toñito.

—Por mí, mañana —dice él—, a Santiago o a la mierda, da lo mismo, pero me voy.

Pasan unos días. Consiguen una chica que había trabajado en una pizzería en Antofagasta.

—No es un chef cinco estrellas como usted, maestro, pero qué le vamos a hacer —dice Toñito.

Se despiden, Boris se sube al bus con destino a Calama.

Allí tendrá que hacer transbordo a otro autobús que lo dejará, veintitrés horas más tarde, en Santiago.

—Cuídate, compadre —le dice Toñito.

—Tu también.

El desierto nuevamente, montañas de tierra, llanuras infinitas de tierra, cielo azul como un lienzo, un par de diminutos puntos negros describiendo solitarios círculos en ese cielo. En el terminal de buses de Calama, Boris cambia de opinión. Toma un taxi al aeropuerto. Y allí, un billete a Santiago, en el vuelo de las ocho. A las diez de la noche está en el aeropuerto de Pudahuel. Al bajar del avión lo primero que hace es dirigirse a un teléfono. Introduce una moneda, disca el número de la casa de su madre. Más valdría avisarle que estoy aquí. Escucha el timbre, ve el aparato sonando en la sala, allá, en la calle Guillermo Francke. El teléfono sigue sonando un buen rato hasta que Etelmira contesta: ¿aló? Entonces Boris se quita el auricular de la oreja, lo mira, vacila un segundo y luego cuelga. Sale del terminal. Hace frío. Un taxi: ¿dónde lo llevo, señor? Al Hotel Foresta, frente al cerro Santa Lucía. Siempre le había gustado ese hotel. Por fortuna, les quedaba una habitación. Deja su equipaje en el cuarto y sale a la calle en busca de un lugar donde cenar. Encuentra una fuente de soda abierta en MacIver, cerca de la Alameda. Local enorme, vacío. Luces de neón. Dos tipos cuarentones, de trajes oscuros,

sentados en una de las numerosas mesas, comparten una botella de vino. En la barra, una mujer de edad indeterminada, frente a un pisco sour intacto, se pinta los labios mirándoselos en una pequeña polvera. Nadie en las calles a esa hora. Pero a Boris le parece una jungla. Sube a su habitación. Se da una ducha, se acuesta.

Antes de marcharse de San Pedro, Paula le había alargado un sobre marrón, grande.

—Yo no lo necesito, a ti te hace más falta.

Boris vio, entreabriéndolo, el color acerado y verde de los dólares.

—Paula —dijo—, te volviste completamente loca, yo no te he pedido dinero. Y mucho menos la suma que debe de haber aquí adentro.

—No me lo has pedido —respondió ella—, pero lo necesitás mucho más que yo; mirá, son cinco mil dólares, es lo que me pagan por un concierto en una ciudad mediana de Estados Unidos.

—Pero yo jamás te los podré devolver.

—Si algún día podés, me los devolvés; si no, no hay ningún problema, es sólo dinero —mientras lo abraza—, te cuidás, ¿sí? —le mete el sobre en el bolsillo trasero del pantalón—, ve a buscarla a Juan Fernández—le susurra en el oído—, o vuelve a Barcelona, o a Santiago, pero vete de aquí, tu destino no es ser cocinero.

—Tu dirección en Nueva York —le recuerda Boris.

Ella se la anota en el sobre marrón. Y ya. Lucas está echando a andar el auto. Ella, bajando la ventanilla: tenés mi dirección y mi teléfono, no te perdás, ¿prometido?

Se despierta en su cuarto del Hotel Foresta. Busca un número en la guía telefónica. Taxpa, servicio de taxis aéreos, responde una secretaria. Quiero un billete para Juan Fernández, dice él. ¿Para cuándo, señor? Para cuanto antes. Tiene mucha suerte, normalmente no tenemos nada hasta dentro de un mes, pero se acaba de producir una anulación. Hay un vuelo dentro de dos días. Boris, ya lo hemos dicho, no tiene muchos conocidos en Santiago. En realidad, no conoce a nadie. Buscando en alguna de las viejas agendas que conserva en casa de su madre, podría encontrar algún amigo o amiga de hace más de diez años, ¿pero para qué? Además, no quiere ir a casa de su madre. Prefiere evitar las preguntas, los comentarios, ¿cómo, ya se separaron?, pero qué falta de madurez, hijo, y ahora te vas a Juan Fernández, ¿pero tú te crees que la vida es una novela de aventuras?, deberías encontrarte un trabajo, una mujer que te quiera, pronto tendrás cuarenta años... No. Más valía partir de inmediato. Ya tendría tiempo de contarle a doña Norma una serie de cosas. ¿Cuáles? Ya vería. En algún momento, mientras buscaban alguien que lo reemplazara en el O sole mio, Boris pensó regresar directamente a Barcelona. ¿Qué sentido tenía ir a Juan Fernández? ¿La recuperaría? Lo más probable era

que no. Si la había perdido en San Pedro de Atacama, ¿por qué razón la iba a recuperar en Juan Fernández? Tiene una nueva vida. Boris trataba de imaginarse cómo sería esa vida. La veía caminando por una playa de guijarros, nadando desnuda en un mar transparente, comiendo langostas con Tom Palatino y Susanne, muertos de la risa. Una voz a su lado dijo:

—Yo en su lugar iría a esa isla, amigo.

Estaba en el Sol y Luna, como casi todas las noches. La voz venía del taburete contiguo al que él ocupaba. Miró. Volvió a mirar, esta vez con extremada atención. Con sorpresa también. Sobre el taburete de mimbre lacado había alguien. Un hombrecito. Vestía un terno azul impecable de chaqueta cruzada. Bajo la chaqueta llevaba un chaleco, de lana azul marino también. Zapatos negros, recientemente lustrados. El problema era que, como mucho, alcanzaba a medir un metro. Menos, unos ochenta centímetros. Boris pensó: carajo, Sorel, otra vez, por la cresta, pero dijo:

—¿Ah, sí, por qué?

El hombrecito, con la espalda muy recta, una pierna cruzada encima de la otra, ambas colgando en el abismo, sacó una cajetilla de Lucky sin filtro del bolsillo de la chaqueta, extrajo un cigarrillo, golpeó uno de sus extremos sobre el paquete, tres golpecitos breves, y lo encendió con un encendedor Ronson negro. La marca de cigarrillos, el encendedor y el gesto eran exactamente los del padre de Boris.

—Porque va a salir de dudas, por eso iría —dijo el hombrecito.

Boris pidió otro whisky, se frotó los ojos, musitó, como para sí mismo:

—No sé si es una buena idea.

El hombrecito preguntó:

—¿Usted la quiere todavía?

Boris contestó con otra pregunta:

—A usted lo manda Sorel, ¿verdad?

—Se equivoca —respondió el hombrecito—, a mí no me manda nadie. Sorel, ¿quién es Sorel?

Boris sorbió su whisky, dijo:

—Perdone. Por un momento tuve la sensación de que ya lo había visto en alguna parte —lo miró un segundo y agregó—: O, mejor dicho, de que ya lo había «leído».

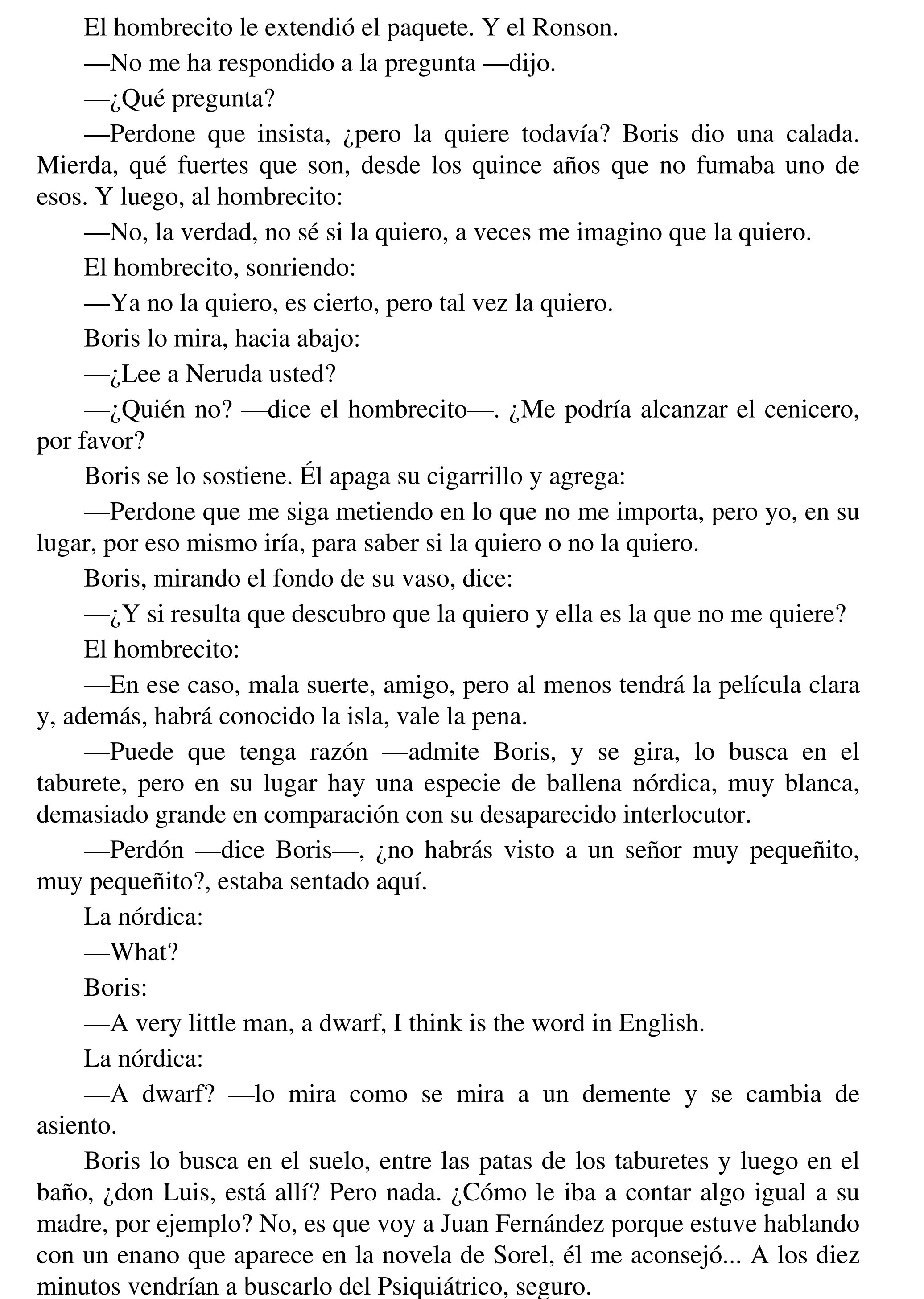
El hombrecito:

—¿Leído, cómo leído?

—Es un poco confuso, lo siento, no quise importunarlo —se disculpó Boris.

—No, soy yo el que debería disculparme; después de todo, quién es uno para andar dando consejos, ¿verdad?

—Está bien—dijo Boris—, no tiene por qué disculparse, ¿me daría uno de sus cigarrillos?



El hombrecito le extendió el paquete. Y el Ronson.

—No me ha respondido a la pregunta —dijo.

—¿Qué pregunta?

—Perdone que insista, ¿pero la quiere todavía? Boris dio una calada. Mierda, qué fuertes que son, desde los quince años que no fumaba uno de esos. Y luego, al hombrecito:

—No, la verdad, no sé si la quiero, a veces me imagino que la quiero.

El hombrecito, sonriendo:

—Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.

Boris lo mira, hacia abajo:

—¿Lee a Neruda usted?

—¿Quién no? —dice el hombrecito—. ¿Me podría alcanzar el cenicero, por favor?

Boris se lo sostiene. Él apaga su cigarrillo y agrega:

—Perdone que me siga metiendo en lo que no me importa, pero yo, en su lugar, por eso mismo iría, para saber si la quiero o no la quiero.

Boris, mirando el fondo de su vaso, dice:

—¿Y si resulta que descubro que la quiero y ella es la que no me quiere?

El hombrecito:

—En ese caso, mala suerte, amigo, pero al menos tendrá la película clara y, además, habrá conocido la isla, vale la pena.

—Puede que tenga razón —admite Boris, y se gira, lo busca en el taburete, pero en su lugar hay una especie de ballena nórdica, muy blanca, demasiado grande en comparación con su desaparecido interlocutor.

—Perdón —dice Boris—, ¿no habrás visto a un señor muy pequeñito, muy pequeñito?, estaba sentado aquí.

La nórdica:

—What?

Boris:

—A very little man, a dwarf, I think is the word in English.

La nórdica:

—A dwarf? —lo mira como se mira a un demente y se cambia de asiento.

Boris lo busca en el suelo, entre las patas de los taburetes y luego en el baño, ¿don Luis, está allí? Pero nada. ¿Cómo le iba a contar algo igual a su madre, por ejemplo? No, es que voy a Juan Fernández porque estuve hablando con un enano que aparece en la novela de Sorel, él me aconsejó... A los diez minutos vendrían a buscarlo del Psiquiátrico, seguro.

Durante el par de días que permanece en el Foresta, esperando el avión, no ve a nadie, Boris. Pero aprovecha de ir a la Biblioteca Nacional. Pide todo

lo relativo a Juan Fernández: cartografía de los fondos marinos y de las islas, tratados de botánica, pisci y silvicultura y, de pronto, un libro, uno solo: *Memorias insulares,* que lleva como subtítulo «La historia de la isla según los relatos orales de sus propios habitantes». Boris lo hojea. Allí están doña Constancia Schiller, doña Florinda Kötzing, doña Elisa Martínez, don Orlando Recabarren, don Walter Tapia, don Arnaldo de Rodt y muchos otros, y está también, cómo no, don Luis Pereira, habitante ilustre de Alejandro Selkirk. Ellos, los isleños de carne y hueso, cuentan todo lo que saben, todo lo que recuerdan sobre la isla. Pregunta: ¿había conocido ese libro, Sorel? Se dirige al jefe de sala: ¿usted cree que este libro se puede encontrar en Buenos Aires? No tengo idea, señor, habría que ponerse en contacto con la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, si me espera un segundo le consigo las señas. El tipo le escribe en una ficha: Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Agüero 2502, y un teléfono. Gracias. Allí estaba la fuente de Sorel. Seguro. Ya averiguaría. Su avión salía al día siguiente, a las ocho de la mañana. Cenó en el Venecia y se acostó temprano. De la carpeta azul, Boris sólo había conservado consigo una hoja. Era una fotocopia de un viejo mapa de la isla. Boris se durmió mirándolo.

12

Las malas condiciones meteorológicas en la isla impiden la salida del vuelo, señor, ya le avisaremos cuando podamos volar. Era lo que Boris más se temía. Si tenía que pasar otros dos o tres días en Santiago, ¿qué haría? Pero no. El avión despegó, con algo de retraso, a las ocho y veinte minutos. Un Cessna 340, con capacidad para seis pasajeros. Dos motores Ram de trescientos diez caballos de fuerza cada uno, hélices de tres aspas con menos de treinta horas de vuelo. O sea nuevas. Nuevas, confirmó el copiloto que bebía un café de máquina a mi lado, justo antes de que llamaran a abordar el vuelo. Ambos mirábamos el aparato estacionado en la loza del aeropuerto de Cerrillos, y como él, camisa escocesa, jeans, botas vaqueras, parecía cualquier cosa—un turista canadiense, un corresponsal de alguna radio de la Patagonia — menos un piloto, me permití hacer un comentario en voz alta: ¿se irá a elevar esa cafetera? No es ninguna cafetera, dijo él, yo soy el copiloto. Y comenzó a darme todo tipo de indicaciones técnicas: menos de tres mil horas de vuelo, radar con pantalla de cristales líquidos, etcétera. Se elevó rápido, en efecto, como un juguete. Pronto nos deslizábamos sobre un campo infinito de nubes blancas, motudas, algodonosas. Nada más dejar atrás Santiago, Boris comenzó a prepararse para lo peor, bolsones de aire con caídas verticales de más de cien metros, vientos huracanados, tormenta de granizo, amarizaje forzado frente a las costas de San Antonio, que te rescate tu padre y no me vengan a decir que en Chile no hay tiburones... Pero no. Los pilotos pasaron la mayor parte del trayecto leyendo, por turnos —uno el suplemento deportivo, el otro las páginas de espectáculos y luego cambiamos, ¿no están los anuncios de masajes?, no, se quedaron en Santiago—, la edición de ese día de *La Cuarta.* El aterrizaje fue un poquitito más complicado. Primero, la capa de nubes era muy espesa. Bajaban, bajaban y no se veía nunca el mar. Al cabo de unos minutos eternos apareció el océano, pero no se veía la isla. El aparato estuvo zumbando como un moscardón, pegado al techo de nubes. Viraba al sureste, luego al noreste y después directamente hacia el norte, y corregía nuevamente al noreste. Abajo: el azur, como diría un poeta. Pero de isla, cero. ¿Quedará suficiente gasolina?, se preguntaba Boris. Y también: ¿no habrán equivocado el rumbo? Y también: ¿no se habrá desplazado la famosa isla? Ya le sudaban las manos a Boris. La espalda, las nalgas, los pies, todo le sudaba. Y veía a su vecina de asiento, una chica muy joven y muy lívida, esbozarle una sonrisa de circunstancias, ya que vamos a morir, podríamos haber aprovechado de conocernos, habernos contado nuestras respectivas infancias,

por ejemplo, pensaba Boris. La chica sonreía, Boris no sabía en qué carajo estaba pensando y daba exactamente lo mismo porque, en quince, veinte minutos, estarían allá abajo, al fondo, con los tiburones chilenos, que son muy educados, de muy buenos modales, tan educados que ni siquiera se llaman tiburones, sino Rex, Ayax, Blak, Jorgito... Boris piensa, mirando a la chica: ¿habernos dado un beso con lengua, por ejemplo? Boris, por favor... Ya estaba resignado, Boris, cuando el copiloto musitó: allá. Los seis pasajeros miramos hacia «allá», pero sólo los pilotos veían algo. ¿Yo?: mar, mar y mar... Hasta que, de pronto, allá, efectivamente, en el horizonte, se vio una especie de protuberancia. Que se fue transformando en una lejanísima colina encima del mar y luego en un decorado de cartón piedra, con montañas, acantilados, ensenadas y botecitos, allá abajo, como pétalos amarillos. Y, al final, ya, un par de sacudones de alas, un golpe seco de las ruedas al tocar tierra, ya están. Se abren las puertas. Un olor a océano como Boris nunca lo había sentido. En el embarcadero los espera la lancha que los llevará al pueblo. No hay camino, ni mucho menos carretera, tendría que atravesar los cerros y esos cerros son reserva natural. La lancha se llama, curiosamente, *Blanca Luz*. Y se mueve, se bambolea, salta en el aire, se hunde en las olas y se levanta nuevamente, por todo lo que no se movió el avión. Con el estómago un tanto revuelto y un poco mareado, pero contento de estar allí, llega Boris al puerto. Es curioso, huele a brea, a petróleo, a mar, pero también a bosque, a hondonada, a espesura. Boris pregunta por una pensión. Le indican la Villa Green. Se registra. Le dan una habitación espaciosa. Deja sus cosas. Vuelve a salir. Huele bien. Muy bien. ¿Y? ¿A qué había venido?

13

—¡No puede ser! —exclama Tatiana al verlo.

Sí que está contenta. Lo abraza. Casi lo levanta en el aire. Atiende en un bar que han abierto Susanne y Tom Palatino. Está cerca del Bahía. Un lugar no muy grande, pero bien decorado, todo de madera, redes de pescadores, remos, un timón, espejos. En el letrero de la fachada —otro bajorrelieve de madera— se lee: «Camino a Tokio». Y adentro, sobre los anaqueles con botellas, cuelga una escultura, también de madera, en forma de flecha, sobre la que se informa a los bebedores y eventuales interesados: «A Tokio: 16.832 km».

—¡No puede ser! —grita Tatiana al verlo—. Mi chilenito socialdemócrata, te estaba echando de menos —lo abraza, casi lo levanta en vilo, Tatiana.

A Boris, tam tam, tam tam, el corazón se le sale por las orejas, por los ojos.

—Yo también te echaba de menos —dice.

Van a dar una vuelta al pueblo, suben al mirador de Selkirk. Tatiana quiere que le cuente todo, si sigue en San Pedro, qué planes tiene. Ya te contaré, le dice Boris, ya hablaremos. Por el momento, de regreso al pueblo, Boris aceptaría con gusto una cervecita. No lo puedo creer, dice Tatiana, ¿has vuelto a beber alcohol? Muy moderadamente, concede Boris, nunca como antes. Tatiana destapa una Escudo de a litro, muy fría, y beben, conversan, se ponen al día. Boris: ¿y por aquí qué tal? Y Tatiana ya está comenzando a ordenar su pensamiento para dar una respuesta lo más completa, lo más fidedigna posible: a ver, ¿por dónde empiezo?, pero en ese mismo instante entran Tom Palatino y Susanne, ataviados con sendos trajes de buzo.

—¡No puede ser! —dice Tom Palatino.

—¡No puede ser! —agrega Susanne.

Y sí, sí, es.

—¿Qué tal, cómo han estado? —pregunta Boris.

Bueno. Abreviemos. Asado de mero y bacalao, esa noche. Y que no se iba a quedar en la Villa Green, dice Tom Palatino, que se viniera a la casa. Claro, te vienes a la casa, lo secunda Susanne. Mucho vino, mucha conversación. Boris les cuenta. Dejó el O sole mio. Había preferido regresar a Santiago. ¿Toñito?, hasta donde él sabía, bien, muy bien. Tom Palatino: cómo lo echo de menos a Toñito, ¿había visto el Camino a Tokio? Era una joyita,

¿verdad? Y sólo era el comienzo, cuando encontraran el primer tesoro abrirían el Más cerca de Tokio... Boris: ¿pero tú crees que hay espacio para dos bares del mismo tipo aquí en la isla? Tom Palatino: no, aquí no, el Más cerca de Tokio va a estar en isla de Pascua. Boris: ah, ya, y el próximo, pongamos el Casi llegando a Tokio, ¿estaría en Australia? Tom Palatino estalla en una de sus sonoras carcajadas: es bueno para la talla este huevón, por eso me cae bien, y le da tal palmada con su manaza de boxeador en el hombro, que a Boris se le cae el vino. Susanne comenta, llenándole nuevamente la copa: es loco loco este Tom. Boris: si tú lo dices... Se habían comprado un bote —el *Nipón 1,* como era de esperar— y trabajaban con el hijo de don Walter Tapia. Por el momento, dice Tom Palatino, estamos buscando en una zona muy precisa, frente a Puerto Inglés, seguro saldrá algo de allí, ¿verdad, Susy? La interesada: bueno, no sé si saldrá algo, en todo caso, traemos pescados, es bonito bucear.

Tarde en la noche, a pesar de la invitación, Boris decide regresar a su cuarto. Camina calle abajo y, allí, de pronto, ocurre por primera vez. Un lechón blanco, pequeño, debe tener una o dos semanas, cruza esa calle, un par de metros por delante. Boris se detiene y el lechón, que ha alcanzado el otro lado de la calzada, también se detiene, voltea a mirarlo. Entonces Boris lo ve. Es un lechón, con cuerpo de lechón, rabo de lechón, patas de lechón, pero su cabeza —como jibarizada, hasta la gorra y la barba, diminutas, perfectamente proporcionadas a esa extraña anatomía—, es la cabeza de Fidel Castro.

—No, Sorel, ¡por favor, basta! —grita Boris.

—Qué Sorel ni Sorel, chico —dice el lechón—, te estuve llamando a San Pedro de Atacama, pero en ese maldito pueblo no tiene teléfono ni el cura, ni yo tendría teléfono allí.

Boris sigue caminando. El lechón corre, junto a él:

—Para un poco —le dice—, no seas abusador.

Boris se detiene.

Y el lechón, o sea el comandante, de nuevo con la misma cantinela:

—Vénganse a Cuba, tú convéncela, a ti no te cuesta nada, yo te pago, dime la suma...

—No creo que eso sea posible, tal como están las cosas, comandante.

El lechón, antes de desaparecer tras unos matorrales:

—Piénsatelo, Boris —y ya cuando se ha perdido en las sombras, sólo su voz, desde los matorrales—: Y no me digas comandante.

Boris se repite para sí mismo: para ti soy Fidel.

Y, justamente, alcanza a escuchar como un eco en la lejanía, ya muy atenuado:

—Para ti soy Fidel...

Boris mira al cielo y luego al suelo y luego al horizonte.

—Puta madre —murmura—, ¿no me podrías dejar un rato en paz,

Julián?

A pesar de ese incidente, cae derrengado sobre la cama y se duerme de inmediato. Mucho más tarde, algo, un guijarro, un puñado de tierra contra la ventana, lo saca del sueño. ¿Puedes saltar?, pregunta Boris. En un abrir y cerrar de ojos, Tatiana está en esa habitación, desnuda, encima de él. Y hacen el amor como la primera vez, o quizá como Boris imaginaba que podían hacerlo mucho antes de que sus cuerpos se encontraran por primera vez. Después, Boris le cuenta: vi a tu padre. Ella: ¿estuviste en La Habana? Boris: no, aquí, transformado en chanchito, un lechoncito blanco blanco... Tatiana: no, no me vengas con historias, no quiero saber ninguna historia más, de ninguna clase.

Días más tarde, un bote los lleva a Puerto Francés. Allí acampan con Tatiana. Asan unas jerguillas en un caldero. Recorren diferentes ensenadas de la isla en bote. Se alimentan de pescados y langostas, se bañan en aguas transparentes, hacen el amor. Boris piensa: este es el Paraíso, me podría quedar a vivir aquí. Susanne se ha hecho cargo del bar, para que Tatiana pueda estar con Boris. Tom Palatino sigue buceando, de la mañana a la noche. Todavía no ha encontrado nada, pero es cosa de paciencia. Bien, vamos a ir terminando. Los días pasan con absoluta discreción, sin hacerse notar en lo más mínimo. Pasan mucho más discretamente, en todo caso, que las nubes, que vienen corriendo desde el Japón o desde las Galápagos, a veces desde la Antártica, y se arremolinan en las cumbres de la isla, se tropiezan, se deshacen, algunas se resbalan por los valles, caen por las hondonadas y vuelven, con la cola entre las piernas, al mar, de donde han salido. Boris tiene la sensación de que hace cuarenta y ocho, setenta y dos horas, como mucho, desde que llegó a la isla. Pero no. Han pasado dos semanas. Una noche, acampando en la bahía El Padre, Boris le pregunta a Tatiana: ¿te vendrías conmigo? Y Tatiana: ¿adónde? Boris: no sé, a estar juntos de nuevo, en alguna parte. Ella: ¿la verdad? Él: sí, la verdad. La verdad es que ella lo quiere mucho, si decidiese estar con un hombre, estaría con él, pero es que ahora, así, en este mismo momento, estoy bien sola, ¿me entiendes? No es que no tenga ganas de estar contigo, es que no tengo ganas de vivir con alguien. Boris entiende. Perfectamente, además. Porque a él le pasa algo parecido. Le gusta mucho Tatiana, la quiere, hasta se podría decir que la ama, pero se encuentra bien solo. ¿Ves?, dice ella, estamos hechos el uno para el otro, y se ríe, le revuelve el pelo, mi chilenito socialdemócrata, ven aquí. Y Boris va. Pero Tatiana tiene que volver a trabajar al bar, tampoco puede dejarlo para siempre. ¿Te pagan? Sí, me paga Susanne, bastante bien, además.

Una de sus últimas tardes en la isla, Boris va a dar un paseo por la Subida

de la Pólvora. Entonces, no, de nuevo no, por favor, ruega Boris, pero sí: bajo una higuera un niñito, de raza negra, no debe tenermás de ocho años, y, encima del cuello frágil, la cabeza reducida del comandante. En versión africana, como corresponde (sin gorro, pero los mismos gruesos lentes, la barba, no hay caso, es él, con el pelo ensortijado y la piel color chocolate, pero es inconfundiblemente él).

—Por fin llegas —dice el comandante—, yo no sé por qué me han puesto así, es que negros no hay ni uno solo en este pueblo, mira que ir a ponerme de negro a mí.

—Habrá algún lugar donde reclamar —aventura Boris—, lo dejaron más parecido a Patrice Lumumba que a usted mismo, está demasiado negro, porque además tengo entendido que ni siquiera va a la playa, ¿no?

—No te hagas el gracioso, chileno, ya es bastante difícil de soportar, imagínate, de pronto, me cambian de isla, aparezco aquí, como un fiñe, un crío, coño y negro; además, no he leído los diarios, pero el mundo entero debe estar pensando que llevo al menos una semana muerto y yo sin poder hablar con nadie, chico.

—Un martirio —dice Boris.

—Más respeto —exige Fidel—, por mucho menos otros se han tenido que tragar veinte años.

Y después de un trecho:

—¿Te lo has pensado?

—Mire, comandante, la respuesta es no, definitivamente no —contesta Boris—, así que, por favor, terminemos con la metempsicosis de una buena vez.

—Yo hablaría más de bien transmigración—responde Fidel—, ¿no hay nada que hacer, entonces?

—Me temo que no, comandante.

Y, como una pompa de jabón, el niño desaparece.

—Hasta luego —murmura Boris—, que le vaya bien y, por favor, Sorel, ya basta de mandármelo, ¿no puedes ir a jugar con él a otra parte?, me tiene hasta más arriba de la coronilla.

En alguna parte, detrás de los helechos gigantes, Boris escucha:

—Hasta la victoria siempre.

Antes, acampando allí en Puerto Francés, Boris le ha propuesto a Tatiana:

—Pero podríamos vivir un poco más cerca, ¿no? Vivir en el mismo lugar, aquí, o en otra parte.

—Sí, claro —ha respondido ella—, no vivir juntos no significa que no estemos juntos.

La cosa merece reflexión. Ella está dispuesta, ¿pero adónde? ¿Se vendría

él para acá? Boris: no sé, hay que ver. Y en eso quedan, en ver, en verse, en no perderse. Vuelven al pueblo, pasan una última noche juntos (¿sabes qué, mi chileno?, te quiero, dice ella; yo también te quiero, responde él), y mucho antes de lo que Boris, de lo que Tatiana y a lo mejor hasta de lo que Tom Palatino y Susanne hubiesen deseado, llega el momento de partir. Un abrazo a Tom Palatino y a Susanne, ¿cuándo vuelves a vernos? Pronto, muy pronto. Tatiana se arroja a sus brazos, no quiere dejarlo ir, mi chilenito socialdemócrata, te quiero tanto... Y ya.

Está abordando la *Blanca Luz,* que de nuevo sube, vuela sobre la cresta de las olas, cae y vuelve a subir. Pero Boris ya está acostumbrado o, por lo menos, le ha perdido el miedo, se diría que ha pasado su vida arriba de un bote. Mareado, pero contento se sube al Beechcraft King Air F-90. Casi feliz, diría. Después de todo ha visto a Tatiana, a eso venía. No sólo la ha visto, sino que... ¿sino qué? La verdad, a Boris le da un poco de pudor, porque, claro, parece final de novelita sentimental, pero como hay que abreviar porque ya estamos terminando lo vamos a decir igual: no sólo la ha visto, sino que está seguro de su amor. No es poco. Es más bien mucho. El resto, vivir juntos, separados (¿juntos, separados?, ¡pero si son más de ochocientos kilómetros y es más caro venir aquí que ir a Nueva York!, manerita de contarte cuentos, se dice Boris, no es que tú vivas en Ñuñoa y ella en Vitacura, se sigue diciendo Boris, y acto seguido: bueno, ¿y qué hago?, no me voy a empezar a comer el tarro ahora, ¿no?, porque, claro, también me puedo bajar de este trasto, volver a tomar la lancha, transformarme en pescador, dedicarme a escribir poemas sobre los fondos marinos, la oda a la langosta, el himno oficial de la Conaf; no, no, se dice Boris, vámonos de una vez), vivir juntos o separados —perdona que insista, Boris, pero tengo que terminar la frase—, eso ya se vería (se vería... se vería, ¿qué se iba a ver?, no se vería un carajo, dice Boris, estos escritores...).

¿Se irá a elevar esta cosa?, le pregunta Boris al piloto. El tipo se ríe en sus narices: este es el rey de los cielos, amigo, como su nombre lo indica. ¿Podría llevarnos hasta Australia? Si tuviéramos un avión nodriza, que nos abasteciera en vuelo, claro que sí. Y es verdad, la cosa esa se eleva como si la propulsaran desde una rampa de lanzamiento, vuela recto, segura de sí misma, apenas si vibra, ubica la pista de aterrizaje sin la más mínima vacilación y, tres horas con cuarenta y cinco minutos más tarde, Boris toca el timbre de la casa de Guillermo Francke, comuna de Ñuñoa. Borisito, dice Etelmira, que ya no se sorprende de nada, ha visto tanta cosa una, oiga, si yo vi a los tipos esos que llegaron a la Luna por primera vez, usted era chiquitito, pero, imagínese, ver a unos señores allí, tomándose un vasito de vino en la Luna; después de eso, ¿de qué quiere que me sorprenda? Bueno, le estaba diciendo, le tengo unos ñoquis con carne mechada que se va a relamer los bigotes. Y, efectivamente. Estaban buenísimos.

—Señoritas, señoras y señores pasajeros, tengan todos ustedes muy buenas tardes. En primer lugar, mil disculpas por interrumpir su sagrado derecho al descanso durante el trayecto, sé que muchos de ustedes estarán pensando: otro vendedor más, pero, mucho cuidado, porque yo no vengo a vender, vengo a regalar... En efecto, distinguida dama, distinguido caballero, como representante comercial de la empresa Acme, les quiero presentar el lapicero tres en uno, tinta azul, tinta roja, tinta verde, multifuncional lapicero, que ha recibido las más altas distinciones en las ferias internacionales del lapicero, vendido en el comercio al precio de mil quinientos pesos y que la empresa Acme tiene el placer de ofrecerles a ustedes, sólo por hoy, al precio promocional de quinientos pesos, ¡quinientos pesos!, señorita, señora, señor, y, regalo de la casa, junto con esto, usted se lleva un completo set de agujas de coser, una tijera y, como si fuera poco, ¡un trapo de cocina!... ¿El lapicero Acme?, ¿dama?, ¿caballero?, sólo a quinientos pesos, ¿quién dijo yo?...

¿Vendiendo en las micros? —le preguntó Max—, ¿cómo vendiendo en las micros?

Boris le cuenta. Tenía un problema. Le quedaban dos mil dólares, pero no tenía trabajo. Así que, tres posibilidades: o regresaba de inmediato a Barcelona, o se los gastaba, o se encontraba un trabajo aquí en Santiago. Y ese era el problema: no tenía profesión, Boris. No era mecánico tornero. Ni sastre. Ni topógrafo. Era licenciado en filología. La gente preguntaba: ¿filosofía? No, respondía Boris, literatura. Ah, profesor de castellano, decían. En fin, algo por el estilo. O sea, tenía un título que no le servía para nada. Tendría que convalidarlo en la universidad de aquí y luego encontrarse algún puesto de profesor, hacer un máster, un doctorado, pero aquí venía el problema: no tenía ni las más mínimas ganas de quedarse en Chile, Boris. Tal como estaban las cosas, al menos. Con el toque de queda, esos militares tan bien planchados, tan pulcros, las bonitas canciones publicitarias alabando a la patria. No. Prefería volver a Barcelona, Boris, buscarse un trabajo allá, cualquier cosa, escribir novelas Jazmín, por ejemplo. Y entonces, y este era el problema: ¿cómo dejar de lado esa suma, ese dinero que le permitiría regresar a Barcelona, recuperar su piso de la calle Cucurulla, darse unos meses para encontrar trabajo?

—¿Y no encontraste nada mejor que ponerte a vender en las micros? —se ríe Max.

—Bueno, es un experimento —reconoce Boris—. Llevo apenas siete semanas, todavía puedo mejorar mucho.

Levantarse a las cinco de la mañana, ir a buscar la mercadería a Estación Central, donde unos coreanos. Y luego recorrer la Alameda diez, doce horas al día, de Estación Central a plaza Italia. De plaza Italia a Estación Central. Ya conoce a todo el mundo, Boris. La pareja de payasos, los que cantan solos, los que cantan en grupo, y la competencia, claro.

—No deja mucho, eso sí, pero es mejor que nada.

—Tú estás completamente chalado—le dice Max—, no sé si te alcanzas a dar cuenta.

—¿Chalado por qué? —responde Boris—, más vale eso que estar encerrado en casa, escuchando todo el día a doña Norma: yo no sé qué va a ser de este niñito, si al menos hubiese estudiado algo útil...

De manera que Boris acostumbraba a salir temprano por las mañanas —tenía una cita para un trabajo, tenía que ir a ver a tal o cual persona— y a regresar lo más tarde posible. Pasaba los días caminando por el centro, leyendo en la Biblioteca Nacional, mirando libros viejos en los pasajes de San Diego. Una mañana, observando a uno de los vendedores ambulantes, se le había ocurrido. Le preguntó cómo había que hacer. El tipo le dio todos los datos: dónde había que ir a comprar la mercadería, cuáles eran las horas más rentables, los recorridos que había que evitar. Boris pensó: ¿por qué no yo? Lo dicho: no tenía profesión, no era cajero de banco, ni empleado de notaría. Y si podía ahorrar los dólares que le iban quedando para regresar a Barcelona...

—¿Pero cuándo quieres regresar?—le pregunta Max.

—Pronto —dice Boris—, por mí me iría mañana.

Max había llamado la noche anterior: estoy en Santiago por un par de semanas, ¿podemos vernos? Boris: mañana mismo. Y allí estaban, en el Venecia.

—Pronto —dice Boris—, por mí me iría mañana.

—¿Y qué te retiene? —pregunta Max.

—Nada —dice Boris—. Bueno, en realidad, he pasado un tiempo largo pensando si vuelvo o no vuelvo.

—¿A Barcelona?

—No, a Juan Fernández, con Tatiana, pero, en fin, es un cuento complicado.

—¿Y vuelves o no vuelves a Juan Fernández? —pregunta Max.

—La verdad, creo que no, no por ahora al menos —dice Boris—, preferiría que Tatiana volviera a Barcelona.

—Mira —le dice Max—, déjate de pendejadas, tú lo que necesitas es

decidir qué quieres hacer exactamente con tu vida.

—Gracias por el consejo —dice Boris—, ¿y entonces?

—Mientras estuviste conmigo no te fue tan mal, ¿verdad?

—Verdad —reconoce Boris.

—Pues te propongo que vuelvas al comercio.

—¿Contigo? —pregunta Boris.

—Conmigo —afirma Max.

—¿Vas a abrir otra agencia de viajes?

—No, no vale la pena, es un sector en el que a partir de ahora sólo funcionarán los peces gordos —explica Max—, pero hay un negocio que sí es promisorio, la restauración.

Boris casi salta de la silla:

—Si es otra pizzería, mi respuesta es no, por ningún motivo.

—Tranquilo —le dice Max—, no es cualquier restaurant. Es un negocio muy estudiado. Se trata de abrir un restaurant latinoamericano en París.

—¿En París?—pregunta Boris—. ¿Y por qué en París?

—Es una cuestión de costo-beneficio. Mira, la cocina latinoamericana es muy básica: tomate, maíz, palta, arroz, frijoles, carne molida, ponle dos o tres cosas más que se me puedan olvidar. El hecho es que con una serie de ingredientes muy elementales y muy baratos tú puedes hacer una gran cantidad de platos de regiones y países muy distintos, pero todos latinoamericanos: tamales, empanadas, bandeja paisa, feijoada, pastel de choclo, moros y cristianos, fajitas, burritos... ¿Tú crees que un francés hace alguna diferencia? Ninguna. Son todos platos asoleados, con sabor a catálogo de vacaciones, a paraíso fiscal, a vaporosas siestas con bellas mulatas en hamacas mecidas por una dulce brisa... ¿Me explico?

—Creo que sí —dice Boris.

—A eso le agregas los mojitos, los margarita, el pisco sour, las cervezas Corona y una orquesta de mariachis que pasan sin escrúpulos del corrido al valsecito peruano, de la samba a la salsa, y ya está.

Max se lo queda mirando y repite:

—Es sencillo.

Boris, como para sí mismo:

—Sencillo.

—¿Estamos? —pregunta Max.

—Estamos —contesta Boris.

—El negocio funciona hace dos meses, pero me roban mucho, uno no puede estar todo el tiempo pendiente de todo. Además que no estoy instalado definitivamente en París aún, vivo medio a caballo entre París y Barcelona. Necesito un verdadero gerente, alguien de mi entera confianza: tú.

—¿Yo gerente? Pero si nunca he estudiado para gerente y además no

hablo una palabra de francés.

—Pero has administrado una pizzería en San Pedro, es lo mismo, y en cuanto al francés, no te preocupes, se aprende, y si estás trabajando allá, mucho más rápido todavía.

Boris hace entonces la pregunta clave:

—¿Y cuándo?

—Lo ideal sería que de aquí a dos meses estuvieras ya trabajando— responde Max—, pero para eso tienes que estar allá dentro de un par de semanas, tengo que mostrarte el local, tienes que aprender a manejarte con los empleados, hay que encontrarte un lugar para vivir; en fin, hay que preocuparse de cantidad de detalles antes de que empieces a funcionar.

—París —murmura Boris—, mira tú...

—Sí, una ciudad como cualquier otra. ¿Te da miedo? —pregunta Max.

—¿Miedo?—responde Boris—, ¿qué puedo perder?

15

Boris cierra la cortina metálica del Viva la vida – Saveurs de l'Amérique latine y camina por la rue Saint- Sébastien hasta el boulevard Richard Lenoir. En la esquina de Voltaire hace parar un taxi. Un Mercedes Benz nuevo, una máquina hermética que circula con lentitud felina, presta a dar un zarpazo a la más mínima provocación, hacia la place de Stalingrad. Son las dos y media de la mañana y el chofer, un negro con un aro brillante y una boina de cuero blanca, escucha un programa para taxistas, porteros de noche, enfermos terminales, insomnes. Un programa en donde pasan canciones de otra época y la gente llama y cuenta sus problemas, sus fracasos, sus duelos, sus esperanzas también. Ha estado lloviendo y, del otro lado del parabrisas, la calzada negra cruzada por alguna rama desprendida de un plátano oriental —hojas verdísimas en ese universo oscuro—, los automóviles estacionados a ambos costados —más de alguno con los vidrios reventados, más de algún otro postrado sobre el parachoques, sin neumáticos—, los pilares que sostienen el tendido del metro elevado, los mendigos que duermen entre esos pilares, algunos en parejas, otros en grupos de a cinco o seis, compartiendo cartones, colchones descuajeringados, algún saco de dormir que usted o yo hemos tirado a la basura hace un par de años, todo eso, en la percepción de Boris, es un cuadro hiperrealista, un dibujo de historieta. Si Boris pintara, pintaría así: boulevard de la Chapelle, y allí, a la derecha, rue Marx Dormoy, dos y media de la mañana, canciones de hace veinte años para un puñado de almas en pena, de almas insomnes, perplejas, enfermas, torturadas, solitarias. Pintaría sombras, pintaría siluetas, pintaría edificios abandonados en la noche. Pero Boris no pinta. Tampoco escribe. Escribió, sí. Algún día escribirá de nuevo. escribirá así: rue Marx Dormoy, tres menos cuarto de la mañana, tres menos cuarto de la profunda noche, letreros de neón para nadie, lluvia para todos, lluvia y canciones en la radio a pilas, canciones de cuando éramos jóvenes, ¿se acuerdan?, ¿se acuerdan de la playa, del chiringuito cubierto por un techo de cañas, la cerveza, el calor?, ¿se acuerdan del olor del mar, de esas playas con olor a bronceador y a mar, a algas resecas, a mediodía?, ¿se acuerdan del amor? Y escribirá así, Boris: rue du Pré, cuatro y media de la alta noche, vestíbulo mortecino, ascensor estrecho, décimoctavo piso, pasillo. Boris abre la puerta, ¿y allí está el océano, las islas echadas como animales prehistóricos, los amores perdidos? No, momento, están el diván cama, la cocina, la radio a pilas, las canciones de otra época, los hombres y mujeres que llaman, que lloran, que quisieran reír, reírse a mandíbula batiente, retorcerse de la risa, pero no pueden, por el momento sólo llaman para llorar,

llorar un rato y colgar el teléfono. ¿Tiene una línea telefónica? Llame con toda confianza, es gratis. Y escribirá así, Boris: toma el teléfono y disca el número de un país lejano y luego un número en una isla más lejana aún, una isla olvidada, perdida, fuera del mundo. ¿Todavía allí?, le dirá Boris. Y ella: sí, claro, con todo el trabajo que tenía últimamente. ¿Y tú qué tal?, dirá ella. Y él: bien, lo mismo de siempre, y, entonces, ¿vendrás algún día? Sí, claro, claro. ¿El próximo año, el próximo mes, la semana próxima? La semana próxima, me encantaría, dice ella... Se escucha ruido, allá en esa isla perdida, un ruido de copas, de gente que habla y ríe y pide lo mismo, por favor. Bueno, te voy a dejar, dice él. Un beso. Sí, un beso. Cortan. Y escribirá así, Boris: cinco de la mañana, horizonte acerado entre las torres de veinte pisos, horizonte gris y gruesas torres verticales de cemento, horizonte suspendido en la nada por el que circulan diminutos puntos rojos y amarillos, horizonte de carreteras y autopistas bajo un cielo encapotado. Boris toma el teléfono, ¿hacía cuánto, un año o dos, que no se hablaban? ¿Dos años o cuatro? Pega la oreja al auricular y escucha el estallido de las olas contra las rocas, el impacto amortiguado de las nubes contra las cumbres de los cerros. Y escribirá así, Boris: se lleva el auricular a la oreja y escucha el ruido del mundo: tuuuuuuuuuuut. Marca un número, un número cualquiera. Y luego cuelga.

ES LEÍDO, SI NON TENEDES DINEROS, DATNOS DEL VINO

Gracias al maestro Luis Bocaz, a Amalia Ortiz de Zárate y a Rodrigo Browne, con quienes primero hablé de la isla.

Gracias a los habitantes del archipiélago Juan Fernández y a Guillermo Brinck Pinsent, quien rescató sus *Memorias insulares.*

Mauricio Electorat

Nació en Santiago en 1960. Realizó estudios de Periodismo y Literatura en la Universidad de Chile y luego se trasladó a Barcelona, donde se licenció en Filología Hispánica. Desde 1987 hasta 2005 residió en París; actualmente vive en Santiago. Es autor de los libros de poemas *Un buey sobre mi lengua* (1987) y *Fuerte mientre lorando* (1989). Tanto su primera novela, *El Paraíso tres veces al día* (1995), como sus relatos *Nunca fui a Tijuana y otros cuentos* (1999) han sido reconocidos con los premios Consejo Nacional del Libro y la Lectura y Municipal de Literatura de la ciudad de Santiago. Su segunda novela, *La burla del tiempo*, ganó el Premio Biblioteca Breve en 2004.

Actualmente es profesor de Literatura en la Universidad Diego Portales.



2009, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**
Dr. Aníbal Ariztía 1444,
Providencia, Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax. (56 2) 384 30 60
www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-956-347-051-2
Diseño: Proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: Dimacofi

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana
www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Brasil
www.objetiva.br
Editora Objetiva
Rua Cosme Velho 103 Rio de Janeiro
Tel. (5521) 21997824
Fax (5521) 21997825

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13 nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 – 69
Bogotá
Tel. Y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán – La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día,
Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avda. Mixcoac 274, Colonia Acacias
Delegación Benito Juárez
03240 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Portugal
www.objectiva.pt
Editora Objectiva
Estrada da Outurela, 118
2794-084 Carnaxide
Tel. (+351)214246903/4
Fax (+351) 214246907

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51